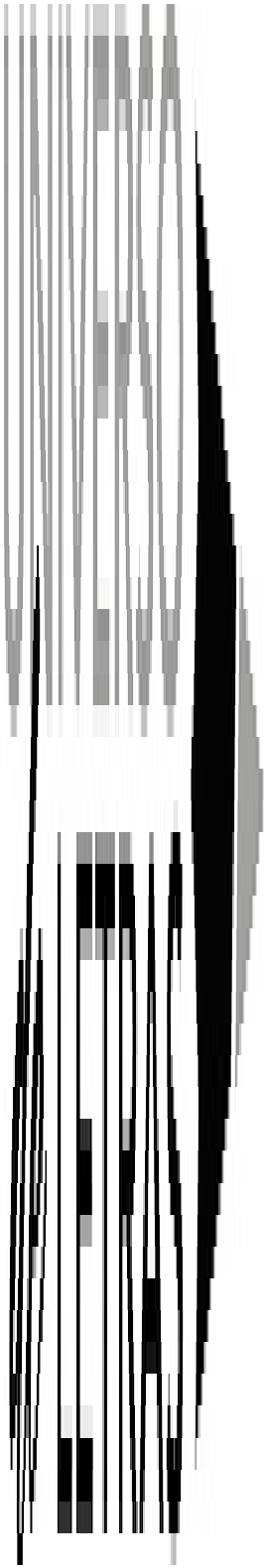
ROGER PERELLÓ GUMBAU

MUCHAS VIDAS EN UNA

-

Muchas vidas en una

Roger Perelló Gumbau



Muchas vidas en una
Roger Perelló Gumbau

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Roger Perelló Gumbau, 2021

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2021

ISBN: 9788418385698
ISBN eBook: 9788418386466

Prólogo

Si hueles las hojas del libro te darás cuenta de que su olor te resulta de lo más familiar.

—¿Qué aroma es este? —te preguntarás, con asombro—. ¿A qué me recuerda?

No es una coincidencia que te suene, pues la fragancia que lo impregna también está en ti.

—¿Cómo es posible?

Es pronto para desvelar tu conexión con estas páginas, pero no sufras. La verdad se revelará a su debido tiempo. Hasta entonces, considera este efluvio que compartís la novela y tú como un salvoconducto, un consentimiento especial para leerla.

—¿Qué hago?

Saca partido de ello. No dejes que la oscuridad te envuelva.

Mantén el control.

Sé fuerte.

Vence el miedo y los prejuicios.

Presta atención a esta historia... y actúa en consecuencia. Antes de que sea tarde.

Estaré contigo a cada momento.

Parte I

1
Morir para siempre

Me desperté en una cama de lo más incómoda. Era tan dura la superficie del colchón que no sabía cómo ponerme. Me dolían los músculos. La piel se me había pegado a las sábanas, que estaban mojadas por el sudor. El cojín, que hacía sus veces de cabezal debajo de la almohada, era muy voluminoso, y las vértebras del cuello me formaban un arco demasiado pronunciado que terminaba con mi mollera mal apoyada en la pared.

Alguien había colocado una manta a modo de funda del colchón para amortiguar y disimular los muelles que sobresalían; con todo, los más punzantes habían traspasado el tejido y se me clavaban con cada movimiento, por leve que fuera. Al cabo de tres o cuatro pinchazos, a cuál más penetrante, preferí permanecer en la quietud y repasar el lugar solo con la mirada.

Me encontraba en una habitación de hospital un tanto mugrienta. En el suelo, cerca de la cama, había una taquilla oxidada entreabierta junto a un botiquín de primeros auxilios. El revestimiento de la pared, que antaño debía ser de color blanco mate, estaba barnizado de un ocre más bien oscuro, una especie de combinación de restos de grasa y suciedad, y estaba rasgado en diversos puntos. La luz fluorescente, exigua, que se reflejaba en él, contribuía a resaltar sus defectos. No había ventanas.

Me eché un vistazo a las manos, que las tenía sobre el abdomen: estaban marcadas por unas cicatrices semejantes a las de la pared. ¿Qué me había pasado para terminar en la cama de un viejo hospital? La doctora, que estaba sentada a mi vera y observaba cada uno de mis gestos, sonreía satisfecha mientras escribía en una libreta.

—Me alegro de que te hayas despertado. Has tenido al equipo médico muy inquieto —me animó y saludó, en un tono infantil—. ¿Quieres una golosina?

Tomé el caramelo de menta que me pasó y me lo llevé a la boca. Refrescante. Me palpé la cara y percibí que tenía los labios resecos y cortados.

—Bebe un poco, también —añadió, mientras vertía el agua de una pequeña jarra, situada en una mesita de cristal a su lado, en un vaso.

La sorbí de golpe. Tenía mucha sed. Lo hice tan deprisa que estuve cerca de

tragarme también el caramelo, que empezaba a deshacerse en mi boca chupada y descarnada.

—Ahora que has bebido, me gustaría hacerte un cuestionario para evaluar tu estado, ¿te parece? —propuso, con media sonrisa, mientras apuntaba sus notas.

Accedí con una inclinación y noté como uno de los muelles de la cama se me clavaba en un costado. Se me escapó un gritito de dolor, pero la doctora no me hizo caso.

—Voy a presentar una reclamación. No me parece bien tenerme en este potro de tortura. Casi estaría mejor en un depósito de cadáveres. Quiero saber lo que me ocurre, doctora. No voy a acabar allí, ¿cierto?

Ella sonrió, muy formal, y lo negó con rotundidad. Tenía unos dientes perfectos y brillantes.

—Por supuesto que no. Estarás fuera pronto, a no ser que prefieras quedarte más de lo necesario. Disculpa las incomodidades; es una habitación humilde, pero estamos de reformas y es de las pocas que tenemos disponibles —agregó, con disposición servicial—. Eso sí, antes de que te vayas, voy a necesitar que contestes unas preguntas.

La miré por el rabillo del ojo para leer con discreción su semblante y su mímica. La doctora tenía un aspecto atractivo y era un placer escucharla; su voz era suave y sus movimientos comedidos y cuidados sin dejar de ser concluyentes. Vestía una bata inmaculada que sumaba autoridad profesional a la que ya le daba su soltura. Además, a pesar de su posición de poder, hacía esfuerzos por ser afectuosa conmigo y hacerme sentir confortable. De hecho, fue esta propensión suya a ser agradable, en claro contraste con la lóbrega habitación en la que nos encontrábamos, lo que me hizo desconfiar en primer lugar.

—Haga las preguntas, doctora —murmuré, con recelo—. Responderé lo mejor que pueda.

—Bien —se aclaró la garganta—. ¿Eres hombre o mujer?

El caramelo me resbaló de entre los labios, todavía agrietados, aunque humedecidos por el agua.

—¿Qué quiere exactamente?

—Te estoy preguntando sobre tu sexo.

—Jamás lo haría en una cama como esta.

—Seguro, pero no iba por ahí —señaló la doctora, casi de memoria, como si ya hubiera escuchado esa misma broma alguna vez—. Quiero saber si eres hombre, mujer...

Me pareció una consulta extraña.

—¿Acaso no lo ve? —la reté, titubeante.

—Sí, pero prefiero que me lo digas tú.

Vacilé por un momento. Qué estupidez de cuestionario.

—No voy a responder a eso que para usted tiene que resultar tan evidente.

Ella, impávida pese a mi rebeldía, hizo un gesto afirmativo. Luego, prosiguió.

—En ese caso, ¿te importaría describir tu físico? Cualquier detalle es importante.

Otra pregunta disparatada... o no tanto. Me quedé en silencio. ¿Cómo soy? Me costaba visualizar mi propia imagen.

—He sufrido cortes en las manos, de ahí las cicatrices —puntualicé, constatando lo obvio, pues todavía las tenía acomodadas en el abdomen... bien a la vista, justo delante de ella.

Aunque mi explicación era superflua, la doctora no se inmutó. En cambio, continuó, sonriente, libreta en mano.

—¿Dónde vives?

—Por suerte, no en este hospital.

—¿Tienes seres queridos? ¿Familia?

—¿Quién no los tiene?

—¿Algún 'hobby' o afición?

—Pues mire, me gusta responder a cuestiones personales.

—¿Cuál es tu comida favorita?

—¿Sabe qué? Esa es una cuestión excesivamente personal.

—¿Tienes tatuajes o perforaciones recientes en el cuerpo?

—¿Qué...? No lo sé.

—Dime tu nombre.

—...

—Descríbeme lo que recuerdes del accidente.

—¡Que no lo sé!

Le había dicho esto último casi chillando, pero la doctora seguía tan tranquila, como si fuera un autómata.

—Disculpe... ¿qué accidente, doctora?

—Eso no debe preocuparte. —Sonrió, conciliadora, y me tomó de la mano—. Procura descansar. Ya hablaremos.

—¿Qué me ocurre? —insistí, y me miró con compasión en los ojos.

—Sufres un episodio de amnesia temporal. —Ante mi mueca de horror, añadió, con una sonrisa triste—: No debes preocuparte. Por lo demás, estás bien. Recuperarás la memoria tarde o temprano.

Se ladeó y situó sobre la mesita de cristal una pequeña bolsa de plástico.

—Aquí están los objetos que llevabas cuando te encontraron. —Volvió a mostrar los dientes, por enésima ocasión—. Repásalos con calma, ¿vale? Te ayudarán a recordar.

—Gracias, doctora —asentí.

Se puso de pie y se dirigió a la puerta. Cuando tenía la mano en el pomo, se detuvo y sonrió una vez más.

—¡Ah! Se me olvidaba. Antes de irme, querría hacerte una última pregunta.

—Adelante.

—En el tiempo que has estado así, ¿has pensado en morir para siempre?

La observé sin saber qué contestar y ella abrió la libreta de nuevo. Tragué saliva y, al hacerlo, lo que me quedaba del caramelo fue a parar a mi estómago. Se me secó la boca.

—Doctora, ¿es que existe una manera de morir que no sea para siempre?

—Perdona si he sido brusca —se disculpó, con afectación—. Quiero decir, si has pensado en quitarte la vida.

—No, para nada.

Me dedicó una amplia sonrisa.

—Eso es todo, entonces. Descansa. Seguiremos mañana. —Se fue.

Me puse a inspeccionar la bolsita que había dejado en la mesa. A pesar de que era de plástico transparente, desde la cama no distinguía con claridad los objetos que había en su interior. Estiré el brazo y la tomé. En el proceso, se me clavaron otros dos muelles en la pierna. Aguanté los pinchazos y esparcí el contenido a un lado del colchón.

Sobre su superficie cayeron una llave de metal con una argolla, un teléfono móvil, una cartera de cuero, un bolígrafo negro, algunas monedas de escaso valor y una servilleta roja.

Toqueteé el boli y las monedas. Revisé la cartera en busca de algún documento identificativo que me orientase, pero no había nada. Sin saber dónde vivía, poco uso tenía para la llave, así que la dejé a un lado. En su lugar, miré el móvil, aunque temía que estuviera protegido con contraseña. En efecto, no conseguí acceder: no sabía la clave, pero tampoco me reconocía la cara ni la huella dactilar.

Alcancé la servilleta y la examiné. En uno de los lados, que era de un rojo más claro, tenía dibujado un logotipo: una jarra de cerveza derramándose encima de un bocadillo de queso. Debajo de la imagen se indicaba el nombre de un local, Casa de Ron, y venía acompañada de un lema empalagoso. Aunque estaba a solas, no me hubiese atrevido a leerlo en voz alta por vergüenza ajena: «Casa de Ron, ¡el mejor bar! Una cervecita para recordar».

Mientras me cuestionaba qué relación tendría yo con ese «el mejor bar», me puse a jugar con la servilleta. La doblé repetidas veces con los dedos, con nerviosismo. En aquellos momentos tan inciertos, que se alargaron durante horas, la mente se me fue bien lejos, hasta el dominio de la imaginación, y me llevó a especular sobre cómo serían mi pasado y mi futuro.

Como no sabía mucho de mi vida, me quedé en blanco. Estaba ausente, con los ojos muy abiertos, pero sin mirar nada en concreto, con la servilleta enroscada entre los dedos. Estaba tan fuera de mí que tardé un rato en percibir que había algo más escrito en ella.

En la otra cara de la servilleta alguien había apuntado un fragmento inteligible. La mente me regresó, curiosa, al gobierno del cuerpo. Sin cuidado, aparté los demás objetos y la extendí sobre la cama para leer la anotación con claridad:

«No confíes en la doctora sonriente».

Al principio pensé que, por efecto de mi imaginación, había leído mal el mensaje. Estaba delirando. Seguro que no lo había entendido bien. Tenía que concentrarme más. Entorné los ojos y volví a intentarlo. Focalicé toda mi atención y releí:

«No confíes en la doctora sonriente».

Lo habían escrito varias veces, siempre en la misma cara de la servilleta. Una detrás de otra, muy seguidas. Aquella mujer había dicho que la bolsita contenía mis pertenencias. ¿Por qué un trozo de papel con un mensaje tan críptico se contaría entre ellas?

«No confíes en la doctora sonriente», ponía.

¿Quién lo había hecho? Me vino una idea a la mente. Quise comprobar si aquello era fruto de mis desvaríos o si tenía un sentido más profundo. Me recosté hacia la pila con el resto de mis cosas, tomé el bolígrafo, suspiré y reescribí en la misma servilleta:

«No confíes en la doctora sonriente».

Mi letra era idéntica. El mensaje lo había dejado yo. ¿Por qué razón lo habría escrito? ¿Acaso la doctora estaba jugando conmigo?

Reflexioné. A lo mejor, la doctora era una persona vengativa, o acreedora de una deuda mía de antes del accidente. Podría ser que me hubiese secuestrado. Por culpa de la amnesia no lo recordaba.

Por otro lado, ¿había sido un accidente lo que me había ocurrido en realidad? Después de leer aquello, comencé a dudarlo. Lo medité y llegué a la conclusión de que ya lo averiguaría más adelante. Debía tratarse de un asunto turbio o complejo en exceso como para detallarlo en un papel suelto, por lo que tendría que buscar más pistas.

Por ahora, lo razonable sería seguir mi propio consejo y poner pies en polvorosa. Lo pensé unos segundos más y decidí dejar el hospital lo antes posible. Me iría en aquel mismo instante. De ninguna manera me iba a quedar esperándola para una segunda visita. Ya me había parecido rara, pero aquella servilleta había certificado y dado alas a mis sospechas. Tocaba largarse de allí.

Dejé caer las sábanas y salí de la cama con precaución para no levantar más muelles. Revisé la taquilla en busca de algo que ponerme y saqué, por fortuna, unos tejanos y una camiseta de mi talla. También había ropa interior limpia.

Me vestí. Todo aquello debía ser mío, porque incluso la ropa interior me iba como anillo al dedo. En la base de la taquilla había una bata blanca como la de la doctora, así que me la puse por encima. Abrí el botiquín de primeros auxilios y encontré, entre otras cosas, jabón, vendas, toallitas, medicamentos, crema antibiótica, compresas y una mascarilla.

Cogí lo necesario y me lo guardé en los bolsillos con las monedas, la llave y el móvil. Me até la mascarilla para ocultar el rostro y me marché de la habitación como alma que lleva el diablo.

Fui a parar en medio de un pasillo largo, iluminado con fluorescentes. Al igual que en mi habitación, no había ventanas. En uno de los extremos, en la distancia, podía ver lo que parecían un grupo de obreros con cascos amarillos. Iban de un lado a otro, cargando baldosas, y manejaban maquinaria pesada. Estaban lejos de mí, muy atareados como para prestarme atención. Debían estar llevando a cabo las reformas que había comentado la doctora. Unos arreglos que, dado el estado lamentable de las instalaciones, buena falta le hacían.

Por ende, estando aquel extremo ocupado por los operarios, decidí tirar hacia el otro, que acababa en una sala de espera con un ascensor. Fui hacia allí a paso ligero, pero sin llegar a correr, por miedo a que la doctora saliera de repente de alguna de las habitaciones laterales y me reconociese a través del disfraz. Alcancé la sala de espera sin contratiempos.

Allí no había nadie.

Sin dejar de mirar hacia el pasillo de manera impulsiva, apreté el botón para llamar el ascensor. Cuando al fin se abrieron las puertas y me metí dentro, sentí un gran alivio. Hice una lectura en diagonal de los botones para localizar la salida. Reconocí la planta correcta:

«**PLANTA 0** Entrada Principal / Recepción».

Pulsé el cero y el aparato se puso en marcha. Comenzó a... ¿subir?

Al principio, ni siquiera me planteé que estuviera ocurriendo algo fuera de lo normal, pero, al cabo de poco, sentí un estremecimiento. El ascensor estaba

subiendo. Sin embargo, de entre los botones del panel, no había ningún piso -1. Tampoco -2 o -3. Había salido de la nada. En cualquier caso, debería estar bajando... no elevándome.

Me quedé inmóvil para evaluar mis sensaciones, que no fuera que me engañaran los sentidos, entumecidos por una larga estancia en el hospital. Si la recepción se encontraba en la cero y yo estaba subiendo, ¿de dónde demonios venía? Me alegré de haber sido tan precoz en mi huida, por haber escapado al leer la nota. ¿Qué clase de infierno era aquel?

—¡Uh... oh!

Me entró vértigo y se me cruzaron los cables. Las puertas iniciaron su apertura, pero yo le di al interruptor para impedirlo. Como no tenía la menor idea de dónde había salido, resolví que tampoco podía fiarme de mi destino. Lo hice repetidas veces, hasta que se cerraron del todo.

Sin pararme a deliberar, pulsé el botón más alejado del de la entrada principal. No sé muy bien por qué lo hice; a lo mejor, para retrasar al máximo el momento en que tendría que abandonar el ascensor. Reconozco que era un miedo irracional. Una estrategia ineficaz, ya que poco podía hacer en aquel minúsculo espacio sino dar tiempo al tiempo.

Así pues, emprendió el ascenso hasta la sexta planta mientras yo aguardaba, impotente, a que se detuviera. Quise averiguar adónde me dirigía:

> «**PLANTA 6** Habitaciones 601 a 644
> Traumatología y Cirugía Ortopédica».

Cuando se abrieron las puertas, me asomé con cautela. Era un hospital como cualquier otro, por lo visto. A diferencia del sótano del que provenía, no había rastro de grasa ni de suciedad en las paredes, que eran de un blanco profiláctico. Frente al ascensor, se hallaba un pasillo con muchas puertas que supuse que serían habitaciones. A mano derecha, tenía un tabique vidriado con un letrero en el que ponía: «Traumatología».

Lo fácil habría sido volver a darle al botón de «Entrada Principal / Recepción», pero, en su lugar, me acerqué al tabique con la esperanza de sacar alguna pista sobre mi accidente o sobre la doctora. Una fuerza misteriosa me atraía al interior de aquella sala. Miré a través del vidrio pero no toqué la puerta, que estaba entreabierta.

—Así es. La mitad de las personas que salvamos no merecerían una segunda oportunidad.

Había un par de enfermeros conversando junto a varias camillas. En la más alejada reposaba un hombre tapado de cintura para abajo con unas sábanas. Las

otras dos estaban ocupadas por un chico y una chica, cubiertos de vendajes ensangrentados. En apariencia, los tres estaban inconscientes. Pese a lo chocante de su aspecto, no pude evitar fijarme en las camillas en sí: estaban en unas condiciones mejores que la mía, pues no había muelles punzantes a la vista.

—Ese pandillero de allí se hacía llamar Tronco. Es un mote muy apropiado, teniendo en cuenta que le faltan varias partes del cuerpo —comentaba uno de los enfermeros, que señaló al hombre a medio tapar—. Por lo que sé, hoy vienen a visitarlo.

—¿Y estos dos? —preguntó el otro.

—Ella es una baja colateral. Dicen que se encontró en medio del fuego cruzado.

—Qué mala pata.

—Pues sí. Entiendo que las bandas callejeras han crecido y no se las puede controlar con facilidad, pero la policía debería ser capaz de marcar unos límites.

—No me puedo creer que estén matando indiscriminadamente.

—Pues han estado así casi una década —aclaró, muy serio—. Nunca olvidaré la primera víctima. Era una chavala adinerada que llegó más que muerta, en un estado mucho peor que Tronco. A la pobre niña le faltaban... algunas piezas importantes. Directa al depósito. Desde entonces, no pasa una semana sin que tengamos sorpresas.

—Y ese chico, el que no es Tronco, ¿cómo lo lleva? ¿Está entero?

—Sobrevivirá, creo. Es un menor de edad. Cada vez los reclutan más jóvenes, estos desalmados.

—Pues me alegro por él, ojalá que se replantee la vida. En fin, mejor voy pasando al quirófano. ¿Quedamos después del trabajo?

—Claro. ¡Hasta luego!

Tal vez fue por haber visto a esas personas inconscientes, o por descubrir que, debajo de las sábanas de ese pandillero, Tronco, había partes de las que carecía. Quizás fue una suma de las dos cosas. Fuera como fuere, me entró un mareo muy fuerte y sentí que la sangre no me regaba las extremidades.

Como en una reacción alérgica, noté que me hinchaba y me faltaba el oxígeno. Me apoyé sobre las rodillas y me quité la mascarilla para poder respirar.

—¿Te encuentras bien? —me consultó el enfermero, que había salido de la sala. Estaba sobrecogido.

—Sí. —Me incorporé y traté de aparentar normalidad—. Creo que... tan solo tengo cansancio acumulado.

Él abrió mucho los ojos y bajó la cabeza en señal afirmativa. Recordé que todavía llevaba puesta la bata de la doctora.

—Es normal, estamos a tope estos días. ¿En qué piso trabajas?

—Eh... en el sótano —respondí, pero él puso cara de extrañeza—. Quiero decir, la planta de más abajo.

—¿La primera, dices? En Pediatría. Trabajar con críos debe ser duro, si son muy traviesos.

—Sí que lo son —seguí con la mentira y respiré hondo.

—Debería ir tirando, pero te deseo suerte. ¡Anímate!

Me despedí del enfermero, que se dirigió al pasillo de las habitaciones y lo perdí de vista. Me puse la mascarilla y volví a inclinarme sobre el tabique de Traumatología. Había algo allí que me atraía como un imán. El otro enfermero tampoco andaba cerca, así que decidí jugármela y entré en la sala.

Crucé la estancia y me aproximé al que llamaban Tronco para verlo mejor, pero no me aventuré a tocar nada. Tenía el torso descubierto. En el pecho se había tatuado las alas de un ángel. Los otros dos estaban irreconocibles, de tan vendados, pero tuve la sensación de que me observaban... lo cual era imposible.

Aquella idea me sacudió de arriba abajo y me volvieron los mareos. ¿Qué estaba haciendo allí? Tenía que dejar el hospital antes de que regresara la doctora sonriente.

Sin perder más el tiempo, me di la vuelta, abandoné la sala y llamé el ascensor. No tardó en aparecer. Me metí dentro, pulsé «Entrada Principal / Recepción» sin vacilar y me alejé de los botones tanto como pude. Aun así, se paró de manera prematura en la segunda planta y las puertas se abrieron.

Una adolescente saltó al interior. Vestía un conjunto de falda corta y top ceñido de color rosa chillón. El bolso que llevaba era tan grande que no habría cabido una tercera persona en el ascensor... a no ser que se metiera dentro de él.

Para saber qué había en el segundo piso, por pura curiosidad, eché una ojeada al panel con los botones:

> «**Planta 2** Habitaciones 201-244
> Psicología y Psiquiatría».

Con rapidez, la adolescente apretó el cero y me dio la espalda. No le vi el rostro. Estaba concentrada en su móvil, por lo que no se dio cuenta de que yo ya lo había marcado con anterioridad. Se enviaba notas de voz a grito pelado con una amiga, como si yo no existiese.

—¡Sí, chica! Me ha vuelto a pasar. ¡Te lo digo! Un día soy una y al siguiente soy otra. Tengo migrañas, ¡uf! A ver cuánto me duran. ¿Ya comes bien, con tan malas compañías? Ya te traeré más verduras. He comprado más flores. Si lo necesitas, también puedo hacerte algunas curas.

Las puertas se abrieron en la planta correcta y la adolescente salió como un

cohete.

Por mi parte, volví a asomarme. La recepción era una sala gigantesca, de techo elevado, muy bien iluminada, con ventanales que daban a la calle. La gente, de todas las edades, circulaba con tranquilidad, ajena a mi huida. Había familias, niños, mayores...: personas normales. Por ningún lado vi a la doctora sonriente.

—Por favor, ¿me permite entrar, si es tan amable? —me preguntó un hombre fornido, de ojos tiernos, que quería subir al ascensor.

Sin responderle, pasé a su lado con cuidado de no rozarle y me alejé. Crucé la recepción hacia la puerta principal. Cuando ya casi estaba fuera, decidí rehacer mis pasos. Encaré al recepcionista y fui hacia él. Valía la pena intentarlo.

—¿Perdone? ¿Me puede indicar cómo llego al piso -1? —pedí, y traté de mostrar seguridad.

Él permaneció atrincherado tras la pantalla de su ordenador.

—¿Acabas de empezar a trabajar aquí? —replicó, sin ganas—. Todas las demás plantas son hacia arriba. No existe la -1. Si deseas acceder al aparcamiento, deberás bajar por la rampa que hay paralela al edificio.

—Sí, claro. Gracias.

Me di la vuelta y volví a dirigirme a la salida. Cuando estaba a punto de tocar la puerta se me ocurrió una idea. Regresé con el recepcionista.

—Oye, ¿cómo se llama la doctora esa que sonríe tanto? Es que la he visto hace un rato, pero no me viene su nombre. Qué memoria la mía.

Él salió de detrás de su ordenador, con cara de aburrimiento.

—Es curioso, no eres la primera persona que me lo pregunta —me dijo, con desdén—. No estás de suerte. A estas horas de la mañana no hay ningún doctor que sonría.

—¿De veras?

—Solía haber uno, pero ya no —acabó, en tono de burla—. Lo trasladaron a Oncología y ya no sonríe más.

No me apetecía insistirle: estaba comenzando a agobiarme. Aquel sitio era una cárcel encubierta, y, o bien nadie lo sabía, o todos eran cómplices de la doctora sonriente. Sentí la necesidad imperiosa de abandonar el hospital y poner tierra de por medio. Sin despedirme, le di la espalda al recepcionista y salté a la calle.

Afuera brillaba el sol.

Tras cruzar la salida, miré por encima del hombro. Había un cartel alargado de color azul marino con letras blancas: «Hospital Central House». Tiré la mascarilla y la bata a una papelera cercana. A falta de un rumbo definido, me perdí entre la multitud.

2
El mendigo y el canalla

Las calles estaban llenas de turistas que avanzaban en tropel, acalorados. El sudor que destilaban sus cuellos, enrojecidos por el sol, los mantenía unidos como si fuera pegamento. La humedad del aire era tan densa que lo impregnaba todo.

Sí, había muchos turistas.

Entre la multitud de camisetas cortas, gafas de sol, cámaras de fotos, sombreros de paja y gorras, calcetines altos y sonrisas impostadas, era fácil para mí mantener un perfil bajo. Junto a ellos, recorrí varias calles estrechas de lo que parecía ser un centro urbano antiguo, con monumentos, museos y cafeterías a cada tramo.

Como no sabía dónde me encontraba, mi primer impulso fue buscar una salida de aquel laberinto. Quería aislarme de la muchedumbre y localizar un lugar seguro desde el que planear mis próximos pasos. Tenía la sensación de que me seguían, lo que me causaba una gran incomodidad. Una y otra vez trataba de buscar un hueco para separarme del resto, sin éxito.

Llegué a considerar la posibilidad de consultar por un lugar tranquilo, pero me pudo la timidez. Tal era mi desorientación y tanta la inseguridad que sentía que, cuando los turistas cerraban filas, no podía más que dejarme llevar por la marea. Me faltaba voluntad para ir a contracorriente.

Cuando tuve la ocasión, me colé por el portal de un edificio de apartamentos y me apoyé en la pared de la portería. El corazón me iba muy deprisa. Vibraba con tanta fuerza que creí que lo iba a expulsar por la boca.

De pronto, me percaté de que no era mi corazón el único que sonaba, sino que era la música de un tamborero indigente la que me marcaba el ritmo. Estaba apostado al otro lado del portal, junto a un cajero automático.

—Escuchad mi canción —entonaba, sin dejar de tocar el tambor—. ¡Es el compás de un campeón!

Lo saludé con la cabeza y me senté frente a él, pero no me dio la bienvenida. Tenía rastas y llevaba unas gafas oscuras que lo protegían del sol inclemente. Ajeno a mí y al gentío, sonreía y disfrutaba de su música. Esperé un rato para ver si me veía y reaccionaba, aunque él seguía a lo suyo, ignorando mi presencia, por lo que tosí para hacerme notar.

Su aspecto era desaliñado y tenía la tez tostada. Sus rastas eran tan largas que podría barrer el asfalto con ellas. Se servía de una caja de cartón como asiento. Cuando al fin me hizo caso, se palpó las gafas, dejó el tambor junto a la pared y me ofreció la mano.

—Por favor, ¿tienes dinero para darme? —me requirió, sin gesticular.

—Yo... creo que sí —contesté, y le pasé las monedas que guardaba en el bolsillo.

—Gracias.

Él las tomó y las metió en su cazadora, que estaba sucia y raída.

—¿Conoces la ciudad? —traté de averiguar, aunque en el fondo no tenía tantas ganas de iniciar una conversación.

—Sí. Bueno, depende.

Quise mostrarle la servilleta roja con la inscripción que había salido de la bolsita con mis pertenencias, pero con las prisas me la había dejado en el hospital.

—¿Sabes dónde puedo encontrar un bar llamado Casa de Ron?

—Me suena, pero no. Bueno, no soy de los que van a esa clase de locales. Prefiero las discotecas.

Entendí que estaba bromeando, por lo que sonreí con complicidad. No me devolvió el gesto.

—Un momento, ¿discotecas? —dudé, con desconcierto—. Hay que pagar entrada en esos sitios, ¿no?

—Bueno, sí, evidentemente. Además, son muy caras. Bueno, para eso pido limosna, para poder pagarlas.

Dicho esto, se rascó la cabeza, con lo que las monedas que le había dado salieron rodando por un agujero en la manga de su cazadora. En lugar de volver a guardárselas, las apartó y les puso el tambor encima como si fuera un pisapapeles.

—No lo comprendo, ¿vives en la calle?

—Sí.

—Perdona si me meto donde no me llaman, pero ¿no deberías gastar tu dinero en algo que fuera más práctico?

Esta vez fue él quien enseñó la dentadura, con un punto de sarcasmo. Aunque al principio había querido largarme cuanto antes, aquel hombre desarrapado había conseguido captar mi interés con su relato. Prosiguió, mordaz:

—Debería gastármelo en comida, ¿quizás? ¿Bebida? —ironizó y levantó una ceja—. Bueno, también podría comprarme un abrigo nuevo. A lo mejor debería juntar dinero y compartir un piso barato de los suburbios con otros mendigos como yo.

—Sí, la verdad —me aventuré, aunque no veía dónde quería llegar—. ¿No es así?

—¡Claro que no!

Dijo esto último escandalizado, impactado por mi ingenuidad, pero bajó el tono enseguida.

—Puedo pasar por los comedores sociales a buscar comida y me apaño con dormir en los portales. Bueno, pero en las discotecas es donde gobiernan las bandas. Hay que llevarse bien con ellas para sobrevivir en las calles. Por eso voy.

Entendí que había una lógica en aquel argumento, aunque me pareció exagerado que derrochase su dinero de ese modo.

—A ver si lo entiendo, ¿te gastas cada moneda que te dan para entrar en los locales de las bandas callejeras?

—Bueno, voy a ver a los jefes en las discos y hago los encargos que me solicitan. Soy su asociado. A veces les toco el tambor y les divierto, si hay celebración, o les distraigo a la policía —siguió, con aires de misterio—. Una vez que solicitan tus servicios, si eres un asociado, no puedes negarte. Bueno, pero ya te he contado mucho.

—No pasa nada.

—¿Me echas un cable con mis trastos?

Le ayudé a meter sus enseres en un saco que escondía en el interior del portal. Allí guardamos su tambor y el dinero que le había dado, así como un pequeño fardo maloliente y aceitoso que él afirmó que contenía comida.

—Después de escucharte hablar, creo que tu voz me suena —apuntó, mientras se lo ataba a la cintura—. Bueno, ¿tú me has visto antes en alguna parte?

—No he tenido esa suerte, me temo —respondí educadamente—. Tal vez sí, pero no lo recuerdo. ¿Dónde crees que me viste?

Él puso cara de no saber qué decir. Todavía sentado, me hizo una reverencia discreta.

Le eché una mano, con cuidado, para ponerse en pie. Se tropezó con las rastas un par de veces, pero entre los dos lo conseguimos. Cuando se hubo incorporado, nos despedimos con un «adiós» sencillo, sin grandes aspavientos, y se unió al torrente de turistas que circulaban por la acera. Volví a quedarme a solas y me entró vértigo, como en el ascensor del hospital.

Y ahora, ¿qué?

Consideré la posibilidad de retroceder. ¿Y si regresaba a mi camilla con la doctora? ¿Y si todo había sido una gran broma? La incertidumbre me abrumaba. Tras darle vueltas, aposté por hacer lo mismo que ese hombre. Decidí ponerme a andar antes de que, por pensarlo tanto, se me paralizase el cuerpo. Me lancé, sin más preámbulos, hacia la multitud fuera del portal.

Aquello era un caos.

Había demasiado ruido como para concentrarse. Para colmo, la propia

disposición de aquel barrio antiguo, de una complejidad absurda, parecía jugar en mi contra. Llegué a transcurrir por una decena de callejuelas idénticas, diminutas, con turistas flanqueándome en cada esquina.

La conversación con el mendigo me había convencido de que sería buena idea consultar a otra persona más por mi ubicación, pero lo cierto es no entendía los idiomas de la gente de mi entorno. Además, tampoco tenía claro qué debería preguntarles.

Las dudas alimentaron mi timidez, así que terminé por descartar la idea de hablar con nadie. Necesitaba, con urgencia, un lugar seguro en el que reflexionar sobre lo que haría a partir de entonces, pero no lo encontré hasta que la callejuela por donde circulaba se cruzó con una gran avenida.

Como si de la desembocadura de un río se tratase, la corriente de turistas se dispersó en múltiples direcciones con ánimo de consumo. Un delta de paraditas de comida, quioscos y vendedores ambulantes dejó trabados a varios grupos antes de que se hicieran a la mar, como peces en una red. Con esfuerzo, fui capaz de colarme entre ellos.

Con agilidad, aunque acababa de salir del hospital, y sin dejar que lo ocurrido allí me desanimase, crucé la avenida hasta una placeta de arena.

En aquel punto podía gozar de cierta intimidad: hacía calor y a nadie le interesaba detenerse, pues la humedad del aire coexistía con el anhelo de moverse, de hacer cosas, de comprar y pasarlo bien. Como en una isla abandonada, a millas de distancia del regodeo afanado de los turistas, me senté en un banco y vertí el contenido de mis bolsillos sobre la madera caliente.

De entre mis pertenencias, la llave era a lo que menos atención le había prestado, por lo que volví a guardar el resto de los objetos para centrarme en ella.

La alcé y me la acerqué a los ojos. La luz se reflejaba con intensidad en su agarre metálico, así que me interpuse entre el sol y la llave para examinarla bien. Podía jurar que tenía una inscripción tallada en la superficie. Era una dirección postal.

Debía ser la de mi casa.

Seguí analizándola en la sombra por si le encontraba algún detalle más. No obstante, bastaba con que me ladeara para que el reflejo de la luz sobre la llave me deslumbrase y recubriera los detalles de su forma, desfigurándola. Ahí estaba yo, jugando con el sol y la llave, cuando un extraño se acercó.

—¡Hola! ¿Cómo te llamas?

Era un hombre interesante que debía rondar los treinta y tantos años. Tenía una barba de tres días, tupé y mandíbula ancha. Su pelo engominado resplandecía como una baliza en aquella isla desierta y me reclamaba. Su espalda era tan voluminosa que me tapaba el sol, por lo que tuve que dejar de jugar con la llave cuando se sentó a mi lado.

A pesar de su aspecto acometedor, decidido, desprendía un olor de lo más suave, como a fruta. Las piñas, manzanas y cocos estampados de su camisa, que era de un rojo estridente, escenificaban esta dualidad entre lo directo de su actitud y la mansedumbre de su corazón. Su aspecto de náufrago cosmopolita, sin tiempo para las preocupaciones y los pormenores, salado y poco gregario, disentía con lo dulce de su aroma, la calidez de su voz, su buen gusto para vestir y su aparente devoción hacia mí.

—Tengo nombre, pero no sé quién soy —manifesté. Él premió mi sinceridad con media sonrisa—. Me acabo de despertar de un largo sueño, he escapado de ese hospital, el Central House, y no recuerdo nada sobre mi pasado.

El hombre se quitó las gafas con un ademán exagerado de incredulidad y las dejó en el banco. Me miró, divertido. Tenía los ojos irritados.

—Estamos en una situación similar. Apenas recuerdo nada de anoche, acabo de salir de una resaca profunda y estoy deseando escapar por patas.

Para adornarlo, increpó a un grupo de personas que paseaban y les hizo señas obscenas. Ellos no se dieron cuenta, o no quisieron entrar al trapo, y siguieron su camino. Fuera de la placeta donde nos encontrábamos, los turistas, indiferentes, iban y venían y llenaban los espacios.

—Yo también quiero largarme. Hay demasiada gente y quiero tranquilidad. Me angustia...

—¡Ajá! —me cortó, alegre.

El náufrago cargaba con una mochila de deporte. Con sosiego y haciendo movimientos amplios, como si estuviera actuando, la dejó caer en el banco en el margen que había entre los dos. Luego, sacó una botella y un par de copas. Comenzó a llenarlas. Cuando terminó, me sirvió una con teatralidad.

—Gracias, pero no me apetece beber —lo detuve.

—Es un vino de calidad y está muy frío —explicó, y me acercó la copa—. Venga, enróllate. Solo con tenerlo en la mano ya te hará bien y te ayudará a relajarte.

Dudé un momento, pero al final la acepté. Aquel tipo había sido muy cuidadoso a la hora de aconsejarme y había elegido las palabras adecuadas para no herirme. Yo, en cambio, estaba siendo hostil. Necesitaba calmarme y cambiar de comportamiento. Dejé la llave sobre el banco y tomé el vino que me ofrecía con las dos manos.

—¿De dónde lo has sacado? No entiendo qué pone en la etiqueta —señalé, todavía con escepticismo.

—Es el regalo de un amigo mío que se dedica a la coctelería. Lo estrenamos ayer, así que pensé que sería una pena tirarlo. Es un Vendimia de Amón Pinot Blanc, o algo por el estilo.

—¡Vaya! Es difícil de creer. ¿Lo has probado? ¿Seguro que es potable todavía?

—Dímelo tú —me retó.

—Lo haré, está bien. —Lo olfateé. Su aroma, como el de él, me recordaba al de una manzana fresca. Le di un pequeño sorbo—. Mmmm. Está bueno.

Nos echamos a reír. Yo, con mesura. Él, con energía.

—Me gusta que te haga feliz —admitió, y bebí un poco más—. Puedes quedártelo. Yo me voy a ir yendo.

—¿Es que tú no vas a tomar un trago?

Él negó con la cabeza, avergonzado, mientras recogía sus gafas de sol del banco.

—Anoche ya le di lo suficiente. Tuve bastante alcohol en unas horas como para disfrutarlo varias vidas —le tembló la voz al decir esto, como si se hubiese mordido la lengua, pero recobró la compostura—. Estoy contento de haberte conocido.

Se puso de pie, se equipó con la mochila, me dio un beso en la frente y se marchó. Dejó a mi merced la botella de vino y las dos copas. Lo seguí con la mirada.

«Qué tío —pensé—, menudo canalla», mientras me limpiaba sus babas de la cara. No me había dicho su nombre ni me había contado su historia.

En fin, ni siquiera sabía la mía propia, que era lo más urgente. Necesitaba pistas, pero quizás las encontraría a partir de aquella llave. La llave... ¿y la llave?

Qué mareo... el vino debía contener mucho alcohol. Sin duda, era más fuerte de lo que había esperado. Por su frescura y sabor con tonos de fruta no había percibido que tenía una graduación elevada. Cuando advertí sus efectos, ya era demasiado tarde para prevenirlos: se me había nublado la vista con solo un par de tragos.

A tientas, comencé a palpar el banco para ubicar la llave. Sin querer, tiré una de las copas, que estalló en pedazos y salpicó a un grupo de turistas cercano. Ellos se indignaron y me hicieron gestos de desaprobación, pero siguieron caminando cuando fueron conscientes de mi flamante borrachera.

La llave... ¿qué había hecho con la llave?

Entonces lo vi claro. Él se la había llevado. El náufrago con camisa de frutas. El hombre interesante. El canalla. Había puesto la mochila entre él y yo y me había distraído con las copas y el vino. Al marcharse, la llave había desaparecido.

¿Dónde estaba? ¿Seguía cerca de mí? ¿O estaba lejos? Lo vi al otro extremo de la placeta. Caminaba rápido. Se volvió un par de veces para asegurarse de que no lo seguía. Dobló una esquina.

Ladrón. Tenía que ir detrás de él antes de que fuera tarde.

Me armé de ánimo y, aunque fue difícil, convencí a mi cuerpo para que se levantara. El alcohol, que se me había quedado estancado en el estómago por

permanecer inmóvil, se desplazó, al moverme, hasta mi cabeza y extremidades. Como consecuencia de este transvase, recuperé parte de la visión, pero me volví torpe de brazos y piernas. Resbalé y caí.

Desde aquella posición tan vulnerable fui blanco de las protestas de los turistas que pasaban. Estaba dando un espectáculo. Sentí que iba a desvanecerme y tenía un mareo bastante fuerte. Supuse que no toleraba bien el alcohol y me planteé si otra borrachera parecida habría sido la causa del accidente que me llevó al hospital.

Mientras pensaba en ello, los resortes de mi cuerpo se activaron sin previo aviso. Con ineptitud, conseguí ponerme de pie y volver a caminar. Empecé a andar en el sentido en que había perdido de vista al canalla.

Cuando salí de la placeta y me metí por aquella callejuela lo veía todo borroso. Todavía avanzaba con cuidado para no tropezar, pero ya no había turistas que me entorpeciesen. Con todo, sería un milagro si lo atrapaba, ya que me movía con pesadez.

La acera era estrecha y estaba destartalada. Las malas hierbas y la erosión habían invadido y pulverizado el pavimento. Los edificios eran bajos. Ya no había museos ni bares, si bien de vez en cuando me cruzaba con algún turista renegado. En su lugar, había montones de bolsas de basura, charcos rebosantes y antros profundos y malolientes, como socavones entre los edificios. Aquel cambio de aires era indiferente para mi propósito, por lo que apenas lo tuve en consideración. Solo pensaba en la llave. Mientras, el vahído iba en aumento.

Tenía que encontrar al ladrón cuanto antes, porque pronto sería incapaz de sostenerme y lo perdería para siempre. Con desesperación, aceleré de manera paulatina. Subí el ritmo un poco a cada paso. Antes de que me diera cuenta, percutía contra el suelo a tanta velocidad que se podría decir que estaba corriendo, si bien lo hacía con desatino.

No sé con seguridad cuánto corrí, pero, cuando me detuve, el sol ya se había ido. Me ardía tanto la cabeza que tenía la sensación de que el astro rey se me había metido dentro. La prueba: sudaba sin parar. Tenía mucho cansancio. Quería gritar de dolor y de ira, pero los músculos se me habían tensado y era incapaz de articular una sola palabra.

El aire, que estaba húmedo y frío, me hacía sentir débil. Si antes no distinguía nada por el alcohol, ahora, que iba anocheciendo, me lo impedía la oscuridad. Las pocas farolas que centelleaban, altas, cilíndricas y pintadas de negro, emitían una luz tenue que irradiaba la calle con un aura neblinosa.

No sin dificultad, pude ver cómo tres hombres se acercaban desde la otra acera. Cuando estábamos casi en paralelo, en lugar de pasar de largo cruzaron el asfalto y se dirigieron hacia mí.

Fue muy repentino, por lo cual tardé unos segundos en advertir que yo era su

objetivo. Me di la vuelta sin disimulo para huir y reparé en que se me aproximaban dos más por la espalda. No tenía escapatoria.

—Chicos, tenemos visita.

El terror y las bajas temperaturas unieron sus fuerzas para paralizarme. No fui capaz de reaccionar. Mi cráneo era una olla a presión.

Uno de los que venía por detrás me agarró y me tiró al suelo, mientras que otro me cogió de las piernas por delante. Entre ambos, mientras el resto de desconocidos permanecían cerca y hacían guardia, me arrastraron a un callejón contiguo. Me dejaron caer sin ningún miramiento.

Antes de que pudiera incorporarme, uno de ellos me golpeó y rasgó con algo metálico.

Aquello fue como si el dolor y la tensión que había ido acumulando se esfumaran, evaporándose por una fractura en mi piel. El sufrimiento físico llegó después, cuando empecé a sangrar. Era un dolor remoto, distante e impersonal, como si ante aquel asalto cruel yo hubiese decidido abandonar mi propio cuerpo, dándolo por perdido.

En la lejanía, sentí que me vaciaban los bolsillos, me palpaban de arriba abajo como si fuera un despojo y se llevaban mi móvil. Era el final.

Cerré los ojos.

*A*bro *l*os ojos.

Se h*a* hecho de dí*a*. ¿Dó*n*de es*t*oy? Me sie*nt*o como e*n* u*n* sueño, *p*ero y*a* *n*o me due*l*e *la* c*a*bez*a*. E*l* vie*nt*o so*pla* fuer*t*e y e*l* cie*l*o es*t*á des*p*ej*a*do. Vue*l*ve *a* h*a*cer c*al*or.

De *al*gu*na* m*an*er*a*, he ido *a* *pa*r*a*r *a* *la* *a*zo*t*e*a* de u*n* edificio. *La* ce*n*ef*a* rec*tan*gu*la*r que co*n*s*t*i*t*uye*n* *la*s b*al*dos*a*s de*lant*e de mí, de *la*dri*ll*os rojizos, c*a*mbi*a* de rumbo *al* cruz*a*rse co*n* *la*s *ant*e*na*s de *t*e*l*evisió*n*, *pa*r*a* *l*uego des*apa*recer e*n* *l*os ex*t*remos de *la* *t*err*a*z*a*. Me *ap*oyo e*n* *la* b*a*r*an*di*lla*, m*a*rc*a*d*a* *p*or e*l* óxido, *pa*r*a* h*a*cerme u*na* ide*a* de*l* *pan*or*a*m*a*.

E*n*seguid*a* diviso e*l* hos*p*i*tal* Ce*nt*r*al* House, e*n* e*l* ce*nt*ro de *la* ciud*a*d. Es*t*á sie*n*do *a*sedi*a*do *p*or hord*a*s de *t*uris*ta*s que se *a*g*l*omer*an* desde u*n* mi*lla*r de c*all*ejue*la*s e*nt*r*a*m*a*d*a*s, como *la*s r*a*íces de u*n* árbo*l*. Es*ta* visió*n* me disgus*ta*, *a*sí que, e*n* su *l*ug*a*r, echo u*n* vis*ta*zo fur*t*ivo *a* *la* c*all*e de e*n*fre*nt*e.

*A*u*n*que *a*hor*a* es de dí*a*, me es fáci*l* ide*nt*ific*a*r *la* *a*cer*a* *p*or *la* que he ve*n*ido corrie*n*do, d*a*d*a* *la* *p*ecu*l*i*a*rid*a*d de sus f*a*ro*la*s *n*egr*a*s. Desde *all*í, sigo co*n* *la* vis*ta* mi *t*r*a*yec*t*ori*a* h*a*s*ta* e*l* c*all*ejó*n*, do*n*de me es*ta*b*an* d*an*do u*na* *pal*iz*a* *a*que*ll*os *t*i*p*os.

Está vacío.

¿Qué hay pasado? Escucho unos estertores detrás de mí, en la misma azotea.

Es él.

El ladrón que me quitó la llave está sangrando por la nariz y jadea por el dolor. Las palabras me salen de la boca por sí solas:

—Amarrar tu destino al mío es un castigo peor que la muerte. ¿Cómo te llamas?

—Soy Pablo —contesta, y escupe sangre. Lleva puesta su camisa roja con dibujos de frutas y tiene una navaja muy afilada.

Con una serie de movimientos rápidos, como un águila que inmoviliza su presa para devorarla, lo desarmo y lo someto. Apenas tardo unos segundos en dejarlo seco. Mi destreza supera su fuerza bruta.

Cierro los ojos.

Abrí los ojos.

Sin saber cómo, con una técnica similar a la que había usado para desarmar, en aquel sueño, a Pablo el canalla, reduje al hombre que tenía más cerca. Fue veloz y natural, y es que lo hice sin pensar.

Los demás ni se inmutaron. Seguían hurgando en mí como posesos, buscando algo de valor.

El que me había agarrado por las piernas me estaba rajando los pantalones con un machete... Tal vez, para llegar a mi cartera por la vía rápida. Tal vez, con propósitos más perversos. No le di tiempo de ponerlos en práctica.

Me volteé y le clavé su propia arma en un costado. Me salió solo, como si lo hubiese estado preparando durante años. Sentía que me habían poseído. Él lanzó un grito muy agudo que puso en estado de alerta a sus compañeros.

—¡Qué demonios! ¿Qué está pa...? —balbuceó el más cercano y miró alrededor, dubitativo.

No pudo terminar la frase porque se llevó un rodillazo en las costillas. Los demás salieron disparados al escuchar el chillido. A los pocos segundos, los perdí de vista.

Quise ir tras ellos, pero fui incapaz. Tras aquella exhibición de poder ya no me quedaban fuerzas. El frío, el dolor y la sangre se habían volatilizado, pero también se me había agotado la energía.

Me estiré y cerré los ojos para rememorar mi visión. Me vino a la cabeza Pablo, con su camisa de frutas, hecho polvo. Los abrí y encaré el cielo, que estaba oscuro y nublado.

La luna se asomó desde detrás de un nubarrón especialmente denso, el tiempo justo para iluminar la azotea del edificio de enfrente... la de mi visión, o mi sueño, o lo que fuera, con su barandilla oxidada.

—Mis hombres no te han reconocido de primeras, ¿sabes? Aunque eso no significa que tuvieran malas intenciones —exclamó una voz femenina, tempestuosa, que resonó por el callejón—. ¡No hacía falta que me los machacaras de nuevo!

3
La corte de la Dama Oscura

Ya no me dolía el cuerpo ni sentía los efectos del vino, pero tenía ganas de dormir. El esfuerzo había sido enorme y la oscuridad me daba modorra.

En aquel callejón, la única fuente de luz era un farolillo viejo y deteriorado que se apoyaba en la punta de un palo de madera, cual estandarte incandescente. La bombilla proyectaba mi sombra en la pared de cemento, haciéndome ver más grande de lo que era aun desde el suelo. Como si de un faro se tratara, orientó y guio a esa mujer hacia mí. Sin vacilar, se sumergió en la penumbra, me tendió la mano y me ayudó a levantarme.

—¿Me conoces? —le pregunté, con cansancio en la voz.

La mujer se rascó la barbilla, que era redonda. Debajo del labio le pendía un lunar abultado, pero de dimensiones armónicas. Me escrutó con suma lentitud, analizándome, y yo hice lo propio con ella.

El cabello, que lo tenía recogido, era tan negro como sus ojos, tan carbonizados como los labios, tenebrosos, y todo en ella sonaba a sombrío. Tenía una cicatriz tremenda en la cara en una trayectoria oblicua, que le iba desde la frente hasta la mejilla.

Pese a estos atributos no se la veía triste, sino cínica, nihilista, incluso voluptuosa, como alguien que ha aceptado ya un destino fútil y abraza las pequeñeces de la vida, lo irrelevante, los placeres minúsculos y efímeros, los anhelos, para evadirse de la realidad. La blancura de su piel no era más que una distracción, un engaño morboso para ocultar la negrura del alma, un rasgo más de su identidad que convertía su existencia en un artificio, en un recreo transitorio.

El traje que llevaba, impecable, y la falda corta de ejecutiva, no tenían tanto éxito como la finura de esa piel, que era de seda, a la hora de aderezar su espíritu salvaje, agresivo y despiadado, pero también liviano y accesible.

Era transparente para mí, ya fuera porque me la había encontrado de antemano, cosa que había olvidado, o porque había compartido su filosofía, lo cual tampoco podía recordar. O ambas cosas.

—Sí que te conozco —comentó, mientras me escudriñaba—. Es curioso. La última vez que nos reunimos insististe en que, si nos volvíamos a ver, no me

reconocerías. No esperaba que estuvieras hablando en serio.

—¿Qué más te dije? —quise saber, y se me escapó un bostezo que no le pasó desapercibido.

Ella levantó las cejas con un gesto casi imperceptible y prosiguió.

—Oh, demasiadas cosas, eras una persona muy habladora. Pareces un destello de lo que fuiste entonces. ¿Qué te ha pasado?

—Sí... no lo sé, la verdad. Sufro amnesia. He perdido la memoria.

Ella me puso la mano en la frente, como para medirme la temperatura.

—Es increíble. También dijiste que pasaría esto —expresó, aunque no parecía impresionada.

—¿El qué?

—Esto: que volverías a mi territorio sin saber cómo ni por qué, como si acabaras de nacer. Eres una bestia fascinante. Aun así, visto lo visto, no me gustaría estar en tu lugar.

Estuve a punto de contarle que había llegado hasta ella por perseguir a un mangante, pero pensé que sería mejor seguirle el juego. Temí que se lo tomara como una acusación, así que decidí que guardaría silencio sobre ese tema; al menos, hasta que la conociera más. No quería que me volvieran a tomar el pelo aprovechando mi candidez, como había hecho ese Pablo al quitarme la llave.

Me sonrojé. Aquella mujer debía conocerme bien desde antes del accidente, pero yo no tenía ni idea de quién era. Aunque me moría de ganas de echarme a dormir en cualquier rincón, me esforcé para seguir con la charla.

—¿Tan mal aspecto tengo? —solté, mientras me palpaba los brazos.

—Desde luego. Algunos de los cortes de tus manos son nuevos y tienes cara de estreñimiento. Hasta tu tono de voz ha cambiado.

Eché una ojeada a los hombres que me habían atacado. Solo se habían quedado dos. Uno de ellos, el del rodillazo, se retorcía de dolor. El otro no se movía.

—Han intentado asaltarme, solo me estaba defendiendo —me excusé.

—Se han excedido y han recibido lo que merecían. En fin, qué más da. Debieron pensar que estabas de paso o que te habías perdido. De vez en cuando se acerca algún turista atontado y lo atrapan rápidamente. Los extranjeros suelen llevar dinero.

Tras decir esto, se aproximó al que todavía se meneaba. Creí que iba a ayudarlo, pero, cuando lo tuvo delante, se retiró, asqueada. Luego, volvió a mi lado y me invitó a pasear con ella. Cuando vino hacia mí, me percaté de que había recogido mi teléfono móvil.

—Gracias. ¿Puedes devolvérmelo? —solicité, con cordialidad.

—Claro. —Me lo pasó y lo guardé en el bolsillo de los pantalones.

Sin embargo, el tajo que me había hecho aquel hombre me había dejado una

brecha por la parte de la cadera. El móvil me salió por la abertura y cayó al suelo, como le había pasado al mendigo de las rastas con las monedas. Seguía de una pieza, pero se le había rayado la pantalla. Ella lo volvió a recoger.

—Yo te lo guardaré hasta que te cambies de ropa. No te preocupes. Camina conmigo, hazme el favor.

No parecía que le importasen mis muestras de agotamiento físico y mental. Aquella mujer tenía su propia agenda. Mientras avanzábamos, me hablaba entre dientes y se acariciaba la cicatriz.

—Por si también lo has olvidado, yo te lo recuerdo: hay alguien que te persigue. No conozco sus motivos, pero me pagaste una gran cantidad para que te mantuviera a salvo dentro de mi banda.

Sin pedirme permiso, me extendió el brazo y lo ladeó hasta que el bíceps me quedó hacia abajo. Luego, me arremangó la camiseta. Casi a la altura del hombro tenía un tatuaje azulado con las alas de un ángel. Era el mismo que llevaba aquel pandillero del hospital llamado Tronco.

—Somos los Querubines. Toda la parte oriental de la urbe, desde el centro hasta los suburbios, es nuestro territorio.

—¿Desde cuándo soy parte de la banda? —cuestioné, suspicaz, mientras volvía a poner la manga de mi camiseta en su sitio.

—Generalmente solo aceptamos a miembros por vínculo de sangre o en circunstancias muy especiales. No dejamos entrar a cualquiera, por lo que la mayoría se quedan como asociados. La otra vez que viniste... dejémoslo en que te ganaste el derecho a ser de los nuestros en un tiempo récord —me respondió en voz baja, y se tocó la cicatriz.

—Perdona que te lo pregunte, pero ¿tú eres la jefa?

—Soy madre y hermana de todos, primera entre iguales. Soy la tía Sofía porque en nuestra banda nos consideramos una familia. Deberás acostumbrarte a llamarme así.

Un grupo de niños pasó corriendo por la acera, con la respiración acelerada. Vestían ropa deportiva y estaban embarrados. El mayor, que debía ser el líder, tenía un aspecto amenazante a pesar de su juventud. Iba rapado y llevaba una camiseta de tirantes muy larga. La tenía tan llena de barro que parecía el devantal de un carnicero poco escrupuloso.

Como la camiseta le dejaba los brazos al descubierto, el símbolo de los Querubines le quedaba a la vista en el hombro izquierdo.

—¿Es que los niños también forman parte de la banda? —consulté a la tía Sofía. Ella negó con la cabeza.

—En zonas pobres como esta solo algunos tienen el honor, como el de la camiseta de tirantes de allí. Los pocos chavales que pertenecen a los Querubines

guían al resto de chicos y chicas del barrio en los enfrentamientos de bandas.

—Espera, ¿estás diciendo que los niños luchan por vosotros?

La tía Sofía bajó la mirada y se acarició la cicatriz; ahora, con lentitud.

—Estamos en una situación excepcional a la que nos han llevado las demás bandas callejeras. Si ellos emplean a niños, ¿qué podemos hacer nosotros? No es que me guste, pero es lo que hay.

Mientras conversábamos, el chico rapado agarró por la oreja a otro niño, que tenía una larga cabellera rubia. Los demás vociferaban y saltaban alrededor.

La tía Sofía me indicó que la esperase y se acercó al grupo. Se callaron tan pronto como la vieron. El rapado soltó al otro crío con brusquedad. Tenía cara de enfado.

—¿A qué viene tanto escándalo? —le interpeló ella con severidad—. Tú respondes por este grupo, Luca. Justifícame la violencia que estás usando contra un compañero.

El niño rapado, Luca, hizo lo posible por ocultar su disgusto y se puso serio.

—Tía Sofía, él... dice que me brilla la cabeza, que soy calvo. Me ha llamado Calvo. —confesó, con un hilo de voz.

Cabría esperar que, ante una revelación así, los demás niños se hubiesen reído, o que, al menos, hubiesen profesado algún tipo de reacción. No obstante, se quedaron inmóviles, como si les estuvieran pasando revista.

La tía Sofía arrugó el ceño y miró al crío de la cabellera rubia, decepcionada. El pequeño se aferraba a la oreja, que la tenía enrojecida, y apretaba los labios.

—Hablaré con tus padres de esto. Durante un mes entero vas a sufrir un castigo ejemplar —señaló al rapado, que estaba satisfecho—. Dejaré que Luca, tu jefe de grupo, decida qué hace contigo después.

La tía Sofía regresó junto a mí a paso firme. Antes de que hubiese llegado a donde estaba yo, Luca ya había cogido al otro niño por la oreja una vez más.

Mientras Luca se cebaba con él, los demás reñían para tirarle de la otra. El pobre apretaba los labios con fuerza mientras intentaba desasirse con los brazos. Se le veían el arrepentimiento y el dolor dibujados en la frente, que la tenía tan roja como las orejas.

—Sigamos —me propuso ella, como si se hubiese parado a contemplar el paisaje.

—Tía Sofía —empecé, sin poder ocultar mi indignación—. Me ha parecido un escarmiento un tanto excesivo. Solo son niños...

—Es un castigo extremado, pero hay que dar ejemplo. Los Querubines no usamos apodos ni motes. Está prohibido y lo saben. Nos dirigimos entre nosotros por el nombre de pila.

—...Pero tú eres la tía Sofía.

—Sofía es mi nombre de pila. Me llaman tía porque mi papel es el de ser la matriarca de la banda. No es un mote, sino un cargo. Tenlo presente.

—Está bien —zanjé el debate, aunque no las tenía todas conmigo.

Me volvió a la mente el moribundo del piso de Traumatología del hospital Central House, el pandillero Tronco, que llevaba el tatuaje de la banda en el pecho. ¿Acaso Tronco no era un apodo, igual que Calvo? Estuve a punto de comentárselo a ella, pero parecía un tema espinoso y preferí cerrar el pico.

La tía Sofía me acompañó por la calle de las farolas negras hasta un edificio de apartamentos. En la pared, junto a la entrada, habían pintarrajeado las alas del emblema de los Querubines. Justo debajo alguien había escrito una proclama con letras negras:

«ESTE EDIFICIO ES DE LOS QUERUBINES DE LA TÍA SOFÍA».

—Aquí la tienes a lo grande: la insignia de los nuestros —me contó la tía Sofía, orgullosa, cuando pasamos por delante—. Quiero que te repongas hasta que amanezca. Mañana hablaremos de cuál será tu función.

En la entrada había dos tipos haciendo guardia. Al pasar, la saludaron con una reverencia.

—Buenas noches, tía Sofía —entonaron al unísono.

—Buenas noches. Sois un cielo —respondió ella, con dulzura—. ¿Cómo van las reformas?

—Vamos tirando, tía Sofía —le comunicó el más cercano—. Algunos recién llegados ya se han instalado.

—¿La habitación del ático está en condiciones, tal como os he pedido?

—Hemos puesto a dos asociados que hemos pillado a limpiarla con urgencia. Uno de ellos ha intentado escaquearse, pero hemos podido... convencerle.

—No quiero aglomeraciones en la escalera —les avisó, y me señaló con el pulgar—. Por favor, procurad que no entre nadie mientras se la muestro.

—Por supuesto. Buenas noches, tía Sofía.

El interior del edificio estaba mal iluminado y había cascotes por doquier. El papel de las paredes, de un azul celeste, colgaba a medio arrancar. En algunos puntos se entreveían las vigas de madera que sostenían los muros. La recepción era discreta y escasa de elementos: había un ascensor con un cartel de «Fuera de servicio» y unas escaleras estrechas que subían.

Una cucaracha enorme salió correteando desde detrás del cartel y se metió por un agujero.

—Estás en uno de los pisos francos que tenemos repartidos por la ciudad —me ilustró la tía Sofía—. No te asustes. En los próximos días te buscaremos un hogar

más digno, que este es provisional. Tu regreso ha sido de lo más repentino.

Pasamos la recepción y comenzamos a subir. Íbamos esquivando las telarañas. Los escalones eran angostos. De vez en cuando, nos topábamos con alguno medio aplastado. Al pisarlos, hacían ruido, por lo que me sentía como si estuviera trepando por las teclas de un piano viejo.

Las piernas me pesaban el doble por el cansancio que llevaba encima, pero la tía Sofía se detenía conmigo en cada planta para tomar aire, en señal de connivencia. Cuando llegamos al segundo piso, advertí que había más gente viviendo en el edificio. Los muros eran finos, por lo que no pudimos evitar escuchar una conversación mientras descansábamos en el rellano.

—¡¿Dónde está la comida?! —bramaba un hombre—. ¿Quién se tenía que encargar de traerla? ¡Elena!

—¡Pensé que nos habrían sobrado verduras de mi amiga! —replicó una voz femenina.

—¡No pienses! Tu tarea era sencilla. Si seguimos así, tendré que comerme el sombrero.

Hubo un silencio muy breve. La tía Sofía tenía la vista clavada en los escalones y no parecía que estuviera escuchando.

—¡Podríamos pedir comida a domicilio! —propuso la mujer.

—¡Claro! ¡¿Qué tal si pedimos unas hamburguesas?! —volvió a chillar el hombre—. ¿Y qué les decimos? Ya lo sé: «Traigan unas hamburguesas al edificio en ruinas del barrio más peligroso de la ciudad, por favor».

Se escuchó un portazo a lo lejos. Después, nada de nada. La tía Sofía levantó la mano para indicarme que continuáramos.

—Oye, tía Sofía. ¿De qué se alimentan los Querubines? ¿De las discotecas?

Ella me miró de reojo e insistió en que subiéramos.

—Somos una comunidad que sirve como garantía de la ley. La policía no puede llegar a todas partes en una urbe como esta. Protegemos a los débiles y nos pagan. Las discotecas solo son uno de nuestros negocios.

—¿Hay muchas más bandas?

—Sí que las hay —observó con presteza, como si hubiese anticipado la pregunta—. Pero están al margen de lo legal y no cuentan con el apoyo de la policía. Son rivales a los que sometemos. Si no se dejan asimilar, los destruimos. Tampoco es que me guste, pero no nos dejan otro remedio.

La tía Sofía era dura y estaba muy segura de sí misma. Seguimos subiendo hasta el ático.

—Es aquí. No tendrás mucha intimidad, pero sí una buena cama donde descansar.

Sacó una llave y abrió la puerta del apartamento, que se quejó con un chirrido

por exceso de herrumbre y falta de aceite. La habitación era rectangular, pero ni muy larga ni muy profunda. Desde la puerta se podía enumerar su contenido con una visión panorámica.

Junto a un armario de madera, había una ventanita con marco de plástico y sin balcón. La sala, que era al mismo tiempo cocina, dormitorio y baño, estaba desordenada. La suciedad y la grasa, sobre todo en las paredes próximas a los fogones y al retrete, me recordaron al sótano del hospital. La cama, sin embargo, parecía de lo más confortable, aunque era corta.

En medio de aquel espacio, haciendo esfuerzos para no chocar entre ellos, un hombre y una mujer fregaban y pasaban la escoba sin ton ni son.

El tipo movía la fregona con torpeza, nervioso, intentando no mancharse. Su camisa roja de frutas estaba húmeda; sin duda había estado corriendo. El cabello, que otrora le había formado un tupé, le caía hacia los lados ahora que la gomina se había disuelto. Cuando escuchó el crujido de la puerta que se abría, Pablo, el muy canalla, se dio la vuelta y me miró, espantado.

—¡Tú!

No tenía escapatoria. Pablo soltó la fregona en un acto reflejo y alzó los puños, amenazante. Pese a su postura agresiva, intuí que estaba aterrorizado.

—Veo que ya os conocéis —dedujo la tía Sofía, sosegada—. ¿Seríais tan amables de explicarme qué ocurre?

—¡Él me robó! —lo acusé, en un arrebato—. Se puso a hablar conmigo en una placeta, me distrajo y me robó.

La tía Sofía, que debía estar acostumbrada a lidiar con situaciones de esta índole, hizo una seña y la otra mujer captó el mensaje. Sin dudarlo ni por un segundo, agarró a Pablo por detrás.

—En ese caso, será castigado como te prometí —me explicó, con la mirada fija —. Juré que cuidaría de ti y es lo que voy a hacer. No podemos permitir esta clase de conductas entre nuestros asociados.

Dicho esto, me empujó adentro sin darme tiempo a meditar en las consecuencias de sus palabras. Pablo, bien agarrado por aquella mujer, pasó junto a mí sin prestarme atención. La tía Sofía le susurró al oído algo que no pude escuchar.

—Cámbiate de ropa y duerme —me ordenó, y palpó la superficie de la cama —. Encontrarás cosas de tu talla en el armario. Si no, díselo a los guardias de la entrada y te subirán alguna prenda a tu medida. Ellos te indicarán dónde están las duchas, si lo necesitas.

—¿Qué vas a hacer con él?

La tía Sofía no quiso contestarme. Cerró la puerta y me dejó a solas.

Lo primero que hice fue mirar el armario, tal como me había recomendado. En

su interior, entre otras prendas, había unos pantalones tejanos y una camiseta sin mangas, parecida a la que le había visto llevar al niño Luca, pero bien limpia. Me cambié lo más rápido que pude y dejé mi ropa, sucia y rota, tirada en el suelo. Después, me lancé sobre la cama, que era tan corta que me sobresalían los pies.

Caí en que se me había olvidado pedirle mi móvil a la tía Sofía. Lo cierto es que daba lo mismo, puesto que ni siquiera había sido capaz de acceder a él. Concluí que se lo reclamaría al día siguiente.

Me convenía dormir.

Aunque tenía sueño, los nervios no me dejaron pegar ojo durante varios minutos. Además, empezaba a tener hambre. Traté de poner la mente en blanco. Al cabo de media hora conseguí hacer bajar los párpados con sumo esfuerzo, que se cerraron de manera gradual como dos persianas enrolladas.

Cerré los ojos.

*A*bro *l*os ojos.

*P*or segu*nda* vez, me e*n*cue*ntr*o fuer*a* de mí. Es*t*oy e*n* u*n* res*ta*ur*ant*e de cor*t*e vic*t*ori*an*o, co*n l*ám*para*s c*l*ásic*a*s que cue*lgan* de*l t*echo. *La*s mesi*ta*s circu*la*res est*án p*rovis*ta*s de u*na* cuber*t*ería bri*llant*e que cue*nta* co*n plat*os y v*a*sos de *p*orce*lana*.

*N*o, es*p*er*a*.

*N*o es u*n* res*ta*ur*ant*e, si*n*o u*na* disco*tec*a. *A* mis *p*ies se ex*t*ie*n*de u*na p*i*sta* de b*ail*e co*n* cu*a*drícu*la*s de co*l*ores. *La* b*an*da so*n*or*a* de *la* ve*lad*a *la* rige*n l*os b*a*jos de u*na* mezc*la* de músic*a* e*lec*tró*n*ic*a*. *La*s *l*ám*para*s c*l*ásic*a*s *n*o sirve*n* de so*por*te *para* ve*la*s de verd*a*d, se *t*r*ata* de *t*ubos de *l*uces de *n*eó*n*. *L*os cubier*t*os sí que so*n a*u*t*é*nt*icos.

*L*o sé, *p*orque est*án* c*la*v*a*dos e*n l*os c*a*dáveres de *l*os *pan*di*ll*eros que me rode*an*.

La disco*tec*a es u*n* b*a*ño de s*an*gre y h*a*y cuer*p*os *p*or *t*oda*s pa*r*t*es. R*aja*dos, *p*erfor*a*dos y go*lpea*dos *p*or u*na lanz*a de gr*an ta*maño que cue*lg*a e*n* mi es*pal*d*a*. Est*á a*s*till*ad*a*, *p*or *l*o que *la* m*ad*er*a* me c*aus*a *p*icor e*n la* zo*na* dors*al*.

La c*abina* de*l* DJ, que ocu*pa* u*n l*ug*a*r cé*nt*rico e*n la* s*ala*, est*á* des*t*roz*ad*a y *t*eñid*a* de rojo. Resgu*ard*d*a tra*s *la* mes*a* de mezc*la*s, *la tía* Sofí*a t*iemb*la* de miedo. H*a* sido derro*ta*d*a*. Su *p*ie*l*, *n*orm*al*me*nt*e b*lan*c*a* y su*a*ve como *la* sed*a*, es*t*á eriz*ad*a y rugos*a* como si fuer*a la* de u*n p*o*ll*o.

—D*am*a Oscur*a*. *P*o*nt*e de *p*ie.

Me obedece co*n* r*ap*idez, *t*irit*an*do.

—Dama Oscura, quiero tu protección. Quiero que me cuides de mis enemigos como harías con cualquiera de los tuyos. Tendrás que ofrecerme un lugar donde dormir y trabajo que hacer en tu banda.

La tía Sofía se ríe, nerviosa.

—¿Yo… yo? ¿Protegerte a ti? ¿Por qué debería hacer eso?

—Porque te dejaré vivir y te pagaré por ello…

—Acepto.

—…Ahora bien, deberás cumplir el trato pase lo que pase mientras yo siga de una pieza. Aunque envejezcas y me olvide de ti, deberás protegerme. Si mueres, tus sucesores se encargarán de mis cuidados.

—Sí, lo acepto.

—Ponte de rodillas. Más cerca.

—¿Qu… qué?

—Obedece.

Ella viene a mí desde detrás de la mesa de mezclas y se pone de rodillas. Con lentitud, apoyo el filo de mi lanza sobre su hombro, pero sin llegar a hacerle daño.

—Quiero que muestres con mis enemigos la misma crueldad que he tenido contigo y con tu gente. Sé que lo harás, porque estás vacía por dentro, y disfrutarás con ello. Debes saber, Dama Oscura, que no me impresiona tu inclemencia y que eres un libro abierto para mí.

Ella asiente, ahora sin temblar, esforzándose por parecer en calma. Por fuera, da la sensación de que se siente a gusto y está relajada, pero yo sé que en el fondo está doblegada y rota. Cuando al fin osa hablarme, lo hace pausadamente.

—Da igual cuán pequeño sea el daño que te hagan. Da igual si quien te miente o te traiciona es el más querido de mis hombres. Poco importa si mereces el agravio recibido una o un millón de veces o si, con salvarte y protegerte, estoy cometiendo el mayor pecado posible y condenando al mundo entero. Por ti, juro que destruiré sin piedad al que se interponga en tu camino. Lo castigaré como es debido. Siempre cumplo mis tratos.

Sonrío con satisfacción y deslizo la punta de la lanza por su rostro. Le rajo la cara. Ella grita de dolor. Le quedará una cicatriz formidable.

—Esto sella nuestro acuerdo. A cambio de tus esfuerzos, te

cubriré de oro. Recuerda siempre lo que ha pasado hoy, porque es posible que, en un futuro, yo lo haya olvidado... y tengas que explicármelo.

Ella se pone de pie, entre lágrimas, y se tapa la herida.

—Lo tendré presente.

Cierro los ojos.

Abrí los ojos.

Me desperté de un salto. Tenía el cuerpo sudoroso.

No me podía creer lo que acababa de rememorar. ¿Había sido ese mi último encuentro con la tía Sofía antes del accidente? Si mi visión era correcta, en cierto punto del pasado me había abierto paso hasta ella, con violencia, para reclamar su protección.

¿Quiénes eran los enemigos de los que tenía que defenderme?

Si yo había sido tan hábil con la lanza como para aniquilar a los pandilleros de la tía Sofía, ¿por qué no me había enfrentado a mis enemigos, también, en lugar de unirme a los Querubines?

Además, seguro que tenía mis propios recursos, por aquel entonces. Por lo visto, le había pagado una gran suma a la «Dama Oscura». ¿De dónde había salido el dinero?

Mientras meditaba sobre ello, una frase de la tía Sofía pasó por mi mente y la retuve: «Da igual cuán pequeño sea el daño que te hagan. Da igual si quien te miente o te traiciona es el más querido de mis hombres».

Pensé en Pablo, el canalla. No me podía quitar aquellas palabras de la cabeza.

«Da igual si quien te miente o te traiciona es el más querido de mis hombres —había dicho—. Por ti, juro que destruiré sin piedad al que se interponga en tu camino. Lo castigaré como es debido».

Si la tía Sofía se consideraba capaz de «destruir sin piedad» a uno de los suyos, ¿hasta dónde llegaría con un mero asociado de la banda?

Pablo estaba en peligro. Le haría algo terrible.

«Siempre cumplo mis tratos». La visión de la tía Sofía jurándome lealtad era como una espina clavada, más punzante que los muelles de la cama del hospital, y no me dejaba conciliar el sueño. Me entró un calor sofocante. No podía respirar. Necesitaba tomar aire.

Me levanté, abrí la pequeña ventana de la habitación y asomé medio cuerpo. Comenzaba a hacerse de día.

Abajo, en la calle, en medio de una multitud, la tía Sofía tenía a Pablo bocabajo y le apuntaba con un revólver en la nuca. Un farolillo viejo enfocaba la escena desde lo alto de un palo, preparado para guiar una bala hasta su fatal destino.

4
La familia o la piedra

—¡Para! ¡Que bajo!

Desde la ventana, le grité con todas mis fuerzas a la tía Sofía. Sin esperar una respuesta, salí corriendo de la habitación.

Ni siquiera me molesté en cerrar la puerta. Iba a tal velocidad por las escaleras que temía resbalar y romperme el cuello, pero el miedo a hacerme daño no me frenaba, sino que me animaba a ir más deprisa.

—¡Creo que mi amiga ha regresado con comida! —escuché a una mujer través de la pared, mientras descendía—. ¡Oigo pasos...!

A pesar de la velocidad a la que bajaba, el camino se me hizo más prolongado que durante la subida. A lo largo del descenso iba apretando los labios, igual que aquel niño de la cabellera rubia. De haber podido, habría cerrado también los oídos. Quería replegarlos sobre el cráneo para no tener que escuchar el disparo fatal que iba a matar a Pablo. Tenía que llegar.

Iba a conseguirlo.

Era tal el acelerón por el precipitado descenso que, una vez en el portal, no llegué a contenerme para girar el pomo. Abrí la puerta con el cuerpo, como si fuera un ariete, y las bisagras saltaron por los aires. Antes de que tocaran el suelo y mientras todavía reverberaba el estruendo que había causado con la embestida, ya me encontraba en el centro de la calle, junto a la futura víctima y su ejecutora.

Alrededor, hombres, mujeres y niños al servicio de la tía Sofía formaban un círculo. La multitud observaba el espectáculo en silencio, con ganas de acción, y algunos me miraban desafiantes.

Alguien me escupió en el brazo, muy cerca de donde tenía el tatuaje de los Querubines. Con prisa, me limpié el esputo con mi camiseta y di un par de pasos hacia el interior del círculo para alejarme en lo posible de mi atacante escupidor, fuera quien fuera. La ejecución era inminente. Por fortuna, la tía Sofía todavía no había apretado el gatillo.

—De... detente —balbuceé, sin aliento.

—Estoy detenida, cielo —señaló ella, en una entonación cariñosa.

En efecto, no había movido pieza. Se había quedado de pie junto a Pablo, que

permanecía estirado y sin decir una palabra. El canalla había pasado de estar blanco como el papel, cuando nos encontramos en la habitación, a tener la cara roja como un tomate. Lloraba. ¿Lloraba?

—Tía... tía Sofía, he recordado la conversación que tuvimos en el pasado en la discoteca. No es necesario que castigues a Pablo. Él no es mi enemigo. Déjalo ir.

En cuanto mencioné su nombre, cesó sus lágrimas y me miró, perplejo. No esperaba que fuese a intervenir a su favor. La tía Sofía puso cara de desapego, disgustada por mi súbita intrusión. No obstante, no se la veía sorprendida.

—Me preguntaba si vendrías. Dime, ¿por qué quieres salvarlo? Acabas de regresar a la banda y él es un vulgar asociado. Su vida no debería significar gran cosa para ti. ¿Es que te has enamorado?

Varias personas de entre la multitud se rieron por el comentario. La sola idea del amor me sonaba repulsiva en un contexto tan estéril, más aún con aquel ladronzuelo. Desaté una mueca de asco.

—No es eso. No quiero que lo mates por algo tan leve como quitarme la llave de casa. Me parece desproporcionado. Basta con que me la devuelva y explique por qué la robó.

Ella formó una sonrisa. Al parecer, disfrutaba con la situación. La gente cuchicheaba.

—Qué dulce te has vuelto, pero te tengo que decir que no. Hice un trato contigo cuando tu voluntad era fuerte y eras una bestia poderosa. Ahora eres débil y me pides cambiar las condiciones del acuerdo. ¿Qué pasará con nosotros si recuperas la memoria y te vuelves fuerte de nuevo? —Me miró fijamente a los ojos —. Sin duda, nos lo harás pagar.

Alguien del grupo que nos cercaba me profirió un insulto por la espalda, pero traté de ignorarlo y mantuve la cabeza fría.

—Sé a lo que te refieres, lo recuerdo vagamente. Con todo, dado que perdí la memoria, no alcanzo a entender por qué os ataqué en la discoteca... pero puedes estar segura de que estoy bajo control. Mi deseo manifiesto de perdonarle la vida es prueba de ello.

Ella levantó la mano con la que no sostenía el revólver y señaló a Pablo.

—Si estás mintiendo, y te vuelves cruel como antes, me matarás por dejarlo vivir. Si lo que dices es verdad, y te has vuelto endeble y sentimental, no tengo motivos para obedecerte. En cualquier caso, él perece. ¿Lo ves?

Pablo, consternado, empezó a darse golpes contra el asfalto. Los próximos a él se reían y lo apuntaban con el dedo, simulando una pistola, y hacían ruidos de disparos. Por mi parte, dado que ya no tenía sueño ni me dolía el cuerpo, podía pensar con claridad. Respiré hondo y me puse a rumiar en cómo salir de aquella situación. De entrada, no se me ocurría ninguna escapatoria.

Tenía que haber algún modo de rescatarlo.

Quizás, algún detalle de mi visión que hubiese pasado por alto. A lo mejor podía encontrar un punto flaco en la mente desquiciada de la tía Sofía, que solo rendía pleitesía a la fuerza y a la crueldad.

En aquel momento, yo carecía de ambas. No me reconocía en la bestia despiadada de mis recuerdos, cuando había convertido aquella discoteca en una carnicería. Aunque la tía Sofía parecía ser consciente de que había cambiado, a lo mejor sería capaz de despistarla.

—Has sido testigo de lo que he vuelto a hacer con tus hombres al llegar a tu territorio. —Me armé de valor e intenté forzar una voz convincente, feroz como la de mi visión, y la amenacé con las mismas palabras—. Si quieres vivir, ponte de rodillas, Dama Oscura.

Pese a que le puse mucho arresto, al acabar la frase me di cuenta de que había cometido un grave error. Ella se mantuvo de pie, riéndose.

—Incluso el corazón más dócil y sumiso puede volverse agresivo en un momento de desesperación para salvar la vida. Que tengas que repetir los gestos que hiciste durante aquella chispa de fuerza, que apenas duró un momento, demuestra que te has debilitado. Estás haciendo teatro. ¿Dónde está tu lanza?

Había dado en el clavo. Mis amenazas estaban vacías. Muchas personas de entre el público aplaudieron y alentaron a la tía Sofía. Otras, me increparon. Yo no sabía cómo reaccionar.

La tía Sofía estaba utilizando a Pablo para castigarme, para divertirse. En el fondo, sabía que no podía culparla. Después de todo, la cicatriz que tenía en la cara se la había hecho yo.

—Tía, me estoy quedando sin opciones. Te lo suplico, deja que se vaya. Haré lo que haga falta. Déjame arreglar esto.

Ella me guiñó el ojo con malicia.

—De rodillas —decretó, imitando mi voz.

—¿Qué?

—Obedece.

Aquello era lo contrario a mi estrategia inicial, pero no se me ocurrió qué más podía hacer. Poco a poco, comencé a flexionar las piernas. Aunque tardé una eternidad en cambiar de posición, terminé por pasar por el aro.

La tía Sofía se alejó de Pablo y comenzó a dar vueltas a mi alrededor. Sin soltar el arma, me examinó desde todos los ángulos. Luego, me dio la espalda y se dirigió a los suyos.

—Tía, ya sé que hicimos un trato —la interrumpí justo cuando iba a ponerse a hablar—. Rompámoslo. Deja que Pablo se marche.

—El trato ya está hecho trizas, cielo. Eres demasiado endeble para sostenerlo —

me confesó en voz baja y sin gesticular, para que solo yo pudiera escucharla, y luego gritó—. ¡Nuestras promesas son oro! ¿Quieres que las rompa y perdone a un traidor? ¿Un ladrón traicionero, entre nuestros asociados? ¡Es humillante!

El grupo se exclamó, escandalizado. Aquella gente era de lo más influenciable. Los tenía en la palma de la mano. Al menos, a la mayoría. Había algunas personas entre el público que permanecían a la expectativa.

—Muchos de vosotros recordáis cómo llegó a la banda esta bestia —prorrumpió, y entornó los ojos, melancólica—. Mató a nuestros amigos, a hermanos y hermanas. Tuvimos que dejar que se uniese a los Querubines, lo cual fue una vergüenza. Pues bien, aquí tenéis sus vestigios. Es cobarde y débil. ¿Podemos permitirnos el lujo de tenerle miedo? ¿Podemos seguir contando con la bestia en nuestra familia?

El público profirió gritos e insultos. Volvieron a escupirme en el brazo, pero esta vez fui lo bastante veloz como para detectar al culpable. Luca, el chaval rapado al que habían llamado Calvo, hacía ostensible su desafección a base de salivazos. Sin levantarme, traté de desplazarme al interior del círculo para alejarme de él. Las amenazas de la gente me cortejaron durante el trayecto.

—¡Que se coma el revólver!

—¡Acaba con los dos!

—¡Que sufran!

La tía Sofía alzó el brazo para acallar la lluvia de ideas. Se paseó en silencio mientras sopesaba las propuestas y se rascó la barbilla. Tragué saliva. «Nuestras promesas son oro», había dicho.

Oro.

Observé con detenimiento a los que nos rodeaban. Repasé sus vestimentas, sus cuerpos, sus miradas de infelicidad. Desde luego, los Querubines no eran precisamente un coro celestial. Ni rastro de oro ni de riquezas. Muchos de ellos vestían con harapos y estaban muy delgados.

Un niño jugaba y chapoteaba en un charco de color cobrizo mientras que su padre, un hombre escuálido y desdentado, saltaba a su lado. La madre del crío, que tenía un tono de piel amarillento, no les prestaba atención. Por el contrario, había clavado los ojos en mí y chillaba como una loca. El panorama era lamentable. Me puse de pie.

—¿Qué te crees que haces? —expresó con energía la tía Sofía, para que la oyesen bien—. Te he mandado quedarte de rodillas, bestia.

No tomé en consideración sus palabras. En cambio, me aproximé al público. El pequeño Luca volvió a escupirme, pero esta vez lo ignoré. Volvió a hacerlo un par de veces mientras me acercaba, pero, al ver que pasaba de él, terminó por rendirse. Con gran dramatismo, miré a cada uno de los presentes.

—Sois una familia especial —comencé, con una inesperada sensación de seguridad—. No estáis unidos solo por la sangre. Sois un linaje de gente buena que sufre, que sigue a la tía Sofía con la esperanza de lograr una vida mejor.

La señalé, y el gentío enmudeció. Estaban confundidos por mi arrebato de confianza.

—Es cierto que entré a formar parte de los Querubines por la fuerza, pero sed listos: la violencia que usé para conseguirlo puede ser el motor de este cambio que anheláis.

La líder de la banda, acostumbrada a actuar por instinto, estaba entrando en un estado racional en el que no se encontraba cómoda. Me di cuenta de que si seguía presionándola podría tener una oportunidad.

—Como ya sabéis, la tía Sofía me ofreció un puesto en los Querubines y su protección frente a un enemigo cuya naturaleza no tengo clara. Ahora bien, hay algo que sé perfectamente. —Hice una pausa larga—. Os lo diré: a cambio de sus cuidados le ofrecí una gran suma. Mucho dinero.

Me tomé un momento para calibrar la reacción del público. La tía Sofía estaba más pálida que antes; tanto que, sus labios, por lo común abultados y negros como un pozo, estaban grises y constreñidos. El gentío me escuchaba con interés. Los más escépticos la miraban a ella, recelosos.

—Tengo que admitir que no veo ese dinero mío por ninguna parte —continué, y contuve las palabras para aumentar la expectación—. No lo ha invertido en vosotros, su familia. Solo hay penuria. La traición de la tía Sofía es doble: por un lado, ha roto el trato que hizo conmigo al poneros en mi contra, pues prometió que me protegería. Por el otro, os ha dado la espalda al ocultaros sus riquezas. No ha hecho honor a los Querubines.

Mientras decía esta frase, me volví hacia la tía Sofía, que estaba exasperada. Movía la cabeza de un lado al otro. Buscaba empatía. La atormentaba un conflicto interior. Confié en que los demás percibieran sus dudas con la misma claridad que yo.

Ahora que se sentía confusa y culpable, me tocaba contratacar. Me acerqué con parsimonia. A cada paso que daba ella tiritaba de miedo, como si se tambaleara el suelo bajo sus pies. Cuando la tenía enfrente, se derrumbó. Estaba a mi merced, igual que en mi visión.

El revólver le cayó, por lo que se balanceó para recogerlo. Desistió. El arma le había ido a parar demasiado lejos. Se quedó allí, muy quieta, rendida, esperando mi sentencia. La tomé de la mano, que le temblaba.

—Levántate —le susurré al oído, para que nadie más pudiera escucharme—. Ya sabes de lo que soy capaz.

Me enderecé sin llegar a soltarla. Luego, me di la vuelta para hablar con la

multitud. Algunos estaban perplejos. Los demás, enfurecidos. Uno de ellos nos lanzó una piedra, pero lo hizo con tan poca gracia que no llegó a darnos.

Después del espectáculo que habíamos montado, no tenía claro quién de los tres había sido el blanco de aquella agresión. Recogí la piedra que nos habían tirado y la inspeccioné. Era un guijarro curioso que tenía forma triangular, de un gris oscuro, con las puntas afiladas. De haber impactado, nos habría hecho un buen corte.

No me desanimé.

Al contrario, me sentía feliz de un modo extraño. De manera natural, como si lo hubiera hecho decenas de veces, había tomado el control de la situación. Sabía con exactitud lo que tenía que decir y me estaba deleitando con ello. Las palabras me salían solas y sentía euforia.

—No es fácil mantener unida una familia, más aún si es tan extensa y heterogénea. Ahora bien, es normal que los que tienen un vínculo duradero se amen y se perdonen. Eso es lo que debéis hacer con la tía Sofía, que se ha puesto en peligro por vosotros al desafiarme —declaré, con convencimiento.

Me costaba reprimir la fascinación por mis propias conclusiones y la convicción con la que las exponía. Había comenzado a hiperventilar.

Con la tía Sofía en una mano y la piedra en la otra, me aproximé a un hombre que apretaba los dientes, furibundo. Alto y fuerte, destacaba entre la multitud como una especie de cabecilla. Ocultaba buena parte del rostro con una boina, por lo que la mandíbula era el único retazo de sus facciones que quedaba a la vista; le sobresalía, de tan grande.

Los demás lo observaban a intervalos, atentos a su reacción para poder seguirlo. Intuí que podría ser un lugarteniente de la tía Sofía y que, por lo tanto, su respuesta iba a ser determinante. Me acerqué a él hasta que pude sentir su aliento.

—¿Qué va a ser entonces? ¿Tomaréis el camino de la violencia u os amaréis como hacen las familias auténticas?

Alargué los brazos para escenificar las dos opciones, que las tenía en las palmas de las manos. En una, la piedra puntiaguda. En la otra, la tía Sofía, con su lengua afilada.

—¿Qué vais a elegir? ¿La piedra, que pertenece al suelo, a la tierra, que está descompuesta y al alcance de cualquiera? ¡¿O la familia, que es pura, divina y un privilegio exclusivo?!

No le di tiempo a responder. Dejé caer la piedra, que se rompió por una de las puntas. Acto seguido, cogí la mano de él y la junté con la de la tía Sofía. Ella, que aparentaba recuperarse, se hizo con la iniciativa y lo abrazó. Aproveché que yo ya no era el centro de atención y me hice a un lado.

—Os quiero mucho —iba diciendo, emocionada—. Muchísimo...

La multitud, que había estado extasiada hasta entonces, abrumada por los hechos y por la contundencia de mi oratoria, empezó a serenarse. No parecían convencidos.

—La semana pasada sufrimos cortes de luz cada día —se quejó una mujer mayor—. ¿Por qué no has comprado el generador eléctrico que prometiste?

—Mi novia tiene que pedir comida a una amiga porque no ganamos lo suficiente —continuó un señor que llevaba un sombrero agujereado—. ¿Resulta que tienes una fortuna escondida?

—¡Te dedicas a explotar al barrio!

—Explotar, explotar...

—¿Qué hiciste con Tronco? ¡¿Cómo pudiste?!

—Mi padre ha llegado a fumarse las colillas que encuentra por la calle.

—Me marcaste a fuego por usar un apodo. ¡Mírame!

El gentío comenzaba a enervarse. La tía Sofía soltó al hombre al que estaba abrazada y retrocedió. Su cara, que antes había palpitado de emoción, se estremecía ahora por la sorpresa y el miedo.

El pandillero de la boina la agarró con sus enormes zarpas y le arrancó de cuajo el traje de ejecutiva. Con dificultad, la tía Sofía fue capaz de mantener el equilibro. La mujer mayor que se había quejado de los cortes de luz se acercó por detrás y le tiró del cabello.

En medio de la refriega, el símbolo de los Querubines resplandecía en el brazo descubierto de la tía Sofía ahora que no llevaba el traje. El hombre del sombrero con agujeros agarró la piedra fragmentada del suelo y se la clavó por la punta más afilada. Rasgó su piel hasta que el tatuaje quedó emborronado y oculto por una capa de sangre.

Al ver esto, me apresuré en alejarme del grupo y fui hacia Pablo. El recital de quejas y abucheos seguía sonando a mis espaldas.

Cuando llegué hasta él, lo tomé del hombro para ayudarlo a levantarse.

—Vámonos mientras están distraídos. ¿Puedes correr?

—Creo que sí —respondió, sin perder de vista la multitud.

—¡Pues venga!

Salimos disparados en dirección opuesta, pero nadie se molestó en intentar detenernos. Corrimos y corrimos sin mirar atrás. En nuestra huida, nos cruzamos con varios vehículos policiales. Tenían la sirena encendida y se dirigían a toda velocidad hacia la fuente de los disturbios.

Estaba claro que aquello finalizaba cualquier trato que hubiese tenido con los Querubines, por lo que ya no contaba con su protección.

—La tía Sofía... estaba muy guapa... sin su traje... —masculló Pablo, que intentaba disimular su cansancio.

—¡No dejes de moverte, depravado!

Aparte de lo molestos que pudieran estar los Querubines, los misteriosos enemigos que me perseguían, si es que los había, ahora vendrían a por mí. A pesar de los riesgos, sentía la tranquilidad de haber tomado la decisión más buena. Había algo dentro de mí que me decía que salvar a Pablo había sido lo correcto. Aunque él fuera un imbécil.

—¡Por aquí! —me indicó, tras unos minutos corriendo.

Nos metimos en un callejón estrecho y aminoramos la marcha. De repente, Pablo me empujó contra la pared e hizo amago de darme un beso en la mejilla.

—¡Qué haces! —grité, y lo rechacé.

—Me has salvado —me explicó, pueril—. Te estoy dando las gracias.

Lo empujé y los dos fuimos a parar al suelo. Lo puse boca abajo y me senté encima de él mientras le palpaba la ropa.

—Si quieres darme las gracias, devuélveme la llave y lárgate. ¿Dónde la tienes?

—Nunca lo adivinarías.

—¡Asqueroso!

Se dio la vuelta y me tiró.

—Está bien, te la daré, pero no te recomiendo que la uses. Creo que es muy mala idea.

—¿Por qué dices eso?

Puso la mano en mi oreja y, con un gesto, hizo como si me extrajera la llave del interior del oído.

—¡Tachán! ¡Abracadabra! —exclamó, como un mago en plena actuación—. Anda, ¡si la tenías tú desde el principio!

—Eres un bromista. No grites tanto. Dámela.

Me tomó del dedo y colocó la argolla con la llave en él, de tal manera que quedó colgando por el aro. Luego, me apartó la vista.

—Muy bien, ahora lárgate —solté, y me la guardé en el bolsillo—. No me gustaría que alguien que no fuera un canalla se acercase y pensara que estamos juntos.

—No te preocupes. Podría decirte «juguemos a algo» y empezar contigo una conversación divertida y seductora, pero jamás me quitaría los pantalones delante de ti, aunque estuvieran en llamas.

—Te estás pasando. ¿Te importaría marcharte?

—Si me voy... —siguió, midiendo cada palabra—, no sabrás nunca por qué te quité la llave.

Pablo me caía peor por momentos.

—Vete. Olvida lo que te dije aquella vez en la azotea. Tu destino ya no está amarrado al mío. ¡Piérdete!

Él, que había recuperado el buen color, se quedó blanco de nuevo.

—¿A qué te refieres? —quiso saber, con fingida naturalidad.

—Sí, al llegar al barrio recordé que trabajabas para mí —expuse, y arqueé la ceja —. Sé que te obligué a ello. No sé qué relación teníamos, pero ya no hace falta que me sirvas. Pírate.

Se levantó con una expresión fría y se dispuso a irse. Sin embargo, se lo repensó antes de dar el primer paso.

—¿Seguro que no quieres que te cuente...?

—¡No! —estallé de furia—. Acabo de salir de un hospital y he olvidado quién soy. Por lo visto, me pasé la vida matando y relacionándome con pandilleros y ladronzuelos. ¡No quiero saber nada!

Pese a que lo había tomado por un miedica, Pablo no se dejó amedrentar por mi ataque de ira ni por mis tendencias violentas. Volvió a sentarse.

—Escúchame bien. No es buena idea que vayas a tu casa. No vayas.

—¿Por qué no?

—Porque tengo motivos para pensar que puede ser peligroso.

—Eso no tiene sentido...

—Puede que no tenga sentido, pero tienes que creerme —me cortó—. No vayas.

—¿Por qué? ¿Por qué no quieres que vaya?

Me miró a los ojos.

—No sé la razón. Por lo que intuyo, tampoco lo recuerdas. En cualquier caso, fuiste tú quien me dio la orden, hace mucho, de que te quitara la llave cuando aparecieras en aquella placeta. Sospecho que tenías un buen motivo para ello.

5
La llave

Abro los ojos.

Examino la zona con cuidado para no tener sorpresas. Llueve a cántaros. La tía Sofía ha salido de la discoteca por su propio pie, escoltada por dos hombres y algo magullada. Todavía le sangra la cara por el corte que le he hecho. Parece muy afectada.

Uno de sus acompañantes sostiene un paraguas a su lado para protegerla de la lluvia. Ella tarda en percatarse, pero, cuando lo ve, se pone tensa. Estira el brazo y se lo arrebata.

—No me hace falta paraguas, cielo —le avisa, mientras lo cierra sin más. Como me he quedado mirándola, me lo justifica—. Si tú no te resguardas del chaparrón, yo, que debo protegerte, tampoco lo haré.

—Deberías coserte esa herida, Dama Oscura. Cuanto más tiempo pases sin tratártela, mayor será la cicatriz.

—...Le recomienda la bestia a la oveja —acaba ella con media sonrisa, pero retrocede atemorizada—. Tienes razón. Haré que me la remienden cuando demos por cerrado nuestro trato.

Sin lugar a duda, me quiere demostrar que conserva el control y que es fuerte. Un vano esfuerzo, teniendo en cuenta que hace apenas unas horas la tenía de rodillas.

Extiendo el brazo y lo apoyo encima de su hombro. Con la otra mano, tiro de mi ropa hasta dejar a la vista el tatuaje que me acaban de hacer. Son las alas de un ángel.

—Me inquieta este emblema vuestro, este dibujo. No me cabe el corazón en el pecho al pensar que es para toda la vida. Eso puede llegar a ser mucho, mucho tiempo —le murmuro a la tía Sofía—. Así que ahora formo parte de... ¿cómo era?

—...De los Querubines —acaba ella, entre dientes.

—Eso es —levanto la nariz para expresar cuánto me repugna—. Espero que la protección que me ofrezcas sea mejor que este

garabato horrible.

—Lo será —me contesta con lentitud, intentando ocultar su enfado, a punto de reventar—. Tan cierto como que me vas a pagar lo prometido.

—En efecto. Para traer el dinero, me he tomado la libertad de utilizar uno de tus… de nuestros asociados.

La camioneta llega según lo previsto desde la esquina más alejada de la calle. Sus limpiaparabrisas se mueven rápido, inquietos, y traman con la lluvia para mantener oculto al conductor. En cambio, el vehículo se acerca tranquilo, como si la arena mojada entre los tacos de las ruedas lo ralentizara. Las gotas de agua resbalan por su superficie, desde el capó hasta el radiador, y le tiñen la carrocería de un blanco brillante, salvo por un par de raspones y por una saltadura en el guardabarros, cuya forma es similar al tajo que tiene la tía Sofía.

Por un instante, el vehículo nos ilumina con las luces largas. Acto seguido, las apaga. Entonces, da marcha atrás y se detiene en la acera. Cuando el motor se para, la puerta del conductor se abre y Pablo sale con recato.

Acaricio mi lanza. La madera, que está lacerada y llena de astillas, me hace cortes en los dedos.

—La he traído como pediste —me confirma, sin mirarme directamente—. ¿Cómo has conseguido tanta pasta…?

—No tengo por qué hablar contigo, esclavo, no eres nadie —le espeto, y me doy la vuelta para encarar a la tía Sofía—. Tu paga ya ha llegado, está en el camión. Espero que la encuentres satisfactoria.

Ella demanda a sus hombres que echen un vistazo, por lo que se acercan a la parte de atrás para comprobar el interior.

—Está aquí, tía.

Ella suspira.

—Gracias, cielo. Dejad que lo vea, también.

Mientras ella remueve el contenido de la camioneta, Pablo está impaciente, a la espera de que lo deje marchar. Juega con las puntas de los pies y las introduce en un charco.

—¿Puedo irme? —se atreve a pedir, sin levantar la vista.

—Vete, pero recuerda lo que te he ordenado —le advierto, sin que la tía Sofía pueda oírme—. La zona controlada es la mejor opción. Intuyo que la llave tiene un significado especial para mí,

aunque no sé cuál. Puedes sacarle partido.

—Lo haré, lo haré. Cuando salgas del hospital Central House tengo que...

—No quiero escucharlo. Márchate antes de que cambie de opinión.

Él da varios pasos con pesadez y después sale corriendo.

—Creo que es el momento de que discutamos los detalles de tu protección —comienza la tía Sofía, cuando ha terminado de contar el dinero—. ¿Quién te quiere hacer daño?

Me río con fuerza.

—Yo.

Cierro los ojos.

Abrí los ojos.

Era ya bien entrada la noche cuando me desperté. Pablo y yo nos habíamos quedado dormidos en el callejón, muy pegados, y estaba oscuro.

El aire era frío, pero llevaba puesta una chaqueta de cuero. Asumí que me la había dejado él para resguardarme de la corriente.

Como si fuera una segunda capa protectora, Pablo se había volcado sobre mí y me rodeaba con los brazos. Me lo quité velozmente de encima y me aparté de él, que siguió roncando. Lo pateé.

—Tú, levanta.

Comenzó a revolverse hasta que se dio con la pared. Poco a poco, fue abriendo los ojos.

—Buenos días, canalla.

—Buenas noches, querrás decir.

—Nos hemos despertado ahora, así que lo correcto es dar los buenos días.

—Es de noche.

—Ya.

—Roncas demasiado.

—Eres corto.

—Tú ganas: ¡buenos días! ¿Has desayunado ya?

De sopetón, Pablo se puso a bostezar y el viento nocturno le insufló energía. Con el vigor renovado, cogió la mochila de deporte de su espalda, la puso entre los dos y hurgó dentro de ella. No me había dado cuenta de que la llevaba. ¿Volvería a sacar una botella de vino?

—Este truco no, mago —le previne, a la defensiva—. Ya me lo conozco.

Sin comentar nada al respecto, sacó un bocadillo envuelto en papel de periódico. Lo partió y me ofreció uno de los trozos. Se lo agradecí con un

«gracias» tan flojo que creo que no llegó a oírme.

—Espero que te gusten el queso, el membrillo y la pera... y no sé qué más —dijo, mientras diseccionaba el bocadillo para que pudiera ver su contenido.

—No lo recuerdo, pero pronto saldremos de dudas.

Nos pusimos a comer juntos, apoyados en la pared de aquel callejón. Lo cierto es que estaba delicioso. Sin contar el caramelo de la doctora sonriente, no había probado bocado desde que me había despertado en el hospital. Aquel primer manjar me supo increíble.

—Debe ser genial olvidar las cosas agradables de la vida —expresó Pablo, después de varios mordiscos—. Así tienes la oportunidad de sentirlas como si fueran nuevas.

—Claro. El problema es que, si no me parecieron buenas en primer lugar, tampoco lo sé. El bocadillo, ¿lo has hecho tú?

—No sería capaz. Lo he comprado en un bar. Se te nota en la cara que te mola.

Se terminó su trozo y tiró el papel dentro de la mochila. Comía con rapidez.

—Deberías alegrarte. Las novedades son emocionantes, aunque no te guste su resultado.

—He tenido otro recuerdo, en forma de sueño... y aparecías tú.

—¿Y qué hacíamos?

—Te llamaba esclavo y te daba órdenes.

—¡Ajá! Suena fascinante. Cuéntame más.

—Borra esa estúpida sonrisa. Trabajabas para mí en calidad de asociado de la banda. Tú llevaste el dinero para la tía Sofía. Luego, te fuiste a esperarme a que saliera del hospital.

Él puso los ojos en blanco.

—Pensé que no te interesaba el tema —se quejó, e imitó mi voz—. «¡No quiero saber nada!».

—Vaya, pues he cambiado de opinión.

—Imagino lo que me vas a preguntar. No tuve que ver con tu accidente ni con que perdieras la memoria. Desconozco lo que te pasó.

—¿Cómo terminaste trabajando para mí?

—Me encontraste por el barrio, me llevaste a una azotea y me pediste ayuda con amabilidad.

—...Y te di un repaso de campeonato.

—Anda, aquello sí que lo recuerdas. Estupendo. Pues ya sabes lo mismo que yo.

Terminé mi bocadillo y arrojé el papel de periódico dentro de la mochila, tal como Pablo había hecho.

—Aunque todavía tengo dudas, me da la sensación de que puedo confiar en ti.

Por si no lo tienes claro, esa es la razón por la que te rescaté de la tía Sofía.

—Por supuesto. A la gente le encanta que le roben. Siempre me abre muchas puertas.

—A pesar de eso, no creo que seas malo. No hagas que me arrepienta.

—No lo haré. Cuando me pillaste, estaba fregando tu habitación por orden de los Querubines, es verdad, pero no soy uno de ellos. Como asociado, solo les hago pequeños encargos. No como tú, que eres parte de la banda de pleno derecho.

—Aunque tenga su tatuaje, ya no soy de la banda. Dudo que me acepten con los brazos abiertos después de la que hemos liado.

Asintió y estiró las piernas.

—Tú tampoco pareces mala gente. Has cambiado desde la última vez que nos vimos, cuando no tenías amnesia.

—¿Cómo era antes?

—Una persona dura, agresiva, gélida... Dabas miedo y decías cosas raras. Creo que te faltaba un tornillo. Ahora, por contra, posees algo parecido a un corazón. Deberías tener accidentes más a menudo, son terapéuticos.

—Que te den.

—Me gustas así.

Aun con lo que había dicho, no confiaba tanto en Pablo. Antes, tendría que conocerlo más.

—Fuiste muy hábil en el barrio, cuando persuadiste a todos —me halagó, y me alegré por ello.

—Gracias.

—Ahora bien, yo lo hubiese abordado de un modo distinto.

—¿A qué te refieres?

—Lo que quiero transmitirte es que piensas demasiado. Tus ideas son decentes, pero pesan como losas. Deberías aprender a tener un pensamiento más ligero.

—No te entiendo.

—Tómate la vida menos en serio. Sé feliz. Disfruta con lo que haces. Cuando hablaste con la multitud, pude sentir la euforia a través de ti. Déjate llevar como entonces.

Le sonreí. Pese a sus innumerables defectos, era fácil hablar con él.

—Ya sabes lo que dicen —prosiguió, tan campante—. Tienes que ser como un ciempiés. No debes preocuparte por cómo se mueven cada una de tus patas, ni por la complejidad de tus andares. Si lo haces, tropezarás. Relájate para que tus pasos fluyan.

—No te sigo.

—Pues deja que lo intente con otra metáfora: el ser humano es como el motor

de un coche; se revoluciona cuando piensa, y, al actuar, cambia de marcha...

—¿Soy un coche?

—Si le metes mucha caña al coco sin que se traduzca en una acción, sin cambiar de marcha, te estropearás. Si actúas sin pensar, si no revolucionas el motor, montarás un estropicio.

—Como tú has hecho antes, ¿me equivoco?

—Yo funciono en modo automático, así que no sufro ese problema.

—Es lo más ridículo que he escuchado desde que tengo memoria —me burlé, pero sentía curiosidad por su parecer—. ¿Qué hubieras hecho tú?

Se paró a meditarlo.

—Estás pensando —le acusé, suspicaz.

—¿Sí?

—Has dicho que me tengo que dejar llevar. Ahora eres tú quien piensa de más.

—Solo un poquito. —Me guiñó el ojo.

—¿Qué hubieras hecho? —volví a la carga.

—En lugar de reflexionar, actuar. La tía Sofía estaba muy susceptible y, por lo tanto, era manipulable. Tus amenazas vacías la enfadaron sobremanera, cuando hubiera sido igual de fácil ganarse su simpatía con un par de chistes.

—Tú tampoco diste lo mejor de ti. Te saltaban las lágrimas.

—Lloraba porque dabas pena.

—Todavía estamos a tiempo de volver, si lo que deseas es demostrarme tus talentos —insinué, aunque yo tampoco quería eso, por lo que desvié el tema—. Por cierto, hay otra cosa que he recordado.

—Dime.

—La tía Sofía me preguntó que quién quería hacerme daño, que de quién tendría que protegerme.

—¿Y qué?

—Le dije que yo. Que yo quería hacerme daño. ¿Sabes qué puede significar...?

—Ni idea. Despreocúpate. Ya lo averiguarás.

—Pero tú trabajabas para mí...

—Mi único papel fue llevarte hasta la disco de la tía Sofía y conducir la camioneta con el dinero. Oh, y robarte la llave. —Se encogió de hombros—. No sé nada más. No le des vueltas.

Las palabras de Pablo tuvieron un fuerte impacto en mí, más que cualquier recuerdo de los que me habían venido. Decidí que haría un esfuerzo consciente para relajarme y aligerar el peso de mis pensamientos. Percibí que había demasiadas cosas que escapaban a mi control y que tendría que afrontarlas una a una.

—Está bien, lo intentaré —prometí, y me palpé los bolsillos—. Hablando de robos: mi móvil se lo ha quedado la tía Sofía. No es un drama, ya que tampoco es

que pudiera usarlo...

—Ya te comprarás otro. Da gracias que conservas la vida.

—En fin, debería ir a mi casa —planteé, y sostuve la llave en alto—. O al que sea el lugar que se abre con esto.

—Te repito que no me parece una buena idea. Fuiste tú quien me pidió que te la quitara.

—Razón de más para ir a ver qué hay. Más te vale que no intentes impedírmelo.

Pablo se rascó la cabeza. Sus cabellos engominados se le pegaron en la frente.

—Entonces, iré contigo —decidió, tras una pausa breve—. Déjame ver la dirección.

—¿Por qué? Si esperas compensarme por haberte salvado la vida, no hace falta.

Él lo negó. A mí, su disposición a cooperar me parecía sospechosa.

—No es eso, pero me siento mal por haberte causado tantos problemas. Además, solo me tienes a mí.

—Creo que quieres venir porque intuyes que hay más dinero escondido.

—¿Qué? No sé cómo puedes pensar eso —gimió, y se aclaró la garganta—. ¿Puedo ver la dirección o no?

—Está bien. Necesito tu ayuda, por ahora. Está grabada en la llave.

—Lo sé. Déjame ver... ¡Ajá! Ya sé por dónde es.

Aunque Pablo afirmó que no estaba muy lejos, lo convencí para que nos pusiéramos en marcha de inmediato, sin esperar a que se hiciera de día. Me moría de ganas de ver cómo era mi casa.

Anduvimos en silencio por las calles, a oscuras. Por el camino, sentí la tentación de contarle todo lo que me había ocurrido. Quería desfogarme y explicarle, de principio a fin, lo que había pasado en el hospital: lo de la planta secreta, la doctora sonriente y las misteriosas circunstancias en las que había escapado de allí.

Me decanté por no hacerlo. ¿Y si se pensaba que había perdido el juicio? Además, aunque me gustaba ir con él, todavía no me fiaba. ¿Y si volvía a engañarme? Por otro lado, él tampoco me había consultado nada al respecto.

—Bueno, ya hemos llegado. Este es el lugar.

Cruzamos un callejón estrecho hasta una calle de apartamentos. Los edificios eran idénticos, pero supimos cuál era el correcto por la inscripción en la llave. Era cuadriculado y tenía unos balcones diminutos, como de juguete, que eran accesibles desde ventanas más pequeñas aún.

Al echar una mirada a la más próxima, entreví un dron que nos cercaba desde las alturas. Sus hélices se movían con gracia y emitían un zumbido, como si fuera un moscardón mecanizado. Lo perdí de vista cuando se elevó por encima del

parapeto. La fachada, aburrida y sin detalles, estaba ensombrecida por la polución y la humedad. Las luces del interior, si acaso las había, estaban apagadas.

—Luego dirás que estoy contigo por el dinero. Está claro que no te sale por las orejas, precisamente.

—Vamos, Pablo.

El acceso principal no tenía cerradura, así que no nos hizo falta ninguna llave para entrar en el edificio. Cruzamos el umbral y accedimos a la portería.

Dentro había muchas puertas, pero no vimos señales de vida. El interior era tan cuadriculado como el exterior, pero más tétrico, y es que en aquel minúsculo pasadizo apenas llegaba algo de luz de la calle.

Se parecía al edificio ruinoso donde me había llevado la tía Sofía el día antes. No obstante, este sí que tenía un ascensor plenamente funcional. Aquello no me entusiasmó: a raíz de mi experiencia con el del hospital, los detestaba.

—No hace falta que subamos —comentó Pablo, y repasó la inscripción de la llave—. Es aquí mismo, en la planta baja.

—¿De veras? Déjame que lo compruebe.

Tenía razón. La puerta que buscábamos estaba justo enfrente, al final del pasadizo, a mano derecha. Nos encaminamos hacia allí.

Con gran expectación puse la llave en la cerradura, que se abrió con un clic. Sin levantar los pies del pasillo, me incliné para mirar adentro y él se me asomó por detrás. Estaba tan ansioso como yo por explorar el interior.

—Qué bonito. ¿Casi me juego la vida para esto? —se exclamó, indignado.

El recibidor estaba vacío, sin muebles. Tan solo un interruptor junto a la puerta. Encendí la luz.

—¿Sabes? Lo primero que hago al llegar a mi casa es quitarme los zapatos y poner música —se quejó Pablo—. Pero me parece que en la tuya va a ser imposible. ¡No tienes nada!

—No sé por qué te preocupabas tanto. Esto parece abandonado, dudo que viniese mucho —admití, y suspiré—. Veamos las habitaciones, por si acaso.

Entramos en el apartamento y comenzamos a revisar el lugar. Al lado del recibidor había un lavabo con retrete y bañera. El agua funcionaba bien, pero parecía que no se había utilizado en años. La manija y el grifo estaban mohosos.

—Deberías ducharte más a menudo.

Había una segunda habitación frente al baño, también casi vacía, que tan solo contenía un colchón sucio y viejo. Estaba tirado en el suelo, sin una estructura de cama que lo sostuviese. Esperanzados, le dimos la vuelta por si escondía alguna pista debajo. Nada.

Decidimos volver a la sala principal y cruzamos la última puerta que quedaba, que nos llevó a la cocina.

—No es nada del otro mundo, pero teniendo en cuenta cómo es el resto de la casa... tú ya me entiendes.

La cocina tenía lo necesario para considerarse como tal y poco más. Una mesa de mármol pegada a la pared con un par de taburetes altos. Unos fogones de gas. Un horno y una pica. También había una nevera.

Pablo fue derecho hacia ella y la abrió.

—¡Ajá! —exclamó, después de examinarla por dentro—. ¿Te apetece una cerveza?

De repente, tan pronto como escuché la palabra «cerveza», sentí un dolor agudo en el estómago. Comencé a sufrir náuseas y retortijones. Me palpé la barriga y la tenía muy hinchada.

—Pablo, me encuentro mal.

Me arrojé al taburete más cercano y me apoyé en la mesa de mármol, que estaba helada.

—¿Qué te ocurre?

—Me duele la barriga. Me siento como un globo a punto de estallar.

—¿Has comido algo que...? ¡Oh, claro! El bocadillo.

Me entraron arcadas al pensar en comida. Tuve que esforzarme para no vomitar. Él hizo un ademán de cogerme por el brazo, como para animarme, pero se contuvo.

—¿Qué le has puesto al bocadillo?

—¡Lo he comprado en un bar! —se defendió, y se pellizcó la barbilla—. Te habrá sentado mal algún ingrediente. A ver, llevaba queso, membrillo, pera...

Hizo un chasquido con los dedos y me sonrió.

—Tenía queso. Tú debes ser intolerante a la lactosa. No puedes tomar lácteos. Válgame Dios, ¿por qué no me avisaste? No te preocupes, que no es grave.

—Lo ves —empecé, y me vino otra arcada—. Es un asco no recordar las cosas.

—Ven, te acompañaré al retrete. ¡Ánimo!

Pablo me agarró y me llevó consigo al baño. Nada más llegar, me deshice de él y me tiré de cabeza a la taza. Vomité el bocadillo entero.

—Así se prepara una 'fondue' —bromeó desde la puerta, apretándose la nariz —. ¿Te sientes mejor?

Quise responderle, pero no pude. Sentí que la duda y el frío me recorrían las extremidades. En cambio, el cráneo me bullía. Perdí el conocimiento.

Cerré los ojos.

Abro ***l***os ojos.

¿Es***t***o es o***t***ro recuerdo? ***La*** se***n***sa***a***ció***n*** es dis***t******i******n******t******a***, como si es***t***uvier***a*** e***n*** u***n*** cuer***p***o ***a***je***n***o... ***p***ero ***n***o, es e***l*** mío.

Mío y de nadie más.

Miro alrededor. Mi obra magna está casi preparada. Sí, el apartamento está listo. La llave, en mi bolsillo. El de la camisa de frutas no me la ha podido quitar. En cuanto lo olvide, vendremos hacia aquí. La trampa perfecta.

Lo sé.

Y moriremos, sí.

Moriremos.

Una explosión. Bum.

Apenas hay muebles, apenas distracciones. Tan solo la nevera.

En cuanto la abra: tictac.

La cuenta atrás. Y después, ¡bum! A tomar viento las frutas para siempre. Quién pudiera. En cuanto coja la cerveza, sí, la nevera explota. Muerte por cerveza. El alcohol. ¿Qué puede fallar?

—Amor, ¿qué estás haciendo?

—Enseguida termino y salgo.

Ella me espera fuera. Me quiere. Me ama con locura. No sabe que la estoy usando. Qué poca vista tiene la loca. Con suerte, morirá también, porque ya no me es útil. Ahora tengo que alejarme. Tener un accidente, que ya me aburro.

—¡Venga! Que te estoy esperando.

Cállate, loca. Tendrás que aguantarte. Con cuidado, coloco el pack de cervezas encima del panel con la espoleta que activará la bomba.

Con. Cuidado.

Sí, cierro la nevera con cuidado. Todavía no es mi hora. Pero he acabado mi obra.

La loca se me acerca por la espalda.

—Me parece que has olvidado tu lugar. Necesitas que te enseñen humildad.

Con su tono de voz me hace saber que le apetece pasar la noche conmigo.

—He dejado atrás muchas cosas, agente —respondo, y le levanto la camisa—. Pero todavía me quedan otras por olvidar.

Cierro los ojos.

Abrí los ojos.

Pablo estaba delante de mí, con dos cervezas en la mano.

—Esto te va a animar —me dijo, con una sonrisa—. Límpiate la boca, primero.

Por favor.

—¡Cuidado!

Lo cogí por la cintura y lo lancé a la bañera. Justo cuando las cervezas tocaron suelo, me arrojé hacia la puerta y la cerré. Se escuchó el ruido estridente de un cristal rompiéndose.

Después, bum.

Una explosión. La puerta reventó por los cuatro costados y la onda expansiva me empujó con violencia. Salté por los aires y acabé en la bañera con Pablo. Había sangre por todas partes.

Sentía un pitido en el oído. Me miré las manos y las veía borrosas. Me faltaban dos dedos. Me desmayé por el dolor.

Cerré los ojos.

Abro los ojos.

Estoy con Pablo en una azotea del barrio de la tía Sofía. La sensación vuelve a ser distinta. Esta visión me suena. Ya la he tenido. Sin embargo, Pablo no sangra por la nariz, todavía. Estoy recordando los momentos antes de golpearle.

Su rostro está intacto, si bien mojado por el sudor. Tal como lo veo, cansado y jadeante, me da la sensación de que he estado persiguiéndolo. Tiene una navaja.

—Ya he averiguado cuál es tu objetivo. Eres un asesino.

—No sé de qué me hablas —contesta, y se hace el tonto—. Yo pasaba por aquí.

—No solo eres un asesino. Eres mi homicida personal, pues estás entrenado para matarme a mí y solo a mí. Quiero saber quién te lo ordena.

Pablo resopla y se toca el cabello, como para asegurarse de que cada cosa está donde corresponde.

—No es mi elección. Hay personas en este mundo de las que no se puede huir, por muy guapo que sea uno.

—Díme lo y vivirás.

No quiere sincerarse, así que me acerco como un rayo y le propino un puñetazo en el rostro. Ahora sí que le sangra la nariz y está despeinado. Se queja por el dolor.

—Enfréntate a mí. Mátame, eso es lo que quiero. Libérame —me pide, sin resuello.

Cierro y abro los ojos muy deprisa, mientras él sangra por la nariz y jadea. Las palabras me salen de la boca por sí solas:

—Amarrar tu destino al mío es un castigo peor que la muerte. ¿Cómo te llamas?

—Soy Pablo —suelta, y escupe sangre. Lleva puesta su camisa roja con dibujos de frutas.

Con una serie de movimientos rápidos, como un águila que inmoviliza su presa para devorarla, lo desarmo y lo someto. Parpadeo de nuevo. Esta parte ya la había recordado.

—En adelante, trabajarás para mí —le advierto, mientras se retuerce.

Cierro los ojos.

Abrí los ojos.

Cuando lo hice, vi que seguía dentro de la bañera. Había sobrevivido de milagro. Por su parte, Pablo, el canalla, el asesino, el único en el que había confiado hasta entonces, había desaparecido.

También echaba de menos dos de mis dedos, que se habían volatilizado. Aun así, la mano no me dolía; la herida había quedado cauterizada por la explosión, mientras que la adrenalina que segregaba mi cuerpo debía estar funcionando como un analgésico para el dolor.

La cabeza y el estómago me volvían a funcionar con normalidad. El cuarto, en cambio, estaba destrozado y repleto de escombros. De fondo, cada vez más cerca, se oía una sirena de policía.

Tenía que salir de allí a escape.

6
Mi amada loca

No me podía creer que la intención de Pablo fuese matarme. ¿Era él, y no yo, la persona de la que me tenía que proteger la tía Sofía? La explosión, ¿la había causado él mismo? ¿O era obra mía?

¿Es que quería suicidarme?

Como si fueran obstáculos en el camino, las dudas me entorpecían mientras trataba de escapar del apartamento. La sirena de policía se iba acercando. Aunque al principio tuve la sensación de que se me había pasado el dolor de estómago, al moverme, me di cuenta de que seguía con un punto de malestar.

Con mi mano buena, la que aún tenía los cinco dedos, aparté los escombros que se habían formado en la entrada del baño. La puerta había salido volando y estaba empotrada en la pared, como si fuera el marco para un cuadro. Uno que, de no haber reaccionado con tanta presteza, estaría teñido con mis propios sesos y los de Pablo, que había desaparecido.

—¡Policía! —gritó una mujer desde fuera de la habitación.

La voz provenía de la puerta principal. Mejor dicho, lo que quedaba de ella. Apenas pude vislumbrar una silueta, puesto que nos separaba una segunda pila de escombros. Cuando la vi, me entró pánico y salí corriendo en dirección contraria, al interior del apartamento.

La sala con el colchón estaba enterrada bajo los cascotes, así que me metí en la cocina, que había quedado en muy malas condiciones.

La mesa de mármol estaba quebrada y se había incrustado en la pared opuesta. Los taburetes se habían reducido a un montón de cenizas humeantes. Los fogones y el horno, que se habían fusionado en un amasijo de hierro y madera retorcidos, estaban en llamas. La nevera se había desintegrado, como si nunca hubiese estado allí. En su lugar, había quedado un agujero enorme en la pared.

Mi vía de escape.

—¡Detente! ¡Alto en nombre de la autoridad! —escuché, antes de saltar a la calle.

La noche tocaba a su fin. Los primeros rayos de la mañana se clavaron en mí como estacas. Aquello era una mala noticia: en la oscuridad habría tenido muchas

más facilidades para huir con sigilo. Por suerte, no había nadie fuera para impedírmelo.

El coche policial estaba aparcado en la entrada, vacío, y me planteé subirme a él y conducirlo. Pero ¿adónde iría? Me había quedado sin pistas. Decidí dejar atrás aquella oportunidad. En cambio, me pegué a la acera y comencé a alejarme a paso ligero.

—¡Detente! —volvió a resonar la voz femenina.

Me puse a correr, sin pararme a mirar de dónde provenía. Tras un esprint muy corto, pero intenso, me metí en un callejón a la izquierda. No tenía salida, pero sí que había unos contenedores de basura en un rincón. Los apilé a toda prisa. Escalé por ellos, me aferré al saliente y salté al otro lado del muro.

Cuando toqué el suelo, descubrí que me encontraba en un patio cerrado. Me encaramé por unas escaleras de incendios. Durante el ascenso, se hundió uno de los escalones y caí por el agujero. Con la espalda dolorida, volví a subirlas. Esta vez tuve más cuidado. Al llegar arriba, traté de forzar una puerta del edificio contiguo.

No tuve éxito, ya que estaba muy bien trabada. Podía escuchar la sirena de la policía, alto y claro, más y más cerca. Tomé impulso, y, apoyándome con el pie en el pomo, salté para alcanzar el tejado.

Corrí y corrí.

Resbalé con unos azulejos sueltos y fui a parar al nivel de la calle. Aterricé sobre unos contenedores abiertos, de nuevo en un callejón sin salida. Las bolsas de basura amontonadas amortiguaron el golpe.

Me incorporé para volver a emprender la fuga. El sol se asomaba por el extremo de aquel pasaje, cegándome, y yo iba hacia él. Llegué justo a tiempo para la recepción: el coche de policía frenó cerca de mí; tanto, que estuvo a un palmo de atropellarme.

La puerta delantera del vehículo se abrió casi al mismo tiempo que se detuvo el motor.

—¡Estoy tan contenta de que estés bien! —clamó la mujer, y se lanzó sobre mí.

Era hermosa. Al verla, caí en que ya la conocía. Había estado con ella antes, y tenía algunas certezas respecto a su forma de ser: entre las cuales, que me amaba con todas sus fuerzas. Aquella mujer había aparecido al final de mi penúltima visión, la que me sobrevino después de la 'fondue' de lactosa.

Ahora la podía observar con claridad. Aquella agente de policía no tenía nada de «loca», aunque me hizo perder los estribos. Su cabello rubio, largo, que le caía hacia los lados y hasta los hombros era tan suave y dócil que parecía líquido, como si alguien hubiese vertido finas hebras de oro fundido desde la base de su melena.

El olor que desprendía era indescriptible, la composición perfecta para un metal tan precioso, también bellísimo en la dimensión olfativa. Tan volátil era la

mezcla, que terminaba de un modo abrupto, con un flequillo pronunciado, allí donde se encontraban sus ojos, penetrantes, aunque inaccesibles, amparados bajo un alambre afilado de hilos dorados. Su nariz era discreta y apenas apreciable, pues estaba rodeada, por arriba y por abajo, por magníficos contendientes, y es que no tengo palabras para describir sus labios.

Era una chica muy joven, delgada. De no haber sido por el uniforme, la habría tomado por una adolescente. Me abrazó con tanta violencia que pensé que, como policía que era, me iba a inmovilizar y neutralizar para detenerme.

Pero yo ya lo estaba desde que la había visto.

El beso que me regaló después fue la descarga que me paralizó, más eficaz que ponerme las esposas. Estaba tan fuera de mí que pensé que me abordaría un recuerdo remoto, como en las otras ocasiones en que mi consciencia se había nublado. No obstante, permanecí con un pie en el presente.

La bofetada que me dio a continuación me hizo volver completamente a la realidad.

—Pensé que te había perdido. He sido estúpida, estúpida...

Le acaricié el rostro a la altura de la mejilla con mi mano buena. Me salió natural, como si lo hubiese hecho cientos de veces, a lo que ella reaccionó con una sonrisa tímida. Mi cuerpo se movía por su propia cuenta.

—¿Por qué has sido estúpida? —pregunté con cariño.

Ella sonrió por un segundo, pero pronto puso cara de enfado.

—¿Que por qué? Por suponer que habías muerto. —Estaba iracunda—. Sin venir a cuento, nos llaman por una explosión y sales tú.

Respiré hondo y miré hacia los lados. No había nadie más con ella.

—No te preocupes, que me encuentro bien. ¿Sabes por qué ha saltado por los aires mi apartamento?

Ahora tenía cara de disgusto.

—¡Me lo imagino! Siempre decías lo mismo antes de hacer una locura: «Estate tranquila, Ailee, que es para uno de mis vídeos. Lo va a petar en las redes sociales». No es manera de asustar a tu novia.

Tragué saliva. Se llamaba Ailee. Era mi novia. Era policía. Redes sociales.

—Sufro algunos problemas de memoria...

—¡Deberíamos ir a un hospital!

—Ailee, cálmate. Adolezco de amnesia, pero estoy bien. Siento haberte asustado.

—¡Lo importante es que estés bien...!

—¡Cálmate!

Me volvió a besar con pasión, lo cual me cogió por sorpresa.

—Me gusta cuando pierdes los nervios —me susurró, dulce, de repente.

—Estoy bien. Solo que no recuerdo algunas cosas. Necesito centrarme.

Ella me repasó, dubitativa, como si no acabase de comprender lo que estaba diciendo.

—Pareces otra persona, por como hablas. Antes siempre decías: «Sí, sí», con chulería. Sube al coche, amor, que te llevaré al hospital. Allí cuidarán de ti.

Sin darme tiempo para replicar, me empujó hasta el vehículo y me ayudó a estirarme en la parte de atrás, junto a una bolsa de supermercado con verduras. Luego, se sentó delante y lo puso en marcha.

—Ailee, no siento dolor. Simplemente tengo la mente dispersa —argumenté, y traté de poner una voz serena—. ¿Podemos ir a otro sitio que no sea el hospital?

No quería regresar a uno en la vida. Si por casualidad Ailee terminaba por llevarme al Central House, temía que me volviesen a encerrar en el sótano. No quería encontrarme con la doctora sonriente. No respondía por mis actos si me cruzaba con ella.

—Podemos ir a mi casa después. Lo primero es que te curen. Por el camino, estaría bien que me contaras dónde te habías metido.

En apariencia, aquella chica tan buena había sido mi novia. Si mis recuerdos eran ciertos, la había manipulado de algún modo. Aunque me revolvían las ganas de que conversar con ella, me cuestioné si sería correcto que me aprovechase de nuestra relación en estos términos. Quizás, lo más justo sería hablarle de mi visión y cortar cuanto antes, aunque me odiase. Titubeé. ¿Tan terrible sería confesarle mis sentimientos?

Aunque el estómago ya no me dolía, ahora tenía mala consciencia y el sufrimiento resultante era igual o mayor. No podía seguir así. Determiné que mi novia se merecía saber la verdad.

—Ailee, para el coche.

—¿Qué?

—Para el coche.

—¿Te encuentras mal?

—Nunca te he querido, Ailee —solté, tan veloz como pude—. Te tenía por una loca.

Frenó el coche en medio de la calzada y estuvo a un pelo de chocar con una camioneta que venía de frente. El otro conductor tocó el claxon, nos hizo una peineta y siguió su camino. Ailee se giró, inexpresiva.

—¿Qué has dicho?

—Nunca te he querido —repetí, con lentitud—. Esa es la verdad. Te he utilizado.

Ella no me rebatió, como si necesitase una aclaración antes de saber cómo reaccionar. Tenía la mirada perdida.

Traté de dar forma a una teoría que diese sentido a lo ocurrido. De hecho, había una idea que llevaba rato rondándome. Ahora bien, como no quería engañarla con hipótesis prematuras ni ofenderla, pensé bien en qué le iba a decir. Gracias a mi recuerdo más reciente, fui capaz de atar cabos con premura.

—Quería morirme, Ailee —concluí, con la voz entrecortada—. Creo que hice explotar mi apartamento porque quería que saltara por los aires conmigo dentro. Mi intención era suicidarme. Lo siento.

Aquella posibilidad tenía muchos puntos. Ya en el hospital, nada más despertar, la doctora sonriente me había preguntado por mis ganas de morir. Todo parecía apuntar a que había llevado a cabo un intento de suicidio.

Ailee se dio la vuelta, como si aquello no fuera con ella, y puso el vehículo en marcha de nuevo.

—Te creo —expuso, conciliadora—. Por ahora tienes que descansar. Pronto estaremos en casa.

Había dicho «en casa» y no «en el hospital», así que di por hecho que la había convencido. Sin lugar a duda, me quería. Tenía un vínculo sólido conmigo, o esa era mi percepción. A pesar de ser, desde mi punto de vista, una completa desconocida, sentí que podía confiar en ella. Ahora bien, ¿no había tenido aquella misma corazonada con Pablo?

Me agité con el fin de hacer desaparecer los malos pensamientos, como si quisiera expulsarlos del cuerpo y que salieran despedidos. Junté las manos. Lo hice varias veces, hasta que conseguí relajarme.

Me apetecía dormir. Mi cuerpo ya no estaba en tensión, pero las emociones vividas en las últimas horas afloraron en mí. Me iban arrastrando al mundo de los sueños, de las visiones, y no poseía armas para enfrentarme a ellas. Quise mirar furtivamente por el retrovisor central por si alguien nos seguía, pero no tenía fuerzas para mover el cuello. Desistí y me acomodé sobre la bolsa de comida.

Cerré los ojos.

*A*bro *l*os ojos.

De *n*uevo, es u*na* se*n*sa*c*ió*n* ex*t*r*a*ñ*a*.

Es mi *t*urn*o*. Me e*n*cue*nt*ro e*n la* ba*r*a*n*di*lla* de*l* b*a*l*c*ó*n* de u*n* ho*t*e*l*. Bue*n l*uga*r pa*r*a ir de v*a*c*a*cio*n*es. Desde *a*ba*j*o, sí, *la* ge*nt*e gri*t*a. Me *a*nim*an pa*r*a* que s*alt*e.

E*ll*os me h*a*rá*n* u*na p*erso*na t*od*a*v*í*a* más f*a*mos*a*. 'I*nfl*ue*n*cer'. E*n la*s redes soci*al*es. Be*n*di*t*o i*nt*er*n*e*t*. *A* mí *na*d*a p*uede *pa*s*a*rme. Medi*a* doce*na* de *p*isos *p*or deb*a*jo, *la p*iscin*a*. *La* eufori*a* e*n* mi cuer*p*o, *la a*dre*nalina a* flor de *p*ie*l*. *La p*olicí*a*, que *ll*ega. Me d*a* igu*al*.

Salto.

Llego abajo enseguida. Sí, acierto a caer en el agua por apenas un palmo. Ha sido emocionante, pero he tenido momentos mejores.

Salgo de la piscina y la multitud me fotografía y graba en vídeo. Ilusos. Querrían ser como yo.

Una mujer destaca de entre ellos. Es policía. Es hermosa, hermosísima y me desarma con su presencia. Está loca, lo sé.

—Quede usted bajo arresto —constata Ailee en tono profesional, y juega con las esposas—. Espero que haya valido la pena.

Volteo la cabeza hasta situarla enfrente de la suya. Nos miramos. Me gusta.

Sí, todavía tengo el cuerpo caliente por la caída. La loca se alimenta de mi pasión, de mi atrevimiento, como si supiera quién soy en realidad, como si estuviera al corriente de la maldición que llevo conmigo. Le gusto yo también. Se volverá una adicta.

—¿Qué está tramando? —se exclama, inquieta, mientras me pone las esposas.

—Todavía no ha visto nada, agente.

Coloco su brazo en el asa de las esposas que ha quedado colgando y la cierro. Está atada a mí. Luego, regreso al agua y tiro de ella.

En el fondo de la piscina nos fundimos. Nos acariciamos. Sus cabellos rubios tapan cualquier atisbo de luz. Estamos a solas, a oscuras. Es un universo paralelo. La tomo de la cintura y nos asomamos para respirar.

—Si quieres vivir, dime que me amas.

No me contesta. Sí, su principal preocupación es tomar aire. Lo hará cuando yo se lo permita.

Apenas la dejo respirar y vuelvo a impulsarnos hasta el fondo. Ahora es ella la que me atrapa, con una energía mayor que la mía. Luego, tira de las esposas en un vano esfuerzo para salir a la superficie. No lo hace porque le falte el aire, sino porque está ansiosa por darme una respuesta. Al final, cedo. Se lo ha ganado.

—Está bien —me dice, y se desmaya en mis brazos.

La llevo fuera de la piscina, donde casi no queda nadie. Tan solo hay unas pocas personas que nos observan desde una distancia prudencial. Sí, también está el de la camisa de frutas. Desearía

hacerlo explotar. *Tal* vez más adelante.

*Al*guien hace una foto con 'flash' y el resplandor de *la* cámara me ciega por un instante. Cuando recupero *la* visión, dos policías más se acercan para inmovilizarme.

*N*o me resisto. Ya he hecho lo que tenía que hacer. Ella vendrá a mí. Sí, incluso si tiene que cruzar el mar y dejar atrás esta isla, *la* loca me encontrará allá donde vaya.

Cierro los ojos.

Abrí los ojos.

—Amor, ya hemos llegado. —Ailee sonrió con ternura y me tiró de los brazos.

Aun siendo tan joven y delgada, era fuerte. Me sacó del coche y cargó conmigo hasta el portal de su casa.

Al igual que su propietaria, la residencia de Ailee era encantadora. Después de haber pasado por el barrio deprimente de la tía Sofía, por los apartamentos fantasma donde, al parecer, yo solía vivir, y de recorrer las calles atestadas del centro, aquel cambio de ambiente era más que agradable.

—Qué casa tan bonita —comenté, y ella sonrió.

La vivienda tenía dos plantas y un aspecto familiar. Era colorida y radiaba optimismo y vida. En la zona residencial en la que nos encontrábamos el aire era de lo más puro.

Llegué a preguntarme si había muerto en realidad en la explosión y si Ailee sería un espíritu celestial que me estaba llevando al paraíso. Me refiero a un ángel auténtico, no un pandillero de los Querubines.

Para alcanzar la casa, teníamos que pasar por el jardín. En el trayecto, el cosquilleo de la hierba recién cortada me hizo darme cuenta de que mis pies estaban descalzos, por lo que deduje que seguía con vida. Antes de subir el peldaño frente al portal y entrar, di rienda suelta a mis otros sentidos.

Vi que la fachada de la segunda planta era de un rojo carmín. En cambio, la pared a ras de suelo tenía los ladrillos descubiertos; un mosaico de tonos naranja interrumpido por el azul marino de las persianas, el áureo reflejo de la luz del sol en las láminas de vidrio y el tono aceitunado del portal que, por su color verdoso, hacía de nexo de la casa con el jardín, pues conectaba la belleza compacta de la casa con la holgura de la naturaleza alrededor, que, en todo caso, también era sobria y ordenada. En medio de la parcela había un enebro majestuoso, colmado de bayas, que olía de maravilla.

Las baldosas del tejado y del discreto porche delantero eran imperceptibles desde mi perspectiva por su matiz de azul claro, que era una continuación del cielo, ahora despejado, así que tenía que confiar en mi intuición y suponer, por no

percibirlas con claridad, que estaban ahí. Con esta fe, entré en aquel templo dedicado a la beldad cromática y olfativa. Me acompañaba su regente: mi novia, Ailee.

—Te voy a sentar en el sofá.

El recibidor era amplio y hacía sus veces de salón. Ella se sentó en el sofá junto a mí y sacó un ordenador portátil. Lo encendió. El crujido mecánico de las teclas y la luz artificial de la pantalla parecían provenir de una realidad distinta al resto de la casa.

La mesita de café de cristal que teníamos enfrente, muy pulcra, reflejaba mi rostro. La repisa de la chimenea de leña que había detrás estaba ornamentada con jarrones y trofeos de distintos tamaños, entre los cuales se aposentaban un bolso grande y un teléfono fijo de color negro, con el logotipo de la policía.

Acomodé los pies, todavía descalzos, en la calidez de la alfombra junto a los de ella. Allí donde debería haber un televisor, es decir, frente al sofá, había laureles y limoneros, que se alimentaban de la luz que entraba por la ventana.

—¿Estás mejor? —me consultó, sin separar la vista de la pantalla.

—Sí. Muchas gracias.

—¿Te vas capaz de explicarme lo que ha pasado en tu apartamento?

—Tengo amnesia, ya te lo he dicho. —No quise entrar en detalles, y cambié el tema—. ¿Cómo lo has hecho para llegar tan deprisa?

—Recibimos una llamada en comisaría —respondió al acto—. Dices que tienes amnesia, pero quiero saber si todavía estás al tanto, por lo menos, de quién soy... de cómo nos conocimos.

—Eso sí que lo sé. Fue en la piscina de aquel hotel, después de que saltara por el balcón. Yo estaba de vacaciones en...

—Exacto —atajó—. ¿Recuerdas la última vez que nos vimos?

—Eso no.

—Lo suponía. Mira.

Colocó el ordenador en mi regazo. Con un clic, puso en marcha un vídeo. Allí aparecíamos Ailee y yo junto a dos personas más, un chico y una chica. Nos encontrábamos casi en la cima de una montaña, fatigados, y cargábamos con grandes mochilas.

—¿Te suenan nuestros amigos Elena y Roger?

—No, tampoco.

—Haz memoria. Fuimos con ellos de excursión para grabar uno de tus vídeos. El chico tan mono y su novia. ¿De veras no recuerdas aquel día?

—¿Uno de mis vídeos? ¿De los que decías antes?

—Sí, para las redes sociales. Presta atención.

Obedecí y volví a centrarme en el vídeo. Nuestros amigos se reían sin parar.

Roger era un tipo alto, recio y afeitado. Llevaba unas gafas de sol de aviador y una gorra amarilla puesta del revés. Cuando se dio la vuelta para contemplar el paisaje, pude ver que una coleta le sobresalía, algo aplastada, por debajo de la visera. Volvió a girarse y besó a Elena.

—Estás haciendo un vídeo, cariño. ¡Esto no es una foto!

—¡Hala! Tienes razón. Bueno, creo que da lo mismo, que ya me va bien.

Elena se parecía físicamente a Ailee, pero tenía el pelo corto. Como mi novia, era rubia, delgada y muy joven, pero, así como Ailee era íntegra y confiada, Elena se veía más bien retraída. La delgadez de Ailee la hacía esbelta; la de Elena, escuálida. En su relación con Roger, sin duda, él debía llevar la voz cantante, pues era mucho más imperioso que ella.

—Deberías comer más hamburguesas y menos ensaladas —la chinchó él, en tono de burla—. Estás esquelética... pero te quiero igual.

Elena no le hizo caso. Se acercó a la cámara, dubitativa, y la tomó, por lo que quedó fuera del plano. Se puso a grabarnos a los otros tres.

—Venga, animaos, que ya falta poco —nos alentó, con la voz cansada pero feliz.

Nos pusimos a caminar hacia la cima de la montaña, que cada vez se hacía más estrecha y escarpada. Al final, teníamos que pasar en fila de uno. Ninguno de los cuatro se reía ya.

—¿Seguro que lo quieres hacer? —me cuestionó Roger—. Esto es lo más desquiciado que se te ha ocurrido.

—No te creas —afirmé, y pellizqué a Ailee en la mejilla—. Lo más desquiciado que he hecho ha sido salir con ella, sí.

—Cállate, no seas pelmazo. A ver si me voy a caer —se quejó mi novia, y me enseñó los dientes.

Levanté los ojos del ordenador y miré a la Ailee que había a mi lado, que hizo el mismo ademán que la del vídeo. Luego, volví a fijarme en la pantalla.

Seguimos caminando con cautela. La cámara iba de un lado para otro. Tan pronto nos enfocaba a nosotros y Elena contaba algún chiste para aliviar los nervios, o se la escuchaba animándonos con afecto, como se quedaba ensimismada retratando el paisaje.

A lo lejos, a los dos lados, había cordilleras y serranías formidables. Estábamos a una latitud tal que ya no se veían árboles. El cielo estaba despejado. De no ser así, apostaría a que las nubes nos hubieran quedado por debajo.

Anduvimos hasta que llegamos al extremo de la cima, que terminaba en un precipicio colosal. Al llegar, vi que flexionaba las piernas para no caerme y me abría paso entre mis amigos.

—Amor, déjame pasar delante —le pedí a Ailee—. Hacedme sitio. Elena, ¿lo

estás grabando?

—Todo —afirmó ella, tras la cámara.

—Bien, pues voy a hacerlo.

—¿No quieres descansar un minuto? ¿Lo harás ya?

—Sí. Toma mi mochila. ¡Atención!

Cogí carrerilla hasta la punta del precipicio y, de un salto, con gran habilidad, me puse boca abajo. Aunque aguantaba mi peso solo con las manos, no tenía cara de esfuerzo. Mis amigos y mi novia soltaron un «¡oh!» de admiración.

—Realmente estás como una cabra —sentenció Roger, entre risas.

—¡Mirad! —se oía la voz de Elena, que se dirigía a un público imaginario—. ¡Haz que ardan las redes!

—¡Con una sola mano! ¡Sí! —clamé, y aguanté la respiración para mantener el equilibrio.

—Baja ya —suspiraba Ailee—. Ya está bien con lo que has hecho. A tus seguidores les va a encantar, pero a mí no. ¡Venga!

—Estate tranquila, ¡que es para uno de mis vídeos! Lo va a petar en las redes sociales.

—¡Baja!

Volví a poner la mano en el suelo, y, con una voltereta muy rápida, retorné a mi posición original.

—¡Cuidado!

Uno de los pies me había quedado más allá del borde del precipicio. Resbalé, perdí el equilibrio y me fui hacia abajo. Pude ver el desprendimiento porque Elena, que todavía llevaba la cámara, lo había grabado de cerca.

La Ailee del vídeo se arrojó hacia adelante para cogerme de la mano. Lo consiguió. Ágil, Roger la agarró a ella para que mi peso no la arrastrase.

La situación, que había sido desesperada al principio, se estaba estabilizando. Como yo ya sabía, mi novia era fuerte a pesar de su delgadez. Sin embargo, cuando me iban a rescatar, sin que hubiese una razón aparente, me desenganché de su mano y caí al vacío. Mis amigos gritaron y Elena soltó la cámara.

Ailee cerró el portátil y me clavó los ojos.

—Esa fue la última ocasión en que te vi. Te encontraron al día siguiente para llevarte al hospital, y, desde allí, me llamaron para decirme que habías muerto. Cuando llegamos, te habías evaporado.

—¿Qué fue de Elena y de Roger?

—Se separaron después de aquello. Roger admitió que Elena había sido la luz de su vida, pero se cortó la coleta y se fue a vivir al extranjero con la idea de dejar atrás el incidente.

—Menudo cuentista.

—En cuanto a Elena, hizo malas amistades en los barrios bajos y se juntó con el hombre equivocado. No estoy segura de haber hablado con ella recientemente... pero, por lo que sé, malvive en algún tugurio.

Le devolví la mirada y me palpé la barbilla mientras pensaba en cómo formular la pregunta que tenía en mente.

—¿A qué hospital me llevaron?

—Al que está en el centro. El Central House. ¿Lo recuerdas?

7
Un accidente voluntario

—Vaya que si lo recuerdo.

—Es decir, ¿que sí que estuviste allí? En el Central House.

Sentí alivio. Por fin lo iba a contar.

—Me encerraron en una habitación en el sótano del hospital —comencé a explicarle a Ailee, y me miró muy atenta—. Al salir, no fui a buscarte porque no me acordaba de ti.

Le narré lo ocurrido al detalle. Cuando acabé, se llevó las manos a la cara.

—En otras palabras, que perdiste la memoria al caer por el precipicio, no por la explosión de tu apartamento.

—Así es. En cuanto a la bomba que había en mi cocina, creo que la puse yo para suicidarme.

—Oh, cielos.

Volví a tragar saliva. Había algo más que se me había ocurrido.

—De hecho, ahora que he visto el vídeo, creo que el accidente de la montaña podría haber sido también un intento de suicidio.

Ailee tenía cara de culpabilidad, pero yo no estaba para sutilezas. Cogí el portátil y lo dejé en mi regazo. Volví a poner en marcha el vídeo de la excursión y lo adelanté, a cámara rápida, hasta el momento en que caí por el precipicio.

—¡Fíjate! —la presioné, aunque ella no quería saber nada—. Se ve con claridad cómo te solté la mano.

—Quizás fue por el agotamiento...

—Ailee, has visto lo mismo que yo. No daba muestras de cansancio, ni siquiera cuando estaba haciendo la pirueta. ¿Quieres que te lo enseñe?

Ella ladeó la cabeza y bajó la mirada.

—Lo he visto y no me apetece pensar más en ello —me dijo, casi llorando—. ¿Es que no eras feliz? Lo parecías.

—Eso no lo recuerdo. Ahora bien, sé que hay enemigos que me persiguen... tal vez es que no pude con la presión. —Pensé en Pablo, y sentí un pinchazo en el estómago.

Mi novia se había estado conteniendo hasta entonces, pero no pudo más y

estalló en lágrimas. La abracé para consolarla. Al cabo de un rato, se echó hacia atrás.

—Iremos a investigar el hospital —decidió, y palpó su placa de policía—. Esto no puede quedar así.

—Está bien —accedí a media voz, aunque en el fondo no me apetecía volver—. Antes tengo que pedirte algo más.

—Dime, amor.

—Has dicho que hacía vídeos para las redes sociales. ¿Me los muestras?

—Claro. Están en el ordenador.

Mientras ella se secaba las lágrimas, encendí la pantalla y abrí el navegador de internet.

—¿Me ayudas a acceder a mi perfil?

Terminó de limpiarse la cara con el puño de su uniforme y se incorporó.

—Lo cerramos hace tiempo. Eso sí, realicé una copia de seguridad. —Señaló la pantalla con el dedo—. Está en el archivo de la esquina.

Pulsé con el ratón en la pestaña donde ponía «Redes», con lo que se abrió otra ventana. En la foto de perfil aparecía yo, sin ropa, de lado, sobre un fondo blanco. Tenía muchísimos seguidores.

—Por si no lo recuerdas, habías logrado bastante popularidad. Eras 'influencer' —me aclaró, en un tono indulgente.

Comencé a navegar por mi perfil. Había un montón de fotos en las que salía haciendo deportes variados y llevándolos a un punto peligroso. Surf sobre olas gigantes y entre tiburones, 'motocross' en lo más profundo de un desierto, esquí por la vertiente empinada de una montaña, 'parkour', acrobacias de lo más arriesgadas en los rascacielos más altos, paracaidismo..., nada podía conmigo.

Mi vida había sido un conjunto de experiencias de lo más intensas, pero no las recordaba. ¿Acaso es posible que una persona tenga envidia de sí misma?

Había estado en las playas más transparentes del mundo nadando con las tortugas y me había bañado en el cráter de un volcán extinto. Había explorado la selva tropical. Había disfrutado de la fiesta más desenfrenada en el local con mayor exclusividad de la ciudad. Había vivido durante varias semanas con una tribu de caníbales a la que yo había descubierto. Me había dejado morder y picar por las criaturas más mortíferas que existían.

Sin límites.

En comparación, lo de la bomba en casa había tenido menos probabilidades de matarme que algunas de aquellas locuras. ¿En qué estaría pensando? Por lo visto, no me paraba a meditar demasiado las cosas, por aquel entonces.

—Has cambiado. No pareces la misma persona que conocí.

—Lo sé.

—¿Lo ves? Tienes una adicción a la adrenalina...

—Así es. Más bien di que la tenía.

Seguí navegando. Desde luego, mi perfil era increíble. Además de haber llevado a cabo un amplio repertorio de actividades peligrosas, había acumulado un abanico considerable de amigos. Hacía alarde de ellos como si fueran trofeos.

Aparte de Elena y Roger, a quienes ya había visto en el vídeo de mi accidente, salía con mucha otra gente en la mayoría de mis fotos. En discotecas, bares o incluso en plena calle: todos querían posar conmigo delante de la cámara.

Aun así, la falta de interés real que había demostrado por mi propia novia, Ailee, según el recuerdo que había tenido, así como mi expresión de indolencia en las fotografías, me hacían pensar que aquellos amigos me importaban un bledo.

—Esos amigos me importaban un bledo, Ailee.

—Me tienes a mí.

—Tú tampoco me interesabas, ya te lo he dicho en el coche.

—Me da igual. Tú a mí sí.

Seguí con la exploración. Repasé los comentarios que mis 'fans' y 'haters', como los llamó ella, dejaban caer al pie de las fotos.

Había algunos positivos, como «WOW, QUÉ FUERTE», «te sigo, soy fanatiko tuyo :)», «ya es hora de que le ofrezcas el anillo a tu novia», «porfavor, ven a mi pais», «la pluma es más poderosa que la espada», «te-quie-ro», «LOL tenga sus laiks» o «esta es la imagen más inspiradora que he visto (en mi vida), te echo de menos».

También los había hirientes: «parece ke tu aliento apesta», «lástima que sea de plástico», «cuanto cobran por ser tus amigos?», «antes besaria a un CAMELLO» o «conozco a tu madre».

—No creo que nadie conozca a tu madre, en realidad —puntualizó Ailee—. Yo no sé quién es. Nunca quisiste presentarme a tu familia.

—Mi madre se llama Aventura —bromeé, sin separar la vista de la pantalla—. ¿Es que no te has dado cuenta?

—Lo tendría que haber sabido. Venga, déjalo estar.

Me callé, pero no porque ella lo hubiera dicho, o no solo por eso, sino porque acababa de ver en una de las imágenes algo que me llamó la atención.

No era precisamente de las más espectaculares en términos de peligrosidad, ni tampoco de las más exóticas ni atrevidas. No, era una foto mía en una balsa junto a un embarcadero. A mi lado, un hombre cargaba con dos cañas de pescar. Se reía. Llevaba puesta una camisa amarilla decorada con dibujos de sandías y plátanos.

—¡Ailee! ¿Qué sabes de esta foto?

—¿La de Pablo?

—¿Le conoces?

—¡Por supuesto que sí! Erais muy amigos. A veces, hasta me ponía celosa al veros juntos. Parecía que estuvierais liados.

—Ailee...

—Creo que os conocíais de antes de que salieras conmigo. Tú me lo presentaste.

—Ailee. Tenemos que encontrarle. Este es el hombre que me ha acompañado desde que dejé el hospital. Yo no me acordaba de él, por supuesto, ni sabía quién era. Ahora sé que es un asesino profesional que trabajaba para mí... o contra mí. Él activó el mecanismo que hizo explotar mi apartamento.

Ella abrió la boca, perpleja.

—No puede ser, os llevabais muy bien. Te acompañó a eventos y expediciones, aunque él optaba por llevar la cámara antes que salir en las fotos.

—Obvio, porque es un asesino.

Mi novia me repasó de arriba abajo, un tanto condescendiente.

—Creo que no. —Me acarició los pómulos—. Opino que estás procesando mucha información y que necesitas desconectar.

—Discrepo de...

—Basta. Hazme caso, o te enviaré al hospital. —Me frenó, con exagerada severidad.

—Está bien.

—Dilo.

—¿El qué?

—Que tienes que desconectar.

Me quedé sin moverme un minuto, desafiante, pero ella me aguantó la mirada. Al final, me rendí.

—Admito que lo adecuado sería que especulase menos y pusiera confianza en las otras personas —consentí, a regañadientes—. Ahora bien, es difícil, dadas las circunstancias.

—Me da igual la gente. Quiero que confíes en tu novia —acabó ella, y se apoyó en mi regazo.

Sus cabellos dorados me corrían por las piernas, líquidos, como si los hubiese derramado encima de mí. De tan largos, me hacían cosquillas en los tobillos. Empapé mis palmas en ellos, acariciándole la frente con suavidad, y los dejé caer sobre mis muslos.

—Te veo mejor —dijo, y comenzó a toquetearme el brazo—. Quizás podríamos dar un paseo por... ¡ah!

Soltó un grito corto, sorprendida, como si hubiera notado algo fuera de lo común. Dio un salto y se sentó a mi lado para inspeccionarme las manos.

—¡Tus dedos! ¡Han quedado carbonizados! —bramó, alarmada, al ver que me

faltaban dos de ellos—. ¡Tenemos que curarte!

—Están más que perdidos —señalé, sin inmutarme—. Además, ten en cuenta que ya no me duelen. La piel me ha quedado frita por la explosión.

—Ven, te acompaño al lavabo. ¡Es importante!

Sin dar lugar a réplicas, me cogió y me guio hasta el cuarto de baño. Allí, me acomodó la mano en la pica.

—¿Le echamos agua? —consulté, pues no tenía ni idea de qué hacer.

Ella se quedó pensando.

—¿No sientes dolor?

—No.

—Por lo que veo, tienes una quemadura de tercer grado. Sin embargo, no veo tejidos muertos en el área quemada. Es curioso. Te lavaré y pasaré una pomada. Después, te pondré una venda que mantendrá lo que queda de ambos dedos separados.

Así lo hizo, con una soltura sorprendente. Me estiró bien la mano debajo del grifo y activó el agua fría, que no helada. Después, me secó con una toalla, con cuidado de no hacerme daño o de abrir la herida.

Al acabar, extrajo un bálsamo amarillento de un armario pequeño que había detrás, encima del retrete. Estaba en un estante con medicamentos para la migraña. Venía en un pote minúsculo de barro que lo hacía parecer un remedio artesanal. El recipiente no tenía inscripción. La sustancia en sí era muy densa, como si su poder antiheridas estuviera extremamente concentrado.

—Sí que sabes sobre quemaduras. Me impresionas.

—Son cosas que una aprende en el cuerpo de policía. Gano poco dinero, menos que antes, pero a estas alturas he visto cualquier cosa. Te sorprenderías.

—Te mueves como si lo hubieras hecho un montón de veces. ¿Es que has quemado a muchos delincuentes?

—Más bien me tienen quemada ellos a mí. Sobre todo, las bandas callejeras.

Se colocó una pizca de esa crema en las palmas de las manos y me masajeó los muñones que tenía por dedos. La situación habría sido un tanto violenta si ella no hubiese actuado como una verdadera experta. Puso punto final a su buen desempeño con varias tiras de vendas blancas, que me ató alrededor de la herida con meticulosidad. Parecía habituada a esa clase de cuidados.

—Vaya. Eres Ailee la misteriosa.

—Misteriosa, ¿por qué?

—Tengo la sensación de que me conoces bien, pero me cuesta imaginarme cómo era salir contigo. Dime: ¿siempre eres tan cuidadosa? ¿O prefieres que te cuiden a ti?

—Las dos cosas —manifestó, sonrojada, y miró furtivamente un reloj

analógico de pared que había al lado del espejo del baño—. Por cierto, debería volver al trabajo a terminar mi jornada. ¿Estarás bien si me voy un rato? Podría tomarme el día libre.

—Estaré bien, pero ¿qué pasa con la explosión en mi apartamento? ¿No te pedirán explicaciones?

—Les pasé los datos a los servicios de bomberos y médicos —me aclaró, mientras salíamos del lavabo—. Además, no consta en ningún lado que estuviera en la zona. En el fondo, temía que tuviese que ver contigo. Fui a buscarte por mi propia cuenta, sin avisar al resto de agentes.

—Gracias. Está claro que hiciste bien.

—No hay de qué —zanjó ella. No estaba muy orgullosa de haber urdido aquella trampa.

La acompañé a la entrada y nos dimos un abrazo para despedirnos.

—Volveré a la hora de cenar —me hizo saber, cuando ya tenía un pie fuera—. Llámame si necesitas algo. Si tienes hambre, hay comida en la nevera. No recuerdo cuándo hice la compra, pero creo que está por ahí.

—He perdido el móvil. ¿Puedo utilizar el teléfono fijo?

—Por supuesto. Por si has olvidado mi número, está grabado en la memoria del aparato. Busca mi nombre.

—Gracias. Que te vaya bien.

—¡Hasta luego, amor!

Ailee se fue y yo me puse a rememorar. Como no había sido capaz de desbloquearlo, no le había dado ninguna importancia a mi teléfono móvil. Se lo había prestado a la tía Sofía para que me lo guardase, pero no había tenido ocasión de reclamárselo. En cualquier caso, ya era tarde para recuperarlo. Si seguía con vida, seguro que no estaría dispuesta a devolvérmelo.

Se me ocurrió la manera de comprobarlo.

Regresé al salón y tomé el auricular del teléfono fijo de Ailee, que estaba junto al bolso grande. Al lado del logotipo de la policía tenía una pequeña pantalla donde salían los nombres de los contactos registrados y un botón lateral para saltar de uno a otro. Había seis teclas más: «PROGRAMAR», «FLASH», «ALTAVOZ», «VOLUMEN», «REDIAL» y «MODO DISCRETO». Di por hecho que esta última opción me sería útil, así que la seleccioné. Se encendió una lucecita roja y emergió un icono de un rostro ovalado con antifaz.

Entendí que, en modo discreto, si llamaba a alguien, el interlocutor no podría detectar el número de Ailee. No quería ponerla en peligro.

Con ese convencimiento, pulsé varias veces el botón de los contactos registrados y me salieron diversos nombres de personas a las que no conocía. Seguí dándole hasta que apareció mi novia.

Pasé de largo; no era ella a quien quería llamar. Tenía que encontrar mi propio número. Continué pulsando. En pantalla apareció, entre otros, el de nuestra amiga Elena. La salté, también.

Finalmente, después de mucho buscar, di con mi propio nombre. Pulsé el interruptor de llamar.

—El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura —me indicó una voz robótica—. Deje su mensaje después de oír la señal.

Colgué. Tendría que haberlo imaginado. Mi móvil se había quedado seco sin que nadie pudiera acceder a él. Por curiosidad, seguí pasando los contactos. Tenía la esperanza de detectar algún nombre que me despertara más recuerdos.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando salió el del individuo menos esperado: Pablo.

Tomé de nuevo el auricular y le llamé. ¿Sería ese el Pablo que yo creía? Tenía sentido que Ailee guardase su número, puesto que, según ella, se habían conocido. El timbre sonó tres veces. Después, escuché una voz de lo más familiar.

—¿Diga? —preguntó Pablo, al otro lado del teléfono—. ¿Quién es?

No había pensado bien en cómo abordar aquella conversación. Tendría que haberme preparado. Se me ocurrió imitar la voz de mi novia, pero asumí que él notaría el engaño a la legua. Decidí ir de frente.

—Pablo, soy yo. ¿Dónde estás?

Gran error. Tardó tanto en responderme que supuse que había colgado. No obstante, cuando me dirigió la palabra, lo hizo en un tono sensato y prudente que nunca había escuchado de él.

—He perdido al ser tras una explosión y me he retirado al campo, tal como establece el protocolo. La zona controlada del barrio de los Querubines ha sido un fracaso. Espero nuevas órdenes para resolver cuándo debo darle muerte.

No supe qué decir. Mi indecisión fue tan evidente que Pablo la notó a través del auricular, por lo que cambió de actitud.

—Un segundo. ¿Quién eres? ¿Contraseña?

—Yo...

—Disculpe, esperaba la llamada de otra persona y me he confundido. Que tenga un buen día.

Colgó. Me arrojé al sofá y hundí la frente en el cabezal. Lamenté no haber sido capaz de sacarle más información. El hecho de que me considerara un «ser» me entristecía. Había llegado a sentir aprecio por él.

Aquella conversación era la prueba de que Pablo trabajaba para un enemigo misterioso, que era quien daba las órdenes. ¿Tal vez se trataba de la doctora sonriente? La hipótesis del suicidio perdía fuerza. Puede que yo hubiese querido matarme en el pasado, pero había alguien allí fuera que seguía intentándolo.

La visión en la que acusaba a Pablo de asesino era auténtica. Por lo menos, dado que había escondido su número al llamar, Ailee no estaría en peligro. Volví a pulsar el botón de modo discreto para dejarlo como estaba. Me quedé en el sofá, languideciendo, el resto de la tarde, picando de lo que había en la nevera.

Ella llegó a casa a la hora de cenar, tal como había prometido. Lo primero que hizo nada más entrar fue besarme en la frente, y advirtió que la tenía enrojecida por una mala postura. Después, se estiró conmigo y resopló.

—Estoy agotada.

La miré. De repente, me pareció que ya no tenía motivos para estar triste ni sentir despecho por la traición del canalla. Mi recelo desapareció.

—Ailee, ¿por qué me amas tanto? No te merezco.

Como respuesta, ella me mordió la pierna con cariño.

—Dímelo.

—Porque me pones nerviosa. Me perturbas, pero eso me hace mejor persona. Cuando siento miedo o tensión, procuro orientar esa energía en hacer el bien a los demás y en socorrerlos. Es como si me convirtiera en otra mujer.

Aquel alegato no respondía a mi consulta completamente. Más bien era un pretexto.

—Está bien, por eso me has ayudado. Pero ¿por qué me amas en realidad?

Lo meditó. Cuando lo tuvo claro, se puso boca arriba.

—Te amo porque viniste a mí con determinación. Me querías a mí, a nadie más, y estuviste a punto de sacrificarte para conseguirme.

—¿Lo dices por lo que pasó en la piscina? Me refiero al día en que nos conocimos.

Ella me miró, interesada.

—Veo que eso sí que lo recuerdas bien, ¿eh?

—Un fragmento, sí. Aunque he olvidado lo que pasó antes del accidente de la montaña, en ocasiones evoco momentos puntuales. Por lo general, son visiones que tienen que ver con lo que traigo entre manos. El recuerdo sobre nuestro primer encuentro me vino cuando me dormí en el coche.

—En aquella piscina, te jugaste tu vida y la mía por estar conmigo —comenzó, con los ojos cerrados—. Cuando alguien hace daño a quien ama, a menudo lo hace de forma egoísta, por considerar que es parte de su propiedad. Como policía que soy, he visto a mucha gente así. Tú me hubieses dejado morir, pero tu caso es diferente.

—¿A qué te refieres?

—No había desesperación en ti. No había ansiedad ni nerviosismo. No tenías necesidad de mí. El tuyo era un amor puro, sereno, sobrio, pero tan fuerte como para querer matarnos si no lo conseguías. Mientras me llevabas al fondo de la

piscina, lo hacías con sosiego, como si me estuvieras sirviendo una copa, como si me propusieses un baile. No me estabas amenazando; me estabas seduciendo.

—Parece una manera un tanto retorcida de enamorar a alguien.

—Es una fórmula única. Sé que nadie más será capaz de quererme de ese modo. Las personas normales no se plantean cosas así. Cuando alguien lo hace, nadie es capaz de entenderlo. Dado que yo sí que lo comprendo, tengo por seguro que lo nuestro fue una anomalía, algo que ocurre muy de vez en cuando. Por esta razón, el amor que siento por ti es también especial.

—Vaya, sin duda, le has dado muchas vueltas.

Ella me besó con fugacidad y volvió a estirarse.

—Más que a nada en el mundo.

Me estiré a su lado y así nos quedamos. Tenía muchas ganas de continuar la conversación con ella, de conocerla más a fondo, como si quisiera amarla yo también. Pero no me dejaba.

—No hables, por favor. Quiero que reflexiones sobre lo que te he dicho.

No podía resistirme a ella, por lo que hice caso y callé. Con todo, temía dormirme si nos quedábamos en silencio. Sabía que, si bajaba los párpados y me ponía a imaginar, un recuerdo del pasado podría volver a mí y cambiarme la perspectiva.

Quizás descubriría, en una visión, que Ailee era una asesina como Pablo, o que yo era inmortal y que por eso hacía esa clase de locuras en las redes sociales, sin miedo a morir, o buscando la muerte, o que todo lo ocurrido había sido puro delirio y que, en realidad, seguía en la camilla del hospital, soñando.

—¿Te has preguntado qué es lo que te hace ser quien eres? —dije, finalmente.

—No te entiendo.

—O sea, si eres la suma de tus recuerdos o acciones pasadas o si, en cambio, no te dejas influir por tu bagaje de experiencias.

Ailee reflexionó.

—Hay quien elige alimentarse de lo vivido, recrearse en la estela del pasado y dejar de lado el presente. También he conocido a gente que se obsesiona con el futuro y que, por ello, planea su vida en torno a un objetivo fijo. En mi caso, prefiero permanecer en el ahora, saborear cada paso que doy y dejar que el porvenir fluya por sí mismo.

Me abrazó. Además de fuerte, era lista y cariñosa.

—Así es como te conocí —terminó Ailee.

—Tiene lógica. Ahora bien, en mi caso no tengo elección. De las cosas que he hecho solo conservo vagos recuerdos, pero de la mayoría no me enorgullezco. El presente es lo único que me queda.

—¿Eso no te satisface? Estás libre de preocupaciones.

—Por un lado, sí; por ejemplo, cuando actúo sin pensar. En contra, cuando comienzo a preguntarme quién soy, a enumerar mis escasas experiencias para elaborar un plan, para dar con un sentido, una razón genuina para vivir, me doy cuenta de que me falta material. Es como si acabara de nacer.

—Hay quien haría lo que fuera por ser como tú.

—Pues es frustrante. Cuando veo mis fotos en las redes sociales, no me reconozco. Estoy de acuerdo en que hay que focalizarse en el presente, pero dejarse llevar requiere certidumbre. Para mí, lo ideal sería tener una idea aproximada de quién soy y lo que quiero. Preferiría tener un esquema de la vida que he seguido y que mi instinto se amoldara de manera natural a esa identidad, sin tener que planteármela a cada paso. Así sería feliz.

Ella me rodeó con los brazos de nuevo.

—Déjame que te ayude. Vamos a recuperar tus recuerdos...

—Ailee —la frené—, sé que he cambiado, por lo que ya no soy la persona que conociste. ¿Por qué razón te empeñas en quererme? De veras, es que no termino de entenderlo.

—Tu cuerpo podría mudar de aires y tu mente olvidarse de mí y desaparecer, que yo te amaría igual —aseveró—. Yo de lo que me he enamorado es de tu alma.

Ahora fui yo quien la abrazó. La besé.

—El alma. ¿Qué es para ti?

—Cuando te miro, no veo otra cosa. Tu mente y tu cuerpo me son invisibles. Eres un alma perdida, rota tal vez, vieja incluso, pero también desvestida de prejuicios y honesta. La única en la que se puede confiar, de hecho. Es como si vieras el mundo a través de una pantalla, o como si lo leyeras en las hojas de un libro, sin dejarte influenciar por los intereses egoístas de los demás.

—Me complaces, pero no soy nada de eso.

—Ven a la cama.

Mientras hablábamos, Ailee se había levantado y estaba desnuda junto al sofá. Se dio la vuelta y se fue, sin esperarme, y se dirigió a su habitación. Mientras cruzaba el umbral, impulsó la puerta contra un panel de goma de la pared. Lo hizo para que se cerrara por inercia una vez que hubiera entrado.

La madera rebotó en el panel y, poco a poco, la puerta comenzó a recuperar su posición inicial. Mientras las bisagras todavía rechinaban, antes de que el tirador metálico estuviera a la altura del alféizar, yo ya me había quitado la ropa y había llegado hasta el umbral.

Me coloqué entre el faldón y el tirador y abrí la puerta de golpe. Entré en la habitación con el mismo ímpetu salvaje.

Mientras Ailee y yo descubríamos nuestras almas, mentes y cuerpos, esta vez sí, la puerta se cerró.

8
¡Al asalto!

Abro los ojos.

Al caer por el precipicio, escucho los gritos de Ailee, que vienen desde la cima de la montaña. No me importan. Sí, no siento apego por ella. Además, me he cansado de que me acompañe. No quiero cargar con la loca. Mi falso interés ha sido una mentira que me ha llenado de gozo.

A costa de ella me he divertido mucho. También le he estado robando. Mi mayor éxito: colarme en su comisaría para apoderarme de aquellos explosivos. Ya los he plantado en mi apartamento. Voy a conseguirlo, a la próxima. Sí, el de la camisa de frutas perecerá conmigo. Él, para siempre.

Los huesos se me rompen. La sangre se escurre por el amasijo de carne en el que me he convertido. Durante la caída, algunos de mis órganos se han quedado trabados en las plantas trepadoras que suben por el despeñadero. Al llegar abajo, todavía me queda un resquicio de consciencia que sé que va a desaparecer. Antes de que pierda el sentido, el de la camisa de frutas se acerca a paso ligero. Sí, de entre la maleza.

—Ha sido doloroso, ¿eh? Por favor, no te levantes por mí.

Me coge, me acomoda con tranquilidad en una camilla a mi medida y comienza a deslizarme por el bosque.

—Estoy seguro de que la siguiente será más suave —se burla, alegre—. Aunque es una pena que no podrás recordarla para compararr.

Quiero responderle, mandarle al infierno. No puedo siquiera mover la mandíbula. De todos modos, ya tenía previsto que vendría a buscarme. Mi venganza explosiva está a punto.

Sí. Venganza.

El de la camisa de frutas se detiene para recoger algo. Deja caer la camilla.

—Como me lo has puesto difícil, he traído para la ocasión tu arma favorita —se mofa, y saca de su funda una lanza con un filo enorme—. Es molona, ¿eh? Pues es tuya.

Dado que la lanza está astillada, se pone unos guantes para poder asirla sin herirse en las manos. Después, me ofrece otro par. Que se vaya al infierno.

—¿No la vienes a buscar? Espera, que te la traigo.

Sin que pueda defenderme, me atraviesa el estómago con ella.

Cierro los ojos.

Abrí los ojos.

Respiré profundamente.

—¿Has dormido bien?

Ailee se estiró sobre mí. La habitación estaba a oscuras, cerrada a cal y canto. Pequeños resquicios de luminosidad se esforzaban por entrar a través de los huecos de la persiana, por lo demás hermética.

Oculta en la oscuridad, ella me daba besos por el cuello. Así como la luz no encontraba por donde introducirse, yo no tenía escapatoria alguna. Tan solo lograba entrever la silueta de sus labios. Igual que aquella vez en el centro de la ciudad, la sensación de calor se acrecentaba por la humedad en el aire. El recuerdo me perturbó y sentí incomodidad.

—¿Se puede saber por qué sonríes? —traté de averiguar.

—Porque estoy feliz. ¿Has dormido bien? —repitió, y me tocó la nariz, juguetona.

—La verdad es que no demasiado —afirmé, y me desplacé para quitármela de encima—. He tenido otra visión. He soñado con mi pasado, cuando caí por el precipicio. Al estrellarme, Pablo vino con una lanza y me remató.

Tuve la impresión de que ella arqueaba la ceja en señal de incredulidad. Lo cierto es que, tal como la había explicado, sonaba bastante inverosímil.

—Amor, si te hubiera rematado no estarías aquí —lo formuló con voz cariñosa para no ponerme en evidencia, pero noté que había dicho una estupidez—. ¿Seguro que no se trataba de una pesadilla? Te movías mucho en la cama por la noche.

—Yo... puede que tengas razón. Aunque parecía muy real. Era como las otras visiones que he tenido. No sé, quizás es que estoy perdiendo el norte. Si no puedo confiar en mis recuerdos, ¿cómo puedo distinguir lo que es auténtico de lo que no?

Ella comenzó por palparme la mejilla para terminar agarrándome de la oreja. Le di la espalda.

—No has perdido el juicio, aunque te lo parezca —me susurró al oído—. Sé

que te crees muy especial, pero la gente común también sufre pesadillas y dolores espontáneos e inexplicables. Después de una experiencia extrema como la tuya es normal sentir estrés postraumático.

—Vaya —le retiré la mano—, ¿es que eres psicóloga, además de enfermera y policía?

Le había lanzado esa pregunta en un tono irónico, pero había sonado más hiriente de lo que pretendía.

—No me hables así. Yo no tengo la culpa de que te falle la memoria.

—Perdona, es que me agobia la situación. Siento haberte contestado mal.

—No pasa nada.

—Hay que localizar a Pablo. Es la clave de mis recuerdos. Si me encuentra él antes, creo que intentará matarme... como le han ordenado.

Le acaricié el rostro a modo de disculpa y, poco a poco, salí de la cama.

—Vive en una casa de campo en las afueras —me informó, sin protestar por mis paranoias, todavía tendida—. Hemos estado allí con él muchas veces. Es una residencia grande en la que solía organizar fiestas.

—¿Me crees, aunque sea un poquito, Ailee? ¿Tengo razón cuando digo que Pablo quiere matarme?

—Creo que soy policía, además de tu novia. Si existe la más mínima posibilidad de que corras peligro, te ayudaré a resolverlo.

—Eso es lo que necesitaba oír. ¿Te parece bien si vamos ya mismo?

—Espera —me pidió. Tiró de mi brazo y señaló el cuarto de baño—. Primero deberíamos ducharnos y desayunar. Voy delante.

No se refería al mismo baño donde me había puesto la crema el día antes, sino al otro, que estaba en una habitación adyacente al dormitorio.

Aunque nos habíamos acostado, no me invitó a que me metiera con ella en la ducha. Es más, se puso la ropa interior tan pronto como encendimos las luces y se tapó bien en cada momento: primero, con la manta de la cama; después, con la toalla. Por respeto, hice lo propio. No recayó en este detalle, o no le dio importancia.

Mientras se duchaba, pensé que, a lo mejor, ella quería que insistiese. Me dio la impresión de que, con ese gesto de entrar en la ducha sola, de permanecer tapada, lo que pretendía era poner a prueba hasta dónde era capaz de llegar, evidenciar hasta qué punto había perdido el impulso de mi personalidad salvaje. Quería cerciorarse de si realmente había dejado atrás mi identidad y de si, por falta de carácter, me dejaría llevar por sus acciones en lugar de imponer mis propios deseos.

Con esta suposición en mente, me levanté y puse la mano en el pomo. Iba a entrar en el baño mientras se duchaba.

Aun así, me detuve.

Al recordar nuestra conversación de la noche anterior, me di cuenta de que era mi mente, llevada por el miedo y las fantasías, la que me guiaba, y que lo hacía en colaboración con mi cuerpo, ambos ávidos por estar junto a ella. ¿Qué hay del alma? Me tomé un respiro y examiné con cuidado mis sentimientos para definir con exactitud cuál era mi deseo.

«Quiero que esté contenta», razoné. Así que levanté la mano del pomo y me puse a hacer la cama. Cuando terminó de ducharse, me dio un beso y me pasó la toalla.

—Te toca —me dijo, bien perfumada, y volvió a besarme.

Me quité la ropa interior mientras ella se vestía y entré en el baño. Me quedé con la boca abierta.

A diferencia del cuartito que había junto al salón, donde me había puesto la crema y las vendas, aquel era esplendoroso. El ventanal que daba al jardín estaba escoltado por dos columnas de piedra y reposaba detrás de un fino telón. La luz de la mañana traspasaba con facilidad la tela de visillo para reflejarse en el espejo empañado en el otro extremo que, junto a la blancura de las paredes y el mármol, dilataba el espacio y transmitía paz.

Había flores: girasoles, rosas, hortensias y tulipanes en la encimera y en una vitrina encajada al lado del ventanal. Más que un cuarto de baño, aquel era un espacio contemplativo, como un buen paisaje. Mientras me lavaba, tuve la precaución de no manchar ni mojar nada fuera del plato de la ducha, pues cada cosa estaba dotada de encanto. Me embutí en una toalla. Cuando terminé de secarme, salí de aquel vergel idílico con cautela para no dejar un rastro de gotas de agua.

Felicité a Ailee por tener el baño tan bien cuidado, y, después, preparamos el desayuno. Comimos frente a frente, como dos profesionales del ajedrez que planean la próxima jugada. Ella tenía un cojín sobre las piernas. Tras cada bocado, acomodaba los brazos en él.

—Perdona —se disculpó, cuando notó que la observaba—. Ya casi he terminado de comer.

—No es eso, no quiero ponerte prisa —respondí, sin quitarle el ojo de encima —. Estaba pensando en lo guapa que eres.

Nos reímos para disipar la tensión. Ailee ya llevaba puesto su uniforme, que le sentaba muy bien.

—Entonces, ¿Pablo hacía fiestas en su casa?

—Sí, hace años, pero perdí el contacto con él cuando desapareciste. No sé si sigue organizándolas. Lo mejor será que nos plantemos allí para ver si lo pillamos.

—¿Y si antes lo llamamos al móvil para tantearlo? —me aventuré, y señalé con la vista el teléfono negro con el logotipo de la policía.

—No tengo su número. Como te he dicho, dejamos de hablarnos hace un tiempo.

—Diría que sí que lo conservas todavía, en ese teléfono de ahí —insistí, y no pude resistirme a admitir mi travesura—. Lo siento... como he perdido mi móvil, ayer le estuve echando un vistazo por si tenía que llamarte. Por casualidad, descubrí que Pablo está en tu lista. Llegué a contactarlo, de hecho.

Ella se ruborizó y frunció el ceño.

—Casi lo había olvidado. Nunca utilizo el teléfono fijo. ¿Qué te dijo?

—No hablamos mucho. Mantuve oculto tu número y me confundió con otra persona. Con su jefe, nada menos. Por eso tengo claro que no trabaja solo, hay alguien por encima de él que me quiere asesinar.

Ailee se quedó en silencio. Aunque se la veía calmada, deduje que en su interior libraba una batalla feroz: por un lado, estaba el amor que sentía por mí y la necesidad de confiar en mis palabras; por el otro, la posibilidad de que yo estuviera desvariando, que aquello fuera una alucinación mía.

Sin embargo, esta vez tampoco comentó nada al respecto. Fue muy respetuosa, aunque se negó a hacer la llamada. Por lo visto, esperaba resolver la cuestión en la casa de campo de Pablo. De un modo u otro, quedaría probado el alcance de mi locura y si era cierto que mi vida corría peligro.

Cuando terminamos de desayunar, salimos al jardín y nos subimos al coche patrulla. Una vez que hubimos recorrido un par de calles, puso en marcha la sirena y comenzó a adelantar a los demás vehículos a gran velocidad.

—Le vas a sacar partido a tu novia policía —soltó, mientras pasaba rozando un turismo que venía en sentido contrario.

—Contrólese, agente —repliqué con sorna, e intenté disimular mi preocupación.

No pasó mucho rato hasta que abandonamos la ciudad, pues la casa de Ailee se encontraba lejos del centro. Poco a poco, la zona residencial densamente poblada de la que habíamos salido se sustituyó por algunas construcciones aquí y allí, puestas al azar.

Luego, carretera y vegetación.

Atrás quedaban el sótano mugriento del hospital Central House, el mendigo, la placeta arenosa donde había conocido a Pablo, el barrio de la tía Sofía y sus esbirros, la trampa mortal de mi apartamento y el confort de la casa de mi novia y su habitación hermética. Ahora, con su ayuda y la de mis recuerdos fugaces, me enfrentaría al que había sido mi enemigo desde un principio: Pablo, la clave del misterio, y a quien le daba las órdenes.

Tenía la sensación de que pronto iba a terminar la congoja, de que resolvería las dudas que me asediaban. Contar con Ailee a mi lado, por extraño que fuera el

amor que sentía, me vivificaba. Me veía fuerte, capaz de arremeter con lo que me deparase el destino.

La naturaleza por la que discurríamos también me alentaba y me arropaba: la elegiría mil veces antes que la jungla urbana de la que provenía. Ella apagó la sirena, pues ya casi no venían coches en sentido contrario ni por detrás. Aunque cada minuto contaba, ya que Pablo podría escapar, lo prefería así. Asumí que, de este modo, llamaríamos menos la atención.

—Ayer, cuando estuve revisando mi perfil en las redes sociales, comprobé que tenía numerosos comentarios negativos —expuse, durante el trayecto—. Me sorprende que nadie me haya parado por la calle para darme la enhorabuena o para meterse conmigo.

—Según mi experiencia, las redes sociales tienen una importancia relativa —anunció, mientras giraba el volante con suavidad—. En una ocasión, me enviaron a por una sospechosa que había amenazado de muerte a varias celebridades por internet.

—¿Qué pasó? ¿Os dio problemas?

—Para nada. Cuando rompimos la cerradura de su piso y entramos a detenerla, se quedó de piedra. Era una ama de casa divorciada, de unos cincuenta años, que escribía lo que se le antojaba mientras pasaba la escoba. Lo hacía así, con una sola mano, sin apenas fijarse.

—Debió alucinar cuando os vio.

—No se lo esperaba. La pobre escribía frases como «les deseo lo peor a tus hijos» y luego seguía con sus tareas. Por eso te digo que las redes sociales tienen poca importancia: la mayoría las usa sin cuidado, para desquitarse.

—Gracias por el aviso —le correspondí, y levanté la mano vendada para que me la viera—. Por cierto, me están apretando desde hace un rato. Quizás debería aflojar un punto las tiras.

—¡No! —exclamó ella, sobresaltada, e hizo un golpe de volante—. Es normal que te compriman bien. Cuando te acostumbres, ya no te darás cuenta de que las llevas.

Asentí y volví a bajar la mano con resignación. Miré por la ventanilla. Afuera estaba lleno de árboles, a los dos lados de la carretera. Detrás de ellos, se divisaban grandes explanadas de forraje y cultivos. Más allá, cadenas montañosas. Diversas capas de naturaleza se superponían a lo largo de un terreno más y más agreste y escarpado. Con la vista, abarcaba un territorio mayor de lo que había llegado a caminar hasta entonces.

Mi pasión por aquella clase de paisajes era muy real. Con razón había elegido el precipicio de una montaña para arrojarme... y no las vías de un tren o la azotea de un edificio. Apenas había unos pocos individuos, desperdigados, en su mayor parte

campesinos o vagabundos que, a diferencia de la gente que había visto por la ciudad, iban muy tranquilos. No tenían prisa alguna, como si no supieran dónde iban o como si no les importara.

Cuando Ailee pisaba el acelerador para adelantar algún camión, tractor, o, en ocasiones, un turismo, parecía que los que se nos cruzaban, solitarios transeúntes en medio del campo, se movían a cámara lenta. Un autoestopista desaliñado con rastas largas fue el último caminante que dejamos atrás antes de abandonar la carretera y meternos por un camino de tierra rocosa, pavimentado con dejadez.

—¿Estás segura de que es por aquí?

—Sí, lo estoy. Pablo siempre fue un tipo crudo, como este caminito.

Al cabo de poco, vimos la casa de campo. Era un edificio de piedra imponente, un verdadero castillo.

—Ailee, será mejor que paremos y sigamos a pie. Si nos acercamos más con el coche nos verá venir.

—Iba a decirte lo mismo —convino, mientras reducía la marcha.

—¿Sabes qué? Creo que trabajamos bien en equipo. De algún modo, estás al tanto de lo que pienso, lo que quiero...

—No lo sé. Dime, ¿qué es lo que quieres?

No contesté. En su lugar, volví a mirar por la ventanilla.

Nos detuvimos junto a una pequeña sima que había a un lateral del camino. Ailee confiaba en que el esfuerzo combinado de la pendiente del terreno y los árboles que la cercaban bastaría para ocultar el vehículo hasta nuestro regreso. Antes de bajar, sacó una pistola de la guantera y se la enfundó.

—Por si acaso —se justificó, y me entregó un cuchillo policial—. Espero que no lo necesites.

—Me parece bien.

Anduvimos entre la maleza con la intención de rodear la casa, puesto que pensamos que sería mejor plan que ir de frente. No obstante, Ailee, que había estado abstraída desde que salimos del coche, me tiró del hombro al cabo de poco.

—Creo que lo ideal será que nos separemos. Así, si nos ve, tendrá menos oportunidades de escapar —me murmuró al oído.

—¿Qué propones?

—Como tengo la pistola, lo esperaré frente a la entrada principal, escondida donde terminan los matorrales. Tú ve por detrás. Allí hay una puerta que da a la despensa que, si recuerdo bien, solía estar abierta. Si sale corriendo por delante, lo detendré.

—Bien pensado.

—Gracias. Grita si estás en apuros.

—Sí que le voy a sacar partido a mi novia policía...

—Anda, ¡vamos!

Nos dividimos según lo acordado. Seguí recorriendo el contorno de la casa, siempre entre la maleza.

Mientras avanzaba, me entretuve a examinar los detalles de la fachada por si detectaba una ruta alternativa. A sus pies, junto a la entrada principal, había una compuerta metálica, sellada, que asumí que llevaría hasta el sótano. Las ventanas eran demasiado altas como para que me colase a través de ellas. Además, salvo en el desván, estaban tapiadas con tablones. La pared, aunque era de piedra natural, parecía que estuviera limada, de tan plana, por lo que no sería fácil escalarla sin las herramientas adecuadas.

De haber tenido un gancho lo suficientemente largo, podría haberlo clavado en el balconcillo que sobresalía en su punto más elevado, superar la vertiente empinada del tejado de pizarra, que brillaba, y alcanzar así la ventana del desván, donde se apoyaba una especie de artilugio con aletas. ¿Era un dron lo que yacía tras el vidrio? En todo caso, dados los escasos recursos de los que disponía, lo más prudente sería ceñirme a la propuesta de Ailee e ir por detrás.

La entrada trasera, tal como había predicho, estaba medio abierta. Me agaché, salí de entre los matorrales y me acerqué con sumo cuidado, intentando no hacer ruido. La puerta de madera, carcomida, con el picaporte oxidado, era tremendamente vieja y frágil, en contraste con la sólida pared de piedra. Temía que crujiese al abrirla, así que zanjé que lo haría de un topetazo, cuchillo en mano.

Me estaba preparando para lanzarme contra ella cuando escuché a gente hablando en el interior. Aborté mi plan para cruzar y pegué la oreja a la madera, tan cerca de la obertura como fue posible.

—Has fallado, Pablo.

Aquella voz me era desconocida. Ahora bien, tuve un extraño sentimiento al oírla, como si el interlocutor me hubiese acompañado, desde la lejanía, por un largo período. Por añadidura, por lo grave de su tono, me pareció que se trataba de un hombre... aunque no lo hubiese podido asegurar, pues me llegaba un tanto distorsionada.

—Has fallado. Tienes que volver y darle muerte. Aunque lleva solo unos días con vida, ha aprendido demasiado. Por tu culpa, se ha reencontrado con la agente de policía que, en su existencia anterior, fue su novia. En estos momentos, vienen a por ti. Ponle fin.

—¡Casi acaba conmigo! —se quejaba Pablo—. Hizo saltar por los aires su apartamento. Me engañó para matarme. Por suerte, no se acordaba de nada y me rescató de su propia trampa...

—Eso no importa —le cortó la voz—. Quítale la vida como solo tú sabes hacerlo.

—¡Me niego! —volvió a lamentarse, esta vez a gritos—. ¡Tal vez a la próxima no tenga tanta suerte y me liquide!

La voz permaneció callada durante un instante y pude escuchar la respiración acelerada de Pablo.

—Si no lo haces, ya sabes lo que pasará. Si descubre quién eres, el destino que nos espera será diez mil veces peor que la muerte.

Me aproximé a la cerradura para ver mejor la escena. A través de ella, observé a Pablo inflar el pecho y envalentonarse. Con todo, no alcancé a vislumbrar el origen de la voz. Se encontraba, al parecer, lejos de la puerta.

—¿Y si lo dejamos correr? —propuso Pablo, enérgico—. En esta vida parece un ser tan... diferente.

—Eso es lo último que nos conviene.

Pablo se desinfló y puso los ojos en blanco.

—¿Entonces qué? ¿Debería esperar a que venga? ¿O...?

—Ya está en la casa —sentenció la voz, solemne—. Justo detrás de la puerta.

Entré en la despensa de una embestida y me planté frente a Pablo, que se quedó boquiabierto. Alcé el cuchillo, amenazante. Exploré alrededor para buscar al otro hombre, pero no lo veía por ningún lado.

—¡¿Con quién hablas?! —le largué a Pablo y lo empujé.

Él no me contestó con palabras. Se limitó a señalar su teléfono, que estaba encima de una repisa, conectado a un altavoz. Se dejó caer al suelo, desanimado.

—¡Hazlo! ¡Quítale la vida! Volvamos a empezar —resonó por la sala.

Me acerqué para tratar de obtener alguna pista del teléfono, algún dato que me permitiera saber quién estaba dando las órdenes desde el otro lado. No reconocí el número que aparecía en pantalla, así que dejé el cuchillo y accedí a él para abrir el menú de contactos.

Mientras lo hacía, tal era mi concentración que no me di cuenta de que Pablo había comenzado a moverse. De hecho, había tenido tiempo de poner su mochila de deporte entre los dos.

Con un solo movimiento, metió el brazo en la mochila, sacó una pistola y me apuntó.

—Quítate... las vendas —me requirió, dubitativo.

—¿Qué?

—Mira tu mano —me mandó, tembloroso, con el arma en alto—. ¡Que lo hagas!

Tiré del vendaje con delicadeza y comencé a darle vueltas. Después, lo arrojé sobre la repisa.

—¿Qué ocurre?

—Los dedos. Cuéntalos.

No entendí por qué me pedía tal cosa. Pronto lo comprendería.

Uno, dos, tres... ¡Cuatro y cinco!

Tenía todos los dedos. Los que había perdido por la explosión habían regresado a su lugar correspondiente.

—Eres inmortal —reveló Pablo, hundido—. Cuando mueres, cada vez que te quito la vida, lo olvidas todo. Ya deberías imaginártelo a estas alturas. Después de fallecer, tu cuerpo se recompone. Tu mente no. No pierdes la vida, pero sí la memoria.

Me tomé un segundo para digerir sus palabras, pero no me sorprendieron tanto como cabría esperar. En el fondo, de alguna manera, ya lo sabía.

—Antes de que hagas alguna locura, por favor, escúchame —le requerí, con frialdad—. Ayer te llamé por teléfono y no reparaste en que era yo. Dijiste algo así como: «La zona controlada de los Querubines ha fracasado». ¿A qué te referías?

—No voy a explicarte más. Vas a morir.

—Pablo, por favor, dime, al menos, con quién estás hablando. —Agarré el móvil y se lo mostré, señalando la pantalla—. Somos compañeros, te salvé de la tía Sofía. No te haré daño si no me fuerzas. ¿Quién es mi enemigo?

Él escupió. Se estaba deshaciendo.

—Alguien con interés en que permanezcas sin saber demasiado.

Me disparó. La bala perforó el teléfono móvil, que estalló, y me alcanzó el corazón. Al ver que permanecía de pie, con un hilo de vida, Pablo cogió carrerilla y me derribó de un codazo.

Lo último que vi antes de perder la consciencia fue a Ailee. Mi novia llegó a la despensa desde el interior de la casa, con el arma reglamentaria a la vista. Nada más cruzarse, Pablo entró en pánico y le pegó un tiro.

Cayó desplomada a mi lado.

Aunque se había llevado el segundo disparo, Ailee perdió la vida antes que yo.

Cerró los ojos.

Yo, también.

9
Muchas vidas en una

Abro los ojos.

Después de tantos meses de sequía, por fin ha llegado la lluvia. La celebración no se ha hecho esperar. Cazadores y recolectores han partido temprano, por la mañana. Al caer la noche, toca festín.

La tribu se ha reunido en el altar frente a la cueva y los tambores llevan sonando todo el día. La hoguera permanece encendida desde la tarde y tenemos intención de bailar a su vera hasta que salga el sol.

A pesar del buen ánimo, la ceremonia se detiene cuando, de repente y para nuestra sorpresa, uno de los recolectores se pone a gritar. Está vestido con un tejido de piel de lobo ornamentado con motivos guerreros y lleva un collar de huesos.

—¡He encontrado esta roca en el lecho del río! —clama y salta sobre el altar—. ¡Las lluvias la han arrastrado desde la parte más profunda!

Tiene una piedra en la mano y la levanta bien alto para que la veamos. Es de un gris casi negro, triangular, con los bordes cortantes. Pese a su aspecto atípico, para la mayoría de nosotros no es más que un pedrusco común.

El jefe de cazadores parece irritado por la interrupción, por lo que deja a un lado las piezas de fruta que estaba comiendo y hace un gesto amenazante. La hechicera de la tribu, en cambio, lo observa con curiosidad.

—¡Es mágica! —sigue el hombre, todavía desde el altar—. ¡Prestad atención!

El recolector agarra un segundo guijarro del suelo y lo raspa con el borde más afilado del primero. Un pequeño relámpago sale de entre ambos, lo que causa gran admiración entre los presentes y motiva un alboroto que termina por arruinar la ceremonia.

—Con este poder ¡podemos hacer fuego con facilidad!

Los tambores dejan de sonar.

El jefe de cazadores se levanta, lleno de ira, pero se detiene para buscar la mirada de aprobación de la hechicera. Sin duda, se siente amenazado por este misterioso poder, pero no se atreve a actuar sin su beneplácito.

Ella tarda un rato en reaccionar, como si estuviera sopesando lo ocurrido. Al final, tras una breve reflexión, le habla en voz muy alta. Quiere que todos la oigamos.

—Jefe de cazadores, acaba con el sufrimiento de este hombre. Es evidente que ha sido poseído por espíritus malignos. —Luego, le da la espalda y se dirige al resto de nosotros—: No os dejéis engañar por tan insólito poder o compartiréis su desgracia.

Cuando la hechicera termina de dar su veredicto, el jefe de cazadores se arroja sobre él, lanza en mano. Los demás permanecemos inmóviles mientras dura la ejecución. Cuando acaba, la celebración continúa, aunque los ánimos de la tribu están por los suelos.

«De haber encontrado yo ese pedrusco, habría muerto por decreto de la hechicera, en lugar del pobre recolector», pienso. Percibo que los demás comparten el mismo miedo, que les hace sentir inseguros y vulnerables.

Ya bien entrada la noche, nos ordenan sepultar el cuerpo desguarnecido de aquel hombre. Los más jóvenes lo han despojado de su vestimenta de piel de lobo y se pelean por los huesos de su collar como carroñeros.

—Dad la vuelta a la cueva y pasad el arroyo hasta el prado. Enterradlo allí con su piedra —nos indica la hechicera, y nos ponemos en camino.

Está muy oscuro. La única luz que hay proviene de la luna. Por suerte, el camino está despejado. Al cabo de un rato breve, llegamos al prado sin problemas.

Una vez allí, escuchamos golpes que provienen del bosque. Sea lo que sea, se está acercando. Por el susto, decidimos dejar el cuerpo debajo de una pila de troncos en lugar de enterrarlo como dicta la costumbre. Nos apresuramos y volvemos a la hoguera.

Cuando regresamos con los demás, nos marchamos directamente a dormir. Aunque la ceremonia no se ha consumado, ya casi es de día. El pavor por los espíritus malignos se ha llevado el apetito de buena parte de la tribu.

Aun así, con los primeros rayos del sol llega la desgracia: la lluvia, que había dejado al descubierto aquel pedrusco, también ha obligado a desplazarse a otros habitantes del bosque. Mientras caemos dormidos, las fieras se nos echan encima.

Se me lanza un oso grande, negro, con el pelaje plateado en las puntas, el lomo encorvado y garras largas. No tengo tiempo de reaccionar, ya que me atrapa con un abrazo mortal y me muerde: primero en la cabeza y, después, en la nuca.

Cierro los ojos.

Abro los ojos.

Anudada en la nuca llevo la gran corona de las Dos Tierras en honor a Seth, el del negro pelaje, y a Horus, el de las largas garras. Me cubre la cabeza entera.

Gobernar en Egipto no es una tarea sencilla, como tampoco lo fue llegar al poder. De hecho, la responsabilidad solo pasó a mis manos tras la sospechosa muerte de mi cónyuge. Desde entonces, he sido lo bastante hábil como para ir rodeándome de fieles adeptos.

Junto a mí, estos seguidores no han dejado de crecer en poder y en influencias, por lo que los he elevado a altos cargos como recompensa. Así, gracias al apoyo del sumo sacerdote y de los funcionarios de la corte, poseo una autoridad equivalente a la de un faraón.

He encerrado a los posibles herederos en el palacio, pues son inexpertos, y mi reinado ha sido próspero. He pagado el apoyo del clero con la proclamación, durante la vendimia, de que mi verdadero padre es el dios Amón. El amor del populacho ha afianzado mi poder.

No obstante, tras más de veinte años en el trono, mi suerte se acaba. Mis principales apoyos desaparecen. Ahora, el palacio es para mí una prisión y mis adeptos me abandonan.

Decido que, tras una vida de arduo trabajo y provechosa, es el momento de descansar. Cuando se hace de noche, escapo de mis aposentos para saltar los muros de la residencia real.

Un humilde alfarero trata de detenerme cerca de la orilla del Nilo, pero ya es tarde. Sus palabras de consuelo caen en saco roto. Mi determinación es firme. Me arrojo al río, en un afluente lleno de cocodrilos.

Cierro los ojos.

Abro los ojos.

En la bodega del buque tenemos sacos llenos de pieles de cocodrilo y piezas de los mejores alfareros.

También está cargada de cerveza del norte de Europa, vino italiano y árabe, así como monedas de oro y plata acuñadas en la misma Roma con el rostro de nuestro magnánimo emperador, de las que obtendremos grandes ganancias al intercambiarlas por la

divisa local en Barbaricum. Ahora que el Imperio de Augusto administra el Mediterráneo en lugar de los griegos, no tendremos que pagar tantos impuestos al comerciar con los puertos del sur de la India.

Con este pensamiento, salgo a cubierta y oteo el horizonte, anhelando tocar tierra. Una vez que hayamos terminado nuestros negocios, regresaremos a la península itálica con telas de algodón y seda, además de bellos atuendos confeccionados con los hilos más finos, por los que los ciudadanos romanos de bien pagarán una fortuna.

Cuando acabe el viaje, será el momento de asentarme y formar una familia.

—¿Estás soñando con los ojos abiertos? —me cuestiona mi socio, el contramaestre, mientras repasa el tejido de los cabos con los dedos.

—Hace semanas que no tengo más visiones del pasado —respondo con sosiego—. En cambio, pienso cada vez más en el futuro.

—Eso es bueno, hay que mirar siempre hacia adelante. El pasado corresponde a los dioses y a los muertos.

Asiento. Observo el horizonte.

—A veces, tengo la sensación de que estas visiones que me vienen son recuerdos de vidas anteriores —confieso, con melancolía.

—Lo que sean, escapa a tu control. Procura pasar la que tienes ahora lo mejor que puedas.

Le agradezco el consejo, con los ojos todavía puestos en el mar. Por un momento, me da la impresión de que hay algo pequeño moviéndose a lo lejos. ¿Es un velero? Sin embargo, tras echar una segunda ojeada, me doy cuenta de que se trata de una gaviota perdida.

—¿Qué te parece si abrimos uno de esos barriles de cerveza germana de los que hablamos ayer? —propone mi socio, socarrón —. Me apetece un trago.

—¿Es que eres un bárbaro? ¿Qué es lo que quieres celebrar?

—Nada, pero deberíamos probar una parte del producto antes de desembarcar. Ya sabes, para asegurarnos de que está en buenas condiciones.

—Está bien, pero solo un trago.

—Voy a ir a buscarlo —se ofrece rápidamente.

—No te preocupes, yo bajaré yo —lo detengo, con una sonrisa—. Me preocupa que te lo termines antes de regresar a cubierta.

Me dirijo a la escotilla que lleva a la bodega, que está junto al mástil mayor. Descendo por los escalones de madera húmeda y apolillada con cuidado y me apoyo en las paredes para no resbalar. A mitad de la escalera hay una repisa con una lámpara de aceite. La iluminación en el interior del buque es tenue, pero suficiente, y la luz que se filtra por los huecos entre los tablones de la cubierta hace innecesaria, a estas horas, la lamparilla.

Una vez abajo, tras una cortina, se encuentra nuestro tesoro particular. Contamos con toda clase de artículos comerciales consagrados al dios Mercurio. Hay pilas de monedas, materias primas y piezas de artesanía que se venderán muy bien en el extranjero.

Al fondo de la bodega, por la parte de proa, me esperan los recipientes con las bebidas alcohólicas. El vino se guarda en barricas de madera de roble galas, mientras que la mayoría de la cerveza, por su menor calidad, está almacenada en sencillas ánforas de arcilla. Salvo la germana. Aun con todo, apenas he dado el primer paso hacia los barriles cuando la entrada se cierra detrás de mí.

—¡Eh! ¿Qué pasa?

—Lo siento —se disculpa el contramaestre desde el otro lado de la escotilla—. He llegado a un trato más lucrativo que el que tengo contigo. ¡Yo también debo tener en cuenta mi futuro!

—¡Ábreme ahora mismo!

Se ha ido. Empujo a la desesperada y pido ayuda a gritos, con la esperanza de que algún miembro de la tripulación me oiga. Deben estar centrados en sus labores. En un principio, el silencio es la única respuesta que obtengo. Al cabo de poco, escucho varias voces alarmadas y a gente corretean do por la cubierta.

—¡Piratas! —chilla una mujer, justo encima de la escotilla.

—¡Socorro! ¡Me han encerrado! —Aprovecho la ocasión para hacerme notar.

Sin embargo, nadie viene a ayudarme. Vuelvo a bajar las escaleras y me acerco a un lateral de la bodega. Me aproximo por el lado de estribor, que es de donde viene el escándalo, para echar un vistazo afuera por los resquicios del casco.

Una nave pequeña y maniobrable, con velas y remos, similar a un birreme de los que hay en la armada romana, se aproxima a gran velocidad. No tiene bandera.

Es tarde para reaccionar. Su pesado espolón de bronce, que tiene una punta de lanza y está afilado, me impactará a la altura del cuello. No puedo hacer nada.

—No es justo.

Cierro los ojos.

Abro los ojos.

—Es lo más justo.

Él sostiene su pesada lanza a la altura de mi cuello. La punta está afilada.

—Por el ojo izquierdo de Odín. ¿Cómo pudiste hacerlo? —pregunta Aren. Tiene una expresión hierática, pero percibo que en su corazón riñen un torrente de emociones.

—Creía que habías entrado en el Valhalla —contesto, sin atreverme a mirarlo a la cara—. Asumí que era mi responsabilidad tomar la decisión correcta. Me hicieron creer que estabas muerto.

La audiencia permanece callada. Los nobles adinerados, que en el pasado me habían considerado una persona pobre de espíritu y corta de vista, pero que terminaron por temerme, me vigilan ahora con una suerte de compasión.

—Has dado por hecho mi fallecimiento de manera prematura y te has adjudicado poderes que van más allá de cualquiera de nosotros —me acusa, apenado—. No solo has echado a perder el clan de Olav Pies Cortos y las escuderas de Gunnhild. Tu osadía ha levantado ampollas en el reino del norte y en nuestros hermanos vikingos del continente.

Su consejera más fiel, Brenda, y su marido, que fueron los que me manipularon, no abren la boca. Por un momento pienso en arremeter contra ellos, pero tal cosa no haría sino agravar la ira de Aren y causarle todavía más problemas.

—Jamás debiste haber subido a ese barco ni arrastrar a los demás contigo. —Acaba, y se seca una lágrima que se le había escapado por la mejilla—. Por mucho que me pese, no puedo hacer otra cosa que condenarte a muerte.

Quiero decirle que he documentado lo que pasó al detalle, que poseo pruebas por escrito que certifican que actué de buena

voluntad, que sus consejeros me mintieron. No obstante, no tengo ocasión de hablar. Con un gesto veloz, me hace un corte limpio en el cuello. Caigo a sus pies y comienzo a desangrarme.

—¿Enterramos el cuerpo con su escudo familiar, señor? —demanda uno de los presentes a Aren.

—No, el escudo enviadlo a la menor de sus hermanas y a su marido en el norte —ordena él, muy serio—. Que sea la lanza de mi señorío la que repose en su tumba. Después de lo ocurrido, no quiero volver a blandirla.

Aren abandona el salón a grandes pasos. Su consejera, Brenda, se acerca y me toma el pulso.

Cuando se inclina sobre mí, alcanzo a ver, en un costado de su túnica, mal doblados, todos los pergaminos que yo había redactado durante meses. Eran para mi señor... Tiene un sello y están escritos de mi puño y letra. Ella me ignora, se pone de pie y se marcha.

Cierro los ojos.

Abro los ojos.

Llevo meses redactando, de mi puño y letra, bien selladas, las peticiones de abastecimiento. Nos ha costado seguir con la marcha, pero mis señores ignoran todos los consejos.

Hasta el momento, hemos tenido grandes dificultades para aprovisionarnos durante el viaje.

El calor en el desierto de Anatolia es sofocante, más aún en el interior de esta armadura, que cubre cada extremo de mi cuerpo y me tapa el rostro. He optado por llevarla puesta durante la expedición y no he hablado casi con nadie desde Nicea.

No tengo interés en tratar con mis compañeros de batalla, sean hombres o mujeres, y es mejor así. Prefiero permanecer en el anonimato, comunicarme mediante mis emisarios y deleitarme con el temor que infunden en amigos y enemigos mi yelmo monstruoso, que no me lo quito para nada, y el arnés grabado con mi blasón. Así, el dibujo de una serpiente que cerca y envuelve una alabarda decora mi sobreveste.

Sé que al fallecer olvidaré a mis camaradas, como me consta que ha ocurrido ya muchas veces, y que ni la más atroz de las muertes pondrá fin a mi existencia. Cualquier relación con los demás es irrelevante.

He decidido abrazar la guerra y sus emociones, vivir al máximo las experiencias más fuertes. La Cruzada proclamada por el papa ha sido una oportunidad deliciosa.

Por ello, cuando los paganos turcos asaltan nuestro campamento, mientras el trotar de los caballos y los gritos de los heridos resuenan en mis oídos, sonrío. Aun con los labios resecos por el calor y la sed, solo pienso en la guerra.

Me preparo y salgo de la tienda con el arma en alto.

La pelea es desigual. Los turcos nos atacan con flechas desde una distancia segura. Mientras, su caballería, veloz, saquea el campamento. Alrededor hay cadáveres a montones. Los supervivientes se atrincheran como pueden, a la desesperada, para protegerse de los arqueros.

—¡Nuestra caballería llegará pronto y cesará esta lluvia de flechas! —trato de alentarlos.

—No los atraparán —se lamenta un soldado joven, que se escuda detrás una pila de despojos de madera—. Nuestros caballeros llevan pesadas armaduras de placas y son demasiado lentos. Los arqueros turcos les darán esquinazo.

—En ese caso, tened confianza —les pido, con serenidad—. Los mantendremos ocupados para que no miren atrás y no vean acercarse a la caballería. ¡Que Dios nos asista!

Sin embargo, nadie quiere venir conmigo. Deben pensar que he perdido la razón. Doy por hecho que mi silencio sepulcral durante el viaje me ha hecho menos fiable a los ojos de los soldados. Tampoco me ha ayudado el permanecer al resguardo de mi yelmo.

No los necesito.

Así, a sabiendas de que no puedo morir, me lanzo por mi cuenta contra los arqueros, que disparan sin parar.

—¡Detente y retorna a la formación! —me exige uno de los tenientes del ejército cruzado. Decido ignorar el dictamen y sigo avanzando, pues no respondo ante nadie.

Mientras me muevo con arrojo, la caballería ligera turca intenta abatirme. Llego a derribar a varios de ellos con la lanza, pero las puntas de hierro de las flechas me perforan los brazos y las piernas.

Mi sobreveste está tan ensangrentado y hecho giones que el dibujo apenas es visible. De la imagen de la alabarda solo queda la cuchilla y parte del guardamano. En estas circunstancias, mi

blasón bien parece una hacha corta, o un bardiche del este, en lugar de una alabarda. La serpiente ha desaparecido bajo una capa de mi propia sangre.

No me es posible mantenerme de pie. Sigo arrastrándome en dirección al enemigo, pero las flechas no dejan de caer.

Aunque no consigo llegar hasta ellos, la impresión que causa mi ataque solitario al corazón de las tropas turcas tiene el efecto deseado.

Tan sorprendidos se quedan por mi temeridad fuera de lo común, y tan preocupados están por derribarme, que no se percatan de que la caballería pesada de Godofredo de Bouillón avanza hábilmente sobre ellos. Mis heridas son un asunto muy serio, pero ganaremos esta guerra sin reproches.

Cierro los ojos.

Abro los ojos.

—Me hiere que nos hables con tanta seriedad de los asuntos de la guerra —me reprocha, muy hábil—. Son cuestiones que no preocupan a la gente común. No ganamos nada con esto, no avanzamos…

—En cualquier situación, si quieres ser cristiano, debes amar a tus enemigos. Enemigos, sí. Amados, también.

Mientras pronuncio el sermón, el sacerdote budista me examina con un escepticismo no disimulado, ansioso de que le justifique mi doctrina. Me cuesta centrarme: los críos saltan y juegan por la plaza. De vez en cuando, se acercan y me tiran de la túnica para divertirse.

—Si queréis seguir a Jesús, debéis ser más como los niños. Mirad los y aprended de ellos, de la docilidad de su corazón y de su curiosidad —asevero, y uno de los críos me saca la lengua—. Pobre de aquel que les ponga una mano encima.

Hace ya unos meses que he llegado a Japón desde Portugal, y, a estas alturas, me puedo comunicar bien en el idioma vernáculo y me voy adaptando a sus costumbres.

Lo cierto es que no lo he tenido difícil. La tolerancia religiosa de su líder, Nobunaga, y los intereses comerciales con mi país de origen, han sido el catalizador perfecto para el encuentro entre las dos civilizaciones.

Por lo general, son gente agradable y buena. Por lo menos, lo

son los habitantes de Kagoshima, que es la región donde desembarqué.

—La doctrina de los cristianos parece firme, pero de tan sólida es inflexible —me rebate el sacerdote budista, con educación, pero al mismo tiempo con fiereza—. Es tan poco maleable que puede romperse con facilidad. No es armónica, no abarca el orden que hay en la naturaleza. Proviene de la humanidad y no de lo divino, ¿pues quién, sino el ser humano, sería tan ingenuo como para amar a amigos y enemigos por igual?

Algunos de los campesinos entre el público se ríen.

—'In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas' —respondo, de memoria—. Lo que significa que hay que permanecer firmes en lo esencial, libres y flexibles ante aquello que es susceptible de duda, y, en cualquier caso, caritativos. Podemos ser blandos, pero no en lo fundamental. No valen pretextos para el amor.

—Por eso, vosotros, los forasteros, mostráis los sentimientos con tanta desenvoltura —irrumpe en la conversación una aldeana de avanzada edad—. La libertad de vuestros soldados hace que nuestras mujeres se escandalicen.

—Tampoco hay excusa para comer con las manos como animales, en lugar de usar los palillos —añade el sacerdote, ágil—. Y bien que lo hacéis.

La multitud estalla en carcajadas, aunque solo por un instante. Enseguida se acogen a un respetuoso silencio. El sabio budista me invita a replicar.

—¡Por los querubines del cielo! Si no os importa, necesito descansar un rato. Por favor, pensad en lo que os he explicado, que yo haré lo mismo con vuestras reflexiones... y vuestro sentido del humor.

Me despido con afecto y me encamino a mis aposentos, frente al seminario.

Mi casa, además de tener lo necesario para vivir, también cuenta con un pequeño despacho. Destaca respecto a los edificios japoneses por su arquitectura típicamente europea.

En el despacho, me dedico a componer las cartas que luego mando al continente, preparo las charlas y disfruto de una buena lectura. Mi novela favorita es el 'Palmerín de Inglaterra'. Cuando hay tiempo, practico los caracteres escritos nipones. También

medito y rezo a menudo.

Por sorprendente que sea, he aprendido, cuando tengo la suficiente concentración, a recordar sucesos de vidas anteriores. Gracias a esta habilidad, que cualquiera de mis colegas, de monjas a frailes, consideraría abominable y herética, soy consciente de que no puedo morir. En ocasiones, me pregunto por qué Dios me ha confiado tal carga.

En estos años no he encontrado la respuesta. Lo que sí que he descubierto es que, cuando fallezco, pierdo la memoria. También sé que hay asesinos que me van detrás.

Huir a Japón a predicar el cristianismo me ha servido para mantener la distancia con los que me quieren matar. Se trata de un grupo que me persigue con tenacidad, con los que ya me he encontrado en el pasado.

Por supuesto, yo soy una persona de fe, por lo que no sería acertado decir que he venido a Japón con fines puramente egoístas. Ahora bien, de haber podido elegir, admito que encontraría preferible discutir sobre la idoneidad del Edicto de Tesalónica en un salón renacentista en Italia, o junto a intelectuales franceses, antes que hallarme en la plaza de un pueblo al otro lado del mundo con un grupúsculo de campesinos paganos.

De todos modos, ni siquiera poner el mar de por medio ha desanimado a mis perseguidores. Ya están aquí.

—Has dejado de huir, ¿por qué? —pregunta una mujer junto a la puerta, una vez que estoy dentro de mi despacho.

La asesina me apunta con un arcabuz y aprieta los dientes.

—Me he cansado de escapar, Paula. En mi última vida, he servido al clero durante ciento sesenta y tres años. No envejezco. Tu padre me acosó hasta el corazón del Imperio otomano. Tu abuelo intentó darme caza antes que él. ¿Cómo están?

—Muertos, claro.

—Vaya, lo siento.

—Estarían contentos, pues yo te he atrapado.

—¿Por qué lo hacéis? Perseguirme, quiero decir.

Paula vacila un momento. Traga saliva y mira al suelo. Se percata de que se está mostrando sensible, así que levanta la vista y sacude el cañón del arcabuz para intimidarme.

—Cálmate. ¿Por qué haces esto? —insisto, con mucha prudencia—. No comprendo por qué una muchacha joven y

talentosa como tú dedicaría su vida a darme caza.

—Lo hago… ¡para mantenerte con vida! —explota, a grandes voces—. Si pasas demasiado tiempo sin perder la memoria, podrías llegar descubrir el modo de morir para siempre.

Me rasco la ceja y me acerco a ella, poco a poco. Me da la impresión de que se ha desfogado y se está tranquilizando.

—A ver, querida Paula. —Intento presionarla sin dejar de avanzar—. ¿Qué más os da a ti y a tu familia lo que haga o deje de hacer con mi vida?

—A mí no me incumbe eso. Es lo que nos ha ordenado.

—¿Quién?

—Cierta persona que se preocupa por ti y que no quiere que mueras definitivamente.

Paula sostiene su arcabuz bien alto. Me apunta, muy tensa. Decido dejar de moverme para no alterarla.

—¿Te das cuenta de la ironía? Es brillante. Hay alguien que os ha exigido matarme para que pierda la memoria y que no viva lo suficiente como para aprender a morir para siempre. Me matáis para salvarme.

—…Puede ser.

—Está bien. Es agradable saber que hay gente ahí fuera que cuida de mí.

Paula examina mis aposentos. Hay una cruz en la pared. Sobre la mesa, la Biblia. Al otro lado de la ventana, el seminario.

—Tú sirves a Dios Todopoderoso —se aventura a suponer, con los ojos muy abiertos—. ¿No crees que es él quien te vigila?

—Tengo fe, pero me asfixia la impotencia —le aclaro, y bajo la cabeza—. El reino de los cielos me está vetado, joven, porque soy inmortal, y, por lo tanto, rehén de este mundo. Haz lo que debas.

Paula, empapada de sudor, dispara el arcabuz. El suelo está ensangrentado. A pesar del dolor, todavía recuerdo la fe en mi corazón. Desearía elevarme, esta vez, cruzar la azotea de mi despacho, elevarme por encima de aquel territorio y de las nubes y encontrarme con Dios en el cielo. Libre.

Cierro los ojos.

Abro los ojos.

Me encuentro con Pablo, en una azotea. Estamos en el corazón del territorio de la tía Sofía, y el cielo está libre de nubes. A buena

fe que esto ya lo he recordado otras veces. Él yace en el suelo, inmóvil, ensangrentado, dolorido y empapado de sudor.

Acabo de darle una paliza.

—En adelante, trabajarás para mí —le advierto, mientras se retuerce, y cierro los ojos por un momento—. Seguirás las indicaciones que te daré, que servirán al propósito de mi enemigo a la vez que al mío.

—¿Qué es lo que quieres? —me interpela, con lo que le queda de voz.

—Lo que quiero es lo mismo que tú esperas de mí: seguir muriendo y olvidando para poder vivir eternamente. Me niego a desaparecer como el resto y convertirme en polvo, estoy feliz de ser inmortal. Pero, atención: debes saber que me vienen más y más recuerdos del pasado, por lo que será más difícil para ti cazarme…

—Eso no lo sabía.

—…Y que en algunas de mis vidas he estado cerca de encontrar el modo de morir para siempre, así que deberás venir a por mí con más rapidez y mejor preparado. Buscaremos un lugar seguro, donde puedas tenerme bajo vigilancia. Una zona controlada.

—Eso… suena bien.

—Te daré instrucciones muy precisas sobre lo que debes hacer, esclavo. Escucha. Para empezar, quiero que te conviertas en asociado de la banda de los Querubines. Luego, pondremos a trabajar la fortuna que he recuperado.

—Lo estudiaré.

—Hazlo. Cuando lo tengamos todo a punto, mátame para volver a iniciar el círculo.

Cierro los ojos.

Parte II

10
Morir... ¿para siempre?

Abrí los ojos.

Me desperté en una cama de lo más incómoda. Era tan dura la superficie del colchón que no sabía cómo ponerme. Me dolían los músculos. La piel se me había pegado a las sábanas, que estaban mojadas por el sudor. El cojín, que hacía sus veces de cabezal debajo de la almohada, era muy voluminoso, y las vértebras del cuello me formaban un arco demasiado pronunciado que terminaba con mi mollera mal apoyada en la pared.

Alguien había colocado una manta a modo de funda del colchón para amortiguar y disimular los muelles que sobresalían; con todo, los más punzantes habían traspasado el tejido y se me clavaban con cada movimiento, por leve que fuera. Al cabo de tres o cuatro pinchazos, a cuál más penetrante, preferí permanecer en la quietud y repasar el lugar solo con la mirada.

Al parecer, nadie había limpiado la habitación desde mi anterior estancia. De hecho, cada cosa seguía en su sitio: el botiquín de primeros auxilios junto a la taquilla oxidada, la pared grasienta y rasgada, la mesita con la jarra de agua, el fluorescente... y la doctora sonriente.

—Me alegro de que te hayas despertado. Has tenido al equipo médico muy inquieto —me animó y saludó, en un tono infantil—. ¿Quieres una golosina?

—Me ha leído usted la mente, doctora.

Me pasó un caramelo de menta. Lo cogí al aire, lo inspeccioné y lo dejé caer con displicencia. En el transcurso de esta acción me eché un vistazo rápido a las manos: estaban enteras, con los cinco dedos, aunque repletas de cicatrices.

—¿Sabe qué? Prefiero beber un poco.

Ella apuntó un par de líneas en su libreta. Acto seguido, con tranquilidad, vertió el agua de la jarra en un vaso. Me lo pasó y la bebí de un sorbo, pues tenía la boca reseca.

—¿Te parece si te hago un cuestionario para evaluar tu estado, ahora que has saciado la sed? —me preguntó, sin dejar de escribir.

—Me apetecería tomar el aire, doctora —la tanteé, tan campante—. ¿No hay alguna ventana o terraza donde pueda asomarme?

Ella negó lentamente con la cabeza.

—Tan pronto como respondas y descanses, podrás salir. Lo siento, es por tu bien. Te ruego que confíes en mí.

La doctora no había cambiado desde la última vez. Seguía siendo cariñosa y profesional en su forma de expresarse.

—Adelante con las preguntas, entonces.

Se aclaró la garganta.

—¿Eres hombre o mujer?

Le esclarecí la cuestión sobre mi sexo. Lo hice con total franqueza, precisión y seguridad. Ella tomó nota y prosiguió.

—¿Te importaría describirme tu físico?

Como respuesta, examiné mi cuerpo desnudo. Después, enumeré los pormenores de mi aspecto.

La doctora apuntaba en su libreta con tanto ahínco que su bolígrafo echaba humo. Levanté la mirada para tratar de entrever algún garabato, pero ella la tapó con presteza. Aun teniendo una letra clara y sencilla, como si estuviese escrita a máquina, no me dio tiempo a entender ni una sola frase. Insistió con el interrogatorio.

—¿Dónde vives?

Le di la dirección de mi apartamento, el que había saltado por los aires conmigo dentro, y mi número de móvil por si lo necesitaba.

—¿Tienes seres queridos? ¿Familia?

Menté a la tía Sofia y puse en duda que siguiera con vida después de la discusión en su barrio. Mencioné a Pablo, el canalla, y a Ailee, mi novia, sin entrar a fondo en el tema. Me atormentaba pensar en el final que había tenido. La doctora escribía con tanta fuerza que le temblaba el pulso.

—Está bien... ¿Algún 'hobby'? ¿O afición?

Le hablé de los deportes extremos que me gustaban y de mi predilección por la naturaleza, los paisajes hermosos y el montañismo. Admití que los ascensores me ponían de los nervios. Aseveré que tenía un gran éxito en las redes sociales. Ella me miraba sin parpadear, alucinada, sin parar de tomar nota.

—¿Cu... cuál es tu comida favorita?

—Me gusta el queso, pero no puedo comerlo porque no tolero la lactosa, ¿sabe? Me hace vomitar. Demasiado alcohol también me sienta mal.

—¿Tienes tatuajes o perforaciones recientes...?

—Tengo.

—¿Tu nombre? ¿Cómo te llamas?

Pensé en Ailee.

—Soy un alma perdida y vieja, doctora. Eso es lo que hay y llámeme como

quiera, que seguro que no me va a confundir con otra persona por mucho que se esfuerce.

Ella tragó saliva. El bolígrafo le fue a parar al suelo.

—¿Recuerdas algo del accidente? —pidió, con la voz entrecortada, asustada por la respuesta que estaba por llegar.

Tras lanzar la pregunta, se agachó con la excusa de recoger el bolígrafo. Parecía que intentaba esconderse, tapar su rostro, protegerse de mí. La tomé del brazo y la levanté por el mentón.

—No sé de qué accidente me habla, doctora. No recuerdo nada.

Ella suspiró aliviada, se apartó, recogió su bolígrafo y volvió a sentarse. Hubo un silencio incómodo.

—¿Qué me ocurre? —dudé, y fingí sorpresa.

—Tienes amnesia transitoria, pero no te preocupes. —Forzó una sonrisa y trató de recobrar la compostura—. Se te pasará con el tiempo. Pronto... pronto vendré a buscarte y te llevaré a dar una vuelta, ¿vale?

—No me moveré del hospital.

En aquel momento, esperaba que la doctora dejase caer la bolsita de plástico con mis pertenencias sobre la mesita, tal como había hecho la otra vez. En lugar de eso, me dio la espalda. Con las dos manos, asió un saco de cáñamo que tenía detrás, junto a la puerta. Hasta entonces, no lo había visto. Lo plantó al lado de la cama y se separó de mí, nerviosa. Luego, se engalanó con otra sonrisa de lo más impostada.

—Aquí tienes unos objetos que llevabas cuando te encontraron... es decir, después del accidente. —Se dispuso a irse—. Míratelos con calma, por si te ayudan a recordar. Yo me marcho ya... tengo trabajo.

Antes de que se fuera, tiré del saco, lo elevé y lo puse en mi abdomen. Me costó, ya que pesaba bastante y era abultado. Se me clavó un muelle de la cama durante el proceso. No obstante, tal era mi expectación que apenas le di importancia al pinchazo.

La doctora sonrió, giró el pomo y abrió la puerta, y yo hice lo propio con el saco. Introduje las dos manos por el orificio y hurgué a tientas en busca de algo a lo que agarrarme.

En el interior, topé con una textura grumosa, orgánica. Había un tejido suave, muy fluido, arremolinado en torno a un cuerpo extraño. Era simétrico, resbaladizo y tenía partes duras. Lo componían una combinación pastosa de huesos y apéndices blandos. Lo sacudí para separarlo bien del cáñamo, sin llegar a sacarlo. Así, podría palparlo de punta a punta y que no se derramase.

Sobre este cuerpo se replegaba una doble membrana carnosa, como si fueran unos labios, junto a los cuales había una protuberancia con dos cavidades que, por su forma, imitaba a una nariz. Entre esta última y el tejido tan suave, que parecía cabello, sobresalían dos bultos con forma de almendra que, al extenderlos, noté que envolvían otro par de músculos ovalados, húmedos y viscosos. ¿Qué eran?

Tiré de aquel cuerpo extraño para salir de dudas, con lo que me encontré frente a frente con la mirada de Ailee. Sus ojos estaban muertos. En mi poder, tenía su cabeza arrancada. Chorreaba sangre y estaba encharcando la habitación.

La doctora sonriente no llegó cruzar el umbral porque se lo impedí. Salí de la cama de un salto y la agarré por la bata a la altura de la cintura.

No podía dejarla escapar. Ella era la enemiga. La jefa de Pablo. Ailee había muerto por su culpa.

—¿Qué...? —murmuró, sorprendida por mi reacción.

—Querría saber si tenía alguna duda más, doctora —la incité, en un tono altisonante.

—No... ¿Cómo...?

—¿De veras? Piénselo bien. ¿Cuál es la pregunta que viene ahora? Solo le daré una oportunidad.

Estaba muy pálida y confusa por mi rebote. A mí, en cambio, me ardía la cara, desde los pómulos hasta la frente, como si la tuviera en carne viva. Tenía mucha rabia a flor de piel, pues la muerte de Ailee me impedía considerar otra vía que no fuese la venganza.

—A... Alguna ve... vez has pensado... en morir... ¿para siempre?

—Sí, hace dos vidas. Al contrario, tres vidas atrás, quería vivir para siempre —clamé, a grandes voces—. En mi última vida, quería a mi novia. Y usted, ¿cuántas vidas cree que tiene?

Me tiré sobre ella y fuimos a parar fuera de la habitación. Tal era la ira que sentía que le rompí el cuello antes de que tocara el suelo.

Al caer habíamos provocado un estruendo tremendo, que reverberó por el pasillo. Atraídos por el ruido, un grupo de hombres armados con palos y tubos de hierro comenzó a acercarse desde un extremo.

Eran los obreros con cascos amarillos que había visto en mi anterior estancia. Venían a por mí.

—¿Qué le has hecho a la doctora, ser? —me gritó uno de ellos.

A pesar de que no llevaba protección ni arma alguna, los superé con facilidad. Ahora que mis recuerdos eran inequívocos y que más y más existencias del pasado

me acreditaban con conocimientos, mis manos se habían convertido en unos instrumentos de muerte con una técnica excelente, que trabajaban en gran armonía con el resto del cuerpo. Mi cólera era el combustible que las mantenía en funcionamiento.

Ni siquiera tuve que pensarlo. El peso de tantos años de experiencia, aunque dispersa y fragmentada, aplastó a los obreros antes de que se dieran cuenta.

Acabé con ellos. Después, fui en la misma dirección por la que habían aparecido. Llevaba su sangre y restos de tejidos corporales como única vestimenta. Me planteé coger la libreta de la doctora, pero estaba tan empapada que había quedado ilegible.

Crucé el área donde otrora se habían apostado los obreros. Allí, había una cisterna junto a un carro de plataforma. Pegados a la pared, un mezclador de pintura, un calefactor industrial y un par de cubos de plástico. Había también una mesa con una sierra en la que se apoyaba un compactador oxidado.

Como si las hubieran dejado caer de manera precipitada, había herramientas ligeras de construcción desperdigadas: unas cizallas, cascos amarillos, una amoldadora, un par de espátulas y un taladro roto y sin broca. Los materiales estaban polvorientos y se veían viejos.

Como había grava y baldosas mal repartidas por todas partes, parecía el escenario medio demolido de un teatro abandonado. Uno en el que aquellos impostores, a los que posiblemente había visto en muchas ocasiones, habían representado su última obra.

Crucé la escena y seguí avanzando por el pasillo, con lo que dejé atrás la cabeza cercenada de Ailee, los cuerpos de los obreros carceleros, la doctora y el ascensor que subía al hospital. El enfado que llevaba era tan intenso que se me hacía imposible sentir remordimientos por aquella carnicería. Llegué hasta una puerta de madera acristalada y la abrí.

Me encontré con un despacho individual con un escritorio, un ordenador de sobremesa y un par de archivadores. La sala estaba mucho más limpia que la que había sido mi habitación: ni una mota de grasa ni de suciedad en las paredes ni en los muebles.

Me acerqué y vi varios recortes de periódicos apilados frente al ordenador. Me senté en el sillón para examinarlos de cerca y lo manché de rojo. Encima de aquella pila de papeles había una nota en la que ponía «Pendientes de archivar». La arranqué y, con las manos planas, los extendí por la mesa.

Aunque no tenían una fecha apuntada, por la coloración del papel podía distinguir los más antiguos de los más recientes. Uno que estaba un poco amarillento me llamó la atención:

«Crece la corte de los Querubines

Se sospecha que la banda ha recibido financiación de grupos afines

"El año pasado apenas se les veía fuera de sus garitos y sus discotecas. No se atrevían. Ahora, controlan las calles y extorsionan a los propietarios de las tiendas a plena luz del día. Las autoridades no hacen nada", explica un vecino que vive en el barrio antiguo de la ciudad, cerca del centro. Allí, las quejas de los comercios han ido en aumento. "El ambiente está muy caldeado, también dentro de la banda", agrega una fuente próxima a los Querubines, pues este crecimiento repentino ha avivado los conflictos internos.

"Nadie sabe de dónde viene ese dinero, pero yo creo que la tía debe tener contactos entre las élites... o que se lo ha quitado a alguien con poder", señalan fuentes policiales. Tía es el título con el que los pandilleros se dirigen a su misteriosa líder. Se teme que una guerra interna en la banda pueda terminar en tragedia».

A pie de página, habían escrito con un bolígrafo: «La zona controlada es viable».

Al lado de este primer recorte había otro, más reciente, en el que yo era protagonista. Tanto era así, que había una foto mía en la cabecera del artículo. Aparecía de perfil, junto a una piscina.

Al ver la imagen, recordé aquella situación de manera vívida. Allí había conocido a Ailee. El texto estaba sacado de una edición sensacionalista:

«¡Estos turistas están como una cabra!

Extranjeros ebrios en los parques o haciendo 'balconing' son algunas de las situaciones que se repiten en las zonas más turísticas

Han pasado ya varios años desde que el Ayuntamiento decidió multar a los turistas que hicieran 'balconing', práctica que consiste en saltar de un balcón a otro de un hotel, o bien del balcón a la piscina. Sin embargo, siguen dándose casos.

En un hotel de la capital insular, una mujer ha tenido el dudoso honor de ser la víctima más sonada y peculiar de esta práctica en lo que va de temporada. Y eso que no fue ella quien se tiró. De hecho, la mujer es agente de policía —no es broma—, y había ido hasta allí para calmar la situación e impedir el salto de fe de varios suicidas en potencia. No le salió bien.

No vamos a revelar sus nombres para no hacerles publicidad, pero, al menos, una de esas personas es 'influencer' en las redes sociales. "Lo inaudito no fue el salto", explica el director del hotel, que todavía no da crédito a lo ocurrido, "aquello ya lo habían hecho otras veces. Lo más fuerte fue que agarró a la agente de policía tal cual la vio y se volvió a meter en la piscina con ella. La arrastró hasta el fondo".

La víctima, que no ha querido entrar en detalles, está recibiendo tratamiento psicológico. Los médicos afirman que "aunque sigue sorprendida por el ataque, no se teme por su estado de salud", si bien "ha planeado abandonar la isla en los próximos días para cambiar de aires. Decida lo que decida, tendrá que seguir yendo al psicólogo". Pese a...».

Ailee. El corazón me dio un vuelco y no quise seguir leyendo. Al pie de este segundo artículo habían escrito: «Matar cuanto antes. Ser fuera de control». Aparté los recortes de un manotazo y me centré en el ordenador. La luz de la torre estaba encendida, por lo que me bastó con menear el ratón para que se pusiera en marcha la pantalla.

Había un par documentos abiertos y en primer plano. Al parecer, la doctora los había consultado antes de verme. El primero estaba en blanco, salvo por el título, que decía así: «SER DP-0004725X». Abrí el segundo, que se llamaba «RESUMEN DEL PROTOCOLO».

«**PROTOCOLO DE REHABILITACIÓN (RESUMEN)**

1.
Despertar al ser y darle de beber —si muere de sed, su existencia será de lo más corta—. Como a cualquier persona, es posible que ciertos alimentos o el alcohol le sienten mal. Ya lo descubrirá por su cuenta, pues estas particularidades raramente entrañan peligro y varían con cada vida.
2.
Iniciar el cuestionario. Hay que asegurarse de que sus órganos se han regenerado por completo tras su anterior fallecimiento y goza de buena salud —a pesar de sus cicatrices, que son permanentes—.
3.
Tratar de averiguar su sensibilidad al dolor. Se debe determinar si es una persona ingenua, honesta, observadora, reflexiva, conversadora, agresiva, etc. ¿Posee instintos suicidas o se preocupa por la muerte o temas relacionados? Si recuerda demasiado sobre su pasado o su naturaleza, habrá que quitarle la vida antes de tiempo. Apuntar los datos para entregar a Pablo.
4.
Dar objetos personales. ¿Cuál prefiere? ¿Qué le llama más la atención? Es importante que se lleve el móvil —incluye un dispositivo de seguimiento GPS—. Apuntar los datos para entregar a Pablo. NOTA: la servilleta con el aviso «No confíes en la doctora sonriente» parece efectiva para incitar al ser a abandonar el hospital. Recomiendo utilizarla, en lugar de las fallidas «Sal de este lugar» o «Busca comida en otra parte». Vale la pena dejarle un bolígrafo; su letra no suele cambiar y así puede hacer las comprobaciones pertinentes.
5.
A la hora de escapar del hospital, está previsto que se vista con la bata médica y que se oculte con una mascarilla. ¿A dónde va después? ¿Muestra iniciativa, interés por explorar y capacidad analítica? Apuntar los datos para entregar a Pablo.
6.
Llamar a Pablo para avisarlo de que el ser está en camino. Él lo atraerá a la zona controlada. Es preferible que el ser no se percate de que está siendo llevado hasta allí. NOTA: Pablo planea robarle la llave para dar pie a una persecución. Si se descontrola, Pablo se coordinará con su equipo para liquidarlo en el campo, lejos de la ciudad.
7.
Redactar los datos y enviarlos a Pablo. Guardar copia de seguridad en DATOS».

Minimicé el documento y busqué la carpeta DATOS referida. No tardé en encontrarla. Hice doble clic y se abrió una nueva ventana.

La carpeta incluía decenas de textos, titulados con conjuntos de números y letras sin lógica aparente. Abrí uno de ellos al azar:

«**SER AC-6303004X**

–

Muerte anterior: accidente de coche. Vivió seis años, tres meses y tres días.

–

Apuntes sobre el ser anterior: jamás tuvo recuerdo alguno ni interés en su pasado. Trabajó en una oficina, se casó y formó una familia. Fallecieron todos en el accidente de coche.

–

Período de recuperación entre vidas: cuatro días.

–

Personalidad actual: demente.

–

Tiempo de vida recomendado: ¿difícil de determinar?

–

Comentarios: el ser apenas puede comunicarse. Nunca se había levantado con la mente en un estado tan lamentable. Sufre analfabetismo, es incapaz incluso de articular frases sencillas de un modo inteligible. Se mueve con dificultad y carece de coordinación. Ante esto, me encuentro en una disyuntiva a la hora de apuntar el tiempo de vida recomendado antes de que deban asesinarlo.

Por un lado, tal como está, es probable que tarde muchos años en dar sentido a cualquier recuerdo. Posiblemente, aunque no se le mate, jamás supondrá una amenaza para su inmortalidad. Por el otro, la vida eterna que le espera en este estado no se puede considerar una bendición, dado que tiene las facultades físicas y mentales de una criatura acabada de nacer. Recomendaré a Pablo que le dé un tiempo para ver si mejora y que, si no es el caso, lo mate inmediatamente. Aunque sea por piedad».

Esa persona debía ser yo en una vida anterior. Al parecer, me había despertado en un estado casi vegetativo tras un accidente de coche.

Minimicé el documento. De entre los demás, había uno que destacaba por su título. Junto al galimatías de letras y números, ponía entre paréntesis: «MUY ESPECIAL». Lo abrí.

«**SER IM-8005114X**

–

Muerte anterior: infarto de miocardio. Vivió ocho años y cinco días.

–

Apuntes sobre el ser anterior: llevaba una vida sedentaria.

–

Período de recuperación entre vidas: un mes, una semana y cuatro días.

–

Personalidad actual: seductora.

–

Tiempo de vida recomendado: ----

–

Comentarios: no me lo puedo creer, pero, después de tantos años, ¡ha ocurrido! Han pasado muchas vidas, pero, en esta, cuando se ha despertado, se ha enamorado de mí. Cuando ha leído la nota en la servilleta, «No confíes en la doctora sonriente», me ha dicho algo así como «jamás me atrevería» y ha coqueteado conmigo.

No me lo esperaba para nada. Luego, me ha robado un beso. Hemos pasado la noche en la misma habitación roñosa. Qué cama tan incómoda. Eso sí, ha sido mágico. Aunque estoy tentada de repetirlo en otras ocasiones, no creo que sea buena idea.

Le he dado muerte yo misma. No puedo permitir que Pablo se entere. Esta nota la guardaré para mí, y, a partir de ahora, me iré antes de que el ser examine sus pertenencias».

Aquello me pareció repugnante. Aparté la vista de la pantalla y me eché atrás. Me propulsé con los pies hasta que las ruedecitas del sillón chocaron con uno de los archivadores. Roté los brazos y le puse las manos encima con la intención de volver a impulsarme, con lo que noté que estaba muy frío.

Ahora que lo tenía más cerca, descubrí que no era un archivador, sino una nevera pequeña. Con precaución, giré la manilla metálica.

—¿Qué es esto? —murmuré, al abrirla.

Dentro, había dos estanterías con montones de bolsitas de plástico apiladas. Contenían restos de cuero cabelludo y piel ensangrentada.

Me armé de valor y tiré de la primera del estante de arriba. En efecto, era un trozo de piel. Al parecer, habían apuntado algo en su superficie, como si fuera un pergamino. Al comenzar a leerlo, supe que había sido yo, puesto que reconocí mi letra:

«Te has levantado en el hospital y es posible que no recuerdes quién eres.
Mantén la calma. Te he dejado esta nota en el brazo para que te sirva de guía.
Responde a la doctora y convéncela de que no sabes nada o volverás antes de tiempo.
Por medio de un asesinato brutal, he robado una gran cantidad de dinero.
Recupéralo. Te será útil. Lo he escondido en...».

Habían rasgado el resto de la frase con un utensilio cortante. Tenía astillas de madera incrustadas. La bolsita también incluía una nota: «¿Cuál es el origen de este dinero?». Con resignación, la dejé en el suelo y cogí otra. Esta segunda me resultaba familiar.

—Esto es...

Un trozo de piel con el tatuaje de los Querubines. Instintivamente, me miré el brazo para ver si seguía allí, pero ya no estaba. En su lugar, una cicatriz. La doctora sonriente me lo había arrancado.

Ausente, me quedé curioseando la piel desgajada y palpándome el brazo. Fue así como me fijé en que, cerca de la obertura de la bolsita, había una pequeña anotación: «SER CP-42162025/10». Ese debía ser el código de mi existencia más reciente, en la que había formado parte de la banda de los Querubines.

Me impulsé con los pies contra la nevera y regresé al escritorio. Busqué el código en la carpeta «DATOS». Por suerte o por tesón, no tardé en encontrarlo:

«**SER CP-42162025/10**

–

Muerte anterior: caída por un precipicio. Vivió cuatro años, dos meses, una semana y seis días.

–

Apuntes sobre el ser anterior: influyente en las redes sociales. Gozaba de destreza e inteligencia, pero era imprudente y antisocial —leer recorte: "¡Estos turistas están como una cabra!"—. Nada fiable, no se dejó quitar la llave y no fue posible ir a la zona controlada. Pablo siguió intentándolo durante años, sin éxito.

–

Período de recuperación entre vidas: dos meses y dos días.

–

Personalidad actual: ingenua, indecisa.

–

Tiempo de vida recomendado: estándar —entre cinco y diez años, a no ser que Pablo deba intervenir por alguna urgencia—.

–

Comentarios: nada reseñable sobre este ser. Ha respondido a las preguntas con evasivas. No quiere decirme, o no lo sabe, si es hombre o mujer. Ha abandonado el hospital por su cuenta tras una breve exploración del edificio. Según Pablo, si no recibimos órdenes nuevas desde arriba, seguiremos con el plan. Creo que se dejará llevar a la zona controlada de los Querubines. Si en este caso sale bien, y su docilidad me hace opinar que sí, tal enfoque nos ahorrará mucho trabajo.

Sentí rabia y tristeza.

Aquellos documentos eran la prueba de que Pablo y la doctora sonriente me habían estado utilizando. Para ellos, yo no era más que un «ser», una especie de experimento que les daba «mucho trabajo».

Volví a repasar este último párrafo, con la esperanza de haberlo leído mal.

> «Según Pablo, si no recibimos órdenes nuevas desde arriba, seguiremos con el plan. Creo que se dejará llevar a la zona controlada de los Querubines».

Me dejé caer en el sillón, sin denuedo. «Si no recibimos órdenes nuevas desde arriba...». La doctora sonriente no era la jefa de Pablo, sino que había alguien moviendo los hilos. Mi enemigo, quien me quería matar en primer lugar, seguía con vida... ¿y qué era aquello de la «zona controlada»?

Cerré los ojos.

Lo hice sin recuerdos, sueños ni pesadillas. Por primera vez, creí que podría descansar en paz. Mi mente se quedó en blanco. No tenía ilusiones, anhelos ni deseos.

De un plumazo, cada cosa que había pasado hasta entonces se me había vuelto absurda, irrelevante. No tenía ganas de luchar. Nada tenía importancia. Las experiencias valiosas de mi vida se me escurrían por un agujero en la piel, como si de una erupción se tratase, y es que la muerte de Ailee había estado clavada en mi tez, desgarrándome, desde que me había despertado. Encontrar su cabeza en aquel saco había sido el tirón definitivo.

¡Qué crueldad había demostrado la doctora con aquel gesto! Quería guardarla en aquella nevera junto al resto de mis pellejos y olvidarme de ella.

El hecho de que Ailee me hubiese amado con tanta calidez, de la que yo me había aprovechado, y durante tanto tiempo, había sido el empuje que necesitaba esta dolorosa aflicción para alcanzar mi ánimo restante y despedazarlo.

Ya no me abrigaba el odio hacia la doctora, ni hacia Pablo o la misteriosa voz de la casa de campo, ni por mi existencia inmortal, ni por Ailee. Tan solo sentía un vacío que lo drenaba todo. No podía llorar, y es que la devastación de mi interior, ahora desértico, desolado, se había extendido por mi semblante y extremidades, también resecas, cuya aridez se volvía insoportable.

Por las grietas que tenía en la piel, como por las que había en mi corazón, se filtraban los recuerdos que había acumulado, y, por un momento, deseé haber perdido la memoria. Con mi último aliento antes de caer en la ensoñación total, me esforcé en desterrar de mi interior cada palabra amable, cada cuidado que me había dado, cada beso. Expulsé el amor que me había estado reservando Ailee, guardado como un tesoro a lo largo de los años, un afecto compacto que había madurado como un buen vino... y que yo me había bebido con dejadez en apenas unas horas.

Este néctar grumoso que me embriagaba, mezcla del cariño de ella, que era líquido y transigente, con mi estupidez y falta de escrúpulos, consistentes como el granito, se exteriorizaba por cada resquicio de mi cuerpo. Y dolía mucho, y me ardía como si me hubiese bañado en aceite caliente. Y yo aceptaba esta penitencia con resignación, impasible, pues ya la había perdido a ella... y lo que viniera en adelante me importaba más bien poco.

De repente, comenzó a sonar un timbre desde uno de los cajones del escritorio.

Lo abrí con lentitud.

En el interior, había una pistola y un móvil. Lo tomé y lo tiré sobre la mesa. Con desgana, miré la pantalla para comprobar quién estaba llamando.

Aunque ya lo sabía de antemano.

Era Pablo.

El ladrón.

El asesino.

El canalla.

11
La ciudad dividida

Dejé que sonara. Si Pablo me reconocía la voz, perdería la oportunidad de cogerlo desprevenido. Aquel móvil tenía el mismo timbre agudo y cargante que un despertador digital. Al cabo de medio minuto, cesó el tintineo.

Lo agarré y miré la pantalla, sin saber qué hacer. Estaba protegido con un código, por lo que no pude acceder al inventario de contactos. Lo volví a arrojar sobre la mesa. Ya no esperaba nada de él cuando, sin previo aviso, se puso a vibrar.

Había recibido una notificación.

El mensaje apareció por un instante en la pantalla y alcancé a leerlo en su totalidad: «¿El ser va a salir ya del hospital? Todavía no tengo los datos».

Pablo me estaba esperando.

Esa era mi ocasión para atraparlo, interrogarlo y hacerle pagar por el sufrimiento que me había causado. Me planteé si sería conveniente guardar el móvil en el cajón donde lo había encontrado, e incluso pensé en poner los plásticos de la nevera en su lugar, pero al final me llevé el móvil y dejé lo demás patas arriba. Ni siquiera cogí la pistola. No me hacía falta, ya que me había vuelto letal con las manos desnudas. Llevar un arma conmigo haría que Pablo sospechase.

Por otra parte, aduje que, si después alguien decidía venir al sótano, tendría que cruzar el área con los obreros y la doctora muerta, por lo que notarían que había pasado por allí antes de llegar al despacho. No valía la pena andarse más con sutilezas. Aun así, quería ver a Ailee antes de abandonar el hospital... lo que quedaba de ella. Con esta idea, salí al pasillo, sorteé los cuerpos y regresé a mi habitación.

Ailee había desaparecido.

El saco de cáñamo ya no estaba ahí. La mancha de sangre del suelo, tampoco; como si nunca hubiese existido. En cambio, en la mesa de cristal había una bolsita de plástico. La misma de siempre.

La tomé y esparcí lo de dentro sobre la cama, aunque hubiese sido capaz de anticipar lo que contenía: un teléfono móvil, una cartera de cuero, un bolígrafo negro, algunas monedas de escaso valor y una servilleta roja. Esta vez no había llave, por lo que Pablo debía haber cambiado de estrategia. ¿Qué había pasado con el

saco con la cabeza de Ailee?

Salí de la habitación por si alguien se lo había llevado, pero los cuerpos de la doctora y sus esbirros seguían allí, inmóviles. No había ningún rastro del saco, como si me lo hubiese imaginado.

El móvil de la doctora sonriente volvió a sonar. Otra notificación: «Por favor, aclárame si el ser ha salido ya del hospital». No me quedaba margen para investigar. Pablo se estaba impacientando.

Regresé, tomé del botiquín lo que me pareció necesario y me limpié la sangre con las toallitas, pero dejé allí la bolsita de plástico y los objetos personales. No quería ni tocarlos. Me vestí, me puse la bata y me equipé con la mascarilla para ocultar el rostro.

Después, crucé el pasillo hasta la sala de espera con el ascensor. Lo llamé, y, mientras esperaba, se me ocurrió ojear alguna de las habitaciones laterales que había en el pasadizo. No me había parado a mirar hasta entonces. Lo haría muy rápido. Me aproximé a la puerta más cercana y la abrí.

—Lo que faltaba.

Una pared de ladrillos. Abrí la puerta de al lado, y lo mismo: un muro sólido de piedra. Todo aquello era un teatro. Las habitaciones eran un mero decorado. En efecto, los obreros habían sido los actores de una obra que podríamos llamar, según los apuntes de la doctora, «Protocolo de Rehabilitación». Regresé a la sala de espera y me metí en el ascensor.

Cuando estuve dentro, comencé a tener ansiedad. Todavía me dolían los músculos y sentía un ardor en el estómago. Me encontraba en tensión. No me gustaban los ascensores, pero menos aún ese en particular. ¿Cómo podría recuperarme de aquel mal? Lamenté no haberme llevado algún medicamento tranquilizante del botiquín. Igual que la otra vez, eché una ojeada en diagonal a los botones:

«¡***PLANTA*** u***n*** E***n***ebro Fru***tal pa***r***a*** Recu***p***er***a***ció***n***!»

Me espanté y retrocedí. No lo había leído bien, sin duda. Sería absurdo que alguien escribiera en el panel del ascensor sobre las propiedades medicinales de la fruta del enebro. Tomé aire, parpadeé, estiré los brazos y volví a examinarlo:

«**PLANTA 0** Entrada Principal / Recepción».

Lo apreté y el ascensor se puso en marcha. Como había previsto, empezó a subir desde una planta que no figuraba en el panel con los botones. Más pronto que tarde, el aparato se detuvo y la puerta se abrió.

Al dejar el ascensor, fui directamente hacia la salida, sin prestarle ninguna atención al recepcionista, que estaba atrincherado tras la pantalla de su ordenador. Sin embargo, al pasar cerca de la recepción no pude evitar escuchar una conversación que una adolescente tenía con su móvil, a grito pelado. Estaba de pie en el centro del vestíbulo, como si estuviera esperando a alguien.

La chica, que estaba de espaldas, vestía un conjunto de falda corta y top ceñido de color rosa chillón. El bolso que llevaba era tan grande que el recepcionista se hubiese podido esconder dentro, mejor que detrás de su ordenador.

—¡Ya lo ves! Esto es lo más 'heavy' que ha pasado nunca. ¡Mola mazo! Se ha levantado y lo recuerda todo... no, mi asesinato todavía no. Mi identidad, tampoco. Eso sí, está más que pirado... o pirada. Te dejo, que tengo que coger un tren.

Pestañeé y la chica ya no estaba ahí. Se había ido, perdida entre la multitud que caminaba por el vestíbulo, ¿o también habría sido producto de mi imaginación? No tenía tiempo para buscarla. Pablo me estaba esperando.

Salí a la calle y repetí el ritual de mi anterior escapada: arrojé la bata de médico y la mascarilla a la papelera más cercana.

Con las prisas, no había caído en que no sabía en qué lugar estaba el asesino.

Tenía que moverme con naturalidad y él ya me encontraría a mí. Si actuaba como si realmente hubiera perdido la memoria, terminaría por dar conmigo. Esa era mi esperanza, y es que, si bien durante mi letargo, aunque borrosos, habían emergido en mi mente recuerdos de hacía un milenio, era incapaz de recordar con claridad la ruta que había tomado en mi última huida.

El aspecto de las calles había cambiado tanto que parecía una ciudad diferente. Aunque el sol seguía pegando igual, no había rastro del ejército de turistas acalorados, con los cuellos enrojecidos y sudorosos. No más camisetas cortas, gafas de sol, sombreros de paja y gorras, calcetines altos, cámaras de fotos ni sonrisas impostadas. Al contrario, la calle estaba vacía y polvorienta. Era como si estuviera cruzando un desierto.

La soledad y el vacío me hicieron sentir vulnerable, así que me puse a caminar con ligereza hasta que giré en una esquina y terminé en una callejuela del casco antiguo. Una vez allí, anduve con las manos en los bolsillos durante un rato por una acera reseca y quebradiza, bajo el astro abrasador. En ocasiones me detenía para mirar atrás, por si me seguían. Pasé un surtido de cafeterías y museos deprimentes, la mayoría cerrados a cal y canto o a medio demoler.

Mientras caminaba, comencé a escuchar un ritmo vibrante más y más fuerte, como el bombeo impelente de un corazón lejano. Me atraía como si fuera un

perfume atribulado y delicioso. Cuando estaba lo bastante cerca, atendí la canción que lo coreaba:

«Sé que, en la espesura, allí entre los bejucos,
con las yemas de los dedos descarnadas
por las rocas, castigados como eunucos,
me atraviesa el homicida con la lanza.

En la tierra del tambor y el chamanismo
la pequeña roca pone fin al lobo
cual cautivo; bien domado por él mismo.
Quieto y seco, hipnotizado como un bobo.

¡Un festín de sangre hay en el viejo norte!
—Me requiere en una orgía de silencio.
¿Quieres ser mi guía cuando me desmonte
y volver a exterminarme en un milenio?

Yo sé mucho y rememoro mientras llego...
...los recuerdos me penetran hasta el hueso.
Un buen trecho arrastrándose en la hierba;
húmeda a su paso, firme a mi regreso».

La voz, que era muy armoniosa, provenía de cierto mendigo con unas rastas tan largas que podría barrer el asfalto con ellas. Recitaba sentado sobre una caja de cartón. Su cazadora estaba sucia y llevaba cortes y manchas de matices variados. Con los ojos cerrados, saboreaba el desconsuelo que anunciaba con su música. Cuando terminó de declamar, me senté frente a él.

—Por favor, ¿tienes dinero para darme? —me preguntó sin gesticular, cuando notó mi presencia.

—Lo siento, no llevo monedas en esta ocasión —respondí con sinceridad, y traté de consolarlo—. Aunque es triste, admito que es una canción muy bonita.

—Gracias. —Esbozó una media sonrisa, sin abrir todavía los ojos—. Tengo motivos para languidecer. Esta es mi manera de expresar el dolor que me carcome por dentro.

—Te comprendo. Mi alma también sufre y he sentido tus versos como si fueran míos. ¿Cuál es el mal que padeces?

—Bueno, adolezco de la ceguera más absoluta. —Se tocó los párpados—. Y te digo que es malo porque, si la hubiese visto venir, no habría aceptado la limosna ni la conversación de la persona a la que están dando caza todas las bandas de la ciudad. Por su culpa, he perdido mi trabajo de asociado, no me aceptan más en las discotecas y me veo obligado a cantar en este rincón dejado de la mano de Dios.

—A ver si lo entiendo, ¿los Querubines te han echado de sus locales?

Él se rascó la frente.

—Los Querubines no existen desde hace meses. —Levantó los brazos—. Bueno, mira alrededor, tú que puedes hacerlo: la guerra interna en la banda ha dejado el centro de la urbe hecho un desastre. Para colmo, todos creen que yo tengo que ver con el levantamiento. Qué estupidez. Me consideran un traidor, pobre de mí, solo porque acepté una maldita limosna.

Por primera vez desde que me había despertado, la ira y la pena por la muerte de Ailee se fueron sustituyendo, de forma escalonada, por emociones nuevas. Me sentía culpable. Aquel hombre se había convertido en un renegado por mi culpa.

—Te pido perdón —dije, y me encorvé en señal de humildad, aunque era evidente, dado que era ciego, que aquel gesto le iba a pasar desapercibido—. Me temo que puede que sea a mí a quien buscan. Recuerdo haberte dado limosna cuando nos encontramos.

Él lo negó con energía y le dio un manotazo al aire, disgustado por mi confesión.

—Bueno, aunque reconozco que hay parecido en el timbre de voz, tu tono es muy diferente al suyo. La persona que me condenó al ostracismo con su limosna tenía una voz trémula e indecisa. Bueno, pues tú hablas con determinación. Nada que ver. No. Nada, nada, nada...

—Espera un segundo...

—Sé lo que me digo. Bueno, aunque admito que hayamos hablado otras veces, que me echaran los Querubines no fue culpa tuya. La ventaja de ser ciego es que mi oído es más sensible que el de la mayoría. Si me disculpas, tengo que seguir ensayando. Pronto volveré a actuar en las afueras.

—Pero...

—Cuando resuelvas tus problemas existenciales y se curen tus cicatrices, déjalo todo y ven a buscarme. Si tienes suerte, estaré de mejor humor y te relataré nuestros encuentros previos. ¡Adiós!

Hizo un movimiento impetuoso con las manos, como para echarme del lugar, y se puso unas gafas de sol. Acto seguido, volvió a recitar en voz baja. Me planteé insistir más, pero estaba tan concentrado en su música que preferí no interrumpirle. Bastante daño le había causado ya.

Me levanté y me dispuse a marcharme. Sentí un sudor frío. Habíamos pasado un rato charlando y Pablo no había vuelto a escribirme. Tenía que espabilar.

Recorrí el resto del callejón hasta que dejé de escuchar los susurros del mendigo. Al doblar la esquina, llegué a una plaza situada entre dos callejuelas.

El lugar era deplorable. Lo que antaño debía haber sido un bonito jardín con mesas y bancos, un ágora, un punto de encuentro del barrio, ahora era un páramo

rocoso. El mobiliario urbano se había trocado por un montón de piezas de madera ensortijadas. El césped crecía de manera desigual y sin una sola mota de verde puro: estaba teñido con el color caqui propio de la hierba muerta o agonizante.

En aquel campo de batalla sobresalía un monumento derruido, como un testigo irreductible del paso del tiempo. Se trataba de la estatua decapitada de un individuo desconocido. Para mí, aquello era un homenaje muy bien recibido a la miseria y la soledad. Me acerqué a la figura y repasé su silueta.

Mientras sentía el tacto helado del metal, inspeccioné un rótulo que había en el suelo por si ponía algo al respecto. Quería sentir el calor de la compañía de alguien, aunque fuera de aquella estatua decapitada. Quería que me hablara. Que alguien me dijera algo, que me dieran conversación... o terminaría por perder la cabeza yo también.

Quería ver a Ailee.

A los pies de la estatua no había ninguna narración ni historia que contar. Tan solo un póster medio arrancado con un gran símbolo: el dibujo de una vela roja pintada con sangre. Lo puse del revés. En la otra cara sí que había un fragmento escrito:

«**Ponte al servicio del Luto Sanguíneo**

Desde que **se rebelaron** los Desangelados, ha habido más accidentes **mortales** en los barrios. ¿Vas a consentir que haya accidentes por tu culpa? ¿Quieres que **tus hijos** tengan un accidente?

Ponte al servicio del Luto Sanguíneo».

—La verdad es que no son un grupo amigable, el Luto Sanguíneo —comentó alguien detrás de mí.

Lo hubiese reconocido aunque hubiera pasado inconsciente un millar de años... o padeciese ceguera, como el mendigo renegado. Traté de mantener la cordura y frenar mis ganas de desnucar a Pablo ahí mismo.

Igual que había pasado con la doctora, probablemente él no sabía que conservaba mis recuerdos. Si actuaba con inteligencia, sacaría un mayor partido de la situación. A través de él, podría llegar hasta mi enemigo misterioso y hacerles pagar a los dos por la muerte de Ailee.

—¿Quiénes son el Luto Sanguíneo? —cuestioné, sin darme la vuelta del todo para que no me viera bien el rostro, que lo tenía henchido por el odio.

Pablo avanzó hasta quedarse a mi lado y examinó el símbolo del póster.

—No hace mucho, había una señora que lideraba la banda más poderosa de la ciudad. No obstante, hace un par de años, sus súbditos la derrocaron y el grupo se dividió en dos. En ese momento, estalló una guerra interna. El Luto Sanguíneo es uno de los bandos. Los Desangelados son el otro.

Asentí, con toda la calma que pude simular, y me dirigí a él en un tono formal.

—Está hablando de la tía Sofía y los Querubines, supongo. ¿Eran ellos esa banda poderosa que dice?

Pablo me miró con perplejidad.

—Perdona que te lo pregunte, pero ¿cómo es que conoces a la tía Sofía, si no es indiscreción? Es raro que alguien que no ha formado parte de la banda sepa de ella.

Había metido la pata con aquel comentario. Después de haber pasado por tanto con Pablo, no era fácil para mí hacer ver que no recordaba nada. Se me hacía extraño relacionarme con él de ese modo.

—Eh... hay un mendigo con rastas calle abajo que solía trabajar con ellos, hasta que perdió el empleo cuando los Querubines se dividieron. —Salí del paso—. Según me ha dicho, alguien de entre los rebeldes tuvo piedad de él y le dio limosna. Al verlo, la otra banda lo tomó por un traidor.

—¡Ajá! Conozco el caso.

—Él me ha hablado de la tía Sofía —seguí, y noté que Pablo se relajaba, por lo que asumí que se lo había creído—. ¿Cómo ha deducido usted que ya... quiero decir, que yo no formo parte de una banda callejera?

—Llámame Pablo, por favor —me pidió, con una reverencia—. Pareces

demasiado buena persona como para pertenecer a una banda.

—Está bien, Pablo. ¿A favor de cuál de las dos estás tú? ¿Del Luto Sanguíneo o de...? —Me quedé en blanco.

—...Del Luto Sanguíneo o de los Desangelados —acabó por mí—. Aunque solía ser un asociado de los Querubines, como el mendigo, aquello me dio problemas. Lo cierto es que no le presto mi apoyo a ninguna de las dos. Aunque tienen nombres distintos y están enfrentadas, ambas me parecen igual de crudas y desalmadas.

Dicho esto, escupió sobre el símbolo del Luto Sanguíneo y restregó en él las suelas de los zapatos. El póster se rompió.

—Eres muy osado, si las bandas son tan peligrosas como parece.

—No lo soy. Han abandonado esta zona. No queda nada de valor para ellas. Lo han cerrado todo.

Giré el cuello hasta encararlo. Quería ver si sería capaz de mentirme a la cara.

—¿Cómo es que sabes tanto de estas bandas?

—Tomé parte en la rebelión contra la tía Sofía.

—¿Qué hiciste exactamente?

Él desvió la mirada y contempló la lejanía. Luego, me habló en un tono tristón.

—Aquella mujer amenazó con un revólver a un ser... a un ser querido mío, así que incité a sus propios hombres para que se pusieran en su contra. Fue muy duro y casi pierdo la vida, pero hay cosas que no se pueden consentir.

Hipócrita embustero. Volví a plantearme matarlo ahí mismo, como había hecho con la doctora, y lamenté no haber dejado que la tía Sofía lo castigara desde un principio. Él siguió con su lección de historia.

—Después de la rebelión, la ciudad se fraccionó en dos. La tía Sofía, junto a sus partidarios más poderosos y adinerados, formaron el Luto Sanguíneo para conservar sus tradiciones. Sus rivales, que son más numerosos, pero que no tienen dónde caerse muertos, se unieron a otras pequeñas bandas y crearon los Desangelados.

—Así que la tía Sofía sobrevivió al motín —pensé en voz alta, y lo miré con falso interés—. Por favor, háblame de esta persona a la que querías. Tengo ganas de saber quién es. Debe tratarse de alguien muy especial, ¿me equivoco?

Pablo empezó a salivar. No sabría decir si de veras estaba nervioso por mi petición o si solo lo hacía ver. En cuanto a mí, estaba a punto de reventar. Si me daba la respuesta equivocada, saltaría sobre su cuello. Lo haría.

—Eres tú.

Aquello me sorprendió. Pablo había cambiado de táctica sobre la marcha. De repente, comenzó a actuar como si me conociese, cuando hasta ahora se había comportado como un extraño, si bien había sido muy afable. Asumí que lo hacía

porque tenía dudas acerca de mí. Mi actitud hostil y la picaresca de mis preguntas me habían puesto en tela de juicio, por lo que estaba tanteándome para evaluar mi comportamiento.

—No puede ser... —balbuceé, como si me fallase la memoria—. No recuerdo nada al respecto...

—Fue durante los primeros días de rebelión —me interrumpió él, con fingida franqueza. Mentía como un bellaco—. Te dispararon y te hirieron de gravedad, pero conseguí salvarte la vida y llevarte al hospital. Después de tantos meses, ¡no me puedo creer la suerte que he tenido de encontrarte!

—Yo tampoco —solté, con un punto de sarcasmo que no fui capaz de disimular.

—Lo importante es que estés a salvo. ¿Cómo es que no te acuerdas de mí?

—Sufro amnesia.

Era el mismo rollo que en mi vida anterior. Estábamos en una tragicomedia. Pablo me tomó del costado y tiró de mí. Me abrazó. Nos sentamos en el suelo, frente a frente.

—Si lo que dices es cierto, creo que el mendigo con rastas con el que he hablado antes fue expulsado como asociado de los Querubines por mi culpa —comenté, y mi arrepentimiento fue lo único sincero de nuestra conversación.

—Ya lo ves. En ocasiones no sale a cuenta socorrer a los demás. Muchas veces podemos llegar a hacer más daño con la mano abierta que con el puño apretado.

—Entonces, ¿no vas a ayudarme?

—Te echaré un cable porque tenemos más probabilidades de sobrevivir si vamos juntos. Pero antes, aunque me pese, tenemos que elegir un bando. Los leales a la tía Sofía vendrán a por ti y no serán amables si te encuentran.

Estuvimos un rato ahí sentados. Le expliqué que había escapado del hospital Central House, aunque me ahorré los detalles sobre mi huida. No le dije que había matado a la doctora y a sus esbirros. Él afirmo que, con toda probabilidad, los que me habían encerrado en aquel sótano eran miembros del Luto Sanguíneo. Hice como que me tragaba el cuento.

Pablo se extendió en cómo la tía Sofía había perdido el trono a manos de su propia gente y había creado el Luto Sanguíneo. Insistió en que era un grupo exclusivo, pequeño, del que formaban parte las familias más ricas y antiguas de la ciudad. Entre sus opositores, en cambio, habían surgido varias bandas que, tras muchas discusiones, se habían fusionado. Los Desangelados compensaban su falta de disciplina y cohesión con un gran número de partidarios.

—Nos reuniremos con los Desangelados, si te parece bien —propuso Pablo—. Son nuestra mejor baza. Es posible que nos estén agradecidos por haber derrocado a la tía Sofía.

Lo que le faltaba de asesino, lo tenía de actor. En ningún momento se mostró afectado por haberme matado, ni parecía preocupado por tener que volver a hacerlo, si hacía falta. Todo aquello debía ser un mero trámite para él, como un trabajo cualquiera.

—Iremos hasta allí sobre raíles —terminó, mientras me ayudaba a levantarme —. En la actualidad, la estación de tren se considera un territorio neutral para las bandas y nadie vendrá a cazarnos mientras viajamos.

Asentí, pues quería comprobar hasta dónde llegaría con el embuste. Así, caminamos un par de calles, que estaban igual de desoladas que la plaza, hasta que dimos con una estación. Bajamos las escaleras y Pablo pasó el billete por los dos. Descendimos hasta la plataforma y nos sentamos a esperar al siguiente tren.

A poca distancia, una pareja discutía acaloradamente. Estábamos solos, ellos y nosotros.

Poco a poco, el volumen de sus quejas, tanto del hombre como de la mujer, se fue elevando hasta que colmaron la estación con sus gritos. En lugar de una pareja, sonaban como una muchedumbre.

—¡No me puedo creer que todavía no hayas encontrado un empleo! —vociferaba él.

—¡Esto es porque los del Luto Sanguíneo ya no aceptan a quien no tenga un vínculo con la tía Sofía! ¡Están llenos! —se lamentó ella, airada—. Deberíamos haber ido a la periferia con los demás, con los Desangelados.

—¡De eso nada! —se negó a aceptarlo el hombre—. ¡Nuestra familia ha vivido aquí toda la vida y no nos moveremos! Conseguiré que nos acojan.

Ella dejó de prestar atención a su pareja y clavó los ojos en mí. Se puso de pie y se acercó, exasperada.

—¡Tú! —rugió, con los ojos desorbitados—. Te conozco.

Pablo, ágil de reflejos, levantó los brazos y se interpuso.

—Señora, debe confundirse de persona. —La frenó, en un tono cordial, y me señaló—: Por favor, tenga en cuenta que su salud es delicada y necesita tranquilidad.

Ella ni siquiera miró a Pablo y siguió dirigiéndose hacia mí. No tenía claro si estaba enfadada o contenta de verme. Cuando la tenía tan cerca como lo había estado de su pareja, se puso a chillar de nuevo.

—¡Te estuve siguiendo durante años en las redes sociales! ¡Veía tus historias! Es que no me lo puedo creer, ¡eres tú! Soy una gran admiradora tuya... ¡he descargado todos tus vídeos!

No sabía muy bien qué contestarle. Pablo tampoco decía nada; se había quedado bloqueado. El hombre que estaba con ella se aproximó y trató de disuadirla.

—Querida, ¿no te han dicho que se encuentra mal? Dejémoslos tranquilos —la instó, esta vez con ternura.

Estaba celoso, preocupado por haber dejado escapar la atención de la mujer.

—¿Por qué ya no publicas más sobre tus aventuras? ¿Te has retirado para siempre? ¿Te has roto un hueso? ¿Puedes firmarme un autógrafo? No tengo papel... —me asediaba, inclemente, como si le estuvieran dando cuerda.

—Pues qué lástima que te falte el papel. Otra vez será. —Pablo me guiñó el ojo y me dijo en voz baja—: Síguele el juego.

—Por supuesto —accedí al final—. Tendrás mi firma.

Con un bolígrafo que me dio la mujer, dibujé un garabato en su brazo izquierdo y anoté: «Con amor, eternamente». Era de lo más soso. Estaba encantada.

—Seguro que tienes mucho éxito con el sexo opuesto... y con el propio —dejó caer, mientras yo terminaba la dedicatoria—. Por cierto, ¿qué ha pasado con Ailee, la agente de policía?

Se me heló la sangre con solo escuchar su nombre. Ailee. Quería sacarla de la conversación lo antes posible. No me apetecía hablar de ella.

—Yo no tengo novia, señora —manifesté, con frialdad, y le hice un gesto para que se fuera—. Ahora, si no le importa, quiero estar a solas con mi amigo.

Ella estaba muy feliz con el autógrafo y se marchó alegre, sin importarle mi mueca de desprecio. Volvió con su pareja y no me dirigió más la palabra. Eso sí, de vez en cuando dejaba de charlar con su marido, me comía con la vista y sonreía.

—Al parecer, le has causado una gran impresión —apuntó Pablo, y la siguió con la mirada mientras subíamos al tren—. No sabía que fueras 'influencer'.

—Ni yo —mentí sin contemplaciones. Me estaba acostumbrando a esta tónica —. Me ha sorprendido su interés.

—Ya te creo. Aunque, en realidad, deduje que ella tenía algo en mente en cuanto nos sentamos a esperar al tren.

—¿Cómo es eso?

—Desde que era niño, siempre que estoy en el andén me entretengo a estudiar la orientación de los pies de los pasajeros. De manera inconsciente, uno siempre señala a la gente por la que siente apego, a quien se llevaría a una isla desierta — explicó, muy convencido.

—Es una teoría interesante.

—Pues bien, los pies de esa mujer eran carteles de neón enfocados hacia ti, como cohetes a punto de despegar.

Subimos al primer vagón, que estaba vacío, y nos sentamos, aunque fue llenándose poco a poco. Apenas conversamos durante el trayecto. A intervalos, Pablo sacaba el móvil, y, con mucha discreción, enviaba un mensaje de texto. Cada

vez que hacía esto, notaba cómo el teléfono de la doctora me vibraba en el bolsillo.

Tras varios mensajes, decidí echarle una ojeada sin que se diera cuenta. «Estoy con el ser —había escrito—, voy a probar ya la nueva zona controlada».

En el tren había ya un montón de gente y estábamos apretujados. Por suerte, el trayecto era corto. Así, después de pasar unas cuantas paradas apiñados, llegamos a nuestro destino. Apenas un manojo de personas bajó con nosotros. Cuando caminábamos por el andén, Pablo me retuvo.

—Espera a que se vayan los demás. Tengo que comentarte algo.

Cuando los pasajeros dejaron atrás la plataforma para dirigirse a la salida de la estación, Pablo se puso de rodillas y me habló con solemnidad.

—Ha pasado lo que siempre he temido. Sé que conservas la memoria. Por favor, ten piedad y te ayudaré.

Lo observé con los ojos muy abiertos. Hasta entonces, había pensado que mi engaño estaba funcionando. Al parecer, me había equivocado.

—¿Cómo lo has descubierto...?

—La doctora no contesta mis mensajes, pero eso ya lo sabes. Además, le has respondido a esa mujer que no tienes novia. Te has ido de la lengua.

—¿Y qué? Es que es la verdad.

—Ya, claro... pero ni ella ni nadie ha sugerido que la tuvieras.

12
Casa de Ron

Hasta entonces, mis esfuerzos por no dejarme llevar por la corriente habían sido efectivos. En más de una ocasión desde nuestro reencuentro, las ganas de pegar a Pablo habían estado a punto de abrumarme, pero me había resistido.

No más.

Aquel autocontrol, ese comedimiento, había estado emponzoñando las aguas de mi paranoia, que, gota a gota, había terminado por inundar cada uno de los estratos de mi mente. Cuando nos detuvimos en el andén, el embalse donde había estado acumulando mis ganas de matar a Pablo se había convertido en un pantano saturado y hediondo.

Al decir aquello sobre mi novia y descubrirme, partió el dique que contenía mi ira, y, al desbordar, aquel execrable líquido tomó la forma de un gancho de izquierda. La marea fue tal que el golpe lo arrojó a las vías.

Empapado con mi rabia y con su sangre, Pablo intentó ponerse de pie. A duras penas lo consiguió. Ya había dado varios pasos cuando tropezó con el riel y volvió a caer.

—No sirve de nada que intentes huir, mentiroso. Si corres, lo único que conseguirás es morir cansado.

—Si me pasa algo, nunca descubrirás para quién trabajo.

—¡Soy inmortal! Tengo todo el tiempo del mundo para averiguarlo. El tuyo, por contra, se está agotando. Te recomiendo que lo aproveches para contarme la verdad. Mataste a Ailee —le recordé, y me dejé llevar por la furia—. Dame una razón por la que no debería hacer lo mismo contigo.

Pablo escupió sangre, que le cayó encima del hombro y manchó su camisa de frutas. Hizo una mueca de asco.

—Solo cumplo órdenes.

—Encontré su cabeza en una bolsa en el hospital. No solo la asesinaste, sino que también la cortaste en pedazos.

—Es mentira. Envié el cadáver de tu novia a sus subordinados de la policía para que le dieran un entierro digno. ¿Para qué iba a despedazarla...?

—No me vengas con excusas. ¡Lo he visto!

—¡No puede ser!

—Te habían encargado matarme a mí. ¡No a ella, inútil!

Él volvió a patinar y se manchó la frente de rojo. Su sangre se extendía sobre la vía como una alfombra.

—No seas inocente, ¡tú la pusiste en el punto de mira! —se defendió como pudo—. Tú la trajiste a mi casa de campo, a la guarida de un asesino, a sabiendas del peligro que correríais. Yo también la conocía, ¿sabes? No quería hacerle daño, pero me obligaste al llevarla contigo. Me hicieron creer que solo estaríamos tú y yo.

—¡¿Quién?! ¿Quién te convenció de eso? ¿Quién es mi enemigo?

A pesar de que se encontraba en una situación desesperada, Pablo se tomó un momento para meditar. Parecía que estuviera sopesando la información que le venía bien compartir. Me irritó sobremanera que se tomara tales licencias.

—En una ocasión, una sola, me confesó su nombre. Se hace llamar Alex —se decidió por hablar—. Tiene poder, más del que puedes imaginar.

—Pues mira, tengo una imaginación envidiable.

El tren se iba aproximando. Los rieles que cercaban a Pablo palpitaban, enrojecidos por la sangre que había vertido en ellos, como dos arterias rebosantes que nutrían un cuerpo mecánico con balasto, cemento y acero. El faro central del primer vagón, ubicado sobre la cabina del conductor, brillaba con intensidad.

—Si eso es lo único que vas a decirme, ahí te quedas.

—¡Espera! Puedo ayudarte a llegar hasta él.

El tren estaba muy cerca y Pablo tenía graves dificultades para mantenerse de pie. Quiso apoyarse en un riel, pero asumió demasiado tarde que podría electrocutarse. Dio un paso en falso y terminó tendido.

—Eres patético. Por tu bien, dime dónde está ese... Alex. Si es que ese es su nombre auténtico.

—No lo sé, pero te ayudaré como pueda. Confía en mí. No fue culpa mía. Por favor.

Desde mi ubicación en el borde del andén, advertí que el tren estaba por llegar. Era capaz de distinguir incluso el enganche automático frontal y las luces reflectoras y de posición.

—Por favor. Te enseñaré lo que hago, te lo contaré todo acerca de mí. Sálvame.

Ni siquiera hubiera necesitado asomarme para estar al tanto de lo cerca que estaba del tren; la cara de horror de Pablo era indicador suficiente de que pronto sería arrollado por decenas de toneladas de metal.

—Está bien —cedí, a regañadientes—. Te sacaré.

Salté a la vía con agilidad y le di la espalda al tren, que estaba ahí mismo. El aire escapaba por sus lucernarios en un ritmo intermitente, por lo que sentía como si el vagón delantero me estuviese echando el aliento en la nuca.

Veloz, cargué con Pablo de vuelta al andén y lo dejé caer. El conductor debió espantarse al ver el reguero rojo que corría sobre las vías, ya que, si bien se detuvo por un instante, no llego a abrir las puertas. La gente que había en el interior estaba confusa.

Volvió a ponerse en marcha a los pocos segundos y lo perdimos de vista en la profundidad del túnel. Pablo y yo nos quedamos a solas.

—Si fueras inmortal, te mataría cien mil veces como has hecho tú conmigo... pero como solo tienes una vida, me reservaré ese placer.

—¡Ajá! Pues gracias. Conozco un sitio al que podemos ir. Llévame allí para que me curen —me pidió, entre jadeos—. Te contaré lo que quieras.

—¿Cómo sé que no me estás tomando el pelo, como de costumbre? Podría ser una trampa.

—No gano nada con eso. Mi papel era asegurarme de que perdías la memoria. Ahora que recuerdas las cosas al morir, mi trabajo ha terminado.

Era un buen argumento, coherente con las anotaciones de la doctora sonriente, así que le di el visto bueno. Pese al daño que me había causado, no podía dejar de sentir por él un punto de empatía, además de una irrefrenable compasión por su naturaleza caótica y desventurada. Me armé de paciencia. Por el momento, me aguanté las ganas de saltarle al cuello.

Así, nos dirigimos a la salida de la estación tal como había propuesto. En el pasaje que salía de la plataforma había unas escaleras mecánicas, y, en el rellano, una rata pequeña nos esperaba para recibirnos.

Los escalones hacían un ruido tan abrupto y asilvestrado al moverse que daban la impresión de estar propulsados por tracción animal, como si una bandada de roedores hubiese anidado en el interior de la cubierta metálica. Cuando le pusimos los pies encima, el mecanismo gimió como si estuviera vivo. La ratita que había en el rellano escaló por el pasamanos hasta que la perdimos de vista.

—La estación está hecha una ruina. Apenas venía gente antes, pero con la guerra entre el Luto Sanguíneo y los Desangelados ha quedado casi abandonada. El tren pasa muy pocas veces al día.

—Una pelea de bandas no me parece razón suficiente...

—El problema viene de hace años: se dice que los Querubines llevaron a cabo un asesinato.

—¿Qué fue lo qué paso?

—Por lo que sé, a una chica joven, una adolescente, la arrolló un tren. La habían atado a los raíles. Cuando llegó la policía, tuvieron que sacar el cuerpo por partes.

—Seguro que los vecinos están aterrados.

—Dirás los que quedan. Pero sí, esta es una de las muchas razones por las que

empezó la rebelión, aunque tú prendiste la mecha al enfrentarte a la tía Sofía. Desde entonces, no se atreven a acercarse, ¿ves? La ciudad lleva años al borde del caos.

«Igual que yo», medité.

Cuando vimos la luz del sol, fui consciente de que Pablo tenía razón: aquel barrio era el paradigma de una urbe que había tocado fondo. La basura se amontonaba en las mismas escaleras de salida de la estación, lo que ya de primeras no auguraba un panorama muy prometedor.

El paisaje estaba a la altura de las expectativas: se notaba que la calzada estaba desgastada, con muchas baldosas levantadas, y los edificios eran viejos. Habían construido, con restos de desechos, alguna que otra chabola en la carretera, pegadas a la acera, de las cuales salían cableados hasta los fanales cercanos, destartalados.

Una calle más abajo había varios individuos asando lo que parecía un trozo grande de carne en una hoguera, junto a una pila de cuerpos humanos. Del grupo, un hombre destacaba por ser el más alto y fornido. Estaba embutido en una gabardina oscura y tapaba su rostro con una boina.

—Este barrio es de los Desangelados. Aquellos cadáveres que tienen amontonados deben ser pobres desgraciados que se han cruzado en su camino.

—¿Gente del Luto Sanguíneo?

—Quizás sí. No me sorprendería que los hubieran matado por diversión, aunque solo fueran meros viandantes —afirmó Pablo, muy dolorido—. Así de enfermos están. Mejor que los evitemos hasta que contemos con el favor de sus líderes.

—No les tengo miedo.

—Puede que tú no, pero ¡yo sí que puedo morir! Además, tenemos que hacer una parada en boxes antes de encararlos... o voy a palmar en breves igualmente. Ya volveremos.

Fuimos en dirección opuesta y dejamos atrás al grupo que estaba junto a la hoguera. Cruzamos un par de calles tan deprimentes como la anterior.

Pronto llegamos a un pequeño antro que, a primera vista, estaba cerrado y en obras. Detrás del andamio, se podía entrever un cartel en el que ponía: «Bar Casa de Ron». Entramos.

—¡Bienvenidos! ¿Qué les sirvo? Por Dios, ¡Pablo!

Ron, que era el encargado del local, era un tipo voluminoso. El escaso pelo que le quedaba era castaño con tonos rojizos. Por medio de unas patillas espesas, se le juntaba con una barba todavía más densa, que cruzaba la barra del bar y le caía por el otro lado. Llevaba un devantal tan largo que podría servir como mantel para las mesas.

Exceptuando su cabellera poco poblada, todo en él era descomunal.

Acomodó a Pablo con brusquedad sobre la barra y llamó a un par de camareros para que sanasen sus heridas, que acudieron al acto. Me serví una cerveza y me senté en uno de los bancos.

Delante de mí, había un televisor plano que colgaba del techo. Se estaba transmitiendo un partido de fútbol de una liga menor, en un campo astroso. El césped del terreno de juego estaba muy alto, la afición era escasa y estaba desilusionada y los jugadores eran lo contrario de atléticos. Ron, el dueño del local, le echaba un vistazo de vez en cuando y musitaba injurias entre dientes. Dejó a Pablo con los demás y vino hacia mí.

—Tienes cara de hambre. ¿Quieres algo para comer? —me preguntó, con la boca entreabierta y cerca de mí, casi escupiéndome—. Tenemos unos bocadillos de queso gruyer exquisitos. A mí me gustan con membrillo y pera. ¿Te apetece?

—No, gracias.

Tras observarme bien, Ron soltó un grito muy agudo y se quedó pálido como la tiza. Los camareros dejaron a Pablo y se giraron para ver qué ocurría.

—Tú eres... eres...

Ron cayó de culo y comenzó a aporrear el suelo con los puños. Los otros dos hombres reaccionaron con más entereza, pero con la misma agresividad: uno de ellos sacó una porra que tenía en la cintura. El segundo, saltó hacia atrás y se armó con un taburete.

Aparté la cerveza con el dorso de la mano. Estaba en calma, pues mi experiencia con los obreros en el hospital y la certeza de que era inmortal me daban la tranquilidad de saber que vencería en cualquier pelea.

—Dejaos de tonterías ya —gimoteó Pablo—. Está conmigo. De nada servirá que le deis muerte, porque ya no olvida.

Ron se levantó sin estar convencido y volvió a aproximarse mucho a mí para analizarme. Me tocó la cara. Me olfateó, incluso. Al cabo de unos segundos, se serenó y sonrió.

—Como supondrás, yo soy Ron. Encantado de conocerte. Perdón por la escena que hemos montado, que es una situación muy rara para nosotros. No nos lo tengas en cuenta.

Los dos hombres dejaron sus armas, y, sin mediar palabra, volvieron a centrarse en vendar las heridas de Pablo.

—¿Quiénes sois? —cuestioné, y empiné la cerveza. Eché un buen trago.

Ron se sentó conmigo en el banco, que se desniveló por el peso.

—Trabajamos con Pablo. Ese de allí es Whisky, el que le está vendando el brazo. Está siempre en contacto con él y le ayuda a conseguir lo que pueda necesitar...

—¿...Para asesinarme?

Ron dejó escapar un pequeño grito.

—Para asesinarte, sí, pero también para cuidar de ti. De hecho, en el pasado has colaborado para que te matemos, por extraño que parezca. Fue así hace tres vidas, por ejemplo —me ilustró, y señaló al segundo camarero—. Ese otro, el que te mira de reojo, es Vodka.

—¿Qué problema tiene conmigo?

—No te preocupes por él. Lleva años espiándote a través de una pantalla, pero nunca te había visto en carne y hueso.

—¿Qué quiere decir que me espiaba? —seguí, con fascinación, mientras Vodka me repasaba un poco más antes de volver a focalizarse en Pablo.

—Es fácil: para que no te perdamos de vista y la líes en alguna parte. Tenemos un satélite para ti. También te hemos estado vigilando con drones. Imagínate lo que podría hacer una persona loca, sin memoria e inmortal, en una ciudad como esta y fuera de control. Sería terrible.

—Pero yo no he perdido la razón... todavía. ¿Qué necesidad hay, si ya tengo a Pablo encima?

—Lo hacemos por si acaso, y es que no siempre te hemos visto salir del hospital con alegría. Por ejemplo, como te he dicho antes, tres vidas atrás eras cruel pero razonable, mientras que en la que vino después fuiste un tanto sociópata. En la última, en cambio, dabas bastante buen rollo.

—Ya veo. He tenido recuerdos sobre esas vidas.

Me vino a la mente la visión en la que había arrasado la discoteca de la tía Sofía, lanza en mano. Luego, pensé en la siguiente vida, cuando seduje a Ailee en una piscina para después poner una bomba en mi apartamento y acabar tirándome por un barranco. Durante mi existencia más reciente, Pablo la había hecho estallar y yo había perdido dos dedos, que se habían regenerado.

—En ocasiones, después de una muerte cruenta, te has levantado en plena paranoia... o peor, con instinto homicida. Otras veces, si falleces con tranquilidad, puede que te vuelvas la persona más servil. Eres una caja de sorpresas. Literalmente, una caja. Dame tu brazo, por ejemplo.

Obedecí a Ron. Él extendió mi mano y me palpó. Soltó un sonoro «¡a ver!». Después, me hizo un corte minúsculo con la punta de un cuchillo de carnicero. Esta vez fui yo quien soltó un gritito.

—No te voy a hacer daño —afirmó, en un tono que pretendía ser conciliador, pero que no inspiraba mucha confianza—. Hala, ¡una moneda!

Estaba en lo cierto. De la pequeña obertura en mi piel sobresalía un fragmento metálico brillante. Lo estiró con los dedos, que eran enormes, y me lo mostró. Era una moneda tallada con el perfil de un antiquísimo emperador.

—¡He aquí el emperador ‘a gusto’! No es un truco de magia.

—¿De dónde ha salido?

Sonrió con suficiencia y se la metió en un bolsillo del devantal. Lo hizo muy rápido, como para que no lo percibiera. A mí, la moneda me daba igual, por lo que no traté de recuperarla.

—Ten en consideración que has vivido un millar de vidas. En muchas de ellas, te has percatado de tu capacidad de regeneración. En algunas, has aprovechado este poder para guardar... mejor dicho, incrustar objetos en tu cuerpo. Cuando introduces algo en una de tus heridas, tu piel crece alrededor como una capa protectora.

—¿Estás insinuando que hay más de estas cosillas?

—Creo que muchas, solo que no recuerdas dónde ni qué. No vas a pasar ningún control de metales. Ni se te ocurra ir a una clínica a hacerte una resonancia.

Ron me guiñó el ojo y se dio la vuelta para mirar a Pablo, que empezaba a moverse. Él, a quien ya habían limpiado y vendado las heridas, se incorporó y se sentó con nosotros.

—Por lo que he oído, Ron ya ha hablado de más —expuso, no muy contento —. En efecto, esos son Whisky y Vodka. Antes de que lo preguntes: sí, utilizan apodos por seguridad. No, no te puedo decir sus nombres reales. Depende de ellos si quieren hacerlo.

Traté de disimular una carcajada.

—¿Y tú no deberías llamarte Absenta, Vino o algo así? Para pegar con el resto del equipo.

Pablo frunció el ceño. Se había tomado mi broma demasiado en serio.

—Eso sería sospechoso. De haber usado un pseudónimo tan evidente, los Querubines no me hubieran aceptado. Los tienen prohibidos. Además, yo siempre he sido el único miembro del equipo en entrar en contacto contigo... aparte de la doctora, claro está. Por cierto, la has matado, ¿verdad?

Hice un gesto afirmativo discreto. Me abochornaba admitir que había perdido el control en el hospital y que me había imaginado cosas. Para mi sorpresa, la respuesta de Ron y de Pablo fue la de suspirar aliviados.

—Trabajar con esa doctora perturbada era un incordio. Siempre nos miraba por encima del hombro, como si fuéramos carne de cañón —apuntó Ron, asqueado—. En cualquier caso, nosotros no la elegimos para su trabajo, fueron órdenes tuyas.

—Así es, la seleccionaste tú personalmente en una vida anterior, hace muchos años —añadió Pablo—. Una psicópata, pero a la vista está que ha sido muy efectiva en sus funciones. Hasta ahora, al menos.

—Eso, también —corroboró Ron—. En fin, ¿ya no pierdes la memoria, pues? No termino de atar cabos. No me parece que haya una razón para este cambio tan

repentino.

—Quizás no la hay —se aventuró a proponer el tal Whisky, con timidez, y se nos unió—. Tal vez, por pura estadística, después de muchas existencias es inevitable que en alguna de ellas conserves los recuerdos. Es una especie de selección natural.

—Si es así, deberíamos quitarle la vida. Por pura estadística, es probable que, si sufre una muerte, y otra, y otra..., termine por volver a olvidar quién es —soltó el llamado Vodka, y se sentó junto a Whisky.

Aquel hombre estaba envalentonado por la injerencia de su compañero y no dejaba de repasarme como un perdonavidas. Su voz me resultaba muy familiar. Seguro que la había escuchado antes, pero no cara a cara, sino...

—¡Al otro lado del teléfono! —exclamé, señalando a Vodka, que sacó una cajetilla de tabaco y se puso a jugar con ella—. Reconozco tu voz. Tú eres el que hablaba por el altavoz con Pablo en la cocina de la casa de campo. Insistías en que me matara allí mismo.

Vodka quiso levantarse del banco, pero Pablo alzó las manos y lo contuvo.

—Él solo hacía su trabajo, igual que el resto del equipo —justificó, intentando ser comprensivo—. Tu único enemigo es Alex. Vodka seguía órdenes, como yo, y compartimos la misma culpa.

—Por lo que a mí respecta, deberíamos matarte de nuevo y seguir como si nada —se metió Vodka, en tono de burla, y encendió un cigarrillo—. Apuesto a que sí que pierdes la memoria.

—No —resolvió Pablo, molesto por la hostilidad de su compañero—. Aparte de que es de mala educación discutirlo mientras esté delante, también cabe la posibilidad de que te equivoques. Si es verdad que ya no olvida al morir, no querrás que se enfade contigo cuando se despierte.

Vodka bajó la mirada. Pablo prosiguió, dirigiéndose a mí. Me gustó que se hubiera puesto de mi lado.

—En cualquier caso, nuestro plan ha acabado. Ya no vale la pena llevarte a la zona controlada que habíamos previsto.

—¿Zona controlada? —dudé, con curiosidad—. ¿Qué es eso? Ya lo he oído varias veces y todavía no me lo explico.

—Se trata de un espacio acondicionado para puedas vivir el máximo tiempo posible, sin descontrolarte, antes de que tengamos que matarte...

—¿Qué...?

—Déjame hablar. Fue una idea que planteaste hace tres vidas. ¿Eso lo recuerdas? Me hiciste una propuesta: me ayudarías a organizar y financiar una zona controlada para tus existencias futuras. De este modo, no tendríamos que estar tan encima de ti. Gozaríamos de más libertad y cumpliríamos mejor nuestras

funciones.

Sí que lo recordaba. El trato fallido al que había llegado con la tía Sofía para que me cuidase y protegiese, la paliza que le di a Pablo para que trabajase para mí... encajaba. Le había entregado un montón de dinero a los Querubines para que me mantuvieran a salvo, bajo control.

—Y tú, ¿te acuerdas de la explosión que hubo en mi apartamento? Creo que la preparé yo hace dos vidas, ¿qué sentido tiene?

Pablo se acarició el pelo. Los demás estaban ensimismados.

—Como ha dicho Ron, has tenido muchas vidas con personalidades distintas. En algunas, fuimos amigos. En otras, me odiabas. Quizás, la bomba era una trampa para mí. Podría ser cualquier cosa.

Nos quedamos un rato callados, reflexionando. Ron rompió el silencio y se acercó a Pablo.

—Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Has recibido órdenes?

—De momento, nada. —En respuesta a mi rostro inquisitivo, Pablo se explicó —: La persona que te quiere mantener sin memoria...

—...Que nos ha obligado a mantenerte sin memoria —puntualizó Whisky, cortado.

—A eso me refería. Pues bien, Alex no ha vuelto a contactar conmigo desde hace bastante.

Se impuso el silencio de nuevo. Tuve una idea.

—Si no habéis recibido más órdenes, creo que es porque mi enemigo ya sabe que conservo la memoria. Se estará ocultando de mí, a la expectativa, para ver qué pasa. Es lo que yo haría.

—Opino lo mismo, no se me ocurre otra posibilidad —admitió Pablo—. Es una razón más para hacer piña contigo. Hemos fracasado, lo que significa que podría tomar represalias.

Ron se levantó y cogió mi jarra de cerveza, que estaba vacía. Luego, se encaminó poco a poco hacia la barra.

—Nos conviene cambiar de bando, chicos —siguió Pablo, y me miró—. En cuanto a ti, tengo el dudoso honor de conocerte más que nadie. Por esta razón, creo que te lo debemos, después de la de veces que te hemos asesinado.

Mientras él hablaba, Ron me había llenado la jarra. Siguió con cuatro más. Luego, cargó con ellas en una bandeja y regresó.

—Si vais a hacer esto, mejor que no contéis conmigo —se quejó Vodka, en un tono suplicante—. Sabéis de lo que es capaz Alex. Lo siento, pero no me voy a enemistar con alguien así.

—Volvemos a lo mismo —le recriminó Pablo, cansado de discutir—. ¿Prefieres llevarle la contraria a quien no puede morir? Asumo que no, así que basta ya de

hacerte de rogar.

Vodka hizo como que se lo estaba pensando. Se puso como un tomate y, con una expresión solemne, respondió:

—No me dejáis alternativa. Lo haré por vosotros. Cambiaré de bando. Si eso me da problemas, ya me apañaré como sea.

Había dicho esto último para zanjar la disputa y quedar como un mártir, y Pablo se dio por satisfecho. Sin embargo, Ron estaba picado.

—Si vas a arreglártelas como sea, ¿por qué nos lo cuentas? ¿Tienes idea de cómo nos hace sentir eso? O estás con nosotros o no lo estás, pero no te hagas la víctima.

Vodka se puso tan rojo que parecía que iba a explotar, pero no le replicó. Miró su jarra y se limitó a musitar un «pues eso» con flojera. Ron lo ignoró y dejó la bandeja con las cervezas sobre la mesa.

—Por una nueva alianza, entonces —proclamó, mientras nos las servía—. Por mi parte, ya sabéis que estoy de acuerdo con lo que sea que decida Pablo.

Whisky y Vodka tomaron su jarra con precaución; el uno, por timidez, el otro, porque no confiaba en mí. Pablo y yo agarramos las nuestras casi al acto.

—¡Por una nueva alianza! —exclamamos casi al unísono, y nos levantamos. Los demás nos siguieron.

Eché un buen trago y volví a sentarme. Pablo dejó la jarra al mismo tiempo que yo, mientras que Ron siguió bebiendo hasta terminarla. Whisky y Vodka apenas le dieron un sorbo. Los dos tenían cara de no saber dónde meterse.

Por mi parte, me estaba mareando y comenzaba a costarme pensar con claridad. Aquella sensación me recordaba a mi despertar anterior, cuando me había encontrado a Pablo en una placeta y me había ofrecido una botella de vino.

¿Demasiado alcohol? Pero solo había bebido una jarra y media...

—Piensa que acabas de salir de un sueño muy, muy largo. Tu cuerpo será inmortal, pero es humano, al fin y al cabo —me consoló Ron, y tuve la sensación de que me leía la mente.

Antes de que los síntomas de cansancio y ebriedad empeorasen, me despedí como pude de los demás y le pregunté a Ron dónde podía quedarme. No quería pasar por otra borrachera. Él me indicó el camino hasta la trastienda, que estaba muy oscura, y me acompañó.

No se veía nada, salvo una televisión polvorienta que estaba tirada en el suelo. La pantalla resplandecía de un modo intermitente, como si intentara comunicarse, pedir ayuda.

«Alguien debería pasarle un trapo», me dije.

A tientas, y con cuidado de no pisarla, Ron me ayudó a estirarme en un sofá muy ancho. Luego, me acomodó con un cojín rectangular y me dio una manta

fina.

Me dejó allí y volvió con los demás.

Ahora que me había ganado su apoyo, me daba miedo dejarlos a solas. Podía conjeturar que Vodka trataría de disuadir a los otros, que Pablo me defendería y que Whisky dudaría. Mientras, Ron les serviría cervezas sin descanso y se entretendría con el fútbol.

Ailee... también le di muchas vueltas a ella. Su cabeza arrancada en el sótano del Central House parecía tan real...

Las horas iban pasando y yo me despertaba y volvía a acostarme, sin llegar a dormirme por completo. En un momento dado, escuché que alguien pasaba la escoba al otro lado de la puerta de la trastienda. Quien fuera que fuese, la restregaba con tanto ímpetu que golpeó la parte baja de la misma repetidas veces, en el travesaño inferior. La televisión vibraba con cada impacto, con lo que dejaba escapar una lámina de polvo.

Me invadió una sensación similar a la que había tenido al encontrar la cabeza de Ailee. Imaginé que aquella televisión tan sucia se encendía, de repente, y aparecía en ella un presentador de noticias bien planta do, con traje y corbata.

—Las autoridades no han hallado nuevas pistas sobre el brutal asesinato de las vías del tren, que tiene a la ciudad conmocionada —decía en un tono neutro, propio de un telediario—. No sabe n que el móvil del crimen es el dinero de la víctima, una joven que estaba forrada. Tampoco sospechan que esa fortuna irá a parar a los Querubines.

—A mí qué más me da lo que ocurriese —consideré en voz alta, y le arrojé el cojín, que rebotó en la pared—. En la actualidad, los Querubines se han evaporado y ya no formo parte de la banda.

—Como periodista, mi teoría es que tienes algo que ver con el asesinato —contrataco él, muy profesional—. Según mis fuentes, eres muy capaz de seccionarle la cabeza a cualquiera. Incluso de atar a una pobre adolescente a las vías.

—¿Acaso quieres ser el siguiente? Tengo ganas de dormir y no me apetece discutir contigo —le amenacé, a través de la pantalla.

El presentador puso cara de pánico y salió corriendo del plano, con lo que el plató de noticias quedó vacío. La televisión se apagó por sí sola.

Al final, el cansancio me pudo y dejé de pensar en aquello.

Cerré los ojos.

13
El legado de Bo

Abro los ojos.

Poseo un escudo que es muy importante para mí. Lo fabriqué con el modelo del broquel de mi abuela, a quien enviaron al Valhalla de un topetazo en el mentón en la batalla de Brávellir, donde se enfrentaron millares de guerreros. Juntos, mi padre adoptivo y yo, cortamos la madera del tejo más majestuoso de la aldea, después del sacrificio y la festividad que ponía fin a la época otoñal.

Con la celebración del invierno, rendimos culto también a Freya por proporcionarnos una madera tan buena, que dio como resultado un escudo sin parangón al que tengo un gran cariño tanto por su calidad como por los recuerdos que me trae.

Dado que no comparto la sangre de mis padres, que me adoptaron, y si bien es cierto que los amo con todas mis fuerzas, preferí decorar el cuero de mi escudo con la efigie de Tyr antes que con el emblema familiar. Mi padre respetó esta decisión.

El paso del tiempo ha demostrado que acertó al premiar así mi esfuerzo, ya que está acabado con tanta meticulosidad que apenas necesita mantenimiento ni complementos. Aunque el umbo de hierro que resguarda su centro se ha aboyado y desgajado, pocas veces he tenido que cambiarlo. Es más, cuando lo he hecho, el resto del escudo no ha perdido consistencia. A día de hoy, aún se mantiene estable y en perfecta simetría.

La protección del dios de la guerra va más allá: las lesiones que sufro en batalla se me curan por sí solas a la larga, por terribles que sean. Algunos de mis compañeros escuderos, sobre todo los muchachos, que son más dados a poner motes que ellas, me solían llamar Bo, que significa «vivir».

Este es el nombre que se me ha quedado. Bo. Porque vivir es lo que hago, no importa cuán arduas sean las dificultades con las que

me encuentre ni lo profundas que sean las heridas que me infrinjan.

—Pensaré siempre en vosotras, mamá —le hago saber, y sello la promesa con un abrazo.

Me despido de ella y de mis dos hermanas con la tranquilidad de que, después de mi partida, quedarán al resguardo del caudillo de la aldea. He acordado con él la protección de mi familia a cambio de mis ahorros restantes.

El sueldo y el tesoro que gané durante el servicio en el Cuerpo de Escuderos del rey danés Guthrum me han durado menos de lo previsto, aunque la experiencia fue buena. Allí conocí a más escuderos, chicos y chicas, jóvenes como yo y sedientos de riquezas, la mayoría de ellos campesinos mercenarios reclutados en los reinos norteños.

Tal como mi madre había predicho, allí me enamoré y conocí el valor de la amistad y la emoción de la aventura, así como la incertidumbre y el atrevimiento que supone explorar nuevos territorios.

No obstante, fue un episodio efímero, pues se acabó al caer derrotados en Edington ante Alfredo el Grande, al otro lado del mar. La muerte repentina de tantos seres queridos me hizo perder el interés por la guerra, por lo que regresé a casa en busca de una nueva vida. Ahora, me marcho al asentamiento de Birka como guardaespaldas, con el objetivo de ofrecer la protección de mi escudo a un afamado comerciante: el señor Aren.

Espero tener una vida más estable a su servicio.

El trayecto hasta la costa se me hace corto, puesto que el frío, la niebla y la monotonía del paisaje me exhortan a dejarme llevar por mis pensamientos.

Una vez allí, un viejo barquero me recibe. Unas pocas monedas, las que me quedan en el bolsillo, bastan para pagarme un puesto en una balsa hasta la isla de Birka. No se trata de un viaje convencional.

Por el chivatazo de una campesina me he enterado de que la isla del señor Aren ha tenido desavenencias con la vecina Hovgården, razón por la cual van a repatriar los cuerpos de los caídos en una pelea reciente cerca de la costa. Mi plan es esconderme entre los cadáveres con la complicidad del barquero. Con esta treta, me ahorraré el pasaje en uno de los caros navíos de

transportes que salen del puerto. No tengo dinero como para permitírmelo.

Con este objetivo, me acerco al embarcadero y le pago al dueño la cantidad acordada. Él, en voz baja, me indica que me esconda en la pila de cuerpos que se amontonan en su balsa. Asiento y, sin mediar palabra, me sumerjo en el cúmulo de carne húmeda y sanguinolenta.

La experiencia no es tan angustiosa como pueda parecer, debido a que el frío penetrante y lo reciente de sus muertes han mantenido a raya cualquier signo de putrefacción. Tanto es así que, al meterme por completo en la pila, tengo la sensación de escuchar un «¡ay!» apenado que proviene del interior. Quizás es que hay más polizones conmigo, o a lo mejor alguno de los guerreros no está tan muerto como debería.

Pronto, nos ponemos en marcha. Cuando creo que ya estamos lo bastante lejos de la costa, me asomo para tomar aire.

—Joven, ¿así que vas a cambiar la guerra por los negocios? —me interpela el barquero, nada más verme salir—. Te comprendo perfectamente. Birka se ha convertido en un puerto comercial clave.

—No voy a ser comerciante. Trabajaré como guardaespaldas de uno muy importante: el señor Aren. Es algo muy distinto. Yo no sé nada de gestiones ni de dineros.

—Perdona si te he importunado —acaba, muy cauto—. Pienso que sois sabios los que aprovecháis esta clase de oportunidades. He llevado a más jóvenes como tú en los últimos meses y por eso te lo decía.

—¿Cuánto tardaremos en tocar tierra?

—Debe faltar poco. Aunque la neblina no nos deje ver bien la isla, puedo asegurarte que está ahí mismo.

La visibilidad es escasa, por lo que temo que embarranquemos o colisionemos. Decido salir del todo del montón de cadáveres y me acomodo junto al barquero. Me tranquiliza notar que el viento es leve y la vigilancia del hombre es constante.

Con mucha suavidad, reduce la velocidad de la embarcación y saca un minera translúcido. Lo levanta, le da un par de giros y vuelve a guardarlo. Desde ese momento, navegamos en silencio.

No pasa mucho rato hasta que la isla empieza a estar visible. El barquero aprovecha para indicarme la ubicación del fuerte, que se

alza majestuoso en un prado contiguo a la playa, cercado por un despeñadero escarpado, pero no muy alto. Después, señala una calita con un atracadero sencillo.

—Desde ese lugar, si te diriges al centro llegarás al mercado. Cuando estés allí, pregunta a los tenderos y te indicarán dónde encontrar a tu señor.

—Muchas gracias, buen hombre —le digo, y vuelvo a esconderme en la pila.

Cuando desembarcamos en el pequeño e improvisado atracadero, decido seguir sus instrucciones al pie de la letra. Salgo de entre los cadáveres y, con sigilo, me dirijo al centro de la isla por un caminito de tierra.

El cielo está despejado en algunos puntos y nublado en otros, como si la capa de neblina hubiese sido rasgada, y las hendiduras son de un azul claro y uniforme.

A medida que me voy adentrando en la isla, los arbustos espesos y el denso bosque conífero se disipan tal como lo han hecho los nubarrones, a base de cisuras, de incisiones, y culminan en un extenso prado verde, que se ve interrumpido en su fastuosidad solo por la marcha de rebaños de vacas, ovejas, cerdos y cabras que pastan aquí y allí.

En el interior, en tanto que me voy acercando al mercado, la vida se vuelve pesada, y se alza en torres de vigía de piedra y atalayas de madera, cuya altura solo se ve superada por las sólidas columnas de humo que salen de las forjas, tiendas, cuarteles, salones y casas familiares.

La gente deambula y pasta como los animales del prado: compran o venden si tienen que hacerlo y cargan cajas y alforjas de un lado a otro; siempre, en grupo. En su mayoría, llevan pieles, herramientas de hierro y ropajes de cuero, pero también toda clase de productos de importación, como telas y metales valiosos. El comercio florece boyante en Birka y en el mercado se respira optimismo y ganas de trabajar.

En busca de orientación, me acerco a un tenderete cercano, cuyo escaparate expone recipientes de cerámica de varios tamaños, algunos de ellos decorados con tintes y piedras preciosas. El dueño está escondido detrás del aparador, sentado en el suelo del puesto de venta, y trabaja con su material.

Tiene las manos finas como para ser un vikingo. A pesar de su

aspecto desarrapado y humilde, maneja con mucha delicadeza y precisión el torno de alfarero. Junto al mecanismo giratorio tiene un estuche con herramientas variadas para su oficio: trozos de alambre, esponjas, fragmentos cóncavos de vasija y de caña vegetal, tiras de piel es curtidas, un cuchillo y una espátula.

—Es un placer conocerle. Me llaman Bo y acabo de llegar al poblado. Perdone que le moleste, ¿sabe dónde puedo encontrar al señor Aren? Tengo entendido que es un gran comerciante y señor de esta isla.

Él, sin levantar la mirada de la pieza en la que está trabajando, me responde en una lengua extranjera. Aunque no logro identificar su origen, ni sería capaz de contestarle en ese mismo idioma, de algún modo consigo entender el significado de sus palabras. Dice algo así: «Cada día vienen idiotas como tú, que se piensan que mi misión es hacerles de guía. Vete al cuerno».

—Váyase usted al cuerno —me defiendo, aunque rebajo la agresividad acto seguido para no enfadarlo. No me convienе hacer enemigos—. Solo quiero saber dónde está el señor Aren.

Él, sorprendido por mi respuesta, deja a un lado el recipiente de cerámica en el que está trabajando. Tiene las cejas caídas y el espíritu cansado.

—Siento haberle hablado así, es injustificable —se disculpa, arrastrando la voz—. Soy muy tímido y me gusta taparr la vergüenza hablando en mi lengua natal. A menudo, cuando consigo que los demás no me comprendan, me ignoran y pasan de largo.

—¿De qué nación proviene?

—Llegué a la isla hace años, junto a un puñado de ceramistas y herreros de mi pueblo, al otro lado del mar. Encuentro sorprendente que sepa mi idioma. ¿Ha viajado al reino franco?

—No es el caso, aunque me he enfrentado a varios de los suyos en alta mar y a mercenarios francos en Northumbria. Me imagino que por eso le he entendido un poco. No lo tengo muy claro.

—Supongo que tiene sentido esa conjetura —admite, aunque no se le ve muy seguro—. De todas formas, sepa que en esta isla no hay patrias ni naciones. Los que vivimos en Birka no pertenecemos a ninguna parte. Somos cosmopolitas, ciudadanos del mundo.

—Tengo entendido que el señor Aren mantiene buena relación con la corte.

—Eso es por el oro que posee. Cuídese mucho si va a relacionarse con la nobleza de Birka. Puede que en el norte tengan una miríada de dioses, pero los de aquí solo adoran al dinero.

Con escaso entusiasmo, se levanta, se apoya en el aparador y me indica el recorrido a seguir. Después, me da la espalda y reanuda su tarea. Le agradezco su ayuda y me encamino en la dirección señalada. Al otro lado de la calle que atraviesa el mercado se encuentra mi destino: el salón del señor Aren está a un tiro de piedra.

Para cruzar la entrada debo agacharme, ya que el dintel de la puerta se halla muy bajo. Una vez dentro, el ambiente no se parece nada a lo que cabría esperar: está vacío. No hay hidromiel deslizándose por las gargantas ni impregnando las posaderas de los borrachos. Tampoco se escuchan gritos de alegría, ni de pesar, ni los bostezos de los insomnes.

Tan solo hay tres individuos en el fondo de la cámara, dos hombres y una mujer, iluminados por la luz tenue de las antorchas que cuelgan de la pared. Hablan entre ellos en voz baja, pero se les oye porque la sala, de tan hueca, actúa como caja de resonancia.

—...Porque se nos echan encima y no tienen miedo a pasarse de la raya —advierte la mujer, susurrante—. Tenemos que implicar a la flota del rey en este asunto. Si dejamos que los perros de Hovgården nos saqueen en el mar, perderemos la confianza de los proveedores extranjeros.

—¡No! —la contradice uno de los hombres—. Hay que resolverlo sin el apoyo de la corte. Acabas de regresar a Birka, niña mía, y ya te estás excediendo. Si en los demás señoríos se percatan de nuestra riqueza, estaremos sustituyendo a un enemigo por otro.

—No lo entiendes, Haakon. Acabaremos con ellos con nuestra furia. Si convencemos a la corte de que son unos traicioneros indignos y asaltamos su isla, los de Hovgården tendrán que salar los manjares que nos roben con sus propias lágrimas.

—Y luego, ¿qué? —sigue él—. Cuando hayamos ganado la batalla y estemos débiles y cansados, ¿cómo crees que reaccionarán nuestros aliados? Sí, me refiero a esos señores de la guerra norteños, con nucas rapadas, ojos ciegos y dientes azules, ávidos de sangre y de tesoros. Querrán su parte del botín. Si crees que respetarán nuestra asociación, Brenda, no eres más que una ingenua.

Enfadada, Brenda da un puñetazo en la mesa, y el hombre, Haakon, se levanta de su silla. De improviso, una tos seca rompe la tensión. El tercero en discordia sigue tosiendo hasta que ambos se han sentado y están en disposición de escucharle.

—Estad tranquilos, porque pensaré en vuestros consejos antes de decidirme —zanja el asunto, en un tono conciliador, y me guiña el ojo—. Por ahora, tenemos visita. ¡Adelante! Sin miedo.

Se vuelte hacia mí y hace un gesto con la mano para que me acerque. Obedezco a su señal y me aproximo a la mesa. El otro hombre y la mujer me miran, suspicaces.

—¿Qué es lo que te trae por el salón?

—Estoy buscando al señor Aren, gran comerciante y amo de la isla de Birka.

—Soy yo. ¿Quién eres tú y qué es lo que necesitas?

—Es un honor. Quisiera ofrecerle mis servicios como guardaespaldas. Vengo por recomendación de la maestra escudera Astrid Gormsdóttir. Serví en su batallón del Cuerpo de Escuderos del rey danés Guthrum y…

Mientras hablo, el señor Aren me echa un buen vistazo, como sopesándome. No me está escuchando. Sus dos acompañantes, Brenda y Haakon, se disponen a irse. Cuando los ve moverse, se dirige a ellos.

—¿Adónde vais? —les pregunta. Ellos se hacen los distraídos.

—Hemos pensado que seguiríamos con la discusión en un mejor momento —replica Haakon por los dos.

—Eso es cierto, pero prefiero que os quedéis. Así, si cometo algún error de juicio, podréis ayudarme a corregirlo.

—Perdona. Hemos dado por hecho que querrías intimidad, así que por eso nos íbamos.

—¿Cómo te llamas? —me encuesta el señor Aren, ignorando los argumentos de su consejero.

—Me llaman Bo, puesto que el dios de la guerra…

—Queridos consejeros y amigos —pasa de mí y se dirige a Brenda y Haakon de nuevo—. Bo no es protagonista de los eventos que nos ocupan ni es más importante que vosotros, así que no tenéis por qué marcharos.

El hombre y la mujer vuelven a sentarse.

—Toma asiento tú también, por favor —me pide.

Me dispongo a acomodarme en la silla y me doy cuenta de que

en ella se apoya una lanza de grandes proporciones. Al verlo, el hombre, Haakon, la aúpa y la apuntala en la pared, detrás del señor Aren. Por mi parte, dejo caer el escudo sobre la mesa con la suficiente fuerza como para darles a entender que no soy fácil de intimidar, pero sin llegar a desagradable.

Ante una audiencia de tan alta alcurnia, no quisiera ser poca cosa.

Brenda y Haakon me estudian con cuidado, pero el señor Aren me ignora de principio a fin. Tan pronto como me he sentado, él ha cerrado los ojos, se ha echado hacia atrás y da la impresión de que está meditando... o que se ha dormido.

Con una barba rectangular blanquecina, una mandíbula prominente y los ojos cerrados, el señor de Birka me parece más una estatua de piedra que un ser humano. Su piel clara y los ropajes de este mismo color no hacen sino reforzar mi impresión. Deduzco, pues, que la capacidad de liderazgo que lo ha convertido en señor no le viene de su porte, sino del tono cándido y vehemente de su voz, cuyo aliento anima la escultura maciza y abultada que es su cuerpo.

—¿Has tenido algún trabajo similar? —me pregunta, todavía con los ojos cerrados.

—No, señor. Ahora bien, tal como iba diciendo, he combatido con los reinos anglosajones en el Cuerpo de Escuderos del rey danés Guthrum, donde aprendí a defenderme y...

—El Cuerpo de Escuderos fue destruido en Edington, si no me equivoco. ¿Cómo sobrevivisте? ¿Dejaste atrás a mi amiga Astrid?

—¡No! ¡Nunca! No sé qué pasó. Perdí el conocimiento en la batalla y desperté varios días después en alta mar, en un barco que volvía a nuestras tierras. Ya habíamos sido derrotados. Por eso me llaman Bo, que...

—¿Qué fue de Astrid?

—Con su último hálito, la maestra Astrid Gormsdóttir me sugirió que le mencionara su nombre a usted. Afirmó que me daríais trabajo con gusto.

Él frunce el ceño. Entiendo que lo que le interesa, en realidad, es el destino de su amiga.

—Lamento decirle que Astrid murió durante el viaje de regreso por la gravedad de sus heridas.

El señor Aren suspira profundamente. Ya con los ojos abiertos,

se ladea y pone las manos sobre la mesa.

—Sin duda, debía tenerte en alta estima si te hizo venir con tal propósito.

—Así es, señor.

—Voy a ser directo contigo: corro peligro, pero nadie a quien he intentado recurrir ha querido hacerse cargo de vigilar mis espaldas. En esta isla, el comercio es más lucrativo.

Se queda callado y me observa, tratando de medir mi reacción. Los otros dos no están muy motivados para participar en la entrevista. Como no ve ninguna queja por mi parte, sigue hablando.

—Aun con eso, que sepas que te pagaré bien. Recibirás un sueldo notable para alguien tan joven. Eso sí, deberás mantenerte cerca de mí, con disciplina y sin excusas.

Como respuesta, le hago un gesto afirmativo. Dado que es una mueca poco significativa, acabo por hacerle una segunda reverencia más pronunciada para expresar mi compromiso.

—¿Quiénes le quieren matar, señor? —le cuestiono, con mucho interés. Haakon me dedica una mirada severa, indignado por mi falta de tacto. Brenda se ríe entre dientes.

—No matar, sino capturar —me corrige el señor Aren, muy tranquilo—. Sé que el líder de la isla vecina de Hovgården pretende secuestrarme para forzar a mis partidarios a someterse. Ambiciona la buena posición comercial de Birka. Aunque no se atreve a enfrentarnos, ha estado robando a nuestros comerciantes.

—Tememos que pueda haber agentes infiltrados esperando el momento oportuno para llevar a cabo el crimen. Los indicios apuntan a que algunos de nuestros guerreros sirven a Hovgården en secreto —explica Haakon, con seriedad.

—¡Absurdo! —brama Brenda—. Los míos sirven al señorío de Birka desde hace generaciones sin que se quiebre su lealtad. Si hay alguien digno de sospecha sois los del gremio de comerciantes. Aceptáis a cualquiera con tal de ganar dinero, incluso a estos cristianos de más allá del mar.

—Veo que te has dado por aludida, niña. Que sepas que en el gremio tenemos criterios muy estrictos para elegir quién entra y quién no. Te los explicaría, pero una persona tan tosca como tú no sería capaz de entenderlos.

—¡Basta vosotros dos! —finaliza la discusión el señor Aren—. Si

vais a poneros así, mejor que os marchéis. ¿No es lo que queríais en primer lugar?

Sin rechistar, tanto Haakon como Brenda obedecen la orden y se levantan para irse.

—Si no fuerais marido y mujer pensaría que tenéis señores distintos. Siempre estáis como el perro y el gato. ¡Fuera de aquí!

Ellos hacen un saludo cortés y comienzan a caminar en dirección a la salida. A medida que se alejan, una nueva disputa aflora entre ambos. Hablan no muy alto, pero, dado el efecto de caja de resonancia del salón, los oímos perfectamente. El señor Aren se tapa la cara con las manos.

—¿Es verdad que soy tosca? —le demanda Brenda a Haakon.

—No, niña mía. Lo he dicho porque tú me has acusado en primer lugar.

—Pero ¿es lo que tú piensas? ¿Que soy tosca? —sigue ella.

—Mi niña, ¡qué va!

—Te noto distraído, ¿me estás mintiendo?

—Mi niña, qué va.

—¿Me estás escuchando?

—Mi niña, qué va…

—¿Te molesta si te doy con la mano abierta?

—Mi niña…

Tan pronto como cruzan la puerta, se escucha una bofetada tan sonora que hace temblar el dintel. Las voces de Brenda y Haakon desaparecen en la lejanía.

—Son los consejeros más fieles que tengo —manifiesta el señor Aren, cuando nos quedamos a solas—. Siempre se pelean entre ellos, pero nunca en mi contra.

—¿Qué hay de los demás? Imagino que no todos son tan enérgicos.

—Hay variedad, pero el problema de la mayoría es que no son honestos. Solo piensan en el dinero y en el corto plazo. Son más perniciosos que Hovgården. Por esta razón, suelo reunirme con Brenda y Haakon con más frecuencia.

—Si me permite un humilde consejo, señor, no es bueno que vea a sus siervos como enemigos potenciales. En cambio, puede sacarles partido si los considera amigos suyos… aun si ellos no son conscientes de que los ve así.

Él sonríe con melancolía.

—Desde luego, has servido a las órdenes de Astrid. Me recuerdas a ella, por tu forma de hablar. ¿Te contó que salimos juntos cuando éramos jóvenes? Fue una época maravillosa.

Al charlar con él, llego a la conclusión de que el señor Aren es un buen hombre. Es un líder virtuoso a quien le tiemblan las carnes por el mal que puedan hacer sus enemigos de Hovgården a la gente de Birka.

Es amigable y buen conversador, por lo que nos quedamos allí un buen rato. Acabo por contarle la historia de mi nombre y algunas de mis aventuras en el Cuerpo de Escuderos. Él me escucha con admiración.

Cuando cae la noche, me acompaña a la recámara del recinto. Se trata de una antigua cocina que hace sus veces de dormitorio improvisado.

—Descansa, por hoy. Mañana, temprano, te enviaré un guía para que te muestre la isla. Por la tarde, tengo una reunión importante en la fortaleza con unos emisarios del extranjero. Asistirás como guardaespaldas.

—Cuente conmigo, señor. Buenas noches.

Tras despedirnos, el señor Aren sale de la recámara. Desde el lecho, oigo que sus pasos se alejan hasta que abandona el salón.

Mañana empezará el primer día de mi nueva vida. Mi objetivo: dar caza a los secuestradores de Hovgården y salvaguardar a mi protegido.

Cierro los ojos.

14
Nuevas amistades

Abrí los ojos.

—Hola, me preguntaba qué hacías.

—¡Aren! ¡Señor Aren!

Pablo se estremeció por mi berrido, pegó un salto y cayó de espaldas.

Mientras se precipitaba, intentó aferrarse a mí. No tuvo éxito, ya que la manta que me cubría se desprendió con él. Desesperado, se agarró a lo primero que encontró antes de estrellarse: se quedó trabado en la tela de una lámpara de pie. Sin embargo, el tejido era viejo y estaba apolillado, por lo que cedió por el peso. El cable que la conectaba a la corriente estaba enmarañado junto a la pata de una mesita, por lo que Pablo, lámpara y mesita terminaron en el suelo, con lo que se armó un gran alboroto.

Me quedé así, sin poder ver, esperando a que Pablo diese señales de vida.

—¿Quién es Aren? —quiso saber, amparado por la oscuridad. Mientras, trataba de deshacer el nudo de cables y levantar la lámpara.

—Alguien que conocí en una vida anterior, creo —respondí, ausente, y traté de fijarme en su silueta, que se arrastraba en la penumbra—. ¿Por qué te has acercado tanto a mí mientras estaba durmiendo?

Aunque apenas podía ubicarlo, noté que Pablo dejaba los cables a un lado y ponía cara de no entenderme.

—Me aburría y quería despertarte.

Me quedé mirándolo y me incorporé poco a poco. Pablo consiguió desasirse del cableado y se sentó con las piernas cruzadas. Palpé, con una mano, el respaldo del sofá donde había pasado la noche. Con la otra, lo invité a que se acomodara conmigo.

—Está bien, hablemos pues —propuse, y aparté el cojín—. No te quedes ahí tirado.

Él me obedeció, pero mantuvo una distancia de seguridad entre mi cuerpo y el suyo. No sabría decir si lo hizo por pudor o por miedo a recibir otro repaso. De haber traído su mochila de deporte, la habría puesto de por medio.

—¿Sigues teniendo visiones de tu pasado?

—¿Tú qué crees? Qué pregunta... Hace nada que he vuelto a fantasear con una vida anterior.

—¡Ajá! Vale, no hace falta que te enfades. ¿Qué has visto? Dímelo, si no te importa.

—No lo recuerdo muy bien. Nunca había tenido una visión tan larga y consistente. ¿Me creerías si te digo que estuve entre los vikingos? Me llamaban Bo.

—No puedo decir que me sorprenda. ¿Te refieres a Bo con «b» de bodrio, de boñiga...?

—En cualquier caso, quizás ha sido un sueño normal —ignoré su broma e hice como que dudaba, aunque en el fondo sabía que no era así.

—Sí, seguro. ¿Es la primera vez que tienes visiones desde que...? Ya me entiendes.

—¿Desde que me mataste en tu casa? A ti qué más te da.

Pablo se tocó el cabello. Luego, me miró furtivamente y se le escapó una sonrisa discreta. O eso es lo que creí, pues apenas podía percibir los detalles de su rostro, de tan oscuro que estaba.

Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, me alegraba de contar con él y su equipo. Por el otro, tenía claro que no iba a entregarme a ellos así como así. Me consternaba que el único en quien podía confiar fuera el asesino de mi novia... y el mío.

—Necesitas que te abracen —comentó Pablo, y se fue arrimando—. Déjame que te ayude.

Aunque había acertado en detectar mi angustia, no parecía consciente de que él era una de sus principales causas. Al principio, me dio rabia que se creyese con derecho a tocarme después de haberme mentido y manipulado, pero me dejé llevar.

Aunque yo era inmortal, Ailee ya me había demostrado que tenía la necesidad humana del amor y que era sensible a las muestras de afecto. Sin que pudiera prevenirlo, Pablo se me echó encima y cumplió su propósito con un buen apretón.

—¿Te ha gustado el abrazo? —me murmuró al oído.

—Esto no es un abrazo. Es una ofensiva.

Estuvimos cerca de un minuto en esa posición, a oscuras, hasta que la situación se volvió un tanto violenta y comenzamos a separarnos con lentitud.

—Dime la verdad, ¿por qué has venido a verme mientras dormía? —insistí.

—No te lo diré.

Se echó hacia atrás.

—No te lo has ganado —me desafió en tono coqueto. Acto seguido, incómodo por sus propias palabras, adoptó una postura profesional—. Está bien. Lo que quería decirte es que he estado pensando en la persona que hay detrás de todo esto. He preparado un plan para encontrarla.

—Di.

—Verás, como ya debes suponer, yo soy el único del equipo que ha hablado con tu enemigo, Alex. Con Ron y los demás nunca ha mantenido ningún contacto, puesto que seguían sus órdenes a través de mí. Aun así, tengo la certeza de que hay más gente que lo conoce.

—Ve al grano, ¿adónde quieres llegar?

—Opino que es muy probable que tú también lo hayas visto, o que haya alguna traza en tus visiones que nos lleve hasta él. ¿Se te ocurre algo?

—Aunque a veces me son útiles, mis visiones son confusas y dispersas por lo general —admití, con congoja—. Por ejemplo, aprendí a pelear gracias a una que tuve cuando estaba en peligro.

—¡Eso es! —Dio una palmada en el aire—. Tus recuerdos te ayudan. Tal vez haya alguno que nos sirva para ubicar a tu enemigo.

—Ya lo había pensado, pero creo que son aleatorios en parte. No he tenido contacto con ese tal Alex en la vida, en ninguna de ellas, y si lo he visto no me acuerdo o no lo he podido identificar —repliqué, y le di un pequeño empujón.

—Calma. Ya contaba con esa posibilidad. Pero ¡atención! Si de algo estoy seguro es de que no somos los únicos a los que se ha aproximado.

Con un gesto veloz, agarré a Pablo por el brazo. No sé si lo hice porque me irritaba su modo tan pausado y torpe de explicarse o por la tensión que había entre él y yo.

—¡Que te calmes! —exclamó, y se separó de mí—. No es gran cosa, pero, cuando empezaste a relacionarte con los Querubines por tu cuenta, se lo hice saber a Alex. Fue hace varias vidas tuyas, antes de lo de la zona controlada. Me llamó al móvil, como solía hacer. Tus maquinaciones le complacieron, siempre que no se te fuera la pinza, pero me puso una condición.

—¿Cuál?

—Me pidió por la tía Sofía, por lo que organicé una reunión para que se conociesen. Me sorprendió que quisiera verla en persona, pues conmigo nunca había tenido esa deferencia. Creo que quería tenerla atada en corto por si las cosas se complicaban, como terminó sucediendo.

Aquella revelación me ilusionó. Todavía estaría a tiempo de vengar a Ailee y de atrapar a mi enemigo. Quizás, desentrañaría la razón de mi inmortalidad. Si la tía Sofía había estado con Alex... ¿de qué hablarían? Y lo más importante, ¿sería capaz de llevarme hasta él?

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —consultó Pablo, pícaro.

—Tenemos que ir a por la tía Sofía. ¡Sí!

—¡Para el carro! No te puedes presentar en el barrio del Luto Sanguíneo sin más.

—¿Por qué no? Soy fuerte e inmortal.

—De todos modos, es peligroso. Además, en cuanto te vea, se escapará o hará alguna locura. Piensa que ella es nuestra última pista. Además, hay otro problema.

—Ilumíname.

—Resulta que no sabemos dónde puede estar. Todavía posee un territorio muy grande. Podría haberse escondido en cualquier parte.

Pablo estaba en lo cierto. No me preocupaba morir, aunque me arriesgara a volver a la amnesia, pero si la tía Sofía se esfumaba, o le pasaba algo, echaría a perder mi objetivo.

—Respecto a esto último, puede que haya una solución. No obstante, propongo que nos ciñamos al plan previo y vayamos a la que iba a ser tu nueva zona controlada —argumentó, y me cogió del brazo, pero con delicadeza—. Aprovecharemos para reunirnos con los líderes de los Desangelados y les pediremos ayuda. Como están enfrentados al Luto Sanguíneo, querrán colaborar.

Abrí la mano sobre la suya en señal afirmativo, y la dejé allí. Nos quedamos mirándonos por un buen rato, inmóviles, muy juntos.

—¡A desayunar! —nos avisó Ron, desde la entrada de la trastienda.

—No sé qué me pasa —dijo Pablo, y alzó la mano de repente—. Tengo que irme. Deberíamos ir tirando.

Algo cortados, cruzamos la habitación oscura con cuidado de no tropezar. Salimos detrás de Ron hasta el bar, donde Whisky y Vodka ya estaban comiendo. El uno, a pequeños mordiscos y masticando como un rumiante, el otro, deglutiendo con voracidad cual depredador. Nos sentamos con ellos y Ron nos sirvió dos bocadillos... que no tenían queso.

—¡A desayunar! ¡El mejor desayuno! —gritó, irreductible, para luego ir detrás de la barra y desaparecer en la cocina.

Hicimos honor a la proclama de Ron y comimos con gusto. Tenía mucha hambre. Apenas nos dirigimos la palabra entre bocados, más allá de los comentarios de cortesía como «¡qué bueno está!» o «¿has dormido bien?» que intercambiábamos Pablo, Whisky y yo. Vodka se limitaba a devorar su plato y a poner mala cara. Luego, se encendió un pitillo.

Mientras comía, me fijé en que la incisión que me había hecho Ron el día anterior había cicatrizado por completo. Antes de que terminara mi plato, regresó de la cocina y se nos unió.

—Tienes cara de sed. Tú lo que necesitas es una buena cerveza. —Trató de tentarme nada más volver—. ¿Quieres que te sirva un trago de esta cervecita que dices?

Con mucha educación le hice saber que no hacía falta que se molestase. Le recordé que el alcohol no me había sentado muy bien la noche antes. Él se

entristeció, pero me dio la razón.

Aproveché que estábamos juntos para contarles la idea de Pablo: pedir ayuda a los Desangelados para llegar a la tía Sofía.

—Ya lo habíamos comentado entre nosotros ayer, cuando te fuiste a dormir —expresó Vodka, mientras se arrancaba un trozo de lomo de entre los dientes—. A mí me da igual lo que hagáis.

Whisky se quedó callado y observó a sus compañeros, vacilante. Ron estaba rojo de furia.

—¡Ten respeto, Vodka!

Pablo se echó atrás y cerró los ojos, tal como había hecho Aren en mi recuerdo, saboreando la situación.

—Nos presentaremos con cordialidad ante los Desangelados, que seguro que nos recibirán con los brazos abiertos —acto seguido, se dirigió a mí—. Nos ayudarán a asaltar el barrio de la tía Sofía.

—Y luego, ¿qué? Has dicho que puede que huya si presiente que vamos a por ella —puntualicé.

Él sonrió y abrió los ojos.

—¿Qué es lo que recuerdas exactamente de tu vida anterior? De la última, vamos.

—De principio a fin, que yo sepa. Desde que me desperté hasta que morí.

—Entonces, puede que hayas anticipado el plan. —Me guiñó el ojo—. A ver, te acordarás de que perdiste tu teléfono móvil...

—Se lo quedó la tía Sofía. Me lo guardó porque tenía los pantalones rotos.

—Pues bien, ese móvil es en realidad un dispositivo de seguimiento ideado por nuestro querido manitas. Ilústranos, Whisky.

Él dio un paso, irresoluto, y habló sin levantar la vista.

—Es un dispositivo de rastreo con GPS que detecta y responde con autonomía a intentos de interferencia. Está camuflado en un teléfono móvil que no se puede desbloquear. Le di esta forma porque pensé que era la manera de que lo llevaras siempre encima, con la vana esperanza de recordar la contraseña en algún momento —soltó esto de carrerilla, muy nervioso, como si lo tuviera memorizado.

—Vaya. Gracias por la explicación, Whisky.

—De nada. —Se animó por mi cumplido—. ¿Necesitas saber algo más?

—¿Todavía funciona?

—Así es. Soy capaz de averiguar su posición desde cualquier terminal conectado a internet. Se ha movido mucho desde que empezó el conflicto entre las bandas. Lo que no puedo hacer es asegurarte que sea la tía Sofía quien lo lleva.

Tras decir esto último se ruborizó.

—Yo creo que sí, que lo tiene ella. —Pablo se metió en la conversación—. La

amenazaste, le diste dinero, rompiste vuestro trato e iniciaste una guerra interna en su territorio. No me cabe duda de que cree que el móvil es importante y que tratará de adivinar la contraseña y acceder a su contenido.

—Quizás quiera chantajearme con él.

—Es posible. Lo descubriremos después de conseguir el apoyo de los líderes de los Desangelados.

—Por cierto, ¿dónde está Vodka? —pregunté, al darme cuenta de que había desaparecido.

—Ha ido a la sala de ordenadores —me aclaró Ron, y se apoyó en el hombro de Whisky—. No pensarás que permito que estos críos trabajen en mi bar, ¿eh? Para que me lo llenen de cables y demás porquerías... bastante hago con dejarles el almacén, donde tengo el vino.

—Vodka se encargará de apoyarnos por radio y monitorizará nuestra posición en todo momento —agregó Pablo, y dio una palmada en el aire—. Deberíamos ponernos en marcha.

Ron le hizo entrega a Pablo de su mochila y él la cargó, alegre. Nos despedimos y se puso a ver el fútbol.

Tenía la sensación de que habíamos sido amigos, con Ron y los demás, durante un largo período. Después de lo que habíamos pasado juntos, y dado que me había brindado su ayuda, me fiaba más de Pablo. Aunque lo había amenazado y vapuleado, él también me tenía confianza e incluso un cariño especial.

Mientras pensaba en ello, paso a paso, retrocedimos hasta la salida del metro. Desde aquel punto, avanzamos hasta la calle donde habíamos visto a miembros de los Desangelados asando carne. No había rastro del pequeño grupo, pero la pila de cadáveres seguía allí.

—Esto está despejado —lamenté, con desazón.

—No tanto —rebatió Pablo, y me dedicó una sonrisa maliciosa—. Ven y sorpréndete.

Delante de él, cerca de los cadáveres, había una boca de acceso al alcantarillado que no tenía tapa. Junto al pozo, hallé una insignia dibujada. Se trataba del mismo emblema azulado con las alas de un ángel que había visto en el barrio de la tía Sofía y en el torso del pandillero Tronco, en el hospital, pero estaba emborronado. Con un retazo de tierra, alguien había añadido un triángulo afilado encima del símbolo original. Una de sus puntas estaba rota.

—Es el emblema de los Desangelados. Se fueron por aquí.

Descendimos por el agujero, que tenía una escalerilla. Una vez abajo, Pablo puso su mochila entre los dos y sacó una linterna. El alcantarillado estaba húmedo y apestaba, y no había nada que nos diese pistas sobre qué dirección seguir.

—Como somos colegas, te voy a enseñar mis trucos. —Levantó las cejas.

Volvió a dejar la mochila en el suelo y sacó una brújula y un micrófono de solapa con auriculares. Luego, se lo enganchó en un pliegue de su camisa de frutas. Siguió trasteando en el interior de la mochila hasta que se escuchó una voz débil y lejana al otro lado del aparato.

—Pablo... ¿Pablo? ¿Me oyes bien?

—Así es, Vodka. Estamos en las alcantarillas cercanas al bar, donde te expliqué anoche. ¿Me cantas la dirección correcta? ¿Norte o sur?

—El sur es territorio del Luto Sanguíneo, así que los Desangelados habrán ido hacia el norte.

Como solo había dos caminos posibles, a un lado y al otro, lo tuvimos fácil para seguir las indicaciones de Vodka. Anduvimos un buen rato a oscuras, persiguiendo la luz de la linterna, que, por seguridad, proyectábamos siempre todo lo lejos posible.

Pablo hablaba sin parar. Aunque quería dar a entender que lo hacía para animarme, mi impresión era que intentaba distraerse para no ponerse todavía más nervioso.

—...Y los Desangelados te adoran. Cuando te enfrentaste a la tía Sofía, diste rienda suelta a una rebelión que llevaban tiempo preparando. Se van a poner muy contentos al verte. También son feos y despiadados, así que os vais a llevar bien.

—Cierra el pico, o verás lo feo que es mi puño.

—Con esta oscuridad no creo que lo vea. Más bien dirás que lo notaré, ¿cierto?

—Lo que tú prefieras. ¿Nos falta mucho?

—Pues... nos queda mucho, ¿Vodka? —dudó Pablo, con la mano metida en la mochila y los labios pegados al micrófono.

Vodka no contestó.

—Esta es tu respuesta —concluyó, excitado—. Debemos estar acercándonos a su base, porque han inhibido la señal de radio.

Había dado en el clavo. Varias sombras alargadas y desafiantes planeaban delante de nosotros, más y más cerca, avivadas por la luz de la linterna. Pablo la apagó, se agachó y me indicó que guardara silencio.

—He escrito un poema nuevo. Se titula «Estómago del atún» —clamaba una de ellas, con gravedad, mientras se iban aproximando—. ¿Quieres escucharlo?

—La verdad es que no —respondió otra, muy aguda.

—Está bien, si insistes. —Tosió, y forzó un registro muy alto—: Dice así: «Pim, pam, pum. Crac. Cruc. Criquicraquicut. Caput. Pam, pam, put. Putputputputput. Cram, pam, crum. Pum. Crabum: es el estómago, el estómago del atún».

—Muy bueno.

—¿Qué ha sido eso? —interpeló en tono juguetón la más próxima—. He visto

una luz que se apagaba.

Las demás voces no respondieron, como tampoco lo hicimos Pablo ni yo. En lugar de eso, vinieron hasta nosotros a grandes zancadas y se nos abalanzaron con ferocidad.

Con razón se hacían llamar Desangelados; cuando estaban lo bastante cerca como para que los viéramos bien, el susto fue doble. Por un lado, por lo inesperado de su ataque. Por el otro, por el aspecto demacrado de sus rostros, enjutos y magullados, y por sus ropas de chándal descosidas.

Apenas tuvimos tiempo de reaccionar. Conseguí sortear al sujeto que iba a por mí, una mujer que tenía marcado a fuego, en la mejilla, el emblema de la banda. Pablo no fue tan ágil.

Le cayeron encima y lo inmovilizaron. Con todo, cuando me incorporé para ayudarlo y me acerqué a los Desangelados para arremeter contra ellos, se echaron a temblar. Soltaron a Pablo y retrocedieron.

—¿Se puede saber qué hacéis? —preguntó la voz aguda, lastimera.

De entre las sombras surgió una figura alta y fuerte, con una mandíbula grande que sobresalía por debajo de su boina, la cual ocultaba el resto de sus facciones. Lo recordaba: me había acercado a ese hombre durante la batalla verbal con la tía Sofía, cuando estuve en su barrio.

Esta vez él se aproximó a mí. Cuando estábamos a dos palmos de distancia, arrojó su boina. Reveló que sus ojos tiernos, que eran como los de un bebé, estaban empañados de lágrimas. Su llanto era tan intenso que las gotas empapaban también sus mejillas, sonrosadas, que resplandecían aun en la oscuridad de aquella mazmorra.

Era una abominación.

—Has vuelto —me dijo entre sollozos, juntando las manos, y se dirigió a los suyos—. Esta es la persona que nos liberó.

Los demás se reagruparon. Mientras, Pablo se levantó, se limpió los pantalones de mugre y se puso a murmurar para sí mismo.

—Os habéis dado cuenta, ¿eh? —apuntó entre dientes.

En cuanto a mí, su aspecto desfigurado me había dejado sin habla.

—Son de los Desangelados —me susurró al oído, al ver mi asombro—. No pongas esa cara, por lo que más quieras. Intenta parecer... no sé, conforme.

—Me llamo Caraniño, hijo de Tronco —se presentó el hombre, y me ofreció la mano, que la tenía sudorosa—. Estos son Datura, La Marca y Pescador de Colillas.

Los demás se echaron atrás, avergonzados. Ni rastro de la agresividad de antes.

—En realidad, me podéis llamar Pesca —puntualizó el más bajito, pero nadie le hizo caso.

—No hay tiempo para presentaciones —se metió Pablo, visiblemente irritado

por la escena—. Llevadnos ante vuestros líderes.

Caraniño miró a Pablo con sorpresa, como si acabara de notar que estaba allí.

—Me acuerdo de ti también. La tía Sofía te condenó a muerte. Eres El Asustadizo.

—No soy parte de vuestra tribu, así que no me vengas con motes tontos.

—Me llamo Pesca, he dicho —insistió el pequeño de los Desangelados—. Crecer y luchar en las calles me ha hecho la persona que soy.

Pablo se estaba hartando. Con displicencia, lo repasó de arriba abajo.

—Pues si te ha hecho la persona que eres, a lo mejor deberías plantearte cambiar de oficio.

Pesca se enfadó y desafió a Pablo, con los puños en alto.

—¿Buscas pelea? Porque la vas a tener.

Avisé al jefe del grupo para que lo detuviese, pero seguía llorando a lágrima viva.

—¡Parad los dos! —tuve que intervenir—. Imagino que sabéis lo que pasó en la última ocasión en que me interpuse entre Pablo y alguien que quería hacerle daño.

Pesca y Pablo se miraron con enojo y se dieron la espalda el uno al otro. Se quedaron así, quietos, sin dirigirse la palabra. Los demás cuchicheaban y me contemplaban con una mezcla de miedo y veneración.

Aproveché aquel momento de paz para conversar con Caraniño. Le insté a que dejara de llorar y le recalqué la importancia de que nos llevara al norte para presentarnos a los líderes de los Desangelados. Traté de persuadirlo. Puse énfasis en que ese encuentro sería esencial si querían vencer a sus rivales del Luto Sanguíneo. En cambio, fue mencionarlos y volvió a sollozar con más fuerza.

—No podemos ir al norte —explicó, entre lágrimas, mientras recogía su boina —. El Luto Sanguíneo ha atacado los barrios colindantes. Hemos hecho explotar las alcantarillas detrás de nosotros para que no nos sigan.

—Explotar, explotar... —se expresó el apodado Datura, con los ojos en blanco.

—Genial —se lamentó Pablo, con ironía—. Entonces solo nos queda volver por donde hemos venido. Regresemos rápido a Casa de Ron y ya trazaremos otra ruta.

De golpe, tuve una corazonada. No fue un recuerdo, sino una sensación cálida de connivencia con lo que sucedía a mi alrededor. Lo interpreté como una señal de que debía dejarme llevar por el instinto.

—Caraniño —lo llamé, y él levantó la mirada, muy atento—. Os vimos el otro día junto a esa pila de cadáveres que hay cerca de la entrada a la alcantarilla. ¿Para qué son esos cuerpos?

Él, que esperaba una gran revelación, no fue capaz de ocultar el desengaño debajo de la boina.

—Nada importante. Son miembros del Luto Sanguíneo a los que íbamos a colgar de las farolas, como trofeos de nuestra victoria más reciente...

—Yo soy Pes...

—...Pero podemos ir olvidándonos de esos trofeos —acabó, y le indicó con el dedo a Pesca que se callase—. Si esos malditos se acercan por el norte y por el sur, no podremos sacarlos de la zona. Seguro que se los llevarán para enterrarlos. Les harán una ceremonia de lo más hortera.

Eso era justo lo que quería oír. De alguna manera, la situación era como la que había vivido en mi recuerdo en la isla de los vikingos. Gracias a los detalles de aquella visión tan provechosa, se había abierto un nuevo camino hacia mi objetivo.

—¿Dónde se haría la sepultura?

—En el corazón de su territorio, supongo. Eran gente con dinero. No creo que los metan en cualquier lado.

—Tengo una idea. ¿Sabes qué? Ya quedaremos con vuestros líderes. Iremos tras la tía Sofía —les comuniqué a todos, y levanté los brazos—. Por favor, seguidme.

15
Tras las líneas enemigas

Abro los ojos.

Han pasado ya siete primaveras desde que me puse al servicio de Aren. Mi madre ha fallecido y la mayor de mis hermanas se ha embarcado hacia la guerra como escudera. La menor, que siempre había mostrado devoción por la vida familiar, se ha casado con el caudillo de la villa donde solíamos vivir.

Por lo visto, los ahorros que le di al marcharme para que cuidase de ellas no bastaron, así que, antes que dar pie a un conflicto abierto y obligarme a regresar, mi hermanita se ofreció a casarse con aquel hombre. Un enfrentamiento entre familias habría terminado con la buena convivencia en la villa. Me enteré de lo sucedido tiempo después. Al parecer, el caudillo siempre había estado interesado en ella.

La boda se celebró sin mi conocimiento. Cuando tuve noticia del suceso, ya estaban esperando al primer hijo.

No dudo de que ella, que había dependido de mi esfuerzo para sobrevivir desde que nuestro padre nos dejó, quiso liberarme de esa carga. Intuyo que, por esta razón, tomó la iniciativa y me mantuvo al margen.

Aunque le agradezco que se volviera fuerte como para tomar una decisión tan dura y me agrada su buena voluntad, no puedo sino admitir que, de haberlo sabido, habría intervenido para encontrar una alternativa al matrimonio forzado. Hubiese preferido que se casara por amor.

En cuanto a Birka, mi hogar actual, las rutas de comercio han traído algo más que telas y minerales preciosos. El emperador de los francos, Luis I el Piadoso, ha enviado a sus misioneros a expandir la fe católica con la complicidad de nuestro rey. Aunque el cristianismo ya lleva tiempo propagándose por las tierras del norte, nunca se había mencionado siquiera en mi villa natal, de tan

remota, por lo que al principio me fijo en estos predicadores y escribientes con desconfianza.

Mientras rondamos por la ensenada próxima al muelle, cercados por una capa delgada de niebla, una de las monjas misioneras se nos cruza de camino al mercado. En un primer momento se limita a saludarnos, pero, cuando ya está muy cerca, nuestras miradas entran en contacto. Ella levanta las cejas y abre la boca como para decirme algo. Aren orienta sus pasos hacia ella y después hacia mí, a la espera de que iniciemos una conversación.

Sin embargo, la misionera no me dirige la palabra. Dado que yo no tengo ningún interés en pararme a conocerla, pasamos de largo. No se decide a hablarme hasta que empezamos a alejarnos.

—¿Eres tú? —me pregunta, y viene corriendo. Tropieza con su túnica varias veces. Se detiene con hosquedad frente a nosotros y sonríe—. Hemos estado muy preocupados por ti. Desapareciste sin avisar. Pensé que habías muerto, pero me alegro de que te conserves tan bien. ¿Cómo has llegado a Birka?

La monja tiene dificultades para expresarse en nuestra lengua. Aren está confuso.

—Disculpe, señora, pero no la he visto en mi vida —aclaro, sin miramientos—. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Soy yo, Matilda. La monja Matilda, ahora. Nos conocimos hace años en la lejana y antigua localidad de Augsburgo, junto a la tumba de santa Afra. ¿No te acuerdas?

—Nunca he estado allí, señora. Se lo prometo. Me temo que a quien busca es a otra persona.

—Voy a avisar a los demás —sigue ella, como si yo no hubiera dicho nada—. Espérame, que ya vuelvo. Que estés bien es lo importante. Hablas el lenguaje norteño con fluidez. Te felicito.

Matilda tiene las facciones fuera de sí, con los músculos de la cara rígidos.

—Si lo hablo, es porque se trata de mi lengua nativa —explico, paciente, pues la mujer no está en sus cabales—. Se lo digo con total franqueza: se equivoca. Yo vivo aquí.

Ella pierde los estribos ante mi negativa constante y comienza a morderse las uñas.

—Hablo en serio, ¿cómo puede ser que no te acuerdes de mí? Soy Matilda. ¿Qué es lo que te han hecho para que me olvides? Han pasado bastantes años, pero aun así... dimos paseos y tuvimos

conversaciones interesantes a la orilla del río Lech. ¡Piensa!

—Querida Matilda —interviene Aren, al verla tan sulfurada—. La mar trastoca las mentes de los menos duchos a hacer largos viajes y la humedad destempla las ideas tanto como enfría los cuerpos. Estoy seguro de que confunde a mi guardaespalda con otra persona y que verá las cosas con más claridad cuando se haya sosegado.

—Pero… tiene su cara. Es que son iguales… tiene que serlo.

—Matilda —repite él, muy cortés—. Mire a su alrededor y se dará cuenta de que en medio de la bruma todos nos parecemos más de lo que querríamos.

—Disculpen las molestias. —Acaba, rendida, y reemprende su camino—. Estoy agotada y necesito reponerme.

—No hay nada que perdonar —responde Aren, y me invita a continuar la marcha—. Es un placer tenerla en la isla.

La monja se aleja dando tumbos y Aren y yo proseguimos por la ensenada.

—No son los cristianos los que me quieren secuestrar, así que relájate —comenta a menudo, ante mi mala predisposición hacia los misioneros.

Mi señor encuentra graciosa mi manera cautelosa de verlos y de relacionarme con ellos, aunque muchos de los nobles de la isla me consideran por esta razón una persona obtusa y pueblerina.

—Bo es un trozo de moco —murmuran los ricos comerciantes al pasar—. Es tan torpe que solo sirve para ensuciar las botas de su amo.

Su opinión no me importa, ya que soy feliz como guardaespalda. Mi familia ha encontrado su camino por sí sola, por lo que no tengo preocupaciones inmediatas más allá del bienestar de mi señor y mi propia supervivencia.

Con todo, salvo pequeños sustos puntuales, en estos años no me he hecho cargo de ningún incidente grave. En las visitas de Aren fuera de la isla, alguna que otra vez he tenido que encararme con comerciantes y emisarios de la ínsula rival, Hovgården, que querían comérselo a insultos, o incluso llegar a las manos. Por lo general, mi papel se limita a intimidar a richachones engreídos que discrepan por intrincadas cuestiones de gestión comercial.

Disfruto de una vida tranquila y alejada de los grandes conflictos. No hay indicios, en principio, de que esto vaya a

cambiar. Pero con la llegada del invierno recibo malas noticias.

—Me voy a la guerra, Bo —anuncia un día Aren, con seriedad, mientras supervisamos el mercado—. Quiero que ocupes mi lugar mientras estoy fuera.

Aunque intento excusarme, él no se queda satisfecho con mis pretextos.

—No sé si soy la elección idónea —argumento, con el ceño fruncido—. Mi especialidad es la lucha y no provengo de una linaje noble. ¿Por qué no pedírselo a uno de tus consejeros? Brenda estaría encantada.

—Tú me has acompañado a reuniones fuera y dentro de la isla, conoces a mis amigos y enemigos y me has visto administrar Birka durante años. Además, no tienes gente a tu cargo y nadie te podrá acusar de tomar partido en favor de ninguno de los clanes. No se me ocurre quién sería más capaz ni fiable.

—Pero...

—No dispongo de herederos. Para mí eres lo más parecido a una familia.

—Gracias, pero...

—Soy consciente de los sacrificios que has hecho por tu madre y tus hermanas. Si puedes hacer la mitad de eso por Birka, o solo una cuarta parte, estaré contento. Por favor.

Al final, acepto a regañadientes por la lealtad que le tengo. Tres días más tarde, se embarca rumbo a Britania.

Desde entonces, los mercaderes y los nobles ya no cuchichean al pasar. Me tratan, si bien desde una distancia profesional, también con una deferencia que es nueva para mí. Por mi parte, procuro relacionarme con ellos con corrección, aunque doy por hecho que me ponen verde a mis espaldas.

De un modo inesperado, mi correspondencia con los cristianos se ha corregido con mi nueva posición. A pesar de nuestras diferencias, me siento a gusto con ellos. Dado que no esperan nada de mí, son los únicos que me hablan con sinceridad.

Tanto ha mejorado nuestro entendimiento que, tras un segundo encuentro con Matilda, accedo a que redacten unas crónicas sobre los acontecimientos que sucedan durante mi regencia. Así, cuando Aren regrese, podrá saber al detalle cómo han ido las cosas.

—Además, con estas notas no me olvidarás de nuevo si nos

separamos —arguye Matilda, todavía en sus trece.

Aunque me incomoda la falsedad y la impostura entre mi propia gente, los negocios prosperan con una paz relativa. No obstante, un año después de la partida de Aren, un superviviente recién llegado de Britania me notifica lo que más temía: el señor de Birka ha muerto en combate.

—Traigo sus restos mortales en un baúl. Por favor, sírvase de comprobar que lo que digo es verdad.

—Si el señor Aren ha muerto, la isla es tuya, Bo —me presta su apoyo Brenda, devota consejera—. Es lo que él habría querido, por lo que mi marido y yo estaremos contigo. Es lo mejor para Birka.

Por mucho que me pese, coincido con ella. Dejar el pobladо en manos de alguna de las familias locales nos llevaría a un levantamiento. Durante décadas, Aren había sido capaz de actuar como un mediador imparcial y equilibrado en una corte de nobles avariciosos. Siempre había sido bueno y pacífico. En este sentido, dado que no tengo grandes posesiones ni intereses comerciales, soy la persona más indicada para sustituirle.

—Si aceptas el puesto, lo adecuado será que yo compruebe el cadáver —recomienda Brenda—. No sería apropiado que tú, que vas a tomar el lugar de Aren, certificases su muerte. Podrías dar una impresión equivocada.

Con mi beneplácito, la consejera atestigua que en el baúl se encuentra el cuerpo del señor de Birka. A los pocos días, me nombran líder en su lugar. Aun con todo, una parte de los nobles y comerciantes, animados desde Hovgården, no creen que mi autoridad sea legítima. Me perciben igual que antes: una persona débil y obtusa.

Sin embargo, el tiempo ha pasado y ha habido cambios en mí. He aprendido a manejar la lanza con destreza. Además, los misioneros francos me han enseñado a leer y a escribir. He asimilado estas habilidades con facilidad, como si las estuviera recordando, más que descubriéndolas por primera vez.

Esta reminiscencia me ha permitido asumir el papel, además de líder, de cronista de Birka, y he liberado de ese trabajo a Matilda y a los demás misioneros.

Aunque Aren no va a regresar, sigo apuntando los sucesos de mi gobierno. También escribo sobre el pasado, la época en que él estaba al frente de la isla. Lo hago, no solo para aprender de su

gestión, también para que las próximas generaciones recuerden quién fue mi señor y las virtudes que me transmitió.

En su nombre, me he entregado a la defensa de Birka a todo trance. Así, dada la situación de inestabilidad política, y siguiendo los consejos de Brenda, decido tomar las riendas del conflicto y actuar con contundencia: le declaro la guerra a la vecina Hovgården.

Con esta maniobra radical, tengo intención de matar dos pájaros de un tiro. En primer lugar, quiero cesar los ataques de los adversarios de Birka, que se han intensificado. A su vez, pretendo hacer una demostración de fuerza para consolidar mi posición. Cada paso que dé quedará documentado para que el rey de los vikingos no asuma que he actuado de un modo temerario.

Hago la declaración de guerra durante la ceremonia de la festividad otoñal. Al día siguiente, me reúno con las tropas para explicar el plan de asalto.

—Los nobles clanes de Eiríksdóttir, Triggvason y Gormsson desembarcarán los primeros y dirigirán la vanguardia del ataque, capitaneados por Olav Pies Cortos y las escuderas de Gunnhild. Los guerreros de Brenda reforzarán la retaguardia y los mercenarios cristianos irán con ellos. El gremio de comerciantes de Haakon Haraldsen se quedará atrás para guardar y abastecer Birka.

Cuando termino de dar las órdenes, los guerreros lanzan un grito de guerra feroz y comienzan a subir a los barcos. La misionera Matilda también se une al ejército, pese a mis intentos de disuadirla. Brenda está satisfecha.

—Bien pensado —me susurra al oído—. Aunque anhelo la batalla, admito que ha sido muy audaz enviar a los nobles que no te son afines a morir en primera línea.

—Deberías escuchar más a menudo a tu esposo, consejera mía, porque esta jugada tan sabia ha sido idea suya.

Brenda pone cara de circunstancias. Sin decir más, subimos al barco que nos corresponde. Me llevo la gran lanza de Aren, un arma gigantesca de origen desconocido, pero que se rumorea que la forjaron los legendarios hijos de Ivaldi. He dejado mi viejo escudo en la casa comunal; representa el pasado y no quiero aferrarme a él.

Ya es de noche cuando nos hacemos a la mar. Los guerreros ansían la violencia. Los presagios auguran que el ataque relámpago

será un éxito. Después de haber disfrutado de años de paz, y por la docilidad y prudencia que mostraba Aren durante su gobierno, el ejército de Hovgården no está preparado para un asalto directo.

—¿Qué vas a hacer con el señor de Hovgården si tomamos la isla? —me pregunta Brenda, cuando ya casi hemos llegado a la costa—. ¿Debería consultárselo también a mi esposo?

Me río con fuerza por la agudeza de mi consejera, pero, cuando le respondo, lo hago con seriedad.

—Como castigo por sus atrocidades, voy a ejecutarlo en público por el método del águila de sangre.

Algunos de los nobles de Birka presentes me miran indecisos y amedrentados como corderos.

—No voy a cuestionar tu criterio —aclara Brenda—. Pero sabes tan bien como yo que Aren habría mostrado piedad.

—No voy a permitir que aproveche la muerte de Aren para intensificar sus abusos —le respondo en alto, para que me escuchen bien todos—. Al regresar, enviaré los pergaminos que estoy redactando al rey de los vikingos, en el norte. Contienen los detalles de las injusticias de Hovgården. Referiré, también, los pormenores de nuestra ofensiva.

—Si es así, has elaborado una buena estrategia —admite Brenda, y se desplaza a mi lado—. ¿Puedo echar un vistazo a estos documentos?

—Cuando volvamos, serás la primera en leerlos. Se sabrá que hemos actuado con justicia. Para los dioses y para Aren, la alegría de los nuestros sofocará los chillidos agarrotados del señor de Hovgården cuando sufra su castigo.

Al finalizar mi discurso, la flota llega a la costa. Con orgullo, contemplo a las tropas tomar tierra. Levanto la lanza en alto para infundirles ánimo.

A mi manera. Así podré vengar a Aren y hacer mío su legado. Por escrito, para no olvidarlo.

Cierro los ojos.

Abrí los ojos.

Había vuelto a pasarme... y vi que era bueno.

Los recuerdos de mi pasado vikingo, de cuando me llamaban Bo, me habían resultado de lo más útiles. Si Bo no se hubiera escondido en una pila de cuerpos para llegar a la isla de Birka, no se me habría ocurrido poner en práctica aquella

solución. Por iniciativa propia, jamás de los jamases habría pensado en colarme entre los muertos del Luto Sanguíneo.

Concluí, pues, que esta visión reciente también me sería de gran valor, lo cual me animó... que buena falta me hacía, porque pasar por cadáver no había sido fácil.

Para añadir realismo a la treta, Vodka había sugerido que me muriese de veras con el objetivo de despertar cuando hubiera llegado a mi destino. Así, sería improbable que me detectasen. Sin esperar a que sopesara esta opción, Pablo me había empujado de cabeza por el agujero de la alcantarilla, ante la sorpresa de Caraniño y los demás. Después de aquello, había perdido el conocimiento.

Al levantarme, conservaba mis recuerdos. Me alegré. Había resucitado, por primera vez, fuera del hospital. Con todo, el olor a podredumbre era tan intenso que estuve cerca de morirme de nuevo.

Me encontraba en la parte trasera de una camioneta, sobre una pila de cadáveres. Apenas había empezado a incorporarme cuando el motor se detuvo. De la sacudida, me estrellé contra la pared del compartimento. Me sumergí entre los cuerpos tan veloz como pude. La compuerta se abrió y un hombre rechoncho saltó dentro.

El recién llegado comenzó a palparnos, a mí y a los cadáveres, y a mirarnos de cerca. Llevaba una camiseta roja con el emblema del Luto Sanguíneo.

—¿Estos muertos son para la ceremonia? —me gritó al oído, dirigiéndose a alguien que estaba fuera.

—No, son para incinerar —respondió una voz femenina—. Son... eran reclutas recientes, de buena familia. Tienen que desaparecer. La tía Sofía no quiere dramatizar tanto ahora que volvemos a consentir a miembros de clase baja.

—¡Vale!

Escuché que la mujer se alejaba después de dar la orden, pero el hombre siguió encima de mí, hurgando en los cadáveres, inspeccionando cada orificio. Se movía con tanta violencia que temía que me hiciera daño. Mi recelo era fundado ya que, de repente, dio un salto y aterrizó en mi dedo gordo del pie.

—¡Aaaay! —solté, incapaz de contener el dolor.

El hombre dio otro brinco, ahora hacia atrás, y clavó la espalda en una de las esquinas del compartimento. Estuvo unos segundos así, con cara de susto. Yo me lo miraba fijamente, esforzándome para no moverme ni un ápice. Era una situación de lo más penosa. Al cabo de un rato, se echó a reír.

—¿A quién se le ha ocurrido esta broma? ¡Excelente! —clamó entre carcajadas, y salió botando de la camioneta.

Cuando me cercioré de que se había ido, fui de puntillas detrás de él y me escondí entre unas cajas de madera. No quería que aquel hombre volviera y me descubriese, o peor: que me quemaran con los cadáveres. ¿Moriría para siempre si

calcinaban cada segmento de mi cuerpo?

—Así que te has despertado. Espero que no te hayan atrapado, todavía.

Era Pablo quien hablaba, pero no lo veía por ninguna parte. Sus palabras se materializaban directamente en mi oído.

—Este intercomunicador es de lo más práctico, ¿eh? Mejor que el mío, desde luego. También me marca dónde estás. Te indicaré lo que tienes que hacer.

—Pablo, me has vuelto a matar —protesté, en voz baja.

—Es cierto, pero ha sido por una buena causa. Además, por lo que veo no has perdido la memoria. Escucha, tienes que moverte.

—Maldito, tendremos una charla sobre esto. ¿Dónde estoy?

—En un polígono industrial de los suburbios. Creo que lo usan como enclave provisional, pues no hay inhibidores. Hemos tenido suerte, tu móvil parece estar cerca. Busca un hangar de color azul. Está más allá de la carretera.

Me asomé y oteé para localizar el edifico que decía Pablo. No tardé en encontrarlo.

En mi lado de la carretera había un almacén de un color rojo vivo, prefabricado, con una gran chimenea de hierro. Deduje que allí quemaban los cadáveres. Era tan grande que me tapaba la vista a este costado.

Más allá de la calzada estaba el hangar azul. Destacaba de entre los almacenes circundantes por su aspecto recién pintado, mientras que los otros estaban descoloridos y se veían más antiguos en general. Con convicción, abandoné mi escondite y me puse a caminar rápido hacia allí. Justo había empezado a cruzar el asfalto cuando una mujer me salió al paso.

—Disculpa, ¿puedo saber si te diriges a la nevera? —me cuestionó, en tono profesional.

La mujer no llevaba ningún elemento que la identificara como miembro del Luto Sanguíneo. Vestía de calle, sin uniforme. Ninguna de sus prendas era del color de la banda. Por esta razón, supuse que, si no hacía nada raro, yo también podría pasar como uno de ellos.

—¿Yo? Sí, ya lo creo. Voy a... a la nevera. ¿Lo ves?

—Estupendo. ¿Te importa cargar con estas túnicas? Vamos a incinerar unos cuerpos, así que ya no son necesarias.

—Por supuesto.

La mujer me dio un maletín y se marchó, sin hacer más preguntas, en dirección a la camioneta. Seguí caminando hacia el hangar.

—He estado bien, ¿eh, Pablo? No ha sospechado de mí —me pavoneé. Tardé unos segundos en recibir una respuesta.

—Tu amiguito se ha tenido que ir por una cuestión de urgencia. Soy Vodka. ¿Quieres que te dé un abrazo? Te sugiero que no digas chorradas y vayas al lugar

indicado.

Le hice caso y apresuré el ritmo. No me caía bien Vodka, pero me convenía seguir sus recomendaciones. Cuando llegué al edificio azul, empujé el portón metálico delantero y me metí dentro. Estaba oscuro.

—¿Qué hay...?

—Cierra la puerta, ¡corre! Que no te vean —me cortó.

El interior del hangar estaba muy frío. Había una corriente de aire fuerte que venía desde arriba. Tras pasarle el pestillo al portón, unas luces rojas se encendieron e iluminaron la sala. Observé mi alrededor.

Me encontraba en un congelador industrial gigante. Había columnas de hielo que iban desde la cubierta hasta el pavimento. Las estalactitas goteaban. Aquello debía ser la «nevera» que había dicho la mujer.

—Creo que has llegado a la nevera que ha dicho la mujer —me confirmó Vodka.

En el centro de la cámara, estirados, había varios cadáveres del Luto Sanguíneo, puestos en paralelo, que formaban una fila de lo más macabra. Alguien se había tomado la molestia de vestirlos con una túnica blanca de aspecto ceremonial, con su emblema, la vela roja, grabado en el pecho.

—La tía Sofía estará presente en el entierro de esos cuerpos. Usa la lógica. Aprovecha los recursos con los que cuentas. Sírvete de las circunstancias y de los accidentes fortuitos para encontrar una salida satisfactoria y creativa. No dejes escapar los detalles. Resuelve este puzle.

—Vodka, ¿qué es lo que estás insinuando?

—Quiero decir... en fin, qué torpe eres... abre el maletín de la mujer y ponte una de las túnicas para que se piensen que eres un fiambre más. Te llevarán hasta la tía Sofía.

Lo abrí, me quité la ropa y me vestí tal como había sugerido. Dejé el maletín en un rincón. Mi túnica era idéntica a la que llevaban aquellos muertos, así que cumplía el propósito de hacerme pasar por cadáver de la banda. La tela era muy delgada. Sobra decir que los demás cuerpos estaban ataviados del mismo modo, pero que, como es de esperar, ninguno se sentía incómodo por las bajas temperaturas.

—A propósito, tu móvil está ahí delante. Deberías tenerlo a la vista.

—Aquí... solo hay muertos —respondí, temblando de frío.

—Pues hay uno que lo tiene. Justo a tu izquierda.

Examiné el cadáver a mi lado. Era un hombre adulto que llevaba puesto un sombrero agujereado, bien amarrado a la cabeza. Hice de tripas corazón y lo palpé con minuciosidad. Aun así, su túnica no tenía bolsillos donde guardar nada.

—Vodka, que no has acertado.

—¿No me has oído? Tiene que estar ahí.

Lo volví a revisar de cabo a rabo. Por si las moscas, miré también debajo del sombrero. El móvil no aparecía por ningún lado. ¿Podría ser que...?

—Vodka. Creo... creo que el móvil está... dentro de él.

Escuché clics a través del auricular, como si estuviera consultando información en un ordenador.

—¿Qué fisonomía tiene el tipo? ¿Cómo es?

—Es gracioso, porque lleva un sombrero agujereado, ¿te dice algo este detalle? —Vodka me ignoró—. Veamos. Es moreno, con bigote, cara redonda...

—Era uno de los expertos en informática de la tía Sofía —me interrumpió, con aires de suficiencia—. Lo sé, porque estudié con él en la universidad. Era majo, pero poco avispado.

—Pues no fue capaz de desbloquear mi móvil... y ella se lo debió hacer tragar como recompensa.

—Me extrañaría —me contradijo Vodka—. La tía Sofía tiene fama de cruel, pero no de un modo tan gratuito. Tú sabes por experiencia que es pragmática. Algo grave habrá hecho el pobre diablo. Además, no cabe por la boca...

Sin previo aviso, la pared del lado opuesto a la puerta comenzó a deslizarse, como si fuera corredera. Se estaba abriendo. En un acto reflejo, salté por encima de los cadáveres que me rodeaban y me puse al principio de la fila. Esperé así, con los ojos cerrados, y fortalecí mi voluntad para no tiritar por el frío.

Dos individuos entraron en el hangar vociferando.

—...Y de tan borracho que iba, le dijo: «Qué guapa eres, chica». No reparó en que estaba hablando con el camarero. ¡Lo confundió con una mujer!

—¡Qué estúpido! Con lo fácil que es predecir si uno es hombre o mujer, aunque solo sea por cómo se expresa.

—Y que lo digas.

Noté cómo me agarraban por las piernas y los hombros para subirme a una camilla. Se me clavó un fragmento de madera cuando me dejaron caer sobre la tabla, lo que me recordó a los muelles de la cama del hospital. Apreté los dientes con fuerza.

—Este fiambre tiene cara de estreñimiento. ¿Sabes quién era?

—Cuando lo he visto, supe que era de tu familia.

—Imbécil.

—Será del grupo de pijos que se quedó atrapado en medio de los Desangelados.

—No lo creo, mira qué cicatrices tiene.

—Qué más da, anda. La tía ya hará las presentaciones durante la ceremonia.

Me sacaron de la nevera. Aunque tenía los ojos a cal y canto, pude notar cómo la intensidad de la luz iba subiendo.

Recorrimos una galería que filtraba los rayos del sol y les restaba potencia, por lo que supuse que me encontraba en una especie de carpa alargada. Al pasarla, me deslumbró la luz del día, que era tan penetrante que superó la membrana de mis párpados, todavía cerrados.

Me sacaron de la camilla y me pusieron una manta suave por debajo. En la distancia, escuché una voz que ya conocía.

—Hemos perdido amigos y hermanos en esta guerra —explicaba la tía Sofía, en un tono trágico—. Pero nos hemos vuelto a alzar, renovados.

Era ella.

—Daremos a los traidores un destino sanguíneo —sentenció, todavía más solemne—. Ahora bien, primero nos toca el luto.

Al dejarme caer sobre la manta, la cabeza me había quedado de lado, así que aproveché la nueva perspectiva para entreabrir un ojo y hacerme una idea de la escena. La tía Sofía me aguardaba de pie, junto a una gran fogata coronada por un estandarte del Luto Sanguíneo, rodeada por una muchedumbre vestida de rojo.

—Algunos pusilánimes, de corazón frágil, proclaman que la ruptura de los Querubines es el resultado de mi impotencia. No los culpo, pues la diferencia entre un sacrificio y la debilidad no siempre está clara. Sin embargo, yo sí que la conozco. De habernos mantenido unidos a esos bastardos, su ineptitud se habría cobrado más vidas a la larga.

Noté que cogían la manta donde me apoyaba, que era de un rojo carmesí, por los dos extremos. Me llevaron ante ella. La gente estaba expectante. Algunos, lloraban. Cuando me acomodaron frente a la tía Sofía, sentí el calor de la hoguera en un costado.

—He aquí otra víctima de la violencia que han provocado los Desangelados con su motín. —Me levantó el brazo para que el público lo viera—. ¡Cuántas cicatrices tiene! Seguro que luchó con uñas y dientes por nuestra causa común. Fijaos en cómo mantiene la entereza, incluso después de la muerte. ¡Qué semblante tan bello y valiente! Casi parece que siga con vida. ¡Mirad! ¿Mirad...? Mi...

Se calló de repente. Me había reconocido.

Me alcé como un rayo y la multitud soltó un «¡oh!» sonoro. Algunos se desmayaron por la sorpresa; otros, salieron por patas. Los más osados sacaron cuchillos, pero no se atrevieron a acercarse. Muchos de ellos debían saber quién era yo, pues había caras que me sonaban. Hacia el fondo, entreví a un niño rapado que se abría paso a escupitajos. La tía Sofía se dejó caer, abatida.

—Has ganado. El Luto Sanguíneo es tuyo. Haz lo que quieras conmigo —anticipó, resignada—. Aceptaré cualquier escarmiento.

—Pagarás por tus atrocidades.

Me vino a la mente la visión de cuando me llamaban Bo: iba con la lanza en

alto, espoleando a las tropas, navegando hacia Hovgården. Recordé a Brenda, mi consejera, y el castigo que yo había preparado para el señor de la isla vecina. Lo que vendría en adelante sería inconcebible, pero, gracias a mis reminiscencias, decidí cómo iba a lidiar con la tía Sofía.

16
A mi manera

—Sí, quiero.

Me besó. La multitud estalló en aplausos y gritos de júbilo.

La boda entre Sofía y yo transcurrió sin complicaciones, en un ambiente festivo. Jefes y miembros destacados del Luto Sanguíneo y de los Desangelados ocuparon la primera fila. Pablo se había prestado a hacer de padrino, tras mucho insistirle.

—Gajes del destino —se lamentó, resignado—. Supongo que no tengo elección.

Mi pasado en las tierras de los vikingos había sido clave. Al seguir el ejemplo de la hermana más pequeña de Bo, que se había casado con el caudillo de su villa para evitar un conflicto mayor, había traído la paz entre las dos bandas y me había ganado su lealtad. Aquel matrimonio de conveniencia me había evitado tener que enfrentarme al Luto Sanguíneo. En adelante, ellos y los Desangelados volverían a estar unidos.

Ron había propuesto celebrar la boda en su bar, pues así podía ver el fútbol, pero Vodka se había negado en redondo porque «hay aparatos delicados por allí», así que se conformó con elegir el 'catering'. Pablo se puso una camisa blanca para la ocasión, pero lo compensó atiborrándose y manchándola de fruta durante el convite.

Después de debatirlo con mi futura esposa, nos habíamos decidido a organizar la ceremonia en territorio neutral. Nos decantamos por una vieja iglesia de corte gótico que, de tan poco iluminada, parecía una cueva. La opacidad de las vidrieras, muy deslucidas por el polvo acumulado, las convertía en una mera extensión de la pared, que era de piedra. Así, nos casamos a la luz de las velas, bajo la atenta mirada de los mandamases de las dos bandas.

—Nunca hubiese imaginado esto —me comentó ella al oído, después del beso.

—Lo sé —contesté, y proclamé en voz alta—. Sofía, recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad.

Para firmar el compromiso, como era costumbre en la banda, nos pusimos un anillo de plata en el dedo anular. Aunque no habíamos elegido todavía un nombre,

pronto se nos conocería como Hermandad Plateada en honor a esta unión, tras lo cual el Luto Sanguíneo y los Desangelados caerían en el olvido.

—Vamos a reunirnos con los invitados —tomó la delantera Sofía después de la ceremonia, entusiasmada.

La nueva tía Sofía estaba radiante. El lunar oscuro de su barbilla, que antaño me había sorprendido por su extraña simetría, era ahora mi aliado. Su cabello, de un negro profundo, que solía tenerlo recogido, caía por su tez con una cierta ondulación, con una sinuosidad tentadora que, al mismo tiempo, le disimulaba parte de la cicatriz, que ya no era fea, y la convertía en interesante. Su expresión cínica e impúdica se había trocado por un ademán irónico y simpático. A mis ojos, su narcisismo y angustia existencial se embellecían y tomaban la forma de una actitud atrevida e irreverente, juguetona y vanidosa en el buen sentido.

Su piel, aunque tan pálida como su vestimenta de gala, se distinguía levemente por la particularidad de su textura. Mientras que la una cubría su cuerpo con finura y liviandad, sobre todo en el rostro, como dejándose caer encima de él, la otra se ajustaba con firmeza y era estrecha por la cintura, abriéndose con suavidad a la altura de las caderas.

Tenía un corte transversal en la falda que le dejaba a la vista parte de la rodilla, como una llamada de socorro de su espíritu salvaje, atrapado, que intentaba escapar por aquella hendidura.

A lo mejor fue el vestido de boda que, deseando ser como su piel hasta en los detalles, había decidido imitarlo con una suerte de cicatriz. O quizás, solo quizás, se lo había desgajado yo cuando nos liamos en el confesionario. En cualquier caso, Sofía había cambiado para mí.

—Aquí está Pablo. Creo que ya os conocéis.

—¡Hola, tía Sofía! —nos saludó a grandes voces, muy animado, con un platito de melón en la mano—. ¡Felicidades! Me alegro sobremanera.

—Buenas —le correspondió ella, con una sonrisa tan impostada que me recordó a cierta doctora—. Espero que no me guardes resentimiento...

—Sin rencores, ¡por supuesto! Es agua pasada. Es decir, que no pasa nada por estar a punto de dispararme... aunque me sentó como un tiro, ¿comprendes? Estoy feliz, por fin tenemos algo que celebrar.

—Dejaré que os pongáis al día —acabó ella, ignorándolo. Saludó a alguien que estaba detrás de mí y me besó en la mejilla—. Ahora vuelvo, cielo.

—Vale —accedí, y me quedé a solas con Pablo.

—¿Habías besado ya a la tía Sofía? —me preguntó, cuando ella ya se había ido.

—¿Crees que está bien hacerlo antes del compromiso?

Pablo afirmó con la cabeza, muy convencido, y me dedicó un gesto con las manos como si estuviera manejando un volante.

—Pues claro. No puedes comprar un coche sin verlo antes por dentro y darte una vuelta con él por ahí.

—Si Sofía fuera un coche, podría decirse que asaltar su discoteca, trabajar con ella para establecer una zona controlada, olvidarla, organizar una rebelión y darla por muerta ha sido como verla por dentro y conducirla.

—No te equivoques. Una riña es como llevar el vehículo al mecánico —me aclaró, con una sonrisa pícara—. Para saber si te gusta, tienes que sentarte, probar las marchas, ir a fondo..., tú ya me entiendes.

—Estás enfermo. Anda y acuéstate con un coche, a ver si te calmas.

—De todas formas, me alegro por ti. Te lo mereces.

—¿A qué viene tanto regodeo? No pensé que estarías así de alegre, con lo que me costó que aceptaras ser el padrino.

—No lo pillo. ¿Es que te sorprende que esté contento por ti?

—Pues sí. Esperaba que me metieras prisa para que le sonsacara a Sofía... es decir, a la tía Sofía, la información sobre Alex.

Pablo se aclaró la garganta.

—Ya llegará el momento. Lo importante en la vida es aprovecharla bien y encontrar la felicidad. No es que a ti te falten años para eso, al ser inmortal. Incluso así, una celebración como esta es motivo de regocijo.

—Aunque no me importa tu rollo, veo que tú sigues hablando —le solté, en tono de broma, y él se sonrojó—. Tengo la sensación de que te escondes de mí.

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Creo que te pasa algo.

—Ya estoy de vuelta —se incorporó Sofía, como salida de la nada, y me dio otro beso. Él miró al suelo—. Espero que hayas podido echar una parrafada con tu amigo, porque hay más gente con la que quiero que hablemos.

Enfatizó la palabra «amigo», como si quisiera resaltar que no podía haber nada entre Pablo y yo.

—De todos modos, me toca irme —anunció él. Nos dejó de pronto, sin volverse.

Aunque la boda ponía las cosas en una nueva perspectiva, y Sofía ahora era de los nuestros, Pablo actuaba frente a ella de un modo extraño. Cuando se alejó y se fue a charlar con Vodka, aduje que se marchaba para evitar la tensión.

Apostaría a que no había perdonado que, en el pasado, Sofía lo apuntase con un revólver. A lo mejor le molestaba que hubiese tomado la decisión de casarme con ella sin consultárselo antes.

—Te comportas más como eres en realidad cuando estás con Pablo que conmigo —me comentó Sofía, regañándome, pero con voz cariñosa—. Espero que lo resolvamos cuando llevemos un tiempo en pareja.

—Debe estar muy complacido por nuestra boda, ¿no crees? Nos ha felicitado con más brío que nadie —repliqué, para darle la vuelta a la conversación.

—Dirás que soy una malpensada, pero creo que se intenta convencer a sí mismo de que está feliz para protegerse de la envidia que le corroe, para no sentir tantos celos. Le gustas.

Era eso, o que Sofía le caía mal. La mayoría de los asistentes de los Desangelados, en cambio, parecían haber limado sus asperezas y se estaban deleitando con la fiesta. Mi esposa me propuso acercarnos a saludar a Caraniño, que estaba charlando con una chica muy bien vestida.

—¿Es cierto que en los Desangelados usáis motes? ¿Como Pies Grandes, o así? —le preguntó ella, entre carcajadas.

—Sí, claro. Tú puedes llamarme Cariño —formuló él, sugerente, y los dos se rieron como tontos.

—¿Cómo vas a llamarme tú? —siguió ella, pero Caraniño tenía la vista clavada en Sofía y no le hizo caso.

—Es un placer estar presente. Felicidades por la boda —dijo rápidamente, poniéndose de perfil, y ladeó la boina para no mostrar sus mejillas, más sonrosadas que de costumbre por el alcohol.

—Te he invitado porque somos socios —reconoció Sofía, con naturalidad—. Que sepas que no te echaré de la banda ni emprenderé ninguna acción contra ti.

—Muchas gracias. —Caraniño le hizo una reverencia pomposa—. Y yo me ofreceré a servirte, si es necesario, aunque no haya confianza entre nosotros.

—Ahora bien... —siguió ella, como si no lo hubiera oído, o como si le importara un bledo su ofrecimiento—, nunca te perdonaré que me agarraras como lo hiciste aquel día. Cuando termine la ceremonia, si te veo, te ignoraré. Si me hablas, no te voy a contestar.

—Lo veo justo. Yo tampoco tomaré represalias contra ti por haber mandado a mi padre al hospital —zanjó él, sin inmutarse.

Caraniño no daba la impresión de estar muy preocupado por las ínfulas de mi esposa. Tan tranquilo, se dio la vuelta y volvió a entablar conversación con la chica de antes.

—¿Qué es lo que te decía? —le cuestionó, y levantó las cejas, insinuante.

Pero ella, que vestía los colores del Luto Sanguíneo y debía estar vinculada con Sofía, se marchó sin decir una palabra. Lo dejó con la boca abierta.

—Yo me voy también —se despidió Sofía con malicia, y me estiró el brazo—. Pásalo bien en la fiesta, Cariño.

Seguimos paseando por el jardín de la iglesia durante un buen rato, saludando a compañeros y desconocidos por igual.

—¿A qué se refería con que mandaste a su padre al hospital? Me parece que has

sido cruel.

—Para nada, él también me ha tomado el pelo varias veces. Además, fuiste tú quien enviaste a su padre, Tronco, al hospital de por vida. Fue hace cinco años, cuando irrumpiste en mi discoteca con tu lanza. No te acuerdas porque fue uno de tantos.

En el jardín de la iglesia, los miembros del Luto Sanguíneo y los Desangelados eran fáciles de distinguir por su porte y vestimenta, como si fueran los jugadores enfrentados de dos equipos de fútbol. Me sentía como un balón que pasaba de uno a otro, o como un trofeo que Sofía mostraba orgullosa. Supuse que Ron, que, por lo que había visto en el bar, era un gran aficionado de este deporte, estaría disfrutando como un niño.

El césped del campo olía a recién cortado. El estanque central del jardín, cercado por una empalizada de piedras octogonales, era el palco desde donde nos observaba una afición de peces de colores. El camino de baldosas que salía de la iglesia, que estaba contorneado por varias hileras de flores rosadas, marcaba los límites del terreno de juego. Las enredaderas que brotaban de las pérgolas terminaban en macetas colgantes plateadas y el viento las hacía ondear. Así, los destellos de la luz del sol que se reflejaba en ellas eran como 'flashes' de cámaras fotográficas.

Sentía que era el centro de atención, la gran estrella, y Sofía me exhibía con altivez. Hasta Vodka se interesó en hablar conmigo... y casi pensé que iba a pedirme un autógrafo.

—Es una boda bonita —musitó de un modo efusivo cuando nos cruzamos. Olía a tabaco—. Qué pena que tú estés en ella.

—¿Has visto a Whisky? —quise saber. Se molestó porque le obligué a detenerse.

—Allí, en esa esquina —respondió, y se alejó a grandes pasos para reunirse con Ron y Pablo.

Whisky estaba debajo de una de las pérgolas. No tenía otra compañía que la copa que llevaba en la mano. Asía el vaso muy arriba, casi a la altura del pecho, como si tuviera la intención de resguardarse detrás de él.

Si aquello fuera un partido de fútbol, sería el delantero perfecto: totalmente desmarcado y listo para recibir el balón. Sofía debió leerme la mente porque, en cuanto lo vio, me instó a ir a hablarle.

—Tu amigo es muy tímido —comentó, mientras nos acercábamos—. Me dan ganas de regalarle un peluche.

—Hola, Whisky, espero que estés bien. ¿Qué es esto que estás bebiendo?

—Whisky —indicó, muy serio, con la vista fijada en el suelo.

—Ya, lo entiendo. Quiero que conozcas a Sofía, mi esposa.

—Encantada de hablar contigo —se presentó ella con una amplia sonrisa, de lo más sincera. Por alguna razón, parecía que le caía en gracia—. Y bien, ¿cuál es tu historia?

Aquella era la pregunta más difícil que le podría haber hecho.

—Encantado. Bien, muy bonito —farfulló él, distraído, sin atreverse a mirarla a los ojos. De repente, volvió a la realidad y puso cara de problemas—. ¡Felicidades por la boda!

—Gracias —prosiguió ella, alborozada—. No te he visto durante la ceremonia, ¿en qué fila te has sentado?

—He llegado tarde —explicó, y daba señales de que iba a explotar de un momento a otro—. Lo siento... los demás se olvidaron de avisarme.

—Pues qué malos son. Ven conmigo, te enseñaré la iglesia por dentro, que es preciosa —sentenció ella, y lanzó una mirada asesina al grupo de Ron, Pablo y Vodka.

Estaba molesta de veras. Whisky no sabía dónde meterse.

—Espera, ¿y yo qué hago? Que ya la he visto —le pregunté a mi esposa, y le saqué la lengua.

—Tú puedes ir con tus amigos y recordarles que son bastante idiotas.

Dicho esto, se encaminó con Whisky al interior de la iglesia. Encontraba curioso que Sofía, que debía ser la más despiadada del lugar, estrella de primera división de la crueldad, campeona de la liga de la violencia, sintiera empatía y afecto por el tímido Whisky.

No veía mal que pasaran tiempo juntos; con suerte, se equilibrarían entre sí.

Por mi parte, le hice caso y me reuní con Pablo y los demás. Al cabo de un rato, Sofía y Whisky se acoplaron a nosotros, entre risas.

La fiesta se alargó hasta altas horas de la madrugada, pero mi esposa y yo no nos quedamos hasta el cierre. Antes de medianoche, nos fuimos a descansar. Nos podía el agotamiento, y sabíamos que las jornadas que vendrían después serían igualmente intensas.

Al día siguiente, tuvimos una recepción con los líderes de ambas bandas para organizar el desenlace de la guerra interna. Sofía no ostentaría el poder por sí sola; yo garantizaría que las demandas de los más desfavorecidos de la ciudad se tuvieran en consideración.

Me había ganado aquella posición, en parte, por mi fiereza y perseverancia, cosa que los Desangelados respetaban. Los colegas de Sofía del Luto Sanguíneo, en cambio, aunque no valoraban tan bien mis métodos, me tenían en alta estima por perdonarle la vida a su jefa y casarme con ella según las tradiciones.

Caraniño estuvo presente en las asambleas y fue una figura clave en la negociación. Me favoreció en cada etapa. «No se me ocurre nadie más capaz», les

decía a sus compañeros, con lágrimas en los ojos. Pablo también testificó en mi favor, aunque de manera más comedida: «Ya visteis cómo me salvó de la muerte a manos de la tía Sofía. Es buena persona y no le es del todo leal; un poquito sí, tal vez, pero no del todo. Por favor, borra eso. Lo que quiero decir es que piensa por su cuenta...». Sofía, que estaba a mi lado, tosió muy fuerte al escuchar esto último, pero no llegó a intervenir.

Como resultado de muchas reuniones, los Desangelados accedieron a que lideráse mos la banda codo con codo, con la condición de que yo tendría siempre la palabra final. La Hermandad Plateada nació poco después. Sofía aceptó contrariada, pero disimuló bien su disconformidad.

Enseguida fui consciente de que gestionar los barrios de la ciudad y sus chanchullos era casi como gobernar un país. Mi flamante esposa me enseñó, durante los meses posteriores, los entresijos maquiavélicos de la corte.

Ya no me asaltaban los recuerdos de mi pasado ni tuve más ocasiones para poner a prueba mi inmortalidad, por lo que, a todas luces, me había vuelto normal.

—Eres normal, pero con poder —me sermoneaba Sofía—. Así que será mejor que juegues con él o vendrán a quitártelo.

Lo primero que hice fue promulgar un edicto para proteger a los niños. En adelante, ningún menor de edad sería reclutado para luchar por los barrios. Esta iniciativa gustó a nuestros contactos dentro del cuerpo policial, con los que negocié la remodelación y protección de las zonas más castigadas por la guerra. A cambio, mantendrían el trato a favor respecto a las demás bandas.

Hablar con los policías, aun con brevedad, me hizo acordarme de Ailee. No podía evitar preguntarme si ella aprobaría el camino que había seguido. Había pasado tanto desde su muerte... pero era tarde para echarse atrás. Aquella sería solo la primera de muchas decisiones que tomaría en el seno de la Hermandad Plateada.

Aunque los Desangelados y el Luto Sanguíneo ya no existían, había otras bandas en la ciudad que no nos daban tregua. Sofía y yo no estábamos siempre de acuerdo en cómo tratar con ellas.

Si teníamos que asaltar un barrio hostil y estaba lejos de nuestro territorio, yo proponía abastecernos bien de antemano, mientras que ella apostaba por avanzar y saquear a los disidentes sobre la marcha.

Cuando los vencíamos, yo les ofrecía la posibilidad de unirse a la Hermandad Plateada, pero ella optaba por darles un castigo ejemplar. Si había que obtener información, yo contrataba espías; ella, asesinos. Lo que se podía solucionar con un juicio, ella lo arreglaba con un duelo a muerte.

Una vez, ordenó envenenar el suministro de agua de una banda rival sin mi consentimiento. En consecuencia, algunos agentes que yo había enviado cayeron enfermos. En otra ocasión, atacó un barrio durante la fiesta mayor, cuando yo

había proclamado una tregua por ser una fecha especial.

Si identificábamos a un traidor de otra banda, yo proponía una sanción; ella, al contrario, lo enviaba de vuelta como agente doble. Sofía quería dominar el mayor territorio posible, mientras que yo prefería avanzar a pequeños pasos pero seguros.

Era irritante. Sin embargo, aunque a menudo nuestras ideas no coincidían, nuestra forma de pensar, que era radicalmente opuesta, hacía que las decisiones conjuntas fueran más o menos razonables. Si bien yo tenía la última palabra, buscábamos el consenso siempre que podíamos.

Discutíamos con frecuencia.

—No entiendo por qué has puesto a Pablo a cargo de esta zona. Tan solo es un asociado —se lamentó mi esposa en una ocasión, señalando un mapa sobre la mesa.

—¿Cerca del hospital Central House? Es un territorio que conoce mejor que nadie. Además, es un asociado peculiar. No puedo ponerlo a limpiar habitaciones.

—Ya, te entiendo, pero... ¿es fiable?

—A Pablo le confiaría la vida. Si pudiera morir, claro está.

Con el paso de los meses, le había ido contando mis secretos a Sofía. Era consciente de mi inmortalidad y de mis aventuras más recientes.

Esta revelación, aunque me había acercado a ella y se sentía más cómoda conmigo, también había hecho que me perdiese algo de respeto. Desde que sabía mi historia ya no me veía tan imponente, como si desvelar mis misterios y ser tan accesible me hiciese perder, a sus ojos, atractivo y fuerza.

La tía Sofía me había llegado a tener miedo; Sofía, ya no. La llama de la pasión y la violencia que hubo entre ella y yo se había ido apagando, de manera paulatina, por el goteo constante del confort y la complicidad.

Aun así, no conseguía que me dijera nada del tal Alex, mi enemigo secreto. Le iba soltando indirectas y preguntas con trampa, pero ella nunca mordía el anzuelo. Temía que, si se lo interpelaba con demasiado ahínco, me acusaría de no quererla y de casarme con ella solo para investigarla. Y bueno, en parte sería verdad... en un principio.

Lo cierto era que a esas alturas era feliz a su lado, por lo que no quería estropear las cosas. Había alcanzado una especie de estabilidad. Las cuestiones del pasado y mi inmortalidad me interesaban menos que nunca. Con todo, aunque por lo general ya no les daba muchas vueltas, me inquietaba que se negase a soltar prenda.

—Sofía mía —empecé, cuando ya no podía más con sus evasivas—. La persona que quería matarme... ¿qué sabes de ella?

—Lo que tú me has contado, cielo.

—¿El nombre Alex te dice algo?

—No, lo siento. Lo mejor será que dejes de pensar en ello.

Con el tiempo, descubrí que ella también tenía intereses ocultos. Más de una

vez me había interpelado sobre el dinero que le había ofrecido, antaño, a cambio de su protección. Tenía mucho interés en saber de dónde lo había sacado.

—Sería muy útil para la banda descubrir cómo conseguiste aquella fortuna. Quizás en tu vida anterior dirigiste una multinacional o te dedicaste a la política en un país lejano.

—Sofía mía, ya te he dicho muchas veces que no lo recuerdo. Lo mejor será que dejes de pensar en ello.

Tenía la sensación de que nuestro matrimonio se mantenía en orden porque, antes que una pareja al uso, éramos partícipes de una empresa conjunta. Aunque en el fondo no nos amábamos, nos unía la amistad y un objetivo común. Nuestra relación era, en gran medida, profesional.

Cuando compartíamos secretos, lo hacíamos siempre a cambio de alguna concesión: hazme caso en esto y te contaré lo otro, no molestes a Caraniño y te explicaré cómo llegué a tu barrio, te diré dónde metí tu móvil si dejas que me vea con Whisky... y así todos los días. No obstante, el límite para ella era mi enemigo, Alex, del que se negaba a darme datos.

Mi límite era el origen del dinero para la zona controlada. Aunque intuía que lo había obtenido de fuentes ilícitas, y que tal vez había matado a cierta adolescente en el proceso, tren mediante, ni lo tenía claro ni quería profundizar en ello. Mis recuerdos al respecto habían sido muy vagos. No podía culpabilizarme por los crímenes que hubiese cometido en las vidas anteriores.

La situación cambió de golpe un día, cuando estaba a punto de dejar nuestro despacho. Aquel recinto era como el salón del trono de nuestro reino, pues allí recibíamos a suplicantes de cualquier punto de la ciudad. Pablo entró como una bala.

—¿Estás con alguien? —curioseó, acelerado, mientras cerraba la puerta tras de sí.

—No. Sofía se ha marchado para reunirse con las bandas de otro país. Yo creo que simplemente se aburría, tanto tiempo encerrada...

—Tenemos que hablar.

—...Lleva unos meses fuera. Regresará dentro de una semana o dos.

—¡Lo sé! Quiero contarte algo.

—¿Qué ocurre? —pregunté, y le indiqué que se sentara.

Su nerviosismo era exasperante. Él se quedó de pie y apoyó las manos en el escritorio, delante de mí.

—Te he vuelto a mentir. La tía Sofía no te va a hablar de Alex. Le gusta hacerte creer que lo hará, pero jamás te dirá quién es. No puede ayudarte.

Tendría que haberlo previsto. Qué estupidez haber confiado en él, después de tantas traiciones, una detrás de otra. Qué rabia. Le agarré los brazos y tiré de ellos

hasta dejarlo tendido sobre la mesa.

—¡Pero yo sí! ¡Yo sí que puedo! —añadió con un quejido, y se deslizó hacia atrás para poner tierra de por medio—. Te llevaré hasta tu enemigo.

—Eso ya me lo dijiste en la estación... ¿Por qué? ¡¿Por qué me has mentido?!

Me puse de pie y lo señalé con el índice. Quería atravesarlo con el dedo.

—Escucha —comenzó a justificarse, y se le atragantaban las palabras—. Vi una oportunidad para hacer mi trabajo y me lancé. Deduje que liquidarías a la tía Sofía de buenas a primeras...

—¡Vaya con el asesino! A lo mejor querías tenerme en una zona controlada, ocupando su lugar. Pues fallaste.

—He tenido éxito. No sé si te has enterado, pero ya estás en una zona controlada, y tan feliz —replicó, muy seco—. Conté con que, si fracasabas en el intento, en el peor de los casos te mataría ella a ti, quizás varias veces, y perderías la memoria tarde o temprano... aunque no esperaba que os casaseis.

—¡Tonterías! —grité, todavía con el dedo en alto—. Sabes tan bien como yo que ya no pierdo la memoria al morir.

Pablo bajó la mirada, ultrajado, y tomó aire. Luego, dio un paso con firmeza.

—Eso lo dices con mucha seguridad, pero tampoco las tenías todas cuando te arrojé a las alcantarillas. Es posible que Vodka tuviera razón. Tal vez, la próxima vez que fallezcas, o la siguiente, sí que pierdas los recuerdos. En cualquier caso, no es por eso que he venido.

—Es porque tienes miedo, como siempre. El Asustadizo...

—No es tan sencillo. Es cierto que temo por mi vida, porque solo tengo una —se quedó muy quieto, como una estatua—. Ahora bien, lo que me aterroriza es nuestro vínculo. Sufro al verte con la tía Sofía. Siento algo extraño por ti y no quiero salir dañado en mi corazón. Muy poca gente podría resistir esta clase de dolor y seguir adelante, en realidad.

Se acercó de un salto, me apartó la mano y me abrazó con fuerza. Me sorprendió tanto su reacción que no fui capaz de detenerlo, a pesar del enfado.

—Por eso te estoy ayudando —me confesó al oído—. Lo siento, lo siento de veras. Ven conmigo.

17
En el sótano

A Pablo le sangraba la nariz a raudales, por lo que estaba manchando tanto el volante como el panel con el velocímetro. Sin embargo, pese a la herida, no tenía problemas para conducir. No me había podido resistir a pegarle.

—No has cambiado —se quejó, mientras se limpiaba con un pañuelo, sin levantar la otra mano del volante—. Eres la persona más incivilizada y ordinaria que conozco.

—Cállate y vigila que no te salgas de la carretera.

—Todavía piensas demasiado las cosas...

—Piensa tú un poco más y hazlas bien.

Íbamos por una vía rápida de las afueras de la ciudad. Era de noche y había luna llena. Circulábamos entre destellos flotantes, como luciérnagas, cuya fuente se hacía difícil de esclarecer hasta que los teníamos encima. Por lo general, provenían de coches que se nos cruzaban o del resplandor de las vallas reflectantes. A veces, en cambio, eran fruto de mi imaginación, como señales de advertencia que enumeraban las aventuras que estaba dejando atrás.

Me refiero a la doctora sonriente y sus esbirros, el mendigo ciego, mi admiradora de las redes sociales, el bar de Ron, los vikingos de Bo, Caraniño y su pandilla, la nevera gigante del Luto Sanguíneo, la boda y los debates con mi esposa en la zona controlada. Volvíamos a la casa de campo de Pablo, donde, según él, encontraría las respuestas que me faltaban.

—Ron, Vodka y Whisky nos esperan allí para que no tengamos problemas.

—¿Por qué deberíamos tenerlos?

—Podría haber... complicaciones. Pero no te preocupes, que estaremos a tu lado y saldrá a pedir de boca.

—Por tu bien, espero que no intentes nada.

Él asintió, en silencio, y tomó el desvío por el camino de tierra que nos llevaría hasta la casa, donde perdimos de vista las luciérnagas. Tal como había hecho Ailee cuando la asaltamos, Pablo manifestó la intención de estacionar en una sima algo alejada del edificio, pero no se lo permití.

—Aparca delante mismo de la puerta, que intentaremos forzarla. Si no se abre,

que te quede claro que la embestiremos con el coche.

—No hace falta que entremos. Está en el sótano, al que se accede por una trampilla desde fuera.

—Está bien, entonces. Sal y no te separes.

Bajamos del vehículo y caminamos unos pocos pasos hasta la casa. Íbamos con lentitud. Tenía puesto un ojo en el edificio y el otro en Pablo. En contra, cuando estábamos llegando, tuve que dejar de mirarlos a los dos. Comencé a sentirme mal. Fue como si el estómago se me rebelase.

Me vinieron arcadas. Se me nubló la mente.

Muy a mi pesar, tuve que dejar que Pablo me remolcara la corta distancia que nos quedaba por recorrer. Una vez allí, me apoyó en la pared, junto a una compuerta metálica que estaba a ras de suelo. Comencé a vomitar. La sensación fue similar a la que había tenido en mi vida anterior tras comerme un bocadillo de queso, o después de excederme con el alcohol.

—¿Te ha sentado mal el viaje? Puede que le haya dado mucho gas al cacharro —se excusó Pablo, haciéndose el simpático—. Creo que me tomé aquella conversación sobre coches durante la boda demasiado a pecho...

—No me toques —respondí, con la voz estremecida, y lo aparté con la mano —. Aléjate, o volverás a sangrar por la nariz.

—Aguarda, déjame que te ayude.

—Ni te molestes. —Lo agarré de su camisa de frutas y me limpié con ella como si fuera un trapo.

Vodka salió desde la esquina de la casa y nos saludó. Enderecé el cuerpo. No quería que se diera cuenta de mi mareo. Pablo, que debió leer mis intenciones, lo encaró y cruzó los hombros para tapar la mancha que le había hecho.

—Hola, Vodka —le devolvió el saludo, con una leve sonrisa—. Espero que no hayáis tenido que esperar mucho. ¿Cómo va?

—Está en orden. Sigue encerrada bajo tierra. ¿Vais a hablar con ella o...?

Vodka hizo un gesto con el dedo como si se pasara un cuchillo por la garganta y sacó la lengua. Me observó y levantó las cejas, como para cerciorarse de que lo había comprendido. Me incliné para hacerle saber que sí, pero no me atreví a contestar por miedo a que, por mi voz quebrada, notase que no me encontraba bien.

—Eso no depende de mí —aclaró Pablo—. A todo esto, ¿dónde están los demás? Pensé que vendrían contigo.

—No he podido localizar a Whisky. Ron está dentro buscando una copia de la llave de la trampilla... o tomando una siesta. Sin ella, no podemos abrir la compuerta que lleva a la parte de abajo de la casa. La original la tenía Whisky, pero como no ha venido... la verdad es que no lo veo desde hace unos meses.

Mientras Vodka y Pablo conversaban, no pude contener mi curiosidad y me aproximé a la trampilla en cuestión. En mi anterior visita a la casa de campo no le había hecho caso. Aun con todo, ahora que la examinaba de cerca, bajo la luz de la luna, me pareció de lo más llamativa.

Era de un metal brillante, probablemente de acero inoxidable, y estaba impoluta. Di un par de saltitos sobre ella para probar su resistencia, pero no cedió ni un ápice. Palpé la chapa con las manos.

Cerrado.

Tal como había anticipado Vodka, necesitaríamos la llave, por lo que me dispuse a regresar con ellos. Sin embargo, cuando le di la espalda a la trampilla, escuché golpes. Sonaba como si alguien estuviera picando en su superficie. Poco a poco, acerqué el oído al metal y cerré los ojos con resolución, con la esperanza de captar algún sonido que me sirviera para aclarar quién se escondía allí. Al principio, nada. Después, un susurro.

—Déjame pasar.

Tuve miedo y me levanté de repente. Del impulso, caí de espaldas.

—¿Qué ha sido eso? —alcancé a mascullar, con los ojos muy abiertos.

Al ver mi cara de horror, Pablo y Vodka corrieron a socorrerme. Por extraño que fuese, el cuerpo me dolía mucho por el resbalón, más de lo que cabría esperar, y estuve a punto de volver a echar el vómito.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Pablo, y me tomó del hombro.

—No es buena idea que venga —le comentó Vodka en voz baja, mientras me ayudaban a levantarme—. Podría reaccionar de un modo inesperado.

Pablo no respondió a sus quejas. En lugar de eso, me sonrió y dio una palmada en el aire.

—¿Sabes qué? Lo mejor será que vayamos a despertar a Ron. Así ganamos tiempo.

—Haced lo que os salga de las narices —siguió Vodka—. Ron dijo que guardaba la llave de recambio en el desván, dentro de la única caja que no está cubierta de moho.

De haberlo querido, no habría sido capaz de oponerme, ya que la voz de la trampilla seguía resonando en mis oídos con una fuerza avasalladora.

«Déjame pasar».

Había sido una voz neutra, inconmovible, la que había hablado, como si las palabras las hubiese pronunciado la propia compuerta metálica. En aquel estado de entumecimiento, no pude sino afirmar con la cabeza, a lo que Pablo replicó con otra sonrisa. Luego, se despidió de Vodka y me empujó hasta la entrada de la casa.

La puerta se veía de buena calidad. Era sólida, grande y gruesa, y tenía una cerradura que se parecía a la del sótano. Ahora bien, a pesar de su apariencia

imponente, no estaba bien cerrada, por lo que él la abrió de un manotazo.

—¿Cuánto hace que mi enemigo, Alex, está aquí? —demandé, para recuperar el control.

—No es enemigo, sino enemiga. Hemos averiguado que Alex, como tú la conoces, es una mujer. La metí abajo hace meses.

—¿Me estás diciendo que has tenido la respuesta a mis problemas escondida en tu propia casa tanto tiempo? Se me hace poco creíble.

—Es fácil mantener un secreto así cuando te acostumbras a vivir con él: basta con tratar de no ser consciente de su importancia.

Sin duda, Pablo era un figurante excelente. En cambio, yo me encontraba cada vez peor y no lo podía disimular. Me ardía el estómago y tenía la garganta pastosa y dolorida.

—Apresúrate e ilumina esto —decreté, mientras entornaba la puerta detrás de nosotros. El interior estaba muy oscuro.

—Ya lo he intentado, su majestad, pero la luz no funciona. Tendremos que conformarnos con lo que hay.

—¿No tienes la linterna en la mochila?

—Me temo que no. No se me ocurrió traer una.

Así las cosas, la luna era el único foco de iluminación con el que contábamos, pero apenas lograba atravesar las ventanas forradas de polvo y selladas, y las pesadas cortinas.

—¿Estás mejor? —quiso saber, pero me vino otra arcada y no pude responderle —. Espero que sí, porque tenemos que buscar esa llave. Contigo siempre va de perseguir llaves, ¿eh?

Mientras decía esto, la puerta de entrada se abrió. Era Vodka.

—Se me ha olvidado comentaros que Ron ha hecho saltar los plomos de alguna manera —explicó.

—Ya me he dado cuenta de que la luz no tira, pero podemos apañarnos — manifestó Pablo.

—No podéis. El desván también está tapiado con maderos, ahora, así que no veréis nada si subís.

Pablo parpadeó repetidamente, como si estuviera procesando el pasotismo de su compañero.

—Está bien, tío. ¿Qué hacemos?

—El cuadro eléctrico con el diferencial está en el cuarto de invitados, pasado el salón. Tendréis que llegar a él para reestablecer la energía. Buena suerte.

—Vale, tiraremos por allí, pues. ¿Quieres venir? ¿Y así nos ayudas un poquito?

—No.

Sin más, Vodka volvió a salir y entrecerró la puerta. Pablo y yo nos

encaminamos en dirección a la habitación de invitados.

Como no sabía por dónde ir, dependía de sus indicaciones. Íbamos muy juntos, con él delante haciendo de guía. Cada dos pasos, tenía que detenerme a tomar aliento. Mis músculos se resistían a moverse con normalidad. La cabeza me ardía y notaba las extremidades frías.

De vez en cuando se escuchaban estertores a lo lejos, pero Pablo no les daba ninguna importancia.

—Lo más probable es que sean los ronquidos de nuestro colega. Los Ronquidos. Procura relajarte, ¿vale? Que ya queda menos. Intenta no darle a ningún trasto.

Su intervención fue premonitoria debido a que, tan pronto como lanzó su advertencia, perdí el equilibrio y choqué con un taburete, que salió rodando y me hizo resbalar. No me di de bruces porque él frenó la caída.

—Ten cuidado —me aconsejó, y esbozó una sonrisa afectuosa—. Este taburete se defiende de tus golpes mejor que yo.

—Estoy bien. Sigamos —zanjé, con acritud.

El taburete había levantado una polvareda considerable. Tuvimos que esperar inmóviles a que se disipara, sin nada que hacer más que observar lo funesto y decadente que era el salón.

Mesas y armarios estaban apilados contra las paredes, revestidas de varias láminas de madera desgastada. Lo poco de los tabiques que quedaba visible tras la pila de muebles estaba cubierto de espejos de tamaños diversos, estropeados y llenos de suciedad. Media decena de sillas estaban amontonadas en un equilibrio precario, cosidas por el hilo de una telaraña inmensa. En las estanterías, había macetas y floreros destrozados.

Percibí que el suelo estaba blando. Así, tuve la sensación de que nos había devorado una criatura enorme y siniestra... y que estábamos hundiéndonos en sus vísceras. No obstante, advertí que la esponjosidad de la superficie no era uniforme. Además, le salían muelles puntiagudos como si fueran espinas.

Nos habíamos detenido sobre el colchón desnudo de una cama de matrimonio. Estaba tan mal hecho como el de la habitación del hospital. La estancia olía a viejo y cerrado, colmada como estaba de muebles y bártulos antiguos. Tanto, que sería difícil cruzarla sin volver a tropezar. Nos pusimos a andar con más cuidado, muy apretados.

—Deberíamos avanzar en fila de uno —recomendó Pablo.

—No quiero que volvamos a rozarnos, ve tú primero.

—Pues sí. Me has pasado tan cerca que, si llego a ser una cerilla, me enciendo. Eso nos hubiese venido de perlas, ahora que lo pienso.

No me reí. No tenía claro si se hacía el gracioso con la intención de recuperar

mi favor o si lo hacía por compasión, al verme tan mal. Ninguna de las dos opciones me contentaba en lo más mínimo. Me lo quité de encima y le di un pequeño golpe con el codo.

—¡Ajá! Hemos llegado.

Pablo se paró frente a un pequeño armario de color gris. Lo abrió con lentitud para no levantar el polvo y estuvo un rato trasteando en su interior. Tiró de una palanquita.

—¡Lo tengo!

Con un chasquido eléctrico, la luz de toda la casa se encendió. Él se dio la vuelta y me miró a la cara. Por una décima de segundo, me pareció ver tristeza en sus ojos. Me quedé de piedra. Antes de que pudiera interpretarlo, escuchamos un grito desgarrador que venía de fuera.

—¡Vodka!

Salimos deprisa de la habitación de invitados y cruzamos el salón hasta la entrada principal. Por el camino tiramos algunos muebles, que hicieron un gran estrépito y revolvieron el polvo. La puerta seguía entreabierta, así que nos arrojamos afuera.

—¡Vodka!, ¿dónde estás?

—¡El sótano!

La compuerta metálica estaba abierta de par en par. Sin embargo, en cuanto le echamos el ojo, se cerró de sopetón. Corrimos hasta ella para intentar forzarla, sin éxito.

Pablo estaba desesperado. Las manos se le habían enrojecido. Emanaban el mismo líquido que teñía la hierba que tenía delante y la propia trampilla.

—Estás lleno de sangre, Pablo, ¡mírate!

El reguero rojo iba desde la puerta de la casa hasta la entrada al sótano, donde se vertía por el resquicio de la compuerta. Podíamos escucharlo gotear al otro lado del metal.

—Ábrete, ¡maldita sea! —chilló Pablo, y la golpeó con violencia.

Pero la compuerta metálica no quiso abrirse ni hablar más. En cambio, la respuesta llegó desde el interior de la casa. Se produjo un estruendo muy fuerte, como si algo pesado hubiera caído desde muy arriba, y oímos un grito ahogado.

Aquello no era un mueble, ni el viento. Sonaba como un ser vivo.

Escuchamos el crujir de la madera del techo y los cristales que se rompían. La polvareda que se alzó fue tal que se filtró a través de las ventanas.

Por instinto, nos alejamos de la casa sin apartar la vista de la entrada. El suelo tembló por un instante.

Sin decir una palabra, Pablo fue a buscar la fuente del estruendo. Fui detrás de él y dejé la puerta abierta.

—¿Qué es eso?

En medio de una nube de polvo había un agujero del tamaño de una persona grande. En el fondo, vislumbré la silueta de un hombre. Estaba tendido.

Me asomé para verlo mejor. Era un tipo voluminoso, medio calvo, con una larga barba castaña con tonos rojizos.

Tenía los ojos cerrados.

—¡Es Ron! Pablo, ¡Ron está ahí abajo! Creo que está inconsciente.

Tan pronto como lancé el aviso, una extraña criatura se dejó ver por el agujero. Se desplazaba como si fuera un reptil. Con cada viraje, el cuerpo le hacía un movimiento serpenteante, como si careciese de vértebras.

Aunque se movía como un animal, parecía humana por su físico, ya que estaba cubierta por una capa de piel estriada y vello grisáceo, plateado en las puntas. Tenía la espalda encorvada. Tiraba de unas cadenas metálicas que hacían un ruido desagradable al rozar la madera, crudo e intenso, que me ponía los pelos de punta.

¿Aquella criatura era mi enemigo? La cabeza me comenzó a doler y sentí que me iba a salir disparada. No me cabía en el cráneo.

—Atrás.

Sin darme margen para responder, Pablo tiró de mí. Por un segundo, perdí de vista la escena. Me volví para quejarme, pero no me atreví a levantarle la voz. Tenía la mirada sombría.

—Alto. Ron ha caído desde el desván y ha atravesado el techo. La casa podría derrumbarse. Salgamos.

No protesté, pero tampoco hice caso a su advertencia y me asomé. Sentía un extraño magnetismo por aquella criatura, pero tanto ella como Ron se habían esfumado. El corazón me dio un vuelco.

—Coge la llave y vamos fuera —acabó Pablo, y señaló un fragmento de metal que había quedado a un costado del agujero.

Por su tamaño y brillantez, parecía una moneda, como la que me había sacado Ron del brazo en su bar con el cuchillo de carnicero. ¿Cómo había llegado allí? ¿La habría dejado mientras caía? Me acerqué para inspeccionarla y vi que Pablo había acertado. En efecto, era una llave.

No tuve tiempo de estudiarla, puesto que él se había encaminado ya hacia la salida. Me apresuré para alcanzarlo. Por seguridad, cerré la puerta. Cuando llegamos a la trampilla, nos detuvimos.

—Espera, tengo que pedirte algo —me ordenó, y se dio media vuelta para encararme—. Pase lo que pase, cuando estés dentro, libérate de sentimientos de culpa.

—¿A qué te refieres?

—Ya puedes abrir la compuerta.

Introduje la llave en la cerradura y la giré con suavidad. El mecanismo del cierre soltó un gemido antinatural, como si los engranajes quisieran resistirse a obedecer. Cuando se abrió, Pablo me indicó que pasara delante.

—Va. Un último esfuerzo.

Iniciamos el descenso por unas escaleras de madera reseca. No se veía nada. Con un avance firme y sin cuartel, Pablo me presionaba desde detrás para que siguiera bajando. Me dolía tanto el cuerpo y me sentía tan débil que no me veía capaz de alzar la voz, ni que fuera para reclamar un breve descanso.

Peldaño a peldaño, llegamos hasta el fondo, donde había una cortina. Una luz penetrante la alumbraba por el otro lado.

Me dejé caer desde el último escalón. Luego, aparté la cortina.

Un brillo muy potente me cegó. Con los ojos entornados, traté de evitar la luz, con lo que me topé con mi reflejo en un cristal roto. En él vi que mis pupilas, dilatadas por la oscuridad, se volvían diminutas. Cuando levanté la mirada, atrapé de refilón una sombra que se proyectaba en el suelo. Seguí el trazo de aquella silueta femenina hasta su origen.

Encontré el cuerpo de una mujer mayor, delgada y desnuda, que se había envuelto en sus largos cabellos, de un color gris claro, como si fueran un caparazón protector. Apoyada en una maraña de cadenas, me observaba con los ojos inyectados en sangre. Tenía las uñas recurvadas como las garras de un oso.

—Alex. No puede ser.

Mis entrañas, con las que llevaba peleándome un buen rato, me vencieron. Me estremecí hasta que los músculos se me quedaron rígidos, como inmovilizados por un veneno.

—Ai... Ailee.

Traté de aproximarme a ella, pero Pablo me lo impidió.

—Te voy a sentar para que podáis poneros al día.

Así lo hizo. Con dificultad, porque yo no podía moverme. El dolor me había paralizado. Me sentía como un juguete de trapo.

—Te espero fuera —terminó él, y cruzó la cortina. Me dejó a solas con la criatura.

Tuve que hacer un esfuerzo para voltearme y hacer frente a la mujer, que esperó pacientemente a que terminara la maniobra, sin inquietarse.

—Ai... lee...

Menté su nombre porque había tenido el convencimiento de que era ella, pero ahora no lo veía tan claro. Aunque contaba con los mismos rasgos y una constitución similar a la de Ailee, era más vieja. Su piel, arrugada en unos puntos y endurecida en otros, era plástica y tenía poca masa muscular. Se inclinó hacia mí sin ánimo, como si estuviera oxidada. Tenía el pelo reseco y los ojos enrojecidos.

Cuando me habló, lo hizo con el temple de una anciana, no con la jovialidad y la pasión de la Ailee que yo conocía.

—Hazme saber tus dudas e intentaré responderte mientras me quede aliento.

—Ailee. ¿Eres tú?

Ella hizo chocar las uñas, que sonaron como dos barras de acero.

—Ailee es como me llamabas. A lo largo de los años he hallado muchos nombres, títulos a los que me he aferrado mientras la noche eterna nos caía encima. Alex, Brenda, Ailee... He adoptado una infinidad de apodos, igual que has hecho tú... y, cuando he agotado su potencial, los he dejado atrás con cada nueva existencia.

Señalé sus cadenas.

—¿Eres prisionera de Pablo?

—Más bien podrías decir que el canalla es nuestro cautivo, como tantos antes que él.

—No... no lo comprendo.

—Supongo que no creerás que es el primero a quien he enviado tras de ti. He reclutado a generaciones enteras con el único propósito de ir matándote. El asesino que tú conoces es el resultado de milenios de ensayo y error, lo mejor de una estirpe que empezó con el inicio de la historia. Está en su naturaleza.

Aquello me parecía difícil de digerir. Hablaba de él como si fuera una herramienta, más que un ser humano.

—¡Eso no! En una vida anterior, le propuse a Pablo que me metiera en una zona controlada, en la banda de los Querubines, y él aceptó. Eso demuestra que está cansado de venir a por mí. Anhela tener una vida normal.

Ailee suspiró.

—Los planes son volátiles... y las contingencias de la vida, cuando se prolonga tanto, tienden a romperlos. Admito que no todos los asesinos me han servido con fidelidad. Algunos se han aliado contigo para liquidarte con más eficacia, como con las zonas controladas que dices. Los hay, incluso, que me han dado la espalda y se han vuelto contra mí... y han tenido una muerte atroz como recompensa.

Miró hacia la pared y desplazó el foco de luz con un movimiento de pies. Cuando la alumbró, pude ver el cuerpo sin vida de Ron apoyado en ella, colocado en una posición irreal, como si estuviera deformado. Tenía los huesos rotos, pero no había rastro de sangre.

Ante aquella visión horripilante, tuve claro que debía actuar. Llené mis pulmones de aire para clamar con fuerza, pero apenas fui capaz de articular una palabra. Mi cuerpo maltrecho no acataba las órdenes.

—¿Qué...? —intenté expresarme.

—Ni te molestes. No hay un porqué. Cuando algo se repite un cúmulo de

veces, los errores pasan sin remedio en algún momento. Es entonces cuando hay que intervenir y hacer limpieza. Hay cosas que ni siquiera yo soy capaz de explicar.

—Soy un error, entonces —conseguí hablar, al fin—. ¿Vas a matarme también?

Por primera vez en aquel sótano, Ailee gesticuló una sonrisa. Por insólito que fuese, me tranquilizó: tan tajante y duro me había parecido su discurso hasta entonces que aquella media expresión, aunque efímera, fue un agasajo macabro, pero bien recibido.

—¿Eso es lo que crees que quiero? ¿Que mueras? —me retó, y recobró la aspereza de su tono—. No tienes ni idea.

Abrí la boca para rebatirla, pero me contuvo con una mirada severa. Volvió a suspirar.

—Milenios atrás, tú y yo nos amamos. Habríamos dejado caer el mundo para juntarnos y preservarnos. Este sería un cuento más entre dos personas que se quieren, como las ha habido y las habrá siempre, si no fuera porque el amor que sentíamos llegó a ser más fuerte que la muerte misma.

Torné la cabeza de lado a lado. Aquello era imposible. Era mentira. Ailee, ajena a mi lucha interna, prosiguió.

—Al principio, nos alegramos por nuestro amor y lo festejamos. Pero los años pasaron, y, como suele ocurrir con los afectos caldeados por fuego de la pasión, cuando esta se extinguió, nos distanciamos. Llegué a creer que te había perdido. Entonces, recibí noticias de que habías fallecido... por causas que se pierden en la noche de los tiempos. Cuando me trajeron tu cuerpo, pude comprobar que no tenías pulso. Los otros creían que habías muerto, pero yo me negaba a aceptarlo. Así, no me sorprendí cuando se curaron tus heridas y volviste a la vida... pero sí cuando descubrí que lo habías olvidado todo.

—Un amor eterno, borrado de la faz de la Tierra por la amnesia. Esa es la fuente de mi inmortalidad.

—Así es —afirmó ella, satisfecha—. En cuanto te expliqué la naturaleza de nuestro amor y fuiste consciente de que vivirías para siempre, te enfadaste mucho. Te encerraste y me dejaste de hablar. Buscabas a la desesperada cómo morir. Trabajaste en ello durante años. Tú no querías ser inmortal. Yo, sí.

—Ya imagino dónde quieres llegar.

—Por supuesto, yo no podía permitir que descubrieras el modo de que muriésemos para siempre. Por esta razón, a sabiendas de que si te quitaba la vida perderías la memoria, entrené a un asesino. Fue el primero de ellos...

—...Y Pablo es el último —completé la frase por ella—. Pero ya no pierdo la memoria, así que tu conspiración... tu conspiración ha acabado.

Ella cerró los ojos.

—Como te he dicho, a la larga, los planes se tuercen. Y así ocurrió que, por azar, de manera inesperada, tras tantos años a mis espaldas, fui yo la que morí. Entonces, igual que te había ocurrido a ti tantas veces, perdí la memoria.

18
El último aliento

—¿Te refieres a cuando Pablo te mató en esta casa?

—No. El día en que nos encontramos, tras la explosión en tu apartamento, yo ya había muerto por primera vez.

—Cuéntame qué ocurrió, entonces.

—Me pasó un tren por encima —explicó, sin vacilar en lo más mínimo—. El cuerpo me quedó tan destrozado que los forenses no fueron capaces ni de encontrar mi cabeza. Las autoridades acusaron a una banda local del asesinato y alegaron que iban tras mi dinero... una fortuna que había ido acumulando durante décadas.

—No entiendo cómo puedes saber eso, si perdiste la memoria al morir.

—En la vida siguiente, cuando me hice agente de policía, tenía problemas de personalidad. Como tú, en ocasiones, rememoraba mi pasado y lo hacía real... y volvía a adoptar la identidad de adolescente hortera, forrada de dinero. Sufría migrañas. Visité al psicólogo porque no tenía ni idea de lo que me ocurría.

Las autoridades se habían equivocado. El asesinato no había sido obra de una banda, aunque el dinero había ido a parar a los Querubines en último término, para pagar la zona controlada. ¿De veras había sido yo quien la había matado, atándola a las vías? ¿Lo intuía Ailee? No me sentía culpable. Ella había desencadenado el crimen con sus acciones retorcidas.

—Si tanto nos queríamos, ¿cómo fuiste capaz de quitarme la primera vida, al principio de los tiempos? —pregunté, mientras me incorporaba, ahora que mi dolor físico comenzaba a menguar y se hacía más soportable—. ¿Cómo pudiste hacerlo?

—Está en la naturaleza humana —me aclaró ella al instante, como si tuviera la respuesta preparada—. Una alianza como la nuestra, que se sostiene solo por la pasión, no tiene cimientos sólidos. Mi deseo de vivir fue más grande que el que sentía por estar contigo, por lo que se la llevó por delante.

—Los indicios demuestran que nuestra alianza sí que estaba bien cimentada —me envalentoné y la corregí—. Sobre todo, si tenemos en cuenta que dio inicio en la cuna de la humanidad, y, aun así, seguimos de una pieza. La pasión de ese amor

primigenio nos mantiene con vida, como un recuerdo imborrable.

Ella sonrió y soltó una carcajada que se convirtió en tos seca.

—Las pasiones no se evocan porque no se piensan. Se sienten. Incluso si no hubiésemos perdido la memoria, su germen seguiría dentro de mí y de ti, como un parásito, alimentándose de nuestra mortalidad para siempre. En todo caso, cualquier recuerdo que creas tener de una pasión tuya no es más que una racionalización posterior.

—Es decir que...

—...Aunque te odie con todas mis fuerzas, sí; todavía te deseo. Aunque te haya dado muerte tantísimas veces, te amo. Y porque te quiero, te condenaría a una eternidad deambulando por las galerías y los salones de tu memoria, olvidando cada paso que dieses para que no avanzaras nunca en dirección a la muerte.

—Veo que el transcurso de los años te ha hecho perder el juicio. No tengo la sensación de que estés enamorada de mí.

—Te amo más que a nada en el mundo. Querer a alguien de veras, o a algo, o a una idea, significa prepararse siempre para traicionarlo. Si lo considerase un amor incondicional quedaría anclado en el terreno del instinto que, si bien carece de sospechas, es voluble. Por esta razón es menos creyente un fanático que un moderado, pues a la sombra de la duda se resguardan las armas capaces de defender un amor, o un propósito, también frente a los ataques del propio instinto.

—Estás como una chota. Piensas demasiado.

Ailee se rio con descaro.

—Puede, pero tú también recorres la senda de la locura. Durante mi confinamiento, el canalla me ha estado hablando de ti, de cómo te asaltan los recuerdos del pasado en sueños y cómo los confundes con el presente.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Me ha explicado que gobiernas las bandas callejeras como si fueran reinos medievales. Que si los Desangelados, que si el Luto Sanguíneo, que si la Hermandad Plateada..., que tratas a los demás de un modo extraño, como si estuvieras ausente. Ves y dices extravagancias. Apuesto a que ni siquiera sabes en qué ciudad te encuentras. ¿Ya has averiguado si naciste hombre o mujer? A tu lado, la persona más demente parecería sana y juiciosa.

Ailee estaba en lo cierto al señalar que no siempre encajaba en los esquemas de los demás, pero por aquel entonces lo había achacado a mi particular condición de inmortal.

—Las bandas no son un producto de mi imaginación. Pablo, por ejemplo, ha sido asociado de los Querubines, por lo que puede certificar que son reales.

—Existe un mundo verdadero a tu alrededor, lo que incluye las bandas —pronunció, con dureza—. Sin embargo, esta longevidad que tenemos ha causado

un impacto en tu mente. Interpretas lo que te rodea a tu manera, pues te revuelve un aluvión de experiencias y estás libre de la carga de una existencia efímera... y del miedo a la muerte.

—Yo... siento que hay algo más. Últimamente me he encontrado mal en momentos puntuales, como si mi propio cuerpo me traicionase.

Ella levantó las manos y las dejó caer, triunfante. Tuve un escalofrío.

—Enloquecemos cuando nos vamos acercando —inició la explicación, con gravedad—. Cuando perdí la memoria, mi pasión me fue atrayendo hacia ti como una fuerza gravitacional. Aunque yo los había olvidado, mis asesinos seguían matándote por su cuenta. A medida que tú y yo nos hemos ido aproximando, nuestras mentes se han nublado y se han corrompido con recuerdos de vidas anteriores, convertidos en una mezcla heterogénea.

—Eso explica por qué nos encontramos después de aquella explosión en mi casa y me amaste —reflexioné, y ella abrió mucho los ojos y esbozó una sonrisa—. El amor que sentías por mí era sincero, espontáneo. No recordabas que eres inmortal. Te enamoraste de mí de nuevo, como habías hecho milenios atrás.

—Puede que sí. O puede que fuera el azar. Asumo que nos habíamos topado ya otras veces.

—Cuando nos reencontramos, tú trabajabas como policía y tenías una vida corriente, como cualquiera. En cambio, me elegiste... pese al mal que te había causado en mi existencia anterior.

Ailee frunció el ceño y me enseñó los dientes.

—Aun así, las consecuencias de nuestro tropiezo amoroso fueron fatales para mí. La mayoría de los recuerdos regresaron a mi mente. Años y años de memorias. Cuando el canalla nos mató en esta casa, mi cuerpo, como si rememorase cada herida, cada esfuerzo, cada cambio, comenzó a degenerar y se desfiguró. Me convirtió en la criatura decrépita y repugnante que soy ahora.

—Lo siento —quise consolarla, aunque no la veía triste, sino resentida—. Es raro que a mí no me ocurra lo mismo.

—He perdido mi inmortalidad porque ya no me quieres. Te acostaste conmigo, Ailee, la agente de policía, y luego me diste por muerta. ¡Ah! Pero las reglas del juego también cambiaron para ti con nuestro encuentro fugaz. Desde entonces, ya no pierdes la memoria al morir.

¿Había dejado de amarla sin ser consciente de ello? Me quedé con la mirada baja, profundizando en lo que me había contado, hasta que se puso de pie.

Se aferró a las cadenas con las dos manos y las levantó, para luego dejarlas caer. Tocaron el suelo con un estrépito, con lo que se hizo patente que no estaba amarrada a ellas. Para evidenciar su libertad de movimiento, se puso a caminar por la habitación.

Los músculos se le doblaban a cada paso como si no tuviera huesos. La luz del foco en el fondo de la sala hacía bailar su silueta. Hasta que se apagó.

Nos quedamos a oscuras.

—He pasado mucho tiempo reflexionando mientras tú hacías amigos —me confesó, con desprecio—. No he podido evitar preguntarme: si amarnos tiene un efecto tan fuerte en nuestros cuerpos, ¿qué pasaría si nos matásemos? Sin asesinos de por medio. Tú y yo, nadie más.

—Ailee, déjalo estar —le pedí, mientas palpaba a tientas a mi alrededor—. Llevamos siglos así. Vamos a discutirlo con tranquilidad.

—No te hago ningún favor por alargar esta conversación más de lo necesario. Es momento de que hable la sangre —dejó caer.

—Estás jugando con la muerte. Las consecuencias pueden ser impensables. Vamos a sentarnos y busquemos una solución. Salgamos de esto del mismo modo en que entramos. Mediante el amor.

—No es un juego lo que tengo entre manos, sino una investigación. Estudio la muerte como si analizara una enfermedad, con la esperanza de encontrar el tratamiento adecuado.

—Por favor, escúchame.

No obtuve ninguna respuesta. Estaba determinada a combatir.

De la nada, se tiró sobre mí con una furia y una precisión inusitada. Sostenía una lanza muy grande que, de tan gruesa, parecía que pesaba el doble que ella. Sin darme tiempo a reaccionar, la abalanzó contra mi hombro derecho. Parte del filo me atravesó la carne y se me clavó en el hueso.

Mientras caía de rodillas, advertí que no podía alzar el brazo. Me dolió más que cualquier otra herida de las que había sufrido hasta entonces.

—Algunas de las encarnaciones de tus vidas anteriores me darían las gracias por lo que estoy haciendo. Es lo más gracioso —gritó, fuera de sí—. Finalmente, vas a conseguir la muerte que una parte de ti tanto ha anhelado.

El dolor de cabeza se volvió muy intenso, hasta el punto de eclipsar el que se me extendía por el brazo fracturado.

Un arsenal de visiones del pasado me abordó. Tantas vidas, tantas alternativas, tantas decisiones, tantas experiencias..., tantísimo potencial. El torrente de recuerdos me abrumó y no fui capaz de resistirme.

—Muere, mi amor.

Me poseyó un conocimiento sin igual.

De algún modo, supe que la lanza que empuñaba Ailee, era en realidad un tipo de alabarda que yo dominaba a la perfección. Tenía una punta larga en la parte superior, una cuchilla transversal con forma de hoja de hacha y un punzón, más pequeño, en el lado opuesto. Sobre

mi hombro, se apoyaba por el lado del hacha. A sabiendas de esto, extendí el otro brazo por detrás del cuello y, agarrándola por la punta larga, tiré con todas mis fuerzas.

Ella retrocedió y la dejó caer. A toda prisa, se dirigió hacia los escalones que salían del sótano. Traté de ir detrás, pero advertí que yo estaba sangrando mucho y adiviné que, de seguir así, no aguantaría más de una hora. Mi primer impulso fue tapar la herida de cualquier manera, pero era demasiado profunda, así que se me ocurrió palparla con los dedos y buscar el pulso de la arteria que nutre la zona del brazo y apretarla contra el hueso. Mantuve la presión con un trozo de ropa a modo de venda.

Después de hacer un nudo, tomé la lanza. Estaba astillada, lo que hizo que mis cortes en las manos volvieran a abrirse y a gotear, como ya habían hecho en otras tantas ocasiones. Ignoré aquel dolor tan familiar y fui a ciegas detrás de Ailee, que había desaparecido tras la cortina.

—Ayuda, ¡por favor! —escuché que alguien gimoteaba, cuando había subido ya un par de escalones.

Regresé para buscar el origen de aquel sollozo. Encontré a Vodka ensangrentado, tumbado en la penumbra, pegado a la pared opuesta donde estaba el cadáver de Ron.

—No puedo moverme. ¡Sácame de aquí! Esta loca me quiere matar.

—Estate tranquilo. Volveré a por ti.

—¡Espera! ¡No me dejes solo!

Recogí la lanza, o la alabarda, y subí los escalones. Ya me ocuparía de él más tarde. Si no le paraba los pies a Ailee, pronto no quedaría ningún Vodka a quien rescatar, pues correría el mismo destino que su compañero Ron.

Seguí hasta la salida del sótano. ¿Dónde se había metido mi enemiga? Pablo tampoco estaba por ningún lado. Las nubes habían tapado la luna, por lo que todavía era más difícil orientarse en la oscuridad. No obstante, a pesar de la herida, me sentía fuerte y con el vigor restaurado; me encontraba en un estado de concentración absoluta.

La puerta de entrada estaba abierta. Ailee se habría escondido dentro, así que fui detrás de ella. Crucé el umbral.

La luz había vuelto a saltar y no podía ver bien. Aquello parecía una trampa, pero no tenía alternativa. Estuve a punto de llamar a Pablo por si era él quien había entrado, pero preferí callarme para no delatar mis intenciones.

Avancé sin titubear por el salón. No temía tropezar con los desechos, pues sentía como si hubiera recorrido aquel camino un millón de veces. Conocía la ubicación de cada silla, mesa, estantería y puerta, la distribución de las paredes, el agujero que había dejado Ron al caer... incluso el

estado de deterioro de los muebles. Cada detalle de la casa estaba impreso en mi mente, como si yo los hubiera puesto allí en un pasado lejano. Tenía la sensación de haber estado ahí de pie, en el centro, durante décadas, contabilizando todos los cambios.

Sin embargo, no sabía dónde se había metido Ailee, por lo que seguí caminando hasta la habitación de invitados para volver a activar la energía y encender la luz.

El pequeño armario con el cuadro eléctrico estaba tal como lo habíamos dejado. Lo abrí. A primera vista todo seguía igual, pues el diferencial no había saltado. Con una segunda ojeada, me di cuenta del problema: varios interruptores magnetotérmicos estaban rotos. Lo habían saboteado.

Ailee.

Escuché cómo se acercaba. Su forma de andar era inconfundible, con un traqueteo ondulante, como si fuera una serpiente.

—¿Tienes miedo? —me incitó, con su lengua viperina. La voz provenía de la otra punta de la casa, pero se estaba aproximando con rapidez.

Me pegué a la pared y así la lanza, agarrándola desde el asta con el brazo bueno, por el punto más alejado de la cuchilla posible. Mi intención era mantener las distancias, que no pudiera tocarme. El traqueteo de sus pasos se escuchaba ya en el salón.

—Tu amigo tan especial se ha ido, te ha abandonado —siguió, sin parar de venir hacia mí—. Nadie puede ayudarte.

De repente, dejé de oírla, como si se hubiera desvanecido. Tomé aire profundamente y procuré calmarme. Ahora que llevaba un rato en la casa, mis ojos se habían ido acostumbrando a la oscuridad. Los tenía muy abiertos para no perderme nada. Si Ailee entraba en la habitación, la vería venir.

O eso creía.

El ataque llegó desde abajo, por el único ángulo muerto de mi visión. Se había aproximado arrastrándose desde el salón hasta la habitación de invitados.

Saltó sobre mí desde muy cerca. Como tenía la lanza agarrada desde el extremo, no fui capaz de alcanzarla con la punta. La dejé caer y junté los brazos para defenderme a la desesperada. Ella me clavó las uñas, largas y puntiagudas. Lo hizo con tanta fuerza, y las tenía tan afiladas, que me habría atravesado... de no ser porque se topó con algo que desvió su trayectoria.

Ante esto, Ailee retrocedió con soltura y volvió a esconderse en las sombras.

Me incorporé y recuperé la lanza. Cuando la levanté, escuché el tintineo de un fragmento metálico. Aunque la luz era muy débil, me bastó para reconocer el rostro del emperador romano Augusto en aquella moneda, que

se había deslizado por el tajo que me había hecho mi enemiga.

La moneda me había protegido del ataque fatal. Recordé que había pasado varios siglos embutida en el interior de mi cuerpo.

—Has tenido suerte —farfulló ella.

Tenía razón. Si volvía a por mí, no sería capaz resistir un segundo ataque. Mi lanza era larga en exceso, útil para cubrir un solo costado, pero me hacía vulnerable en los flancos. Además, mi enemiga era muy rápida.

Confiada, vino corriendo a por mí. No sabía hacia dónde apuntar para repelerla.

Apareció a mi lado, dispuesta a darme el golpe definitivo, demasiado cerca como para que pudiera usar mi lanza.

Veloz, por instinto, la rompí de un rodillazo a la altura del guardamano, con lo que el asta cayó al suelo hecha trizas. Mi arma se había convertido en una hacha larga, un tipo de bardiche... lo bastante manejable como para arremeter contra Ailee a esa distancia.

Conseguí hacerle un corte en el tronco, a la altura del pecho.

Ailee escapó por los pelos y se ocultó en la oscuridad. Presté mucha atención al ruido de sus pisadas para no perderla. La perseguí.

Salí de la habitación de invitados.

Escuché un chirrido que venía de la parte de atrás y me lancé en esa dirección. Quise abandonar la casa por la cocina, donde ella y yo habíamos muerto a manos de Pablo. Eché abajo la frágil puerta de madera con el hombro sano.

Afuera, se hacía todavía más difícil distinguir nada. Aunque no podía ver a Ailee, había dejado un rastro consistente de sangre. Era de un color rojo brillante y tenía burbujas, por lo que asumí que le había cortado cerca de los pulmones o el corazón. Pronto, la hierba se secaría y quedaría firme.

Así de malherida, mi enemiga no sería capaz de oponer tanta resistencia, así que decidí que iba a aprovecharme de ello.

Me adentré en la oscuridad y traté de seguirle el rastro. Tras unos minutos avanzando en línea recta, di con mi enemiga. O, más bien, ella topó conmigo. Me embistió con tanto ímpetu que salí rodando, pero, debido a mi pronta reacción, logré caer de pie y levantarme.

Ella comenzó a venir hacia mí con un movimiento serpenteante. Jadeaba y sangraba por el costado. Solté el hacha y apreté el puño para recibirla. De ser posible, no quería matarla.

—Esto acaba ahora.

Centró la pierna y se enganchó a mi brazo lesionado sin que pudiera impedirlo.

Luego, me empujó hacia atrás mientras me segaba con el pie para hacerme perder el equilibrio. Reconocí la técnica y oscilé sobre las piernas, haciendo fuerza desde mi hombro sano. Conseguí centrarme y rechazar su ataque, empujándola al mismo tiempo.

—Tus recuerdos te ayudan —susurró Ailee, mientras caía encima de ella—. Pero yo soy más fuerte. Solo he sufrido dos muertes y eso no va a cambiar.

—Ya veo, ¿tan rápido corres? —me mofé entre dientes, tratando de inmovilizarla con mi brazo bueno. Concluí que provocarla para minar su confianza me ayudaría a nivelar la balanza a mi favor. Lo había hecho en el pasado.

—No te hagas ilusiones —respondió, mientras intentaba deshacerse de mí—. Cargo con el talento y la experiencia que he cultivado durante incontables años.

—Pues qué suerte tengo de que no sepas cómo aprovecharlos.

Visiblemente molesta por mi burla, se desplazó a mayor velocidad. El esfuerzo le pasó factura, ya que sangraba con profusión. Aun así, consiguió separarse de mí lo suficiente como para propinarme una patada. No fui capaz de esquivarla y el impacto me hizo ver las estrellas.

Ailee aprovechó la ventaja para levantarse, por lo que anticipé un ataque inminente. Aun así, el asalto no llegó a tener lugar. En cambio, permaneció inmóvil.

Me incorporé para ver qué pasaba. Mi enemiga tenía el brazo pegado al pecho, como si temiese que se le fuera a caer.

—Déjalo estar. Me rindo.

Para mi sorpresa, se sentó en la hierba y esperó a que me acercase.

—Estoy herida de muerte, así que no vale la pena que sigamos luchando. Tú ganas. Por favor, ponte aquí conmigo.

Poco a poco, le hice caso y me acomodé a su lado. Por alguna razón, yo también había perdido las ganas de combatir.

—¿Cómo sé que no me estás engañando? —lancé la duda, aunque ya era tarde para echarme atrás.

Sin darme cuenta, había hecho lo que me pedía y me había sentado junto a ella. Hice un ademán de marcharme. Al ver mi reacción tardía, sonrió.

—Quitarte la vida a traición no sería una victoria —precisó, y me apartó la mirada—. Si no podía vencerte, mi propósito era perecer por tu mano... pues lo he conseguido. Sabía que, cuando la muerte llamase a mi puerta, serías tú quien la dejaría entrar.

—Ailee, ¿por qué ibas a querer tal cosa? —La tomé de la muñeca. Estaba helada y blanda, como si fuera un tejido carente de huesos, articulada por efecto de su voluntad.

Cerró los ojos.

—¿Alguna vez has pensado en morir para siempre?

Morir. Para. Siempre.

—No es la primera vez que me hacen esa pregunta. Sí que me lo he planteado, aunque todavía no he encontrado una razón genuina para morir. La gente a mi alrededor requiere porqués, motivos para seguir viviendo. En mi caso, es al revés: lo que me falta es una causa por la que morir, pues la vida es ineludible para mí aun cuando me falla la determinación. Supuse que, si descubría el origen de mi inmortalidad, encontraría el sentido que busco.

Ailee puso la otra mano encima de la mía y me la sujetó. Las cicatrices en mis dedos se evaporaron, así como las de mi corazón.

—Es la mejor respuesta que has dado nunca. Yo he encontrado mi causa en la clarividencia que me han dado todos estos años, en una memoria infinita que abarca innumerables recuerdos. Aborrezco tal existencia porque no me quedan aventuras por vivir, ni decisiones cuyo resultado sea incapaz de predecir con exactitud.

—Visto así, ir perdiendo la memoria ha sido una bendición. Me has protegido de ver la realidad a través de tus ojos. Has sido mi defensora.

Ailee había sufrido lo inimaginable. Tuve muchas ganas de abrazarla, pero me contuve para no hacerle más daño. Quería tenerla entre mis brazos, pero no por compasión ni por arrepentimiento. Sentía por ella un vínculo muy especial.

La necesitaba.

Quería abrazarla para no tener miedo, para dejar atrás el vértigo, el pavor, la soledad; se me hacía un nudo en la garganta por no saber qué sería de mí.

—No temas —masculló, como si intuyera mis preocupaciones.

Me miré las manos y palpé mi herida del hombro, que ya casi estaba curada. Por su parte, la que tenía Ailee en el torso sangraba a borbotones.

—Estoy pensando en que sería justo que muriese yo también.

Ella deliberó en silencio. Después, habló con mesura.

—Por el momento, aunque nuestro amor concluya, seguirás con vida. Ya debes imaginarte por qué... y si no, lo descubrirás. No busques el motivo en mí, puesto que siempre... o, mejor dicho, últimamente, lo has llevado contigo.

Aquello, en vez de aliviarme como cabría esperar, me entristeció.

—Entonces voy a seguir siendo inmortal.

—Si es así, no lo veas como una carga, sino como un regalo —me confortó, al percibir mi desconsuelo—. Morirás cuando tú quieras hacerlo. Luego, perderás la memoria para empezar una vida diferente.

—Para los demás no soy más que un monstruo. Un ser.

Ella se rio, ahora con cariño.

—No eres tan diferente del resto. Viven, sucumben... y, con la muerte, se les deja entre renglones. Lo que les viene después es un misterio. Lo que ocurrió antes de que nacieran, tampoco se sabe. Como tú, ninguna persona conserva los recuerdos cuando empieza su vida, porque sencillamente no hay nada que rememorar ni ningún modo de comunicarse con el otro lado.

—No existe un «otro lado» para mí.

—Sí que lo hay, pues lo componen el conjunto de tus existencias previas. Puedes alargar tus estancias entre los mortales tanto como quieras. Puedes trenzarlas como una red y componer grandes obras. Eres muchas vidas en una. No las lleves con apatía. Aprovéchalas y haz algo bueno con ellas...

—Lo intentaré.

—...Y hay algo más que me gustaría pedirte, si me lo permites —murmuró, casi sin aire—. Sé que ya tienes otro amor. Lo que te pido es que, pase lo que pase, aunque te hayas enamorado de nuevo, me recuerdes. No quiero que olvides las cosas pequeñas que he hecho por ti.

Aunque no fui capaz de verbalizarlo, me juré que cumpliría con la petición de Ailee. Haría cualquier cosa para acordarme de ella.

—Has dicho que tengo otro amor. ¿Te refieres a Sofía?

Ella sonrió y me requirió que la estirase en el suelo. Cerró los ojos.

—La mujer con la que te has casado está prendada de otra persona. Y tú, también...

Tú. También.

Ailee se dejó llevar por la muerte, con la que había coqueteado tanto. Me quedé un rato a su vera, contemplándola.

Sus largos cabellos se ceñían a los tallos de la hierba que tenía alrededor, enrojecidos por la sangre, despidiéndose con el abrazo que no le había dado yo. La piel desnuda parecía resplandecerle a la luz de la luna, que había salido desde detrás de las nubes. Bajo este efecto, su herida del torso se secó y dejó de gotear, como si se hubiera vaciado por dentro.

Toqué su semblante de anciana, que estaba frío, y repasé los pliegues en sus mejillas con los dedos, como si buscara una obertura lo bastante amplia para acceder a su interior y quedarme allí, con ella, hasta el fin del universo. Aun estando atrofiada y con los defectos propios de la senectud, muerta, marcada por un sinfín de crueldades cometidas a lo largo de muchas generaciones, seguía siendo hermosa.

Su belleza era absoluta, trascendía cualquier circunstancia, y comprendí que el amor que había sentido por ella hubiese sido más afanoso que la muerte misma.

Me despedí y la dejé allí porque no me atrevía a llevármela. Nadie sería digno

de hacerlo. Me di la vuelta.

Regresé a la casa arrastrando los pies y me dirigí a la puerta de enfrente.

Sin mirar atrás.

La búsqueda de la verdad sobre mis muchas vidas nunca había sido lo más importante para mí. Lo más espinoso venía ahora: encontrarles un sentido, una misión. El dolor, cuando reparé en este hecho, se sumó a la pena por la marcha de Ailee.

La melancolía me acompañó durante el trayecto de vuelta. Cuando llegué, me esperaban Vodka y Pablo, que tenía un cigarrillo en los labios.

—No sabía que fumabas —le dije, con flojera.

—Lo he encendido para él, que no se puede ni mover —aclaró Pablo, y le echó un vistazo rápido a Vodka, que estaba apoyado en el muro—. ¿Tú también quieres uno?

—No, gracias.

Nos quedamos en silencio. Solo se escuchaban las caladas que le daba Vodka a su cigarrillo, muy seguidas al principio y más pausadas después, cuando ya le quedaba poco para terminarlo. Cada vez que expulsaba el humo, se lamentaba en voz baja por la muerte de Ron y después callaba al acto, como si quisiera guardarse su duelo para sí.

Pablo también estaba apenado, aunque lo exteriorizaba todavía menos. Inhalaba profundamente y dejaba salir el aire con pesadez, prolongando la exhalación hasta convertirla en una suerte de llanto.

Así, entre las caladas del uno y los resoplidos del otro, fueron pasando los minutos.

—Hay una cosa que no acabo de entender —pregunté, al final—. Vosotros encerrasteis a Ailee. ¿Cómo supisteis que ella era Alex, mi enemiga?

Pablo le cogió el cigarrillo a Vodka, le dio la última calada y lo arrojó lejos.

—Fue gracias a ti. Me llamaste desde su casa, ¿recuerdas? Cuando tuvimos su número de teléfono, fue cuestión de tiempo atar cabos y revelar que se trataba de ella.

—Es cierto —afirmó Vodka, con un hilo de voz—. Mientras tú ibas tras la tía Sofía, Pablo fue a buscar a Ailee y la encadenó en el sótano. No opuso resistencia.

—Cuando llamé a Pablo desde casa de Ailee, tuve la precaución de hacerlo en modo discreto —argumenté, con convicción—. ¿Cómo supisteis el número?

Vodka escupió. Estaba muy molido.

—Conozco el modelo de teléfono que dices... lo utiliza la policía para misiones de espionaje. Salió al mercado hace un par de años. Lo sé porque intenté conseguir uno, dado que el mío no funciona tan bien —aclaró en voz baja, con una mueca entre la condescendencia y el dolor—. Tiene una funcionalidad para distorsionar la

voz. Eso es el modo discreto. No lo confundas con el número oculto.

—Creí que eran la misma cosa...

—El modo discreto no hace invisible a quien llama, sino que le altera la voz para hacerla irreconocible. La distorsiona. En realidad, cualquiera puede llamar sin revelar cuál es su teléfono solo con introducir un prefijo.

Por simple que fuera, su explicación tenía sentido. ¿Cómo no había caído en ello? *Porque aquel teléfono era un modelo reciente, que no había visto en mis vidas pasadas, por lo que el modo discreto era un concepto desconocido para mí.*

—Me parece que el desliz más tonto ha decidido el destino de tu enemiga —comentó Pablo, inexpresivo.

—Lo que yo creo es que, cuando una historia se repite un cúmulo de veces, es fácil que termine por un error inesperado —concluí.

Empezaba a amanecer. Con los primeros rayos de la mañana, una caravana de vehículos se acercó por el camino de tierra.

—Después de subir a Vodka, he llamado a la tía Sofía por si las cosas se torcían. En cuanto supo que estabas en peligro, canceló sus compromisos para venir a buscarte. Incluso ha traído la caballería.

Pablo me dio su mochila para que la sostuviese y sacó unas gafas de sol.

—Da la casualidad de que Whisky también está de camino —agregó, mientras se las ponía—. Me acaba de enviar un mensaje.

Vodka se retorció y lanzó un chillido.

—Es una suerte que Whisky no estuviera aquí. Lo habría pasado fatal. Me pregunto en qué andaría metido.

Pablo hizo un gesto afirmativo y se cargó la mochila en la espalda. Se dirigió a mí.

—¿Qué vas a hacer en adelante? ¿Tal vez unas vacaciones?

—Me queda la vida entera para descansar. Muchas, de hecho. No, le prometí a Ailee que la recordaría.

—Dime, ¿qué tienes en mente?

No tuve que deliberar mucho al respecto. Tan solo recurrí a mi catálogo de experiencias y elegí la que más se ajustaba a mi propósito.

—*Cuando estuve entre los vikingos, hace más de mil años, me informaron de que mi señor, Aren, había muerto en batalla. Para no dejar su historia en el tintero, aprendí a escribir y la plasmé en un manuscrito.*

Pablo se quedó mudo.

—Entonces, ¿qué? ¿Vas a aprender a escribir?

—Eso ya sé hacerlo —resolví, y cerré los ojos—. Domino cualquier disciplina

con maestría, he estado en todas las épocas, conozco la verdad sobre el bien y el mal, soy fuerte, me he enamorado, he atendido los deseos de la muerte, he fracasado y he triunfado, he olvidado y he recordado...

—Corta el rollo —me interrumpió él, con chulería—. Vas a escribir un montón, lo capto. Cuando termines, ¿qué harás?

—Vacaciones, Pablo —sentencié, con una mueca socarrona—. Me quiero ir lejos de la ciudad. Ya sabes, para despejarme. Por curiosidad, ¿conoces alguna casa de campo que esté bien?

Epílogo

Era una noche oscura y tormentosa... ¡ajá! Te pillé. Ahora que has acabado, habrás podido comprobar que, en efecto, he estado contigo a cada momento.

Deja que te explique tu conexión con esta novela, que huele a ti. Espero que hayas disfrutado, porque tengo la certeza de que la has escrito tú. Sé que esto puede ser difícil de asimilar, pero te ruego que me leas hasta el final y después saques tus propias conclusiones. Como has hecho siempre.

Entiendo, dado que no he tenido noticias tuyas desde la muerte de Ailee, que has perdido la memoria... para variar. Por esta razón, no creo que puedas explicarme por qué volaste de un modo tan repentino y me dejaste así. Quiero pensar que lo hiciste para mantenerme a salvo, no que me consideras una carga.

He asumido que tu partida es parte de un plan maestro para hacer un gran bien, uno que te ocupará varias generaciones. Cuando sepas quién eres, me tendrás que aclarar si, en alguna de tus vidas, planeaste lo de la zona controlada de los Querubines con el objetivo último de vencer a Ailee... o si desencadenaste vuestro encuentro y el resto de los sucesos de forma accidental.

Un canalla, una doctora sonriente, una dama oscura, una loca y un mendigo, como fragmentos de un mismo cristal, como reflejos de tu carácter, como sombras de tus existencias pasadas. Quisiera saber hasta qué punto estaba planificado y si preparaste el terreno para ir recuperando la memoria selectivamente. Lo digo sin acritud; solo me interesa precisar si nos has estado manipulando. Si es así, lo comprendo.

En cualquier caso, no creo que te hayas dado cuenta al irte de que, como ella ya no está, me he quedado sin una meta en la vida. No me gusta que me hayas dejado al margen.

A los demás les va mejor que a mí. Caraniño se reencontró con su padre, Tronco, lo sacó del hospital y dejó la Hermandad Plateada. La tía Sofía sigue administrando los barrios con mano de hierro, y, aunque se muestra firme delante de los suyos, no me cabe duda de que te echa de menos a su manera. Corren rumores de que tiene un amante, al que conoció... ¡el mismo día en que contrajisteis matrimonio! Aun así, todavía piensa en ti. Sé de buena tinta que, cada vez que se celebra una boda en los suburbios, ella acude en secreto para cerciorarse de que no eres tú quien se casa.

Hay que admitir que la ciudad se ha recuperado bastante bien. Las calles del centro vuelven a estar llenas de turistas que avanzan en marea. Las bandas siguen controlando los barrios en la sombra, pero los disturbios se han terminado y hay estabilidad. Ella lo negará, pero la tía Sofía se ha vuelto más magnánima desde que la perdonaste.

En cuanto al resto, Vodka y Whisky han dejado atrás sus pseudónimos y vidas falsas y han regresado con sus seres queridos. Gracias a los contactos que hizo cuando uniste las dos grandes bandas de la urbe, Vodka ha lanzado una cadena de restaurantes. Para que lo sepas: su plato especial es un bocadillo de membrillo, pera y queso sin lactosa. Tener la mente ocupada con este nuevo trabajo le ayuda, ahora que ha dejado de fumar. Me consta que él y Whisky están condenados a seguir siendo amigos, pero he perdido el contacto con este último.

En cuanto a Ron, yo mismo le entregué el cuerpo a su familia y les di el pésame. Me llamó la atención que su hijo juega al fútbol profesional. Además, le gusta coleccionar monedas antiguas. Me contaron que Ron no es un apodo, sino su nombre real. Había sido honesto con nosotros desde el principio.

En el período que llevas fuera, he escuchado muchos cotilleos. El hospital Central House ha cerrado recientemente. Al parecer, el recepcionista empezó a notar un olor desagradable que venía del hueco del ascensor, como a muerto. Por casualidad, ¿sabes algo de eso?

También me ha llegado que te ha salido una 'influencer' imitadora en las redes sociales. Hace las mismas majaderías y visita los mismos lugares que tú. Se comenta que tiene el brazo marcado con una dedicatoria que le hiciste, un tanto sosa. Una vieja amiga tuya, Elena, la acompaña con la cámara. Espero que cambie de profesión, porque dudo que sea inmortal... y como siga tus pasos... tú ya me entiendes.

Si quieres que te cuente más, da la cara y ven a encontrarme.

Para que sepas dónde me puedes buscar, te voy a aclarar el origen del libro. Según me dijiste, dado que temes morir y perder la memoria de sopetón, la única vía para cumplir tu promesa y recordar a Ailee era trazar vuestra historia en un papel.

Al comienzo, tomaste nota de cuatro cosas. Después, más y más. Te aislaste. Nos tenías muy preocupados. La tía Sofía me echó la culpa por haberte llevado ante tu enemiga. Al cabo de unos días, ya habías terminado un porrón de páginas. Me las dejaste leer y me quedé maravillado: habías apuntado cada detalle de tus vidas recientes.

Me pediste que te garantizase que no se perdían tus escritos, que dicha información se guardaría para que pudieras recordarla. Siendo honestos, aquello me mosqueó. Maldije a Ailee, porque me había esclavizado mientras vivía y

seguiría haciéndolo después de muerta. Sin embargo, quise satisfacer tu deseo.

A cambio de mi ayuda, volaste sin más. Pasaste meses escribiendo acerca de ella, sin parar, pero a mí no me dejaste ni una nota de despedida.

No obstante, yo siempre he estado dispuesto a cumplir mi promesa. Ahora bien, ¿cómo ibas a leer sobre Ailee si has desaparecido del mapa? ¿Cómo podría hacerte llegar vuestra... no, nuestra historia?

La idea de publicarla en un libro fue de tu esposa. Yo quería colgarla en las redes sociales, pero no dio su brazo a torcer, pues por lo visto, «allí solo hay idiotas». Sigo sin estar de acuerdo con su opinión. Si ella supiera... en fin, que terminé por hacerle caso. No estoy como para llevarle la contraria a la mujer más sanguinaria y poderosa de la ciudad.

Así que, mientras buscaba a un literato competente para que me ayudara a publicarla, me topé con este 'coach' escritor, Roger, que decía haber sido amigo tuyo. Me contactó mediante un foro y me suplicó que lo contratara. «No da la impresión de tener ningún talento, pero, al menos, es barato», pensé. Le pasé tus textos, los convirtió en novela y los llevamos juntos a la editorial para publicarlos.

En el proceso, Roger y yo nos hemos tomado algunas licencias. Hemos retocado nombres propios para no armar un lío. Por otro lado, hay errores insustanciales en tu relato que he decidido respetar. En ocasiones has confundido sucesos de varias de tus vidas. La gente se equivoca, pero tus recuerdos son estos y no seré yo quien los altere. De este modo, será más fácil que recuperes la memoria. Ya entraremos en detalles cuando volvamos a vernos. Aun así, permíteme que te anticipe algunos puntos:

–
La primera visión que tuviste sobre una vida pasada me incluía a mí y a nadie más. Deberías considerarlo.
–
En el capítulo 4, te preguntas si yo estaba llorando mientras la tía Sofía me amenazaba con un revólver. La respuesta es evidente: no. Aquella broma en el 5, «lloraba porque dabas pena», la hice para salir del paso.
–
En ese mismo capítulo cometí un error garrafal al afirmar que no sabía nada de tu accidente... sin que lo hubieras mencionado. Suerte que no te diste cuenta del lapsus, porque no caí en ello hasta que lo leí en tus apuntes.
–
No me pegaste tantas veces como das a entender.

Ahora que te conoces mejor, aprovecho para hacer una petición personal: regresa. Si no quieres volver, al menos mándame una señal para que me quede

tranquilo.

Si no eres quien busco, hazme el favor de contárselo a los que te rodean, amigos y familiares. Podrías ser cualquiera, hombre o mujer. Para ahorrarte problemas, no daré más detalles sobre tu identidad. Solo tú los sabes, aparte de los que aparecemos en estas páginas.

Háblale a la gente de ti y de mí, por si le refrescas la memoria a la persona correcta. En especial, préstales el libro a quienes pienses que dan el perfil. Como lo has leído y te habrás formado una idea bastante clara, es probable que aciertes.

Si crees que eres tú quien busco, pero no lo puedes asegurar, conserva este manuscrito hasta que te venga un recuerdo. Te recomiendo que le des una segunda lectura por si acaso. Hazlo antes de que lo olvides y sea demasiado tarde.

Siento haberte mentido. Te deseo más de lo que habría imaginado nunca. Necesito estar contigo y no pienso perder la vida sin volver a verte. No puedo morir, porque te amo. Ya está, ya lo he dicho. Hasta la vista.

Tu asesino favorito,
Pablo

Índice

Prólogo 7

Parte I

1. Morir para siempre 11
2. El mendigo y el canalla 27
3. La corte de la Dama Oscura 41
4. La familia o la piedra 57
5. La llave 71
6. Mi amada loca 87
7. Un accidente voluntario 103
8. ¡Al asalto! 119
9. Muchas vidas en una 133

Parte II

10. Morir... ¿para siempre? 151
11. La ciudad dividida 169
12. Casa de Ron 187
13. El legado de Bo 203
14. Nuevas amistades 217
15. Tras las líneas enemigas 231
16. A mi manera 247
17. En el sótano 263
18. El último aliento 279

Epílogo 297